



CLARETTI

NORIS

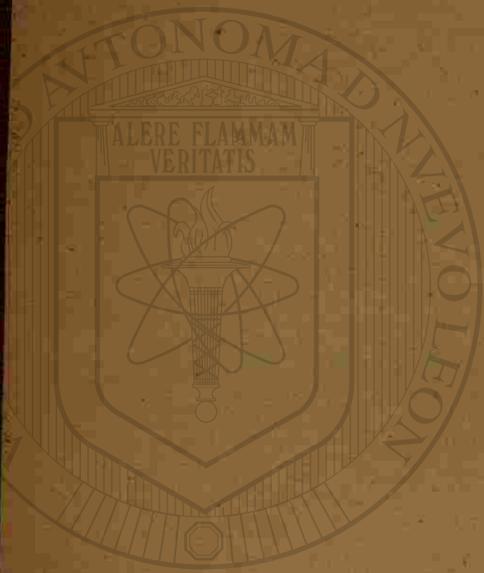
PQ2207

.C6

N68



1020026187



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NORIS

N  
Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Antec. \_\_\_\_\_  
Núm. Adg. \_\_\_\_\_ 29835  
Procedencia \_\_\_\_\_ -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

- Arambllet.**—*Aones* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aurevilly.**—*Lo que no muere*: 2,50.
- Belot.**—*Loca de amor*: 2,50.
- Belot.**—*La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
- Belot.**—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
- Belot.**—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
- Belot.**—*La Pecadora*: 2,50.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: 2,50.
- Clarette.**—*Juan Mornas*: 2,50.
- Clarette.**—*Noris*: 2,50.
- Cubas.**—*El Ángel del presidio*: 1,50.
- Cubas.**—*El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas.**—*La Mortaja de timonero*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Delpit.**—*Las represalias de la vida*: 2,50.
- Dickens.**—*Días penosos*: 2,50.
- Eca de Quezros.**—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond.**—*La Leñadora*: 2,50.
- Enault.**—*Gabriela de Célestangy*: 2,50.
- Ennery.**—*El Principito de Moria*: 2,50.
- Feuillet.**—*La Muerta*: 2.ª edición: 3.
- Feuillet.**—*Los amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet.**—*Un matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Fortunio.**—*La Virgen de Belem*: 2,50.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier.**—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier.**—*Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye.**—*La Comedianta*: 2,50.
- Julio Simon.**—*Dios, Patria y Libertad*: 5.
- La Cerda.**—*El gran problema*: 2,50.
- La Cerda.**—*La Tela de Araña*: 1.
- Mahain.**—*La Bella Horchatera*: 4 tomos, 5.
- Ohnet.**—*El Gran Margai*: 2.ª ed.: 2.
- Ohnet.**—*Las Señoras de Croix-Morin*.
- Ohnet.**—*Lise Fleuron*: 2,50.
- Ortega Munilla.**—*Orgia de horas*: 2,50.
- Ossorio y Bernard.**—*Cuadros de negro trazados a pluma*: 2.
- Ossorio y Bernard.**—*Romances ciegos*: 1.
- Ossorio y Bernard.**—*Viaje en el director de la Puerta del Sol*: 2.
- Rivière.**—*El Combate de la vida*: tomos, 7,50.
- Soles Egúilaz.**—*En el quinto cielo*: 2,50.
- Trucha.**—*El Gabán y la Chaqueta*: tomos, 5.
- Ulbach.**—*El Suplicio de un padre. Confesión de un sacerdote*: 2.ª ed.: 2.
- Vascáno.**—*Javier Malo*: 2,50.
- X\*\*\*.**—*Al lado de la ficha*: 2,50.
- Zaccane.**—*Los dramas de la Bolsa*: 2.
- Zola.**—*Germinal*: 2.ª ed.: dos tomos.
- Zola.**—*Su Exceclencia Eugenio Roug*: dos tomos, 5.
- Zola.**—*El vientre de París*.—*Dos tomos*: 5.
- Zola.**—*La Confesión de Claudio*.

EN PRENSA.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 31, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

NORIS

COSTUMBRES DEL DÍA

POR

JULES CLARETTE

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE C. F.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. 125"

Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Montera, núm. 31

1886

29835

098353



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1886.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

## NORIS.

### PRIMERA PARTE.

#### I.

En la Plaza Daufine, muy cerca del Palacio de Justicia, que se divisa recortado sobre el cielo en una masa maciza y blanca, en una tarde de Febrero, á la hora en que el triángulo de altas casas se tiñe del color gris del crepúsculo, una mujer se halla reclinada en el antepecho de una ventana abierta sobre la escalera del Palacio, grande como una mirada ansiosa.

La mujer es joven, muy pálida, temblorosa dentro del manto de pieles que la envuelve, y de cuando en cuando, inclinando su busto fuera de la ventana, interroga á lo lejos con sus miradas, ardiendo de fiebre, los escalones de piedra por donde ha de bajar la criada vieja á quien espera, su Victorina, que debe decirle lo que hayan respondido los jurados y decidido los jueces...

¡Los jueces!...

¿Quién hubiera dicho á la pobre Victorina que

iría un día á ver al *señor* «procesado», y que tendría que ser la que dijera el resultado del proceso á la señorita Noris, encerrada allá abajo en un cuarto del hotel, alquilado expresamente para aquel terrible día, como un asilo donde podía ocultarse y aguardar, ahogando los sollozos? Sí, ¿quién se lo hubiera dicho á la criada? ¡El *señor*, que era tan bueno, tan dulce! Una pasta inocente, y no un pícaro. ¡Y la señorita, que ella, Victorina, había educado! ¡Ah! ¡La señorita! ¡Un ángel! Hace horas y horas que Noris espera. Un momento antes ha dejado su habitación con la ventana abierta, ha atravesado la plaza, ha subido los escalones de la gran escalera, ha empujado la puerta vidriera, y en las inmensas salas próximas á la «Correccional» donde se juzga á su padre, ha andado, ha espiado á las gentes que salían, escuchado las palabras, estudiado las risas, tratado de adivinar la sentencia probable en aquellos rostros sonrientes ó fríos de los abogados, cuyos ojos querían penetrar el velo de aquella joven alta, que pasaba vestida de luto y derecha como una estatua.

¡Nada! ¡No ha podido saber nada!

El calor sofocante de la galería de Pasos Perdidos la ahogaba. El ruido sordo de las pisadas sobre las baldosas grises cercadas de negro como esquelas mortuorias, la atardía. Se detenía, atraída por un raro magnetismo, ante los huecos abiertos en el muro, y conteniendo, como sobre un frontis, estas trágicas palabras: *Sentencias del Tribunal*, con grandes carteles blancos pegados allí, y ofreciendo en siniestras casillas los nombres y señas de los sentenciados...

¡Extractos de las sentencias!... ¡Ella los leía

maquinalmente, delletreaba la lista de los crímenes, *robos, abusos de confianza*, buscaba la cifra de la pena; después se apartaba con horror de esta piqueta, donde le parecía leer á la desgraciada el nombre de su padre!

*Asunto de las minas de Sierra-Fuente.*—¡Los diarios habían hablado tanto de él durante meses! ¡Cuánta gente debía haber en la sala sexta! Sí, tanta por lo menos como en uno de los estrenos á que antes asistía con su padre Eugenio Feraud: él, envanecido de su bella Noris; ella, dichosa de mostrarse con el honrado hombre adorado, y que tenía talento, mucho talento en sus viejas novelas olvidadas: tanto talento ó más que los modernos, con sus gacetillas analizadas largamente, y sus descripciones eternas... Noris le repetía esto muchas veces, y el literato, célebre antiguamente, necesitado hoy, se consolaba de sus lectores perdidos con la sonrisa admiradora de su fiel, de su única lectora...

—Lo que es verdad, hija (decía el buen hombre), es que todo lo que yo he escrito tú puedes leerlo. Si hablasen de mí, acaso me calificarían de escritor anticuado, pero de buen hombre.

¡Ah! ¡Se había vuelto á hablar de él, de él, de quien ya no se hablaba nunca; había vuelto á ser una *actualidad* Eugenio Feraud, desde el *asunto*! Los periódicos noticieros, que la ignoraban poco antes, repetían su biografía, le culpaban de haber «abandonado las letras» por la «hacienda», y trocado su pluma de «creador» por la de secretario relator de la *Compañía de las Minas de Sierra-Fuente*. ¡Su pluma de creador! ¡Hacía mucho tiempo que no le daba para vivir, y él necesitaba

vivir!... Ahora *todo París* estaba fijo en él; el viejo Feraud, sentado en el banquillo de los acusados, entre dos negociantes de mala fe que por casualidad le habían comprometido. Y Noris, como si aquellas miradas hubiesen traspasado las paredes, sentía sobre su misma frente la quemadura de las pupilas de Eugenio Feraud. Ella no había podido permanecer mucho tiempo en el Palacio. La parecía que la curiosidad picaresca, los cuchicheos ó los lentes de los abogados que se fijaban en ella, la insultaban. Habíase vuelto á subir al segundo piso del *Hotel de Enrique IV*, y allí, abierta la ventana, ya nerviosa, mordiéndose sus guantes hasta quedarse con un pedazo entre los dientes, ya inmóvil, aguardaba la aparición de la silueta de la pobre criada, vieja y encorvada, que iba á dejarse ver sobre la escalera, allá abajo.

A pesar de que la tarde iba cayendo, Noris veía todo; sus ojos, de un negro profundo, abarcaban aquel gran edificio con el techo de teja, que tenía en el campanario el gallo dorado de la Santa Capilla subido en su delgada flecha. Distinguía sobre la blanca escalera siluetas sombrías, gentes de ley ó litigantes que subían ó bajaban; la pesada puerta se volvía á cerrar cada vez con un ruido sordo y estrepitoso. Lentamente, un guardia de París, con el fusil al hombro, pasaba y repasaba detrás de la reja, cubierto con su capote de paño gris. Entonces Noris le seguía con la vista, contaba sus pasos, se decía supersticiosamente que si en cinco minutos había pasado por delante de ella *tantas* veces, un número impar, Eugenio Feraud sería reconocido y declarado inocente. Se embrollaba en su cuenta, no aceptaba la sentencia, y empezaba otra vez. Las

altas figuras de piedra, la Ley y la Justicia, de pie, junto al Palacio, la inspiraban miedo con su impasibilidad de verdugos.

Volvía la cabeza como para olvidar el Palacio, y miraba á la plaza; abajo la droguería, el globo de cristal esmerilado que anunciaba el *Hotel*, y que la había atraído por la mañana; el paseo con sus castaños sin hojas y medio muertos, esqueletos de árboles con sus delgadas armaduras. Pasaban niños. Poca gente; las sombras se recortaban sobre el empedrado. Después la calentura la golpeaba en las muñecas; Noris volvía á su habitación, miraba sobre la pared el papel de flores deslucidas, toda esta miseria de casa amueblada, y más todavía ante ella, entre esas casas tristes de gente de la curia, oliendo á los enmohecidos legajos procesales, y se detenía violentamente y como magnetizada por aquella muestra, escrita en letras amarillas sobre fondo verde: *El Derecho, periódico de los Tribunales*.

Y la joven se estremecía de nuevo, y sentía que la ahogaban los sollozos como poco ha, ante los anuncios fijados en la pared; le parecía que leía húmedo aún, como mojado de lágrimas, el número del día siguiente de *El Derecho*, con el *Asunto de las minas de Sierra-Fuente*, audiencia del 20 de Febrero de 1877, y el interrogatorio de Eugenio Feraud, sus balbucientes respuestas de viejo tímido, sus terrores ante las preguntas de los astutos magistrados, que estrujaban una conciencia como los dedos estrujan una esponja, y en seguida del interrogatorio, terror todavía más grande, la condena del padre..., la sentencia! Ella leía esto y adivinaba los comentarios, las risas de los que al otro

día leyese también en las redacciones, en los cafés, en todas partes, este número, este atroz número de *El Derecho, periódico de los Tribunales*.

Noris había tenido en las horas de sueño pesadillas crueles, sofocantes, que se parecían á esta triste realidad. Pero aquellos eran sueños, visiones de enferma. ¡Y ahora!...

De repente lanzó un grito, y su primer movimiento fué el de precipitarse hacia la puerta para echar á correr. Allá abajo, sobre la escalera, entre la atmósfera de un gris obscuro, acababa de distinguir, encorvada y vacilante, una silueta de mujer que conocía muy bien.

¡Victorina! ¡Venía Victorina! Todo había concluído. La sentencia estaba dictada.

Y después de haber querido correr, Noris se aferraba al antepecho de la ventana, y fijaba su vista en la sombra, que se acercaba lentamente. La parecía que la vieja se apoyaba en el pasamano para no caerse. Noris buscaba á su padre detrás de Victorina. ¿Dónde estaba su padre?

La gente salía entonces. El Palacio se desocupaba de curiosos. Los caballos piafaban en la esquina de la calle de Harlay, y los coches llevaban á los espectadores como á la salida de un teatro. Él no estaba allí. ¿Por qué no estaba su padre allí?

¿Había sido acaso condenado?... Tal vez habría sido absuelto. Pero aun así, no había aún tiempo de que estuviese libre. Iba á venir. Y su hija, ¡cómo iba á saltar á su cuello! ¡Ah! ¡Y besarle en las mejillas con sus labios secos de fiebre, y abrazar el rostro de aquel hombre honrado! Y la vieja atravesaba ahora la plaza lentamente, agobiada con el peso de los años y el peso que llevaba

del secreto de la sentencia. «¡Más pronto, más pronto!», habría deseado gritar Noris de un lado á otro de la plaza. Pero Victorina no le hubiera oído.

—¡Dentro de un minuto estará aquí!

El corazón de la joven le daba punzadas y la torturaba hasta hacerla caer. Tuvo fuerza, sin embargo, para abrir la puerta, y de pie, derecha, resuelta á todo, aguardó á que Victorina, cuyo torpe paso oía ya en la escalera, subiese y apareciese en el diutel. Pero cuando vió en la miserable habitación del hotel asomar á la vieja criada, y su cara, de ordinario curtida por el horno, ponerse ahora blanca como el yeso, Noris sintió un frío de muerte envolverla como una sábana helada.

No dijo más que dos palabras.

—¿Y bien?

Sabía de antemano lo que iba á responderle Victorina.

Todo un hundimiento de esperanzas y una suma de azoramientos volvían idiota de pena la cara de la pobre vieja.

¡Condenado!... Victorina no había dicho una palabra, pero la señorita Feraud lo sabía todo.

Con voz enfermiza y débil preguntó:

—¿Á qué?

La vieja no se atrevía, y miraba á Noris como un perro fiel. Juntaba sus manos arrugadas: no lloraba, y movía su cabeza sobre los hombros encorvados.

—¿Á qué?—preguntó Noris, de la cual no veía la vieja más que los ojos en la cara pálida rodeada de negro.

La sirvienta dijo ahogándose:

—¡Cinco años

Instintivamente, con un movimiento feroz, la hija de Feraud se volvió hacia aquel Palacio que se ocultaba poco á poco en la bruma de la tarde, y le dirigió una mirada de cólera.

Allí dentro habían abofeteado todo el pasado de su padre. Allí estaba aún, sentenciado, aniquilado bajo esta sentencia, y Noris tenía deseos de gritar á los que acababan de juzgarle: «Imbéciles. ¡Imbéciles ó perversos! ¿No habéis adivinado lo que es él verdaderamente, lo que hay en el fondo del alma de este pobre hombre acusado?...»

No, ahora más que acusado. ¡Condenado, condenado á cinco años! Vamos, veamos: Victorina había entendido mal. ¡El máximo á él, Eugenio Feraud, que no sabía de todo aquel asunto de Sierra-Fuente más que lo que la misma Noris sospechaba cuando el viejo novelista le había hablado de él por vez primera!... ¡El máximo á un inocente!

—¡Ah, señorita..., pobre señorita Noris!... (babeaba la criada, retoreciendo su pañuelo húmedo), si hubieseis oído lo que le ha dicho al señor el Procurador..., lo que le han insultado... Todo... Lo que no sé, es de dónde sacan lo que dicen... Yo quería gritarles que mentían, que no conocían al señor..., que es la nata y flor de los hombres... Pero no me he atrevido...; tampoco hubiera podido...; me ahogaba... ¿Por qué no me han dicho que fuese á declarar? Yo les hubiese hecho saber lo que es el señor. ¿Por qué se entrometen en buscar pruebas contra personas como el señor?... Los otros, sí, Vêrignon, Paludet, sí, son dos canallas; ¡pero el señor!

Quando volvía, se iba hacia la ventana, insul-

tando con la mirada al Palacio de Justicia, mientras que Noris, de espaldas á la pared, absorta, repetía, en un ataque de fiebre:

—¡Cinco años!

Maquinalmente preguntó:

—¿Y los otros?

—¿Cuáles otros?

—Vêrignon....

—¿Él?... ¡Cinco años! ¡Cinco años también Paludet! ¡Todos cinco años!

—¡Mi pobre padre (dijo Noris) afrentado como esos bribones, y castigado como ellos! ¡Ah! ¡Miserables, miserables!

Y en esta palabra que lanzó al aire había tanta rabia contra los jueces, que no habían adivinado, ni analizado, ni comprendido nada, como contra los negociantes tramposos que habían engañado á Eugenio Feraud, y le arrastraron con ellos en su innoble caída.

Asió bruscamente la mano de la criada, estupefacta de volver á hallar tanta energía en la «señorita».

—¡Ven; pobre Victorina! ¡No hay que desconsolarse! ¡Es preciso defenderse!

—Sí. ¡Oh, sí, señorita!

La vieja respondía sin saber lo que decía, animada solamente al ver que la *señorita* no perdía el valor.

—Un fallo como ese puede ser anulado.

—Yo espero, señorita..., espero...

Noris se había bajado el velo maquinalmente, y á través de él miraba aquel gran edificio donde su padre, agobiado de dolor, lloraba sin duda como un niño. Un sollozo que la desgarró el pecho subió

como una oleada de amargura á los labios de Noris, y tristemente en la caída de aquella tarde, en aquel anochecer, en que las luces se encendían ya aquí y allí como ojos, la joven envió un beso largo, prolongado, apasionado, al que estaba allá abajo, encerrado dentro de aquellos muros, ó al que un carruaje conducía ya atravesando á París hacia los barrios donde el cementerio linda con las prisiones en lo alto de la Roquette, en Mazas.

Una vez arrojado este beso en el vacío, se quitó Noris de la ventana, sintió un estremecimiento; pues divisaba aun, á pesar de la penumbra, los caracteres amarillos de la muestra: el *¡Derecho.... Tribunales!*

Partamos, partamos en seguida. Tenía prisa por abandonar la miserable habitación donde había venido á ocultar sus angustias como otras jóvenes, aunque ella no lo sospechaba, habían ocultado entre estas paredes sus aventuras de amor.

La parecía que en la casita en que iba á entrar dentro de un momento, el padre, el pobre y querido inocente, la aguardaba.

Dijo al cochero «calle Brochant, en la esquina del paseo Batignolles»; y mientras iba en el carruaje, imaginaba planes, buscaba una salvación entre el caos de sus ideas, y oía á la vieja Victorina murmurar en su rincón:

—¡Son ellos, son ellos los bribones; no es el señor!...

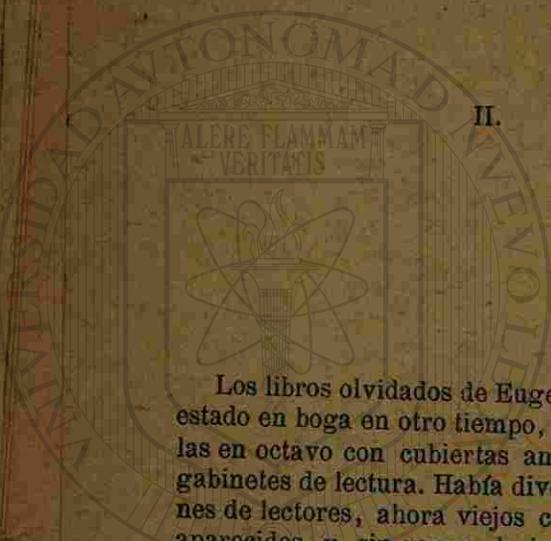
Y se preguntaba entonces la hija sin madre, aislada en aquel gran París, que mañana no haría más que arrojar pullas al nombre de Feraud, á quién se dirigiría para reclamar la revisión de este proceso, la reparación de esta injusticia, y pensaba

poco á poco en el sólo ser que después de su padre ocupaba su pensamiento.

—¿Tú sabes dónde vive M. de Chantenay, Victorina?

—¿El Príncipe? Sí, señorita. El señor me envió un día á llevar un volumen al hotel Chantenay, parque Monceau. ¿Es para que se ocupe del señor, para lo que la señorita piensa en M. de Chantenay?

—Sí (dijo Noris). Tú irás á llevarle una carta esta noche.



## II.

Los libros olvidados de Eugenio Feraud habían estado en boga en otro tiempo, en el que las novelas en octavo con cubiertas amarillas llenaban los gabinetes de lectura. Había divertido á generaciones de lectores, ahora viejos como él, ó casi desaparecidos, y, sin ganar gloria, satisfecho con pequeñas ganancias, dando vueltas á la piedra de la narración de aventuras, como un buen empleado á quien se le confiara el negociado de las lágrimas y terrores de las personas sensibles, el narrador se había visto poco á poco abandonado por el público, pasado de moda, y semejante á una barca que se abandona en la costa, mientras que los barcos nuevos bogan rápidamente camino de la mar.

Eugenio Feraud tenía entonces sesenta años cumplidos, y hacía cuarenta que, llegando de Brest, había publicado sus primeras líneas. ¡Cuarenta años acumulando con una energía de albañil montones de original! Y, sin fortuna al fin de la jornada,

viendo cerrarse ante él las puertas de las redacciones, donde los cabellos blancos dan miedo cuando no tienen una rama de laurel mezclada con su blancura, se preguntaba, perplejo, lo que iba á ser de él...

¡Ah! Si hubiese sido sólo en el mundo, nada más sencillo: se encierra uno en un rincón de aldea, y se vive con los cuatro cuartos que se hayan podido ahorrar con el rudo trabajo de muchos años.

Pero, ¿podía condenar á Noris á esta triste existencia de burguesa de provincia? Noris estaba hecha para París. ¡Tan adorablemente bonita, y con su expansión encantadora! Alta y pálida, fina como una árabe, y parisiense hasta las uñas; con contrastes de languideces y violencias, como su madre, una criolla hija de un Comisario de marina, con la que se había casado Eugenio Feraud cuando llegó á los cuarenta años, dueño entonces de sus destinos y soñando en éxitos brillantes, menos por él que por su querida mujer.

La madre de Noris había muerto muy pronto. Eugenio se decía ahora: «¡He gastado diez años, los mejores de mi vida, en llorar haberla perdido!»

Por ella sólo esperaba los desquites de los éxitos en el teatro, las calurosas veladas de triunfo con sus tempestades de bravos. Desaparecida ella, había dejado marchitar sus proyectos como flores sin aire.—¿Á qué intentar ninguna cosa, si no estaba ella allí para aplaudirle? Solo tienen atractivo las alegrías que pueden compartirse.

El pobre Feraud se había sentido rejuvenecido cuando Noris había crecido. Todo el ardiente valor de su querida muerta, le volvía á encontrar en esta niña; espíritu generoso, todo arrojo y pasión, un

poco romántica tal vez; ¿pero había de reprocharla el viejo novelista lo que hay mejor en el mundo, la ilusión? ¿No la había marcado él mismo el sello de romántica, dándole el nombre de Noris, que encontraba armonioso, y que le recordaba su primera novela *Dinorah ó los Filibusteros*? Dinorah, en abreviatura, Norah; y, pareciendo el nombre sordo y triste á la madre, *Noris*, que tenía al menos como un dulce acento antiguo.

—¿Por qué no llamarla Susana, cómo yo?— había dicho la madre.

—Sí, Susana... (dijo el novelista): ya sé, Susana...; es bonito...; pero no te enojés; es burgués, es sencillo. *Susana* sobre la cubierta de un libro... no llama la atención. Mientras que *Dinorah*... *Norah*... *Noris*... Ya sabes que yo creo en la influencia de los nombres como *Sterne*... Y bien: ¡Noris... le llevará la felicidad á nuestra querida hija!... ¡Noris! Me parece que veo una joven, alta, derecha como un lirio, con una arrogancia heráldica....

—¡Sí, es novelesco! Pero las mejores novelas son las que no se han escrito.

Y habiendo educado de tal manera á su hija, ¿no era también quimérico el pobre hombre? ¿Sabía él exactamente lo que es el brutal y complicado mecanismo de la existencia moderna? Vivía como un alucinado pacífico en mundos improbables, con los cazadores de América ó los parias de la India. Continuaba á los cincuenta años con una persistencia de maníaco la narración de aventuras de sus treinta años. Repetía sus añejas historias, no pidiéndoles la gloria para mañana, como en otros tiempos, sino solamente el pan del día, el precio de la

educación de Noris, á la que quería instruída y educada admirablemente, como una princesa.

Quería que su hija aprendiese de todo, dibujo, música, pintura, y que su inteligencia se desarrollase en todos sentidos. Sus vanidades eran la ciencia y la hermosura de Noris. Interrumpía algunas veces sus novelones llenos de asesinatos, para venirse á sentar al lado de su hija, y volver á hallar dulcemente en alguna melodía de Mendelssohn tocada por ella, las poesías melancólicas de sus veinte años. Esta «voz de la casa», como él llamaba al piano de Noris, era también la voz de su pasado cuando soñaba en escribir versos, —« sí, versos, mi Noris, dramas en verso, con personajes con ropilla; versos que de la Comedia Francesa me hubiesen conducido á la Academia...., como á tantos otros.... ¡Ah! ¡Qué bonitos castillos en el aire se fabrican á los veinte años!»

Y sin tristeza ante sus muertas ambiciones y su abatida vida, —abatida y gastada tontamente porque le había sido necesario vivir, —el buen hombre volvía otra vez á sus cuartillas y continuaba sus comunes historias; la misma joven robada, el mismo duelo, el mismo envenenamiento, el eterno asesinato, el patrimonio disputado, el falso testamento, el niño vuelto á hallar y la disputa de dos madres, mientras que por la puerta entreabierta la romanza de Mendelssohn, temblando bajo los dedos de Noris, le llevaba el eco de voladoras esperanzas y de apagadas canciones. Así hubiera sido dichoso el viejo Feraud, si de repente aquellas mismas historias no hubieran sido terriblemente rebatidas, y si los periódicos no se hubieran cansado del duelo, de los asesinatos y del patrimonio disputado tantas ve-

ces. Esta existencia de canuto literario le bastaba, no obstante. Se hallaba contento, después de todo, en la casita de la calle Brochant, en la que Noris añadía aquí y allá la nota de su gusto, hasta constituir una especie de lujo. Una blonda aquí, un peluche allá; sobre la chimenea un bibelot hallado por casualidad, y llevado como una ganga. Los bordados de Noris; las flores que ella amaba, parecían la sonrisa de esta vivienda burguesa, llena de libros y papeles, pero visitada por el sol, animada por el verdor lejano de los árboles del parque. Sí, él hubiera sido dichoso, á no haberse visto poco á poco puesto á la puerta de los periódicos. Los editores á quienes escribía no respondían, ó si los aguardaba en casa de ellos, —pretendiente sexagenario, más sufrido, por cierto, que á los veinte años,—no le recibían, se marchaban por las puertas de escape, encubriendo sus repulsas bajo estas respuestas:

—Más tarde... ¡Ah! ¡Tengo tantos manuscritos aguardando!... ¡Estoy abrumado!... ¡Recuerdos á vuestra encantadora hija!... Todo mi tiempo está ocupado con la novela de Jouvenet.

¡Un *novel*, Jouvenet! Y él, Feraud, era un viejo gastado, desmonetizado, concluído. Parecía que ya no se vendían más sus historias. Valían, sin embargo, tanto como las primeras, que hacían palidecer á las lectoras de otros tiempos. Pero ¡la moda! ¡Discutid los caprichos de la moda! Volvía entonces á la calle Brochant, con un profundo abatimiento moral. Miraba con el corazón lacerado sus pilas de papeles viejos ennegrecidos, que nadie quería entonces, y le daban deseos locos de arrojarlo todo al fuego. ¡Una hoguera! ¡Ceniza! ¡Esto es lo que valía ahora!

En una de estas horas de aplanamiento, Eugenio Feraud había encontrado á Vérignon, fabricante de negocios, fundador de Bancos, que se deslizaba, como una culebra hacia la leche, á todos los sindicatos, y posábase después como un ratón en un queso; asociado de Rodillon y de Molina, ya usurero, ya petardista, descubriendo con un olfato de trampero placeres en esta California sin límites que se llama la credulidad de los papanatas ó la confianza de los bobos.

Vérignon buscaba auxiliares; conocía á Feraud. El nombre del viejo escritor era honroso; la compañía de las *Minas de Sierra-Fuente* tenía necesidad de un secretario, y el autor de *Los Trabajadores del Canadá* debía conocer el arte de hacer relucir como pepitas de oro ante los ojos de la gente las más delgadas vetas de cobre. Si Feraud quería salpicar de epítetos la memoria excesivamente científica de J. B. Paludet, el Ingeniero encargado de la tecnología del nuevo negocio, Feraud entraba derecho en la *Sierra-Fuente* con partes de fundador. Feraud no tenía más que decir *sí* y Vérignon obtendría de esta manera también, en concepto de fianza, una parte de las leves economías de aquel pobre hombre, que aceptaba las proposiciones saltando por todo, con una cándida efusión de gratitud.

¡Qué alegría para aquel pobre vencido de las letras, el despertarse una mañana con el título de *Secretario general* de una compañía financiera de la que hablaban tanto los periódicos! El viejo Feraud volvía á ver su nombre impreso como en los buenos tiempos en que publicaba *Los caballeros de la navaja*, y por un fenómeno cerebral, al leer los anuncios que Verignon pagaba en buena

moneda ó en acciones liberadas, llegaba á figurarse que se trataba de alguna obra suya, y que aquellas *Minas de Sierra-Fuente* á que se encontraba unido su nombre, eran el título de algún drama de enredo, ó de alguna novela dramática que iba á publicar, y que ya se anunciaba.

Sentíase rejuvenecido y alentado por la buena fortuna; y el sillón, sólido y macizo, en que se arrellanaba en la hermosa oficina de la calle Taitbout, le consolaba de aquel otro sillón inaccesible para él, y con el que tanto había soñado al extremo del Puente de las Artes, bajo la cúpula de oro. ¡Bah! Sueños de ¡antaño. Al despertar en una gran sala perfectamente forrada, al entrar solemnemente en el local ocupado por la Compañía, con porteros más majestuosos que ministros, ordenanzas uniformados como generales y condecorados como diplomáticos, saludando al pobre olvidado y dándole el título de *señor Secretario general*, toda aquella nueva vida, desconocida y como oficial, volvía á Eugenio Feraud, alegre, vivaracho y animado. ¡Con qué gusto abrazaría á su Mecenaz, á su protector Vèrignon!

—¡Es particular! (decía á veces á Noris): Vèrignon me disgustaba antes con su cabeza calva, sus patillas grises y su aspecto entre clérigo inglés y *clubman* parisiense. Le conocía mucho; ¡he conocido á tanta gente!; y cuando le veía, procuraba no hablarle. ¿Sería yo necio? Y, sin embargo, á él, á ese querido Vèrignon, debo mi fortuna y la tuya. ¿Estás contenta, querida Noris?

—Sí, si tú eres feliz,—respondía su hija, siguiendo también con su mirada profunda una ilusión muy lejana y muy alta.

Lo que disgustaba algo á Eugenio Feraud es que no se le exigiera un gran trabajo en la calle Taitbout: no pretendía para su ancianidad una prebenda, y quería utilizar su energía. Cuando Vèrignon le encargó que redactase, para el mejor éxito del negocio y primera reunión de los accionistas, uno de los informes sobre las famosas minas de Sierra-Fuente, que se trataba de explotar en gran escala, el Secretario general lanzó un suspiro de satisfacción. Por fin iba á ser útil para algo. Por fin iba á demostrar lo que puede hacer un hombre que maneja ya la pluma en tiempo de los Soulié, de los Dumas y de Sué. Por otra parte, las minas de Chile eran su elemento. En Chile se desarrollaba la acción de su famoso drama inédito *La Serpiente roja*. Ciertamente nunca había visto á Chile; pero lo conocía mejor que los mismos alrededores de París. Había estudiado la lengua hispano-chilena, y todavía estaba en su Biblioteca el *Diccionario* del Padre Febres; conocía la fauna, la flora y los recursos industriales y agrícolas del país.

—¡Chile! ¡Si precisamente he escrito tres novelas cuya acción pasa en Chile!

—Las he leído (respondía Vèrignon), y por eso precisamente os propuse entrar en nuestra sociedad.

Decididamente era todo un hombre Vèrignon! ¡Haber leído las novelas chilenas de Eugenio Feraud, y recordarlás! ¿Cómo admirarse de que algunos hombres de negocios lleguen á ser veinte veces millonarios, si lo saben todo, si todo lo han leído, hasta las novelas americanas de un narrador que los modernos ¡imbéciles! desdeñan?... ¡Cómo iba Feraud á cuidar aquellos informes que

se le confiaban! Quería que fuesen unas verdaderas obras maestras.

Y en cuerpo y alma se consagró á aquellas cuartillas, en las que mezclaba pintorescamente el tecnicismo de las notas entregadas por Paludet, Ingeniero de minas, y una multitud de ricas descripciones que hacían concebir al lector la idea mágica de un Eldorado.

Inclinado sobre su papel, casi olvidado de que se trataba de un documento financiero, el viejo Feraud se congestionaba buscando, para retratar mejor las minas de Sierra-Fuente, adjetivos llenos de color como las cotarras que revolotean en los bosques de olivos y de mirtos. ¡Con su fervor de apóstol describía un paraíso á los deslumbrados accionistas; un suelo prodigioso, islas de verdura, manzanas del tamaño de la cabeza de un hombre, y albérechigos del peso de una libra!... ¡Con un solo árbol de las selvas chilenas, un misionero se había construido una iglesia completa de veinte metros de longitud, habiendo dado el mismo tronco y las ramas para las puertas, ventanas, altares y confesonarios! ¡En los Andes existían profusamente la plata, el cobre y el hierro; el mineral de oro brilla en la tierra como gusanos de luz iluminados por las estrellas; la plata de las provincias de Coquimbo y de Copiapo se exporta de Caldera por toneladas! ¡En Petorca, territorio de Chillán, minas de oro! ¡El lapislázuli exportado por quintales! ¡Las fortunas chilenas brotando de la tierra como la flor de azufre!...

Y Eugenio Feraud, embriagado en sus descripciones, seguía en ellas su vida de narrador y su labor de novelista, ó, mejor dicho, se convertía en novelista, y olvidado de todo, se lauzaba en lo des-

conocido que le atraía, recordándole sus relatos antiguos y sus invenciones juveniles, las heroínas pálidas y de cabellos de ébano, los jinetes voladores, los duelos á navaja, los combates á lazo, las marchas á través de las Cordilleras, las fugas y persecuciones en los desiertos, los disparos de fusil por entre los bejucos de las selvas vírgenes; todo lo previsto, lo banal y lo melodramático de la antigua novela americana, que veía florecer de nuevo con una realidad más exacta, ante los rayos de las cifras dictadas por Paludet y aumentadas por Vérignon, y la deslumbradora apoteosis de aquellas estadísticas asombrosas colocadas para servir de anzuelo á los suscritores de las Minas de Sierra-Fuente.

¡El viejo Feraud veía realizado su sueño! Aquellos nombres exóticos de profundas armonías, le agradaban como sus predilectos; «la plata de Charnasillo, el cobre en barras ó en bruto de Tres Picatas, el volcán de San Fernando, los bateleros de Río Claro», todo esto sacaba á escena, cual si se tratase de un drama, encontrando en su imaginación alegres ecos de monedas blancas, en las palabras tan frecuentemente repetidas: «Las Provincias Argentinas...» ¡Argentinas!...

Vérignon quedó entusiasmado cuando leyó el informe, y declaró que ningún documento financiero había tenido nunca ni podía tener aquellos giros ni aquel brillo. Con él podían cogerse millares de accionistas. ¿Cómo diablos el autor de semejante máquina no estaba aún en el Instituto? Nunca, nunca se había ejercitado el reclamo de tal suerte para un negocio. Sencilla é inocentemente, arrastrado por su propia literatura, embriagado de color

local, el bueno de Eugenio Feraud había convertido en timbales el cobre refinado procedente de las minas hipotéticas de Sierra-Fuente.

—¡Bravo, y adelante con la música! (decía Vérignon.) ¡Sigamos al mundo!

Lela y releía el informe que, con otros artículos de M. Feraud, iba á insertarse en el periódico *El Oro Chileno*, fundado expresamente para impulsar el negocio de las minas, y el mismo negociante se admiraba de los recursos pintorescos, del esplendor de adjetivos que el cándido novelista había arrojado á puñados para deslumbrar al lector.

—¡Habéis escrito una página magistral, mi buen Feraud!

—¡Oh! (respondía este modestamente, mientras su rostro se teñía de carmín): me he limitado á dar forma á vuestras excelentes notas y á las de M. Paludet. Las he revestido de alguna magia de estilo...., y he aquí todo. ¡El estilo engaña!

—¡Vaya si engaña.... afortunadamente!—murmuraba Vérignon entre dientes.

Pero no era un puesto en el Instituto lo que «el mágico estilo» debía proporcionar á Eugenio Feraud, sino un banco en el correccional. El desgraciado estuvo á punto de desvanecerse cuando, sentado ante su buró de tapete verde, con excelentes mapas de Chile y el plano de las minas de Sierra-Fuente en las paredes, vió entrar á un Comisario de policía, apoderarse de los libros de la Compañía, y enseñar al señor Secretario general un mandamiento para prender á «Feraud (Eugenio Felipe)», escrito con toda claridad.

¿Detenerle á él, al Secretario general?

¿Y con qué derecho?

¿Cuál era su culpa?

¿Qué ocurría?

El señor de Vérignon caminaba ya hacia Mazas en un coche y sentado entre dos agentes: Paludet se les reuniría allí después. Este derrumbamiento imprevisto alontó á Feraud, como la caída en un precipicio. ¡Él en Mazas! ¿No sería una burla estúpida?

La justicia tiene también sus equivocaciones, que habfan dado asunto, en el buen tiempo de las obras de imaginación, á novelas históricas y melodramas judiciales, *Galas*, *Lesurques*, *La Urraca ladrona*. Él era tan inocente, tan profundamente inocente, como la criada de Palaiseau. Por el resultado del error no se inquietaba: harto sabía que la inocencia se reconoce siempre en el acto quinto. La suya convencería á los jueces. Recomendaba á su hija la paciencia; y cuando le sacaban de su celda para llevarle á casa del perito que examinaba con lupa,—entomologista de los papeles de negocios—los libros de la Compañía de Sierra-Fuente, repetía á los polizontes y al perito: «¡Ha habido un error! Ya verán Vds. cómo se reconoce al fin». Dormía tranquilamente, y se había puesto á escribir en Mazas una nueva novela, inspirada en los últimos estudios que había hecho sobre Chile y los chilenos.

—No te apures (decía á su hija); que de aquí he de salir con mi honor ileso y con un buen libro.... *Doña Hermosa*.... Bonito título, y que hará pareja con el que me dió á conocer: *Dinorah ó los Filibusteros*....; *Dinorah*, un libro puesto en parangón con los de Fenimore.... ¡Y *Hermosa* será mejor aún!

Contaba á Noris en el locutorio las peripecias de la futura novela, y preguntaba qué decían los periódicos de su arresto.

—¿Supongo que no sospecharán de mí?

—No..., no... te lo juro.

—Pero hablan de mí.

—Sí; hablan.

—¿Por qué no me permites leerlos?

—¿Y á qué fin?

—¿Á qué fin? Porque esto conforta y sostiene.

Yo nada tengo que temer, porque no he hecho ningún mal..., ni Vêrignon tampoco, estoy seguro... Pero, á pesar de todo, quisiera persuadirme de que la prensa se porta bien.

Noris le llevó al cabo algunos raros periódicos favorables al autor de *La Serpiente Roja*, y Feraud se conmovió. En una crónica publicaba su biografía, y hasta hubiera publicado su retrato si él hubiese tenido la previsión de dar trabajo á los fotógrafos.

—¿No es esto curioso, Noris? (decía.) Publico cincuenta volúmenes, y no hablan de mí; me traen á Mazas, y publican mi biografía. ¡Es curioso, muy curioso!

Guardó el periódico, prometiéndose hacer una visita al *reporter* cuando saliera de la prisión. El periodista era tanto más amable, cuanto que Feraud no le conocía; siempre hay amigos ignorados.

—Vamos (repetía): ¡todavía hay buenos muchachos!

Estaba tan confiado, tan profundamente tranquilo sobre el resultado del proceso, que había logrado que Noris compartiera su confianza. Ella no sabía nada de cábalas financieras, y había visto

con espanto entrar á su padre en el negocio de las minas de Sierra-Fuente. Pero, en suma, Vêrignon no era un tunante, y Eugenio Feraud era un hombre honrado. En todo aquello debía haber una mala inteligencia, que sería seguida de un sobreseimiento.

—Ya ves, Noris (decía Feraud), si yo duermo tranquilo. ¡Una buena conciencia y una buena almohada, aun en Mazas..., y sobre todo en Mazas!

Tan completamente se abandonaba á su optimismo, que supo sin espanto que la causa pasaba á la sala sexta. De fijo será esto lo mejor: el debate iba á ser público, y lo que él decía ante un juez de instrucción y un escribano impasible, podría decirlo delante de la multitud: ¡y entonces se vería!

—Un juicio público.... mejor. ¡Es más franco y más claro!

Quería «confundir la calumnia» en una sala llena de gente; y hasta tenía sus quejas contra los jueces que le pedían cuenta de su redacción, del estilo de sus informes....

—Las gentes de toga no quieren á los literatos, y me buscan querellas literarias ahora. ¡Como si ellos entendieran algo de literatura!

Juzgaban sus informes *dudosos*.... Ya verían, ya verían cuando los leyese en alta voz en la audiencia.

Y el día de Febrero en que Noris, ansiosa, aguardaba la sentencia en un cuarto del *Hotel de Enrique IV*, Eugenio Feraud había tratado de leer y de imponer á la muchedumbre aquellos informes sobre las Minas de Sierra-Fuente, la plata de Copiapo y las pepitas de oro de Petorca, que los tercios jueces juzgaban defectuosos y culpables.

¡Culpables! Pues si siempre hubiese escrito con aquel calor, desde hace diez años figuraría entre los cuarenta.... ¡Sí, lo que él prefería entre todo lo suyo eran acaso aquellas páginas que le arrojaban al rostro!

Interrogado por el Presidente en la Sala, aquel pobre ignorante, niño de cabellos blancos y escasos y de tenaces ilusiones, había revestido una actitud desoladora. Con la necia vanidad de un artista por sus obras, se había sublevado torpemente ante las acusaciones: defendió sus informes y sus artículos del periódico *El Oro chileno*, no con la diestra entereza de un acusado que trata de deslizarse por entre los artículos del Código, sino con la terquedad de un autor cuya producción literaria se discute.

No, no: él no podía admitir aquella crítica de los magistrados; sabía perfectamente lo que valían sus informes. Eran prosa buena, muy buena.... ¿Qué necia querella le buscaban aquellos jueces?

Y cuanto más le acusaban, más se irritaba él, dando brevísimas respuestas, que daban á entender: «¿Qué sabéis vosotros de esto? ¡Yo he demostrado que sé escribir!»

Este sistema de defensa pareció deplorable é inconveniente. Inconveniente: esta fué la palabra. El acusado parecía desafiar al Tribunal, tratando obstinadamente de leer su prosa, queriendo conservar intacta su reputación literaria.

No admitía, ni admitiría jamás que se le pidieran cuentas de sus artículos. «Los magistrados no son críticos, ¡qué diablo!...»

Y cuando el Presidente ponía ante su vista las hipóboles de las descripciones exóticas:

—¡Bueno.... (respondía Feraud): yo he escrito

eso....: volvería á escribirlo, y nadie puede escribirlo mejor!

—Pero es que, á sabiendas, habéis pintado con tintas engañosas un país que no conocíais.

—He hecho lo que toda mi vida hice: he idealizado. ¡La realidad no es tan bella, y es preciso adornarla algo!

Esta respuesta había parecido de un cinismo sin ejemplo.

Tercero en su ceguedad, Eugenio Feraud había empeorado su defensa, y no encontró en sí mismo claridad alguna de apreciación hasta escuchar que le acusaban violentamente de haber mentido, engañando á sabiendas, y precipitado en la ruina á muchos pobres diablos por sus descripciones «embusteras». ¿Y se atrevía á mostrar vanidad literaria, cuando deliberadamente había arrojado á la miseria, tal vez al suicidio, á los desgraciados que tomaban sus «pálidas imitaciones de Chateaubriand» por artículos de fe?

¡La miseria! ¡La ruina! ¡El suicidio!

Eugenio Feraud abrió sus ojos extraviados ante aquella lluvia de acusaciones de nombres feroces: *complicidad, abuso de confianza, maniobras y promesas embusteras, robo...* ¡Ladrón él! ¡Cómplice de una sociedad de ladrones! Creía ahogarse cuando escuchaba á Vèrignon, que confesaba á medias, y acusaba á su vez, haciendo recaer sobre el señor Ingeniero de la Compañía y sobre el señor Secretario general la responsabilidad mayor.

Vèrignon adoptaba actitudes de angustia; estaba confuso, desconsolado, estupefacto. Decía que Eugenio Feraud conocía el país por haberlo estudiado á fondo; que los artículos del periódico, basados

en los datos del señor J. B. Paludet, le parecían absolutamente verídicos. El mismo, Vérignon, había sido engañado, no pudiendo sospechar que el Secretario hiciera insertar en un periódico serio lucubraciones de novelista.

—Pero si vos me dictábais esas lucubr....

Pero el Presidente le cortaba la palabra. Entonces, tosiendo, ahogándose casi, el pobre hombre sentía que la sangre se agolpaba en su cabeza y se veía sujeto, como si lo estuviera á una picota, á aquel miserable negociante despreocupado, elegante, queriendo manejar al Tribunal como á una asamblea de sus accionistas. ¡Cómplice y engañado por él!... ¡Asunto de Vérignon y consortes! ¡Ah imbécil, imbécil y ambicioso viejo!

Todo le parecía girar en torno suyo, y ni veía ni oía. Los jueces, Vérignon, el ingeniero Paludet, se le aparecían como una especie de niebla, como siluetas fatuas. Quería levantarse, gritar, jurar que era inocente, y comprendía que no podría hacerlo, y que antes de decir una sola palabra rompería á llorar como un cobarde, delante de todo aquel público, cuyos confusos murmullos le envolvían de una manera insultante.

Sufría moral y físicamente, amenazado de una apoplejía, y sólo abrigaba una idea: su hija. Aquella pobre Noris, que aguardaba sin duda en algún rincón de aquel siniestro Palacio, y que había hecho bien en no penetrar en la sala para ver á su padre abofeteado públicamente, como Vérignon y como el otro loco, traficante de su ciencia y de su título; para ver aquel espectáculo innoble: el honor sencillito sentado sobre el mismo banco que un miserable corredor de valores falsos.

—Felizmente (pensaba Feraud, temblando de dolor y de vergüenza, mientras que hablaba el Procurador general), felizmente *la pequeña* no escucha esto.

El pobre diablo había pasado por tres fases sucesivas durante aquel día: la cólera literaria ante la burla que producían sus escritos; la estupefacción espantosa ante las semiconfesiones y las acusaciones de Vérignon; el aniquilamiento bajo la requisitoria del Procurador.

La sentencia dejó á Feraud inmóvil, como si hubiera recibido un golpe de maza: el buey, antes de desplomarse, tiene pesadas oscilaciones.

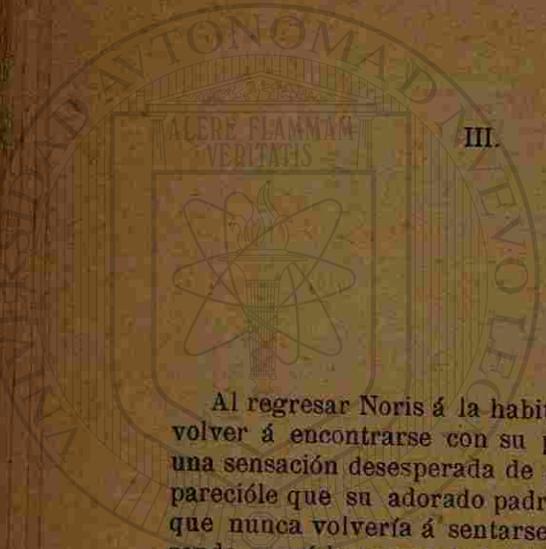
¡Cinco años de cárcel! ¡Cinco años! ¡Como Vérignon y como Paludet, *sus cómplices!* Eugenio Feraud movió la cabeza en torno suyo, y, desplomándose como una masa inerte, cayó desde su banco al suelo. Se le juzgó muerto.

Conducido fuera de aquel lugar, con el chaleco abierto y la corbata arrancada, volvió en sí, y sin decir una palabra se dejó llevar y subir al coche que había de llevarle á Mazas. Los guardianes se guiñaban el ojo, y uno, anciano, dijo al otro:

—Algunas veces, los que tienen, como éste, el aspecto de idiotas, son los peores.

Ya en su celda, arrojado Feraud sobre su mezzuino lecho y con la mirada fija en la pared, repetía un nombre entre sus convulsos labios, víctima de un temblor senil:

—¡Dinorah!... ¡Norah!... ¡Mi pequeña Noris sola en el mundo!... ¿Qué va á ser de ella?



III.

Al regresar Noris á la habitación en que soñó volver á encontrarse con su padre, experimentó una sensación desesperada de aislamiento y vacío: parecióle que su adorado padre había muerto, y que nunca volvería á sentarse junto á ella. Sollozando, cerró la puerta de la alcoba en que ella creyera que dormiría aquella noche; aquella alcoba oscura y fría á la sazón. Encendió una lámpara, y contempló un momento con ojos llorosos un retrato de Feraud, en que se representaba á este moreno, grueso y barbudo; pero de aspecto tímido y honrado. ¡Querido padre! ¡Sólo á aquel retrato podría la joven besar por las noches antes de dormir!

Y permanecía fija ante aquel retrato, hablándole en voz baja, mientras que por la entreabierta puerta se escuchaba ir y venir á la buena Victorina, llevando el servicio de mesa. Entonces recordó que había encargado para Feraud uno de sus platos predilectos, un pollo, que Victorina había prepara-

do la víspera, y que aguardaba á quien no había de acudir. Noris sintió que el corazón se le oprimía al penetrar en aquel comedor donde se había puesto cubierto para su padre. La criada acababa de encender la lámpara de cobre que colgaba del techo, y la luz, débil aún, caía sobre aquel puesto vacío, aquella silla sin dueño, aquella servilleta doblada, aquel cubierto inútil que Feraud no había de tocar.

—Llévate eso, Victorina (dijo Noris dulcemente); me hace daño verlo.

—Pero la señorita cenará.

—No tengo ganas.

—Sin embargo, es preciso comer y sostenerse.... Hace poco me lo decíais en el coche.... La sentencia no es definitiva.... Gracias á Dios, ¡aún hay esperanzas!

Dinorah comió maquinalmente algunos bocados, porque le urgía escribir á aquel príncipe de Chantenay que encarnaba para ella todas sus esperanzas á la vez, y que frecuentemente le había dicho con una voz muy dulce: «¡Señorita, yo soy vuestro mejor amigo!»

—Un amigo.... En el pensamiento de Noris, en sus sueños secretos de doncella, el príncipe René Beaumartel de Chantenay era algo más que el amigo fiel: era el ideal vivo de los sueños de la colegiala que edifica un porvenir al convertirse en mujer. Sin que él lo supiese, era la novela de aquella cabecita morena, exaltada y encantadora.

Noris reunía en sí las buenas cualidades y los defectos de las dos razas de que procedía: era apasionada como su madre la criolla, y soñadora como el bretón que durante toda su vida había mezclado

las aventuras exóticas con las hermosas ficciones de la antigua Galia. Por ley natural, tal vez se asemejaba más á su padre. En aquella alma y aquel cerebro de joven había el mismo romanticismo, las mismas quiméricas ilusiones que en la cabeza gris de Eugenio Feraud: soñaba como él en eldorados fantásticos, y ambicionaba, no la gloria que su padre había ambicionado, sino el amor. ¡Era digna hija de aquel forjador de novelas imposibles! Ella se forjaba también aventuras inverosímiles, de las que habían sido pagadas á su padre á tanto la línea, y que ella podría acaso pagar á tanto de lágrimas por pulsación de fiebre.

Desde sus primeras lecturas en aquel ambiente particular que la envolvía en libros y papeles ennegrecidos, desde sus primeros sueños de niña, que crecían con ella, había visto pasar, iluminado por la luz crepuscular, al príncipe encantador de los cuentos de hadas, al príncipe azul del mundo de los encantos. No tenía aún diez y seis años, y soñaba con él; aparecía, sonreía, mostraba su hermoso traje, y se evaporaba como el agua del charco ante el calor solar. Ella no sabía cómo se llamaba, ni dónde vivía, ni si era rubio ó moreno, el príncipe azul de sus sueños de niña y de joven; pero sabía que habitaba en el mundo, acaso muy cerca de ella, y esperaba encontrarle, para decir:

—Aquí está... Le he reconocido, y le amo.

Acaso, sin embargo, no le encontraría nunca, pues Dinorah sabía que no habitaba el país de las hadas. Y se resignaba diciendo que si el príncipe azul no pasaba por su lado, se consolaría amando al príncipe de aquellos cuentos que le referían Victorina y su padre, y seguiría amando al príncipe de

la montaña de marfil, del pájaro azul y de los jinetes del amor.

Noris se dejaba mecer por aquella dulce voluptuosidad de lo imposible, de la magia y del sueño. Su príncipe azul podría muy bien no ser príncipe, con tal de poseer el don de hacerse amar.

Y Noris le aguardaba sonriente, mientras hacía el lazo de la corbata á su padre ó le levantaba el cuello de la levita, diciéndole:

—Ponte elegante, que quiero que seas hermoso, hermoso....

—¿Como el príncipe azul?—decía el viejo, sonriendo también por los sueños de su hija.

Aquella niña, convertida en mujer, se había turbado un día pensando en el guapo joven, elegante aunque algo altanero, á quien había cono- cido en casa de Vérignon, y cuyas miradas á la par simplicantes y duras se habían fijado en ella.

Las primeras veces que le había visto no había preguntado su nombre, y cuando le habían nombrado «príncipe de Chantenay», Noris se había echado á reír, después había palidecido, sintiendo escalofríos en la epidermis, y conmovida, temerosa hasta la superstición, había vuelto á su casita de la calle Brochant, deletreando las sílabas de aquel nombre: *¡príncipe de Chantenay!*

¿Sería acaso el príncipe azul?

Noris le había vuelto á ver varias veces en casa del fundador de la sociedad minera de Sierra-Fuente, donde éste reunía, como todos los poderosos improvisados y millonarios de casualidad, á «todo París», ya que no á todo el mundo. El príncipe de Chantenay, joven á la moda, muy conocido, y cuyos vestidos y gemelos de camisa causaban sensa-

ción entre los *reporters* de la *high life*, concurría gustosamente á aquellas reuniones. Despreocupado por carácter, los artistas le divertían, los rentistas podían serle útiles, y lo mismo mataba el tiempo en casa de Vérignon que en el círculo: ya se llamase la mujer la señorita Feraud, ya Blanca Tripier, tan contento hablaba con la una como con la otra. Tampoco le disgustaban á veces las conversaciones serias, para variar de las sostenidas en los escenarios de los teatros pequeños y en los palcos de la Ópera. Á los veintitres años estaba ya cansado de las muchachas á la moda y de las mujeres mundanas.

Vérignon debía tener algún segundo pensamiento respecto de aquel príncipe al invitarle á sus *soirées*, cuyas descripciones daban ancho campo á los revisteros. El Príncipe, como era rico, se dejaba ver algunas veces en la Bolsa y podía muy bien meditar alguna operación financiera. «Príncipe Beaumartel de Chantenay.» Hermoso nombre para figurar en un prospecto. Entre tanto, el Príncipe iba allí, como á todas partes, arrastrando su vida, descansando del club en casa del banquero, y burlándose, al volver al club, del Turcaret de quien acababa de separarse.

Lo que más le agradaba en casa de Vérignon era aquella hermosa muchacha, rara, inquieto, llena de atractivos, que asistía del brazo de aquel buen hombre de barba gris, encorvado y torpe. ¡Era encantadora aquella Noris Feraud!

—Un verdadero tipo es la pequeña,—decía el Príncipe.

La «pequeña» era alta, gallarda como una figura del Renacimiento, algo flaca, pero deliciosa; los cabellos ensortijados á ambos lados de la frente,

según la moda del primer Imperio, grandes y negros ojos investigadores y crueles al parecer, hasta en sus sonrisas, y, en realidad, muy buenos y muy francos; la nariz fina y algo larga, una cabeza de árabe morena, los labios arqueados, irónicos é inquietos; Chantenay encontraba en aquella fisonomía algo exótica, un encanto embriagador, extraño y lleno de viveza.

—Es de raza esta niña (pensaba Chantenay, evocando con la imagen de Noris la idea de un caballo de pura sangre); ¡diez y nueve años, y se peina como una abuela!

Pensando en aquel cabello negro y aquellos ojos sombríos, se despertaban en él todas las curiosidades de glotón de veinte años, y, si no hubiera sido ridículo en él, en él, que se envanecía de no haber dado el primer paso en amor, habríase creído enamorado.

¡Enamorado de la hija de un emborronado de papel nada conocido, él, que sucedía á su padre en los caprichos de las mujeres del teatro y de la nobleza! ¡Enamorado el príncipe René, *la flor del chic*, como se le llamaba en el salón de baile y en otras muchas partes! ¡Qué locura, si no fuera imposible, evidentemente imposible! Él mismo se burlaba de aquella turbación particular, de aquella intranquilidad que sentía al pensar en la joven medítabunda y sonriente; pero de esto á enamorarse de «la pequeña»...., ¡qué desatino!... Que fuera á casa de Vérignon, menos por el banquero que por ella; que escuchase con dulce estremecimiento á Dinorah cuando cantaba al piano, con su voz profunda y arrebatadora; que le causara placer hablar con la joven en voz baja, y adivinarle en los ojos el

pensamiento; que el contacto de su mano en un baile le causara una impresión inesperada y deliciosa...., el Príncipe no hubiera vacilado en confesar que todo esto le producía una verdadera embriaguez. Pero de esto al amor había notabilísima distancia, á Dios gracias, y el príncipe Beaumartel de Chantenay, el guapo y corrompido joven de veinte años, no se dejaba coger tan fácilmente en el lazo.

Lo más grave era que Noris, menos experta en aquella esgrima, sentía, al ver á Chantenay, una satisfacción singular, sencilla en un principio, febril después. Viviendo siempre sola con el fabricante de folletines, nunca había penetrado en otro mundo que el de las novelas y los libros: todos sus placeres y todas sus alegrías eran sencillamente literarias. Pasando las noches en el teatro y los días en el Louvre; empleando meses enteros en copiar los folletines de que Feraud quería conservar el borrador al darlos á los editores, ella sólo conocía de la vida lo que aquel anciano, que no sabía nada, le había enseñado. Su presentación en casa de Vérignon, donde Feraud, orgulloso de su hija, la obligaba á cantar, y las frases lisonjeras del joven Príncipe, banalidades de madrigal que hubieran parecido ajadas como un ramo de flores viejo á una bailarina, parecían á Noris algo perfumado y exquisito, que se repetía después con rubores y miedos, como si hubiera respirado un saquillo de esencias procedente de él.

La lisonjeaba, por otra parte, que el Príncipe se ocupase en ella más que en tantas otras mujeres bonitas y célebres, cómicas y cantantes, que Vérignon reunía en las fiestas dadas en sus salones del

boulevard Haussmann, en aquellos salones tan profusamente dorados, como si todas las pepitas de Sierra-Fuente hubieran contribuido al adorno.

Dinorah sabía que el joven Querubín arrastraba los ojos y los corazones; siendo en París lo mismo que su padre había sido veinte años antes. Esta dinastía continuaba, mientras todas las demás se deshacían, y *Flor del Chic* florecía entre los escombros, al hundirse cuanto el General príncipe de Chantenay había antiguamente amado.

En el gran salón de su palacio, cuyos balcones miraban al parque Monceau, el retrato de cuerpo entero de un hombre de cincuenta años, con uniforme de General, llevado más como el frac en una reunión que como una vestimenta reglamentaria, mostraba sus ojos fijos de un azul pálido. Rostro sonriente, bigotes rubios y retorcidos en punta, dejando ver sus labios pequeños, burlones, pálidos y anémicos. Toda la vida de aquel hombre, joven aún, pero gastado evidentemente, soldado pálido por las noches de baile y no bronceado por los días de marcha, parecía haberse refugiado en sus pupilas claras, extrañamente pensativas y de mirada cansada. Derecho y altivo, aquel General cortesano, calvo, y peinándose junto á la frente unos mechones rubios, —retrato que, según la frase consagrada, estaba hablando, —transparentaba el desdénoso disgusto que sentía por la vida. Se adivinaba en aquel soldado con la espada en el cinto y su bastoncillo en la mano, una especie de *clubman* disgustado, valiente, seductor y capaz de jugar su vida á una carta.

Tal era el padre.

Flandrin había pintado aquel retrato cuando el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

29835

general príncipe Beaumartel de Chantenay marchaba á Dresde, encargado de asistir como representante de la corte de Francia al casamiento de una princesa sajona con un archiduque de Austria. M. de Chantenay personificaba entonces, á pesar de su medio siglo, que para él hubiese debido contarse doble, todas las elegancias francesas: ese algo fino y orgulloso que se encuentra hasta en los desórdenes de un Richelieu ó la brutalidad de un Lauzun. Gran señor de maneras distinguidas, capaz de oír y de hablar el argot del boulevard y hasta el de los barrios bajos, como oía y hablaba la jerga de la caza y del turf, el príncipe de Chantenay era á los cincuenta años el tipo completo del francés envidiado, imitado y objeto de adulación. Medio diplomático y medio soldado, valiente con la espada, que manejaba con igual facilidad que la pluma, después del 1852 había figurado en las asambleas parlamentarias. En las comisiones del Palacio Borbón paseaba con su elegancia desdeñosa, disgustándose pronto de las vulgaridades de la política, y tan fuera de lugar se había encontrado entre aquellos burgueses satisfechos que le saludaban respetuosamente, como en el Faubourg, que le cansaba. Para ocuparse en algo, se había casado con una alta dama de provincia que le había parecido bonita, y que le cansó en breve, y reclamando servicio activo al ocurrir la guerra de Crimea, tomó en sus cuadras un caballo de carrera para caracolear en el estado mayor del mariscal de Saint-Arnaud, salvar las alturas de Alma, y tomar parte en el asalto de Malakoff, sonriendo como si estuviese en una fiesta hípica, al frente de los zuavos, y caer á tierra, al estallar un obús, con una herida en la

frente y una bala en el vientre. El día anterior le habían comunicado el nacimiento de su hijo.

En la ambulancia, adonde fué conducido el príncipe de Chantenay, pidió un espejo y quiso mirarse; pero la sangre, corriéndose desde la frente á la mejilla, le mojaba los bigotes. Entonces hizo buscar vinagre de tocador, mojó su pañuelo en el agua de Lubin, lavó su herida, y escribió dos cartas, una á la Princesa, á la cual conocía muy poco, y otra á aquel hijo á quien no conocía ni había de conocer jamás: cerradas ambas cartas, se tendió en su lecho de campaña, y cerró los ojos como para dormir.

Se sentía perdido.

Uno de sus antiguos camaradas de África, el coronel Robin, acudió á cumplimentarle en nombre del Comandante en jefe.

—Dale por mí las gracias, Robin (dijo el Príncipe). ¿Y los señores rusos? ¿No han hecho saltar nada hasta ahora?

—Nada.

—Son muy capaces de ello, porque son valientes esos condenados. ¿Luego he visto la toma de Malakoff? Esto bien vale por un baile de la Ópera.... ó más. ¡Adiós, Robin!

—Á más ver,—dijo éste.

—¡Ah! Tú crees que se vuelve uno á encontrar.... ¡Bah!.... Para las gentes á quienes había yo de encontrar, es preferible que acabe todo aquí.

Sólo recobró su seriedad para decir á su ayudante, el joven marqués de Ferdys, herido también, y que se hallaba á su lado con la cabeza envuelta en trapos y su brazo en cabestrillo:

—Una cosa me disgusta, querido Ferdys, y ya

la comprenderéis al pasar de los cuarenta. Me hubiera divertido ser padre.... Viejo Robin, si vives bastante para conocer á mi chico hecho hombre, y vos, Ferdys, que veréis salir el bigote al mamón, decidle que procure vivir mejor que su padre, y que se contente con morir como él: limpiamente. Dejadme dormir ahora, y descansad, Ferdys.

Enfrente del retrato de aquel hombre, en un marco dorado que le servía de *pendant*, se veía la imagen de un joven de veintitres años, rubio, de una palidez triste y ojos fatigados, pero elegante y fino, pintada por Cabanel, como la otra lo había sido por Flandrin. Había en la actitud algo altiva del *clubman* como un reflejo de la singular elegancia del Príncipe muerto. El mismo talle delicado, muñecas débiles y pies pequeños, y aspecto nervioso. La melancolía burlona del hombre arrojaba en aquellas facciones juveniles una especie de cansancio precoz y de disgusto pesado, y aun de sombría tristeza: sus labios eran más rojos por la sangre materna. El gabán, estrechamente abotonado y entallado, carecía de la descuidada elegancia del uniforme de su padre. El cuello recto y cortado en las puntas, según las reglas. Un verdadero grabado de modas, traducido y corregido por un maestro.

Éste era el hijo.

En un fondo de tapicería de tono oscuro, el joven Príncipe se había empeñado en que el artista pintase heráldicamente las armas de Chantenay-Beaumartel, como sus criados las representaban diariamente en arena sobre el suelo de su cuadra. El Príncipe conceptuaba aquel blasón como una aureola, y en todas partes se veía en su palacio el mar-

tillo de oro de los Chantenay, de que hablan Alberto de Aix y Guillermo de Tyr en la *Historia de las Cruzadas*.

Los Beaumartel de Chantenay llevaban en azul el martillo de oro, desde que su antepasado Engelberto, en el palacio de Salomón y un sábado 16 de Julio, había golpeado á martillazos á los sarracenos al lado de Arnoul de Roie y de Roberto de Flandes en la primera Cruzada: «Entonces, á despecho de la bandera de Tancredo, que cubría á los malvados, Engelberto golpeaba sobre la mala raza de los sarracenos, y á sus golpes fueron destruidos para la liberación de la ciudad santa muchos gentiles que gritaban en su jerga: «Beaumartel (1), que »tomas nuestras espaldas y cráneos por yunque, »perdónanos por piedad y haznos gracia». De aquí que el nombre de *Beaumartel* quedase para siempre al señor de Chantenay».

El pequeño René conocía vagamente estas historias, y su mano fina y cubierta de guante no habría podido levantar siquiera el martillo de hierro de aquel Engelberto, dormido hacía ya siglos. La herencia de familias diversas mezclaba la sangre en sus venas, y á la impertinencia del difunto duque Gerardo reunía el joven Príncipe la frialdad y la rareza casi moscovitas de su madre, descendiente á su vez de los grandes maestros de los hombres de armas, educada por una institutriz francesa en el castillo de Wenden, junto á Riga; extraña criatura, con tristezas frías como una niebla del Báltico y ardores de nieve fundida. La Princesa, que no había dado que hablar de ella desde la muerte de

(1) Martillo hermoso.

su esposo, vivía con su hijo, sin verle apenas, entre religiosa y morfeómana, fumando cigarrillos, reclinada sobre un canapé, como una de esas rusas que parecen orientales conservadas en hielo. La Princesa pasaba por inspirar algún terror á su hijo, aunque éste no temía á nada ni á nadie, fuera de la pasión y del ridículo, dos verdaderos vicios para él.

Tal era el príncipe azul que Noris había visto aparecer, como el rey encantador que se presentaba á Florina en los cuentos, con corazones de rubíes sujetos por cadenas de perlas. Le había amado inmediatamente, y él la había turbado hablándola un lenguaje completamente nuevo; sabiendo con su destreza mundana tocar hábilmente la cuerda sensible, y divirtiéndose con aquello que era para él como un entreacto en que se habla con confianza y por matar el tiempo, y para ella la obra misma en cuya representación ponía toda su alma. Él le había dicho repetidas veces, y al parecer con sinceridad, que deseaba la ocasión de mostrarle su adhesión, mayor cada día, tanto á ella como á su padre.

—¡Probad, y os convenceréis!

—Espero no necesitar poneros á prueba.

Y como Noris sonriese entonces, él decía seriamente:

—¡Quién sabe!

Y cuando Noris repetía á su padre, el Señor secretario general de las minas de Sierra-Fuente, las palabras del Príncipe, aquel movía la cabeza con aire de suficiencia.

—¡Ves, Dinoreta, lo que son las cosas de este mundo?... Si necesitase de alguien, no le encon-

traría: ahora que, gracias á Vérignon, no necesito de nadie, gracias á mi soberbio empleo, encuentro nada menos que un Príncipe pronto en mi auxilio. ¡Y qué Príncipe! Una verdadera potencia hoy....

Desde el arresto del desgraciado, Noris había recordado frecuentemente las frases de Eugenio Feraud:

—¡Una potencia!

Y se aferraba á aquella frase como á su última esperanza, para que protegiese á Feraud y la apoyase á ella en sus protestas contra aquel acto inicuo. Confiada ella exclusivamente en René, se decía que un hombre de su rango, un Príncipe tan bien relacionado, todo lo podría, hasta salvar de su hundimiento á aquel pobre hombre á quien cruel y estúpidamente se deshonoraba. En el cuarto del *Hotel de Enrique IV* había pensado en un principio ir directamente á casa del señor de Chantenay, para que éste hablase á los jueces. ¿Qué mejor ocasión de demostrarle su propósito de servirla? Hasta entonces nada había intentado ni pedido, por parecerle que esto hubiera sido poner en duda la buena causa del acusado: la inocencia de su padre debía brillar ante la luz del día en pleno tribunal. Estaba tan segura como Feraud de que aquel proceso constituiría un triunfo, de que saldría con la frente muy alta.

Pero ya era necesario intentarlo todo para que se hiciera justicia al sentenciado.

Cierto que no tenía título alguno para presentarse en el palacio de Chantenay: en la amiga, como él la llamaba en sus conversaciones, habría de ver á la pretendiente. Y, sin embargo, tantas

veces había repetido: «Quisiera demostraros cuánta afección y... amistad tengo hacia vos», que bajo aquel nombre de «amistad» parecía ocultarse otro sentimiento muy singular, intranquilo y dulce, á pesar de cierto sufrimiento cuya profundidad no se atrevía ella misma á examinar, porque la turbaba y obraba en ella como una pesadilla.

Y ¿por qué vacilar en acudir á un Chantenay, cuando se trataba de la libertad de su padre?

Noris carecía en París de parientes y amigos. Desde muchos años antes de encontrar á Vérignon, Eugenio Feraud vivía como un salvaje, buscando sólo la soledad al lado de Noris. Pero no es así como se crean protecciones, y aquel sexagenario necesitaba que se le protegiera, que se le levantara como á un niño caído.

Y esto, el Príncipe podría hacerlo, si se le antojaba.

Dinorah recordaba las frases que René murmuraba á su oído, entre dos romanzas cantadas en casa de Vérignon, ó mientras que algún músico tocaba al piano alguna sinfonía inédita ó un aria de ópera, aguardando empresario; protestas que le deslizaba en voz baja el príncipe de Chantenay, sentado detrás de ella, y reclinado sobre el sillón en que Noris se abanicaba soñando.

La joven ignoraba á punto fijo si era la música que escuchaba ó las dulces frases del joven lo que más le seducía. Las frivolidades del Príncipe daban un sentido más distinto á la melodía que vibraba entre las bujías de las arañas; la música subrayaba con su encanto sensual las galanterías de salón que pronunciaba M. de Chantenay. Y Noris volvía llena de turbación á su casa de la calle Brochant, pre-

guntándose si el Príncipe le había dicho claramente que la amaba.

No, no se lo había dicho: ella habría interrumpido la declaración al escaparse de los labios del joven; pero éste había dicho y repetido, lo recordaba como si lo estuviera oyendo, cuánta era su lealtad hacia ella, y la rogaba que dispusiera de él sin temor, si alguna vez....

¿Preveía que el honor del viejo pudiera verse comprometido algún día? ¿Conocía bien á Vérignon? ¿Qué quería decir el Príncipe al expresarse como se había expresado?

Noris no intentaba saberlo; conocía que podría dirigirse á él, y, hecho el ofrecimiento, iba á ponerle á prueba.

Sólo que lo haría por escrito: su confesión, ó, mejor, su súplica sería más fácil confiada al papel. Cara á cara no podría hablarle; si él la miraba con sus ojos de cristal azul, algo duros, no podría explicarle por qué se dirigía á él como el único ser en quien tenía confianza. Temía decir demasiado, y que su secreto se escapase con la sangre de su corazón. Una carta no lo dice todo; pero puede decir lo suficiente.

Y Noris, mientras escribía, se repetía, para darse valor, las palabras del Príncipe: «No tenéis mejor amigo que yo...» El mejor.... ¡si la pobre niña no tenía ninguno! ¿Y si M. de Chantenay no le contestaba?... Pero sí contestaría: estaba segura de ello.

La carta, rápida, elocuente como un grito de desesperación, pintaba en pocas palabras la sombría realidad: ella, medio loca; Feraud aniquilado con la sentencia. Dossers heridos simultáneamente

en el corazón por la sentencia. ¡Y ambos, tanto el padre como la hija, inocentes! Antes de apelar de los jueces de hoy á los jueces de mañana, Dinorah Feraud se dirigía al príncipe Beaumartel de Chantenay. Sola, aterrada, miraba en torno suyo buscando un sostén, y hasta perdonaría al miserable Vérignon,—en cuya casa se habían conocido,—la innoble aventura en que había precipitado al anciano, si el príncipe de Chantenay, fiel á su promesa, acudía á ella á la primera noticia de un peligro.

Terminada la carta, se la entregó á la vieja Victorina, que aguardaba mirando á la señorita cerrar el sobre, y tomó aquel papel cerrado como habría tomado la receta de un médico, para marchar apresuradamente á que preparasen la medicina, mirando lo escrito en el sobre con respeto supersticioso. Le parecía que entre sus manos llevaba la salvación del señor.

—Anda ligera, Victorina.

Y Victorina no hacía otra cosa desde por la mañana, sin gran resultado.

La vieja desapareció, y Noris la vió alejarse como una sombra nocturna, pasando la verja del parque, y volvió á la mesa, mirando el lugar desierto que su padre debía haber ocupado.

Sus fuerzas se habían extinguido. Bajo la lámpara que iluminaba su cuello, de una blancura láctea, con sus cabellos negros que se desanudaban, dejó caer la cabeza entre las manos; y rompió á llorar sobre aquel mantel donde Victorina había puesto cubierto para el desgraciado que se hallaba en un calabozo de Mazas, servido por algún carcelero, logrando que su crisis nerviosa se desahogara

en un mar de lágrimas. Y en aquel aislamiento que le producía la atroz sensación de hallarse huérfana, la hermosa criatura, de orgullosas energías, no tenía en sus labios, en su llanto y en sus gritos más que estas frases de niño, entrecortadas desde el fondo de su dolor, como si salieran de una cuna:

—¡Papá!... ¡Querido papá!... ¡Papá!...

Y le parecía que iba á escuchar aquel llamamiento infantil, que antiguamente le hacía acudir, cuando ella tenía miedo ó sufría algún dolor, y que, abriéndose de repente la puerta, la cogería entre sus brazos y le gritaría, besándola en la frente: «¿Estás loca? ¡Si me tienes aquí! ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho, Noris mía?»

¡Pobre Eugenio Feraud! ¿Podría siquiera volver á verle?

por los diarios el resultado del proceso, el señor de Chantenay leyese la carta, que estaría ahora, quizá, en la habitación del portero.

¡Los diarios! *El Derecho* «Asunto Vérignon y consortes». ¡Qué dolor el suyo cuando al día siguiente desplegó esas hojas de papel donde casi á cada línea encontraba el nombre de su padre, y donde leyó la sentencia de los jueces con sus *considerandos* insultantes y desapiadados! ¡Se le había además condenado á una multa al pobre diablo, que tenía apenas ante él la posibilidad material de algunos años de existencia; aquel galeote literario, que, después de una larga vida de remero de papel, hubiese podido vivir sin demasiadas privaciones á condición de haber colocado en renta vitalicia sus escasas economías!

Dinorah encontraba inicua y tonta á la vez esta condena que, á Dios gracias, se decía ella, no tenía nada de definitiva. Después de una noche de atroz insomnio en la soledad de aquella habitación, la joven estaba levantada desde el amanecer, segura de que el señor de Chantenay contestaría á la carta de la víspera. Toda la mañana se pasó esperando esta carta, y en leer y releer y subrayar de sollozos ó de cólera la reseña del proceso. Al mediodía, y vista la insistencia de la vieja Victorina, Noris se puso á la mesa y comió rápidamente. Tenía prisa de ir hacia Mazas, á ver si podía hablar á su padre. En adelante haría á menudo este viaje á la prisión. Todo lo que ella pudiera dar de su vida al desgraciado, lo daría, dispuesta á compartir con él su detención, si se lo hubiesen permitido.

Esperó todavía algún tiempo, confiada en que llegaría carta del príncipe de Chantenay, quien ya

## IV.

La criada volvió al cabo de un cuarto de hora, toda desconcertada, «la sangre helada», decía. El príncipe de Chantenay no estaba en el hotel ni volvería por la noche; no podría tener conocimiento de la carta hasta mañana. El portero había preguntado á Victorina si se trataba de un socorro.

—Si V. quiere, sí; un socorro.

Entonces el portero había reído bastante insolentemente. ¡Se fatigaba tanto al Príncipe con estas peticiones! ¡Si el señor de Chantenay fuese á dar á todos los mendigos que le suplicaban, su fortuna no bastaría!

Había tomado la carta de la señorita por la de una mendiga. ¡Son bestias estos porteros!

Y Noris, escuchando, se decía que, después de todo, ella también mendigaba como esos solicitadores despreciados de esa turba de sirvientes de librea. Le faé preciso cambiar su altanería en oraciones. Ella hubiese querido que antes de conocer

debía haber leído ahora lo que ella le escribió ayer. El tiempo pasaba; Noris se decidió á marchar. Pero á la puerta de Mazas tropezó con una imposibilidad que no había previsto. No se ve tan fácilmente á los prisioneros.

¿Tenéis un permiso?

No, no tenía nada. Llegaba allí naturalmente, y con una imperiosa necesidad de abrazarse al cuello del anciano, y decirle que, aunque fuese abandonado del mundo entero, le quedaba ella, su hija. Era necesario un permiso para esto. Las familias podían hacer visitas á los prisioneros tres veces por semana.

—No tenéis más que escribir. ¡Se os responderá!

—Pero hoy....

—¡Oh! ¡hoy, imposible!

—Pero es mi padre.... ¡Yo querría ver á mi padre!

Noris debió ver en la sonrisa ligeramente irónica del guardián, al que hablaba, que «los padres» en Mazas eran presos como los demás. No era la única hija que fuese allá á suplicar con los ojos amoratados.

—Escribid, os digo; escribid.

¡Escribir como al señor Chantenay! ¡Esperar aún una respuesta, y sentir pasar el tiempo en un olvido horrible! En adelante se reduciría á suplicar. Nánfraga y obligada á luchar en aquel mar humano, ¿quién escucharía sus súplicas entre el estruendo de la multitud? El Príncipe no la escuchaba ni la respondía. ¡Había puesto en él una confianza tallada en Noris caía del alto de un sueño. ¿Pero habría leído la carta? ¿Estaba en París? Ella se hubiera pre-

sentado en el hotel de Chantenay si se hubiese atrevido.

Al menos, el permiso que pedía para ver á su padre le estaba concedido. Iba á encontrarse ante él, ¡á poder hablarle! Hubo entre estos dos seres, cuando se volvieron á ver por la primera vez á través de la rejilla y los barrotes de una celda de locutorio, una escena dolorosa. Ella vislumbraba en una penumbra el rostro pálido y consumido de su padre: hubiese querido abrazarle, y el espacio vacío, una especie de hueco entre las dos celdas, se lo impedía. Entonces se consolaba, lanzaba sus palabras de esperanza á través de la reja, escuchaba la voz insegura del pobre diablo, diciendo: «Tú sabes que soy inocente. ¡No tienes que avergonzarte de mí! Vêrignon es el canalla. Yo no sabía...., yo era demasiado bueno, demasiado bestia.... ¡Ah, viejo imbécil, viejo imbécil!»

Noris volvió lo más á menudo posible, en los días reglamentarios, yendo á esta prisión como á una peregrinación á un cementerio. Se apresuraba: estos días pedía á Victorina que preparase un pastel para dárselo al guardián, pero que llegaría á manos de Feraud. ¿Para qué, si él no comía? No tenía apetito; no tenía más que una idea: redactar una memoria justificativa, acudir en apelación. Su abogado le decía que en apelación se le haría justicia.

—Estoy segura de ello,—repetía Noris.

Experimentaba un verdadero ahogo al penetrar en la prisión, llena de un aire caliente, espeso, que la apretaba las sienes, y apenas la pesada puerta guarnecida de clavos enormes, franqueada á las miradas curiosas vagamente burlonas de los soldados

de centinela ó sentados en los bancos á lo largo del muro exterior, sentía congoja y como una pesadilla; le parecía que lo que veía era la decoración obscura, triste y horrorosa de un mal sueño. Atravesaba un patio cuadrado, al que daban el aspecto de un lugar de tormento sus rejas altas. La empolvada hiedra se arrastraba á lo largo de las habitaciones del director, poniendo tristemente un marco á las ventanas. Lilas, solas, irónicas y prisioneras, también daban á aquel patio, frío como un pozo, una irónica sonrisa y abrían sus flores en esta cárcel.

En la portería, Dinorah presentaba su salvoconducto, ese pedazo de papel que le daba el domingo, el martes y el jueves acceso al locutorio ordinario; los demás días al locutorio de favor, que no se diferenciaba del otro más que porque estaba situado en el primer piso en lugar del cuarto bajo, y en que los barrotes que la separaban de su padre, como de una bestia feroz, no tenían detrás un espeso alambrado. En el locutorio de favor, Noris podía tocar á este pobre viejo agobiado, cuya cabeza veía más calva y la espalda más encorvada, en el espacio de aquella habitación estrecha como un confesonario. Ella se sentaba enfrente de él, en la banqueta de madera móvil, y acercando su cabeza pálida á los fríos barrotes de hierro, intentaba alcanzar con el borde de sus labios la mejilla del pobre hombre, donde bebía algunas veces las gruesas lágrimas que de sus párpados, amoratados por el insomnio, iban á rodar en su barba gris.

Los inspectores estaban allí, metidos en sus túnicas verdes con botones blancos, cubiertas las cabezas con casquetes de cuero, que no se quitaban, y dejaban, durante la media hora reglamentaria, á

este padre hablar con su hija, escucharla más bien, ó llorar con ella, mientras que algunas veces, por la ventana abierta detrás del locutorio, Noris veía las galerías donde, solitarios entre dos paredones de guijarros oscuros, los prisioneros se paseaban; de la otra parte, los huertecillos donde los guardias cultivaban legumbres... Casas altas, casas donde se estaba libre, aparecían á lo lejos allá abajo, destacándose sobre el cielo por encima de los muros de Mazas. Noris tenía deseos de ir á vivir en una de esas moradas y de permanecer en alguna ventana, mirando de lejos, de lejos, tratando de ver á su padre... Este horizonte de libertad, de aire, de cielo, circundando la especie de caja donde el infeliz estaba encerrado, daba á la joven ganas de llorar, y terminaba estas conferencias con el corazón oprimido, no pudiendo decir nada más que

—Adiós, adiós, padre mío.

La puerta de la celda se abría y se cerraba ante el padre: ella bajaba aturdida la estrecha escalera que desde los locutorios de arriba la conducía á la puerta de salida. Se encontraba fuera sin saber cómo. Dirigía una última mirada á aquellos muros de redondos agujeros y buhardillas cuadradas, que á la noche se alumbraban como ojos y se apagaban á la hora de reglamento, y trataba aun en aquellos agujeros de adivinar cuál sería la que llevara la luz hasta la frente de Feraud, quien sollozaba sin duda, con la cabeza oculta en sus manos, en el mismo momento en que ella enjugaba sus ojos henchidos de lágrimas, para que las gentes de la calle no la viesen llorar. ¿Qué tenía ella que llorar si él era inocente?

¡Y hasta el día siguiente!... De esta prisión,

Noris conservaba un gozo amargo. ¡Le había visto! ¡Le había hablado! Le había, en un momento y ahogando los sollozos, repetido alguna palabra de esperanza. Se acostumbraba á esta vida. En el hundimiento de sus esperanzas tenía todavía un objeto, Mazas, y toda su existencia que se pasaba, casi vegetativa, silenciosa y muda, en la habitación de la calle Brochant, tenía en una de las celdas de la prisión la inscripción de primera división, núm. 42.

Noris volvía á menudo á pie de estas visitas, rindiéndose de fatiga para tratar de encontrar á la noche el sueño que de ella huía. Esto era como una lucha entre ella y su espíritu, rodeado de visiones calenturientas, donde el príncipe de Chantenay pasaba tan á menudo como Feraud. Desde la condena de su padre, la joven tenía fiebre.

—Será necesario cuidaros,—repetía Victorina. Dinorah se encogía de hombros.

—¿Para qué?

Hubiese querido dormirse y no despertar jamás. Si el padre no hubiese vivido, ella hubiera querido morir. A los diez y nueve años, la vida la pesaba ya. Tenía disgusto, náuseas.

El silencio inexplicable, casi insultante, del señor de Chantenay, añadía una tristeza profunda al corazón de Noris. No quería pensar más en él, sino en su padre; y, sin embargo, la desaparición de este Príncipe que había unido tan íntimamente á sus sueños, la afligía. Se había acostumbrado Noris á contar con él. Le costaba trabajo arrancar del fondo de su ser esta ilusión, que era más que una quimera, que era ya un amor.

Volvía una tarde hacia la casa de las Batignol-

les, con el paso grave y pesado como los seres que arrastran una pena, cuando al pasar por una calle de la que maquinalmente leyó el nombre, calle de Florencia, y mirando á la puerta de una gran casa nueva una larga fila de coches, vió, casi por casualidad, las armas mismas de Chantenay, el martillo de oro con la divisa *Moult Fier mult fier*.

Noris instintivamente examinó esta casa vasta, de donde salían, envueltos en sus abrigo de pieles, como de una sala de concierto, hombres elegantes y mujeres, que subieron apresuradamente en los coches que les esperaban. Éste era un establecimiento de hidroterapia, la casa del doctor Sierck, el gran adversario de las anemias y las neuralgias: todo París había pasado por sus estufas.

El príncipe de Chantenay estaba, pues, allí. Si Dinorah quería verle, preguntarle por qué en su angustia mortal no había tenido noticias suyas, no tenía más que esperarle. Impulsada maquinalmente, leyó una vez más aún el antiguo emblema; después, disgustada por las miradas de los cocheros que charlaban entre ellos, gruesos y fuertes, burlándose graciosamente de los paroxismos de sus amos, se alejaba ya, cuando, al volver todavía una vez la cabeza hacia la puerta de entrada, vió al joven Príncipe que salía, con el cuello de piel de nutria levantado, deteniéndose en el umbral de la puerta para encender un cigarro.

El movimiento instintivo que detuvo á Noris, y le hizo después dar un paso hacia René, fué más fuerte que su reflexión. Se encontró ante el Príncipe como si le hubiese acechado al paso, y él, saludándola, sonriendo con aire embarazado, debió

persuadirse de que le esperaba, sabiendo que estaba en casa del doctor Sierck.

—Señorita Feraud,—dijo, admirado y disgustado.

Se había detenido á su vez maquinalmente ante los coches, donde su cochero, que le veía, salía de la fila para aproximarse.

Trató de sonreirse, y añadió, queriendo ser amable:

—¿Tenéis que hablarme?

—Sí (dijo ella), puesto que la casualidad me pone en vuestro camino.

—¿La casualidad?

—Al pasar he visto vuestro coche, vuestras armas....

—¡Ah!—dijo él, mirando de reojo, con su mirada apagada.

La encontraba bonita, muy bonita, con el manto ceñido al talle, con su fino y pálido semblante.

El coche se aproximaba á la acera.

—Seguid (dijo el Príncipe al cochero). ¿Os es igual que andemos un poco?—preguntó á Noris.

Y los dos juntos, en tanto que el cochero detenía el paso de los caballos, René, al lado de Noris, iba examinando como aficionado esta linda joven, que le preguntó de repente:

—Os he escrito; ¿por qué no me habéis contestado?

—Pero, querida señorita....

Buscaba una frase evidentemente, una razón cualquiera.

—¿Sabéis que mi padre es inocente?—dijo ella.

—Estoy persuadido.

Se inclinaba correctamente, como si en un sa-

lón se le hubiese hablado de un hecho más ó menos indiferente, que no hubiese querido tomarse el trabajo de comprobar.

—Y bien, Príncipe (preguntó Noris), ¿qué es necesario que yo haga ahora?

René, andando, la miraba con admiración sincera.

Ella, interrogándole, envolviéndole con sus grandes ojos de gitana aumentados aún por la congoja, medía sus pasos por los suyos y examinaba la sonrisa del Príncipe, considerablemente disgustado por este encuentro. Siempre correcto, el *clubman* se esforzaba, sin embargo, en no dejar adivinar su disgusto.

—Escuchad (dijo Noris), comprendo que hayáis titubeado en responderme; pero si yo he tenido la audacia de escribiros, es porque me creía autorizada para ello, por conversaciones y confidencias que no he olvidado.... Yo, parisiense, no conozco á nadie en París.... Os juro que no tango esperanza más que en vos. Y bien; lo que yo voy á pedir os es una sentencia de vida ó muerte.

—¿Vuestra sentencia?

Por más que le incomodase aquella franqueza de la joven, que le clavaba su mirada en el fondo de los ojos, su carácter habitual hacía que se le ocurriese una palabra infamemente burlona. Una sentencia era un encarnizamiento de parte de Noris. ¿No tenía, pues, bastante con la de papá?

—¡Me habéis dicho que yo no tenía amigo más adicto que vos!

—Sí.... (dijo René.) Una noche, en casa de Vérignon; me acuerdo muy bien.

Se aproximaba á ella instintivamente, al mar-

char, con su brazo derecho rozando el brazo de Noris, y su mano enguantada pretendía apoyarse sobre este brazo femenino por una especie de costumbre de galantería.

—Os lo he dicho; y ¿queréis que os lo repita aún?  
—dijo él dulcemente, dando á su voz inflexiones estudiadas de galán de teatro.

Ella le amaba demasiado para sentir todo lo que había de ficticio en este arrullo de costumbre, especie de arrullo del amor que aquel perdido de veinte años volvía á empezar para todas las mujeres. Esta voz apagada, acariciándola por lo bajo, la hacía encontrar de repente esperanzas, las queridas confianzas de sus sueños.

Avanzando así, subiendo las calles, codeados alguna vez en esta misma acera, Dinorah no veía más que á él, y olvidando los transeúntes, la calle, el coche que les seguía, se sentía ligada al Príncipe como si hubiese acudido á una cita.

—Pues bien: si sois el amigo adicto que decís..., si me guardáis la afección prometida..., probadme que es siempre lo que era antes de esta horrorosa aventura.

—¿Qué queréis que haga?

Lo sabía demasiado. Ella no le pedía nada que no hubiese repetido veinte veces. Protestas de adhesión conduciendo á medias declaraciones. Frases de romanza, disfrazando en él las brutalidades del deseo.

Noris se había dejado sorprender, y como le decía que era suyo desde el fondo del alma, se abandonaba al gozo de amar al que le decía esto. Ella encontraba natural, siendo desgraciada, el dirigirse á René, como hubiera juzgado natural

también que él acudiera á ella en un peligro, si hubiese podido la pobre joven proteger ó defender á un príncipe de Chantenay.

Sí, ella apelaba de la sentencia de los jueces á la amistad del Príncipe; el apoyo que le faltaba en su aislamiento, le pedía naturalmente á este gran señor, que conocía á la vez á Vêrignon y á Feraud, y podía atestiguar la inocencia del condenado.

Y él, encantado de ir más adelante por estas nuevas confidencias en la intimidad de la joven, y disgustado también de esta *teja* que le había caído al salir de la piscina del doctor Sierck, tomaba un tono grave, casi paternal; encubría su retractación y su denegación bajo consejos llenos de prudencia.

Era muy necesario que la señorita Feraud reflexionase, sin embargo, una cosa reposadamente: que la sentencia pronunciada contra Eugenio Feraud modificaba singularmente la posición de la joven.

—Hablemos con formalidad: os he prometido mi apoyo; os lo prometo siempre.... Pero hoy no es como ayer, y....

—¡Es verdad! (dijo Noris.) ¡Soy más desdichada que ayer!

—Vuestro padre es inocente, lo sé; estoy persuadido..., persuadido del todo; pero, en fin....

Meneaba la cabeza, y repetía con una visible afectación de gravedad este *¡en fin! ¡en fin!*

—En fin (interrumpió bruscamente Noris): ¿vais á decirme que todo el mundo no está obligado á creer en su inocencia? Es perfectamente exacto. Pero no es á mí, á su hija, á quien se osará decirlo, ni á quien se podrá tampoco dejar sospechar lo

que se piensa. ¡Es inocente, absolutamente inocente; más que inocente, es mártir! ¡Ah! ¡Ya lo probaré!

—¿Cómo?—dijo el Príncipe.

Se había detenido de repente, mirándola cara á cara.

—Todo no ha concluído (dijo la joven). ¡Hay apelaciones contra estas sentencias!

—Perfectamente. Yo no estoy muy versado sobre las costumbres de los tribunales; pero sé... sé...

—Este juicio será anulado.

—Tanto mejor. ¡Lo deseo con todo mi corazón!

Él se interesaba por aquello que le decía Noris, en cuanto lo hubiese exigido la galantería, si la pobre niña, en lugar de ser una *amiga* que él encontraba, hubiese sido una de las pretendientes de que hablaban los lacayos del hotel de Chantenay. Esta plática, desde el principio, le pesaba en extremo. Estas confidencias ó estas quejas no podían conducir á nada. He aquí ahora que ella pretendía auxiliarse en los pasos que debía dar ante el tribunal de apelación... ¡Qué idea!... Era, al menos, caprichosa. Pero él no entendía nada de estas contiendas de los tribunales, absolutamente nada. Detestaba los procesos y sus trampas. Los Beaumartel de Chantenay se envanecían de ser gente de espada, y no de toga, y los magistrados no habían entrado jamás en la familia. Que no contasen con él. Por otra parte, la inocencia está siempre segura de triunfar; no se ven errores judiciales más que en las malas novelas ó los dramas pasados de moda. Y en estos consuelos, donde el interés del parisiense se mezclaba á la fría política del hombre de mundo, Noris, poco á poco, encontraba no sabía qué

acento de irónico desdén. Sentía la impresión de una cosa helada que le caía sobre los hombros con la vaguedad de estas palabras: «Paciencia... Valor... Resignación...»

¡Resignación! ¡Ella! ¿Ante esta tiránica y lastimosa injusticia? ¡La hija de este pobre ignorante conducido á la prisión correccional como un carnero al matadero; aceptar sin gritos y sin lucha una iniquidad tan atroz! ¿Pero por quién la tomaba el príncipe de Chantenay? ¿No sabía, pues, que hay honor plebeyo como hay honor titulado, ó, más bien, que no hay dos honores, y que la hija del emborronador de papel no se resignaría á esta vergüenza, como el hijo del general príncipe de Chantenay no se resignaría á una afrenta?

Ella le dejó al perder esta confianza por la política de René, y éste subió á su coche, diciendo al conductor: «Al Hotel». Y entretanto que el carruaje le llevaba hacia el parque Monceau, se acordaba con cierto estremecimiento sensual de la gracia de aquel lindo rostro pálido, el pliegue de la oreja bajo los cabellos negros, el ardor de los ojos, la atracción irritante de los labios.

—¡Yo he sido quizá demasiado secol (pensaba el Príncipe.) ¡Habría debido hacerla creer que me interesaba más que esto por su padre!...

Noris tenía deseos de llorar al subir, con esta ilusión menos, hacia la casa de la calle Brochant. No había encontrado en René la vehemencia de corazón que esperaba. La había hablado, á pesar de su galantería, casi como á una extraña. ¡Él no podía creer, sin embargo, que la condena del pobre padre fuese merecida! ¡Le conocía, conocía á Ferraud! ¿Por qué no había respondido en seguida,

en un arranque de piedad, á este ruego? ¿Cómo no había dicho, y ella esperaba, sin embargo, estas palabras: «Todo lo que se pueda hacer por vuestro padre se intentará?»

Noris estaba tan desolada, el aplanamiento de todo su ser tan impreso en su cara, que Victorina la preguntó cuando entró:

—¿Qué ocurre, Dios mío?

—Nada; lo que debía llegar, llega; cuando se es desdichado, no se tienen amigos: he aquí todo.

Ella había puesto, sin embargo, tanta confianza en esta afección del príncipe de Chantenay.... No había reflexionado bastante, sin duda. Se dejaba llevar y llevar en sus sueños de joven, á pensar en él, sin decirse lo que era más necesario que se dijese: que no eran de la misma sociedad; que un amor entre ella y él era imposible. ¡Ay! ¡Sí, imposible! ¡Pero ella le amaba!

Y ahora, en la amargura de su decepción, era cuando sentía que le amaba. Este amor ignorado, ó ahogado, el dolor la enseñaba con una vivacidad amarga que en ella estaba la fuerza real. Era dichosa otras veces cuando iba á casa de Véringnon, porque esperaba que *él* estaría allí. Oírle era uno de sus goces. Conservaba en la memoria, repitiéndolas por lo bajo, sus palabras, que la parecían tan dulces, tan dulces en su novedad perturbadora.

¡El pequeño Príncipe! ¡El pequeño Chantenay! Cuando se hablaba de él delante de ella, se admiraban su elegancia, su seducción, sus maneras propias de expresarse, le encontraba encantador, sin analizar nada, sencillamente porque le agradaba. Sí, ella le amaba. Noris lo repetía aún ahora, con la frente apoyada en la vidriera, contemplando

este parque que el crepúsculo envolvía como con un velo gris.

De pie, Noris miraba el vacío ante ella, fatigada, diciéndose que puesto que el Príncipe no venía en su ayuda, nadie, nadie acudiría á socorrerla. Y sentía una dolorosa impresión de abandono, que aumentaba en la tristeza del crepúsculo. La sombra caía sobre el parque desierto, donde los árboles desnudos se levantaban por encima de las barras rectilíneas de la reja. Detrás, alumbraban las luces de las casas lejanas; el humo de la locomotora, subiendo del fondo de la zanja del camino de hierro, se evaporaba en el gris de la tarde, y se oía el silbido de los trenes que llevaban lejos de París ó traían á su abismo viajeros hacinados. Entonces sentía Noris deseos de huir, ganas de ocultarse en la soledad. Lo que tenían de estridentes estos silbidos, le hacían el efecto de una llamada. ¡Y cómo hubiese ella abandonado á París, donde se sentía tristemente sola y perdida; cómo le hubiese dejado con un gozo de loca si hubiese tenido con ella á aquel pobre padre arrancado de su lado y encerrado allá abajo!

Ya no era posible contar con el señor de Chantenay. Si se le hubiese dicho esto dos días antes á Noris, no lo hubiera creído. No lo creía todavía. Quizá en esta actitud en que le había sorprendido, lastimado, había más molestia que indiferencia. Se acordaba de que, después de todo, él había querido ser amable. Un momento había sentido, buscando su mano, la mano del Príncipe. Trataba de recordar las últimas palabras que le había dicho. No era un adiós seco, era un consuelo. Se acordaba ahora. ¿No podía haberse equivocado en el sentido de esta

resignación que le recomendaba el señor de Chantenay?

Cuando él había dicho «¡valor!», acaso quería añadir que no abandonaría á Eugenio Feraud. Noris contaba así con esperanzas repentinas en su reflexión desesperada, y después se enojaba consigo misma por haber abrigado aquella nueva esperanza. ¡Ah! ¡obstinación de su confianza y persistencia de su fe! Ella le amaba, sí: ella le amaba mucho, para creer en él cuando le había visto dudar ante el servicio que reclamaba de su adhesión. Fué dichosa, dichosa hasta lanzar un grito de gozo, loco, cuando, al día siguiente, habiendo ido Victorina á abrir al oír un campanillazo, la anciana volvió, convulsa, pálida, anunciando al señor príncipe de Chantenay. Ella dijo también: «Monseñor», la pobre Victorina, ó más bien no dijo nada, no acabó nada, balbuceó «Mons...., Mons....», y Noris entendió todo, adivinó todo. Se había levantado de la silla, donde, sentada ante su escritorio, escribía á su padre; y estremeciéndose de sobresalto, alegre, avanzaba hacia René, tendiéndole las dos manos, y saludándole como con un grito:

—¿Queréis que os lo diga? ¡Os esperaba!

—¿Verdad?

—¡Verdad!

—¿Habéis adivinado que iba á venir?

—¡Estaba segura!.... ¡No podía creer que me dejaríais sola después de mis confidencias de ayer!

—¡Ah!.... ¡Tenéis razón, Noris! Y desde ayer no he pensado más que en vos.

—¿Y en él?

—Y en él. He leído atentamente el proceso. Deberá ser roto como un vidrio....

—¿Lo creéis? ¿verdad?

—¡Estoy cierto!

Y miraba á aquella bella criatura, cuyos grandes ojos le absorbían, llenos de fiebre, dichosa, confiada.

Noris estaba menos pálida que la víspera. Una impresión de gozo le agolpaba la sangre del rostro, y en la pobre y reducida casita de Batignolles, la llegada de este Príncipe, cuyos caballos pisaban abajo en el parque, le parecía la aparición de los genios encantadores de sus cuentos de antaño.... El Príncipe encantador, dispuesto á los mayores sacrificios para salvar al pobre Feraud, le contemplaba Noris con una especie de admiración sencilla, y él en un sillón, fijando sus ojos sobre los antiguos grabados, los bocetos, las porcelanas ó los libros, el humilde lujo artístico del viejo novelista, decía sonriendo, con el sombrero sobre las rodillas, las manos sobre el sombrero y las piernas cruzadas:

—¡Ah! ¡Este es un cuarto muy lindo! ¡Aguas fuertes!.... ¡Sol!.... Muy lindo.... ¡Muy alegre y simpático!

Añadía solamente, mirando á su alrededor, con el monóculo en el ojo, que aquellos diablos de jueces hubieran podido ir á hacer una pesquisa en casa de Feraud. A menos que los hubiese escondido en los jergones, no era ciertamente en el mobiliario del pobre hombre donde se habían invertido los millones de los accionistas de las minas de Sierra-Fuente.

No era esto, por lo demás, lo que iba á buscar el príncipe Beaumartel de Chantenay en la habitación del anciano literato.



Era un tipo singular aquel Príncipe de veintitres años, que daba el tono en París, inventaba las modas, decretaba el *chic*, y dirigía á la gente elegante como con su látigo á una yegua bien amaestrada. Todos los debutantes le imitaban, copiando su manera de vestirse, como los discípulos del Conservatorio tratan de imitar el sonido de la voz del primer actor de moda. Ocupaba la crónica y preocupaba á los hombres de mundo. Decía de los revisteros que imprimían su nombre á cada instante en las reseñas de las carreras ó de los estrenos, de las sesiones del concurso hípico ó de los *matches* del tiro de pichón:

—Estos buenos revisteros, yo les alimento.

Y era verdad. Á tanto la línea, se había fabricado el joven Príncipe una leyenda de buen tono y de alto gusto.

El príncipe René *Flor-de-Chic*, venía á ser también el punto de mira de los camiseros y de los

sastres. Guapo mozo á su manera, noble á su modo, el aire aburrido y desdeñoso, envidiado por los hombres y mimado por las mujeres, echado á perder por la vida, gastado por la fortuna, ocioso, ocupando su tiempo en inventar sombreros inéditos y en lanzar al mundo muchachas desconocidas; estragado en la edad donde no hay artificio, Querubín mezclado de Lovelace, sucedía al general Chantenay por derecho de herencia; y el Príncipe amable y caballeresco de otros tiempos, apellidado «el último de los Abencerrajes», renacía en su hijo, como una obra de arte sobreviviría en sus moldes.

Don Juan falsificado, pero con todas las aventuras é insolentes dichas de un Don Juan auténtico, el príncipe Beaumartel de Chantenay ejercía una de esas supremacías que se imponen en París no se sabe cómo, y que duran lo mismo que la generación que las aguanta. Se le miraba con lentes como á un artista, para conocer el género inesperado que decretaba su fantasía. Él era el que había puesto en moda antes que nadie los gruesos diamantes, las perlas gruesas, las grandes sortijas, la maciza joyería, llevando su nota alborotadora, —y nota era la palabra exacta,—á la estricta corrección de la *toilette* moderna. Su distinción, al contrario de la de su padre, consistía en singularizarse; se le había visto después de un desafío con un *clubman* de sus amigos, por causa de Niceta I ó de la duquesa de Terni, no se sabía á punto fijo, llevando un pañuelo de seda anudado al cuello, y abrochado con un camafeo antiguo, para disimular el arañazo que le había hecho la espada del joven Servière, ó las uñas de Niceta I, no se sabía á punto fijo.

El Príncipe, por la mañana vestido á la inglesa de grueso paño gris, estaba por la tarde resplandeciente de bisutería como un escaparate del Palacio Real. Tenía en la pechera de la camisa perlas ó brillantes de un tamaño excepcional, célebres en casa de los joyeros. «¡Quitándoselos, se haría un negocio soberbio!», decían en el club. Esta prodigalidad de joyas quitaba un poco de su seriedad británica á este parisiense de aspecto exótico, inglés ó ruso, cuyo principal encanto era este, que ninguno le disputaba: «¡Nadie saluda como él..., nadie!»

Saludo correcto, el cuerpo derecho, los pies en ángulo agudo, la nuca inclinándose automáticamente, ni mucho ni muy poco, de un carácter especial, que á veces daba al saludo una significación desdeñosa, y que exagerado lo hubiera hecho obscuro, saludo exquisito, y que lo constituían una inclinación breve y un movimiento rápido en dos tiempos. «¡Nadie saluda como él!» El príncipe de Chantenay debía llegar á todo con la superioridad y la especialidad de aquellos saludos!

En los salones había mujeres más que maduras, viudas que el tiempo había hecho venerables, y que cuando se les preguntaba: «¿El príncipe René saluda mejor que su padre?», dejaban asomar á sus labios, que sólo podían dar besos de abuela, sonrisas que recordaban el pasado y que querían decir, cuando la boca no lo decía: «¡Eh! ¡Este es otra cosa..., es otra cosa!...» ¡Ah! ¡Bellas sonrisas! Y muy lisonjeras, á pesar de su edad, para el difunto general príncipe Beaumartel de Chantenay, el último de los Abencerrajes!

El marqués de Ferdys no se lo ocultaba tampoco á su sobrino René.

El Marqués, después de la muerte del príncipe Gerardo, se había casado con la señorita de Chantenay, hermana del General, y en Alma, á los veintidos años, había llevado la bandera del Príncipe. Y hasta una bala le había alcanzado en Malakoff, ante su General, y derribado á tierra. Tenía casi admiración por el príncipe de Chantenay, y el señor de Ferdys, á la vuelta de Crimea, se casó con la única hermana de Gerardo. Matrimonio de amor, cuyo amor se decía que no había durado más tiempo que el que dura un fuego de paja.

El Marqués llevaba, desde 1858 á 1870, una vida alegre; y la Marquesa, que le amaba siempre, á pesar de sus calaveradas, se consolaba de ser una mujer abandonada, convirtiéndose en madre adorada y adorable. Criaba á su hijo, dos años menor que René, y con un poco de buena voluntad hubiese podido convertir á su marido, aquel gran loco que había pasado treinta años mucho menos juiciosamente que un adolescente.

El 70, el señor de Ferdys volvía al servicio; saludaba á la Marquesa, besaba en la frente á su hijo Raimundo, que tenía trece años, y se iba á combatir, sobre la plataforma de Illy, al lado de Galliffet y de Margueritte. Prisionero después, regresó justamente á tiempo para presidir, al lado de Raimundo, el duelo de la señora de Ferdys. Después el niño terminaba sus estudios en el colegio; el Marqués volvía á recobrar su vida de París, como el mismo París recuperaba la suya, y pasando ya de los cuarenta años; pero hombre guapo, elegante, flaco, cuidadoso, con los bigotes retorcidos y los cabellos grises, como si se los hubiese empolvado, disputaba á su sobrino René los corazones sin due-

ño, capaz, á pesar de su edad, de derrotar al príncipe de Chantenay sobre este terreno especial que desde tantos años le era excesivamente familiar.

—¡Sí, querido mío (decía alegremente el Marqués); vosotros no soís hombres!... Raimundo es un benedictino. Quiere hacerse marino y amontonar sus libros. ¡Tanto da hacerse monje! ¡Y tú, seductor; si la sombra de tu padre apareciese con sus cabellos blancos,—¿tú me entiendes, con sus cabellos blancos?—todas tus queridas, todas, te plantarían al punto por el fantasma de tu padre!... Por otra parte, sin ir más lejos, ¡yo!...

Se señalaba á sí mismo, murmuraba algún nombre femenino, y reía bajo su fino bigote, viendo el gesto de su sobrino.

—¡Derrotado por mí, René! Interroga mi fe de bautismo. ¡Desgraciado!... ¡1833!... ¿No te avergüenzas?

Y, por otra parte, consolaba á su sobrino, jurándole que sus mutuas victorias eran verdaderamente muy fáciles. No tenía que alabarse de las suyas, ni enojarse por las del vecino. Esto era corriente, este-reotipado. Periódicos que todo el mundo podía leer, todo el mundo...

—Inventa siquiera una novela que nadie haya leído,—decía el Marqués.

Y pensando en Noris Feraud, sonreía el Príncipe algunas veces. ¡Una novela desconocida! El señor de Ferdys no creía acaso decir cosa tan exacta.

En tanto que Vérignon estuvo en alza, René honraba con su presencia los salones del Administrador; no por él, sin duda, sino por Noris.

La prisión del inventor de las *Minas de Sierra-*

*Fuente* sólo había entibiado su celo, y ya que la señorita Feraud, discreta y honesta, no parecía, tanto peor á fe mía, aunque ella fuese encantadora, el Príncipe no soñaría seguramente en ir á pescarla en sus aguas cenagosas.

Aunque interesado por aquella belleza singular, René olvidaba ó trataba de olvidar completamente á Noris, cuando la joven le había llamado directamente.

La carta escrita por Noris confiadamente, traía al señor de Chantenay bastante mal humorado y perplejo. Evidentemente no hubiese él encontrado nada mejor, para ganarse las simpatías de la hija, que protegiendo ó haciendo que protegía al padre; pero sentía cierto temor á mezclarse en un negocio comprometido. Su instinto de hombre de mundo prudente y elegante le incitaba á apartarse de semejantes molestias. No habla de meter el pie en este charco para no recibir más que salpicaduras. ¡Bah! Á pesar de los bellos ojos nublados de Noris, acaso valía más dejar la súplica sin respuesta. René no respondería nada. Tenía, después de todo, hermosas muchachas en París, y la joven baronesa Niedmann justamente preocupaba al Príncipe en aquellos momentos. Pero súbitamente, el encuentro de Noris ante el establecimiento del doctor Sierck encendía de nuevo las llamas de deseos de René. ¡Jamás le había parecido Noris tan exquisita! ¿De dónde diablos había tomado aquellas pupilas? Fatigada, las facciones demacradas, todo la hacía bonita; con su palidez mate y la expresión huraña de sus ojos, excitaba en el Príncipe apetitos más ardientes. Volviendo á subir en el coche, se acusaba inmediatamente, no como una acción egoísta, como una falta

de generosidad, sino como un puro y simple disparate, el no haber sido con Noris más expresivo, el no haberla, por ejemplo, prometido protección á todo trance.

—¡Qué simpleza! (pensaba.) ¡Y esta era, sin embargo, una ocasión!

Del llamamiento desesperado de la pobre joven, de su verdadero dolor suplicándole, de aquel lance inesperado y encontrado casualmente, no sacaba más que esta conclusión:

—He dado de lleno en la bobería. La niña es, sin embargo, bastante bonita para que me arriesgue á comprometerme un poco por ella. Tanto más, cuanto que un Chantenay puede mezclarse en todo sin comprometerse en nada.

René pensaba, por lo demás, en reparar su error. No tenía más que presentarse como un salvador, aunque después no lo fuera, en casa de la señorita Feraud. Y aunque se tomase el trabajo de interceder con algún juez en favor del condenado, ¡Noris valía la pena! Hacer pasar su tarjeta á un Presidente del Tribunal de apelación, no es en suma un gran sacrificio. Iría á ver á los jueces como le pedía: iría á verlos, para conservar el derecho de volver á verla. Y mudando de tono, arrojándose al agua, como él decía, escogiendo su táctica, el príncipe René llegaba sonriendo á la casa de Eugenio Feraud, y tendía á Noris la mano abierta y adicta de un amigo.

¡Ah! ¡cómo tomó ella aquella mano, y cómo, volviendo á ver al Príncipe, se creyó protegida y salvada! Ya no estaba sola. Tenía un apoyo en esta lucha empeñada con las gentes de justicia, á las cuales quería arrancar su padre. Le parecía que

Feraud no tenía nada que temer ahora que el señor de Chantenay consentía en ocuparse en su asunto.

—Porque me ayudaréis á reivindicarle, ¿no es esto?—decía ella, mirándole al fondo de los ojos.

—Yo os lo prometo.

Y conservaba en su mano fina y nerviosa la mano calenturienta de Noris, y la sonrisa del Príncipe daba á la joven calofríos de una ternura singular. Le parecía que este joven la envolvía en una especie de afección paternal, y ella, que era como la protectora del viejo Feraud, experimentaba una sensación voluptuosa al verse protegida y á su vez dominada por el Príncipe.

Tenía prisa por decir al procesado lo que M. de Chantenay le había prometido. Esta era también una esperanza para el desdichado que vivía en aquella atmósfera de prisión, con un olor insoportable de la estufa del lavadero y del hospital, saliendo apenas de su rincón para ir arrastrando sus achacosos pasos por los paseos, donde por todo horizonte había cascotes de murallas derruidas, y un poco de cielo geoméricamente cortado sobre su cabeza.

¡Ah! El pobre no veía nada de lo alto.

Al paseo, donde la impresión de su encarcelamiento era mucho más fuerte, prefería aún su estrecho recinto, con sus desnudos muros medio teñidos de ocre amarillo y oscuro, con una mesa baja, un taburete de madera negra, una olla de barro, una cuchara de palo, un jarro y un barreño de hierro,—celda atroz, pero celda donde podía al menos pensar á su sabor, mientras le entraba la claridad por una elevada claraboya que se abría y cerraba con un cabo de hierro.

Se ahogaba en este foso donde la mirada del

guardián le espía por un agujero casi invisible, donde le pasaban su comida por una rendija, como á un perro, pero donde por la puerta entreabierta, clavando sus ojos en la abertura, veía en el centro de la cárcel, brillando en esta atmósfera gris, bajo su casulla dorada, al sacerdote que decía la misa en el centro de la redonda capilla; centro de esta rueda de dolor, de la cual, cada división es un radio.

Se ahogaba en este calabozo, pero allí podía ser él. Escribía, escribía sin cesar, emborronando papel, donde contaba su vida entera, laboriosa y moderada, á sus futuros jueces. También leía, pedía libros al bibliotecario, y un día en que por una extraña casualidad le enviaron una de sus novelas, *El Corazón desgarrado*, experimentó como un gozo nunca sentido. La cárcel le pareció desde entonces menos sombría; se le conocía allí. Esta fué una alegría. Entonces pidió otras novelas suyas.

Pero el desgraciado iba al encuentro de una decepción.

Le eran llevados sus pobres libros, encartonados malamente, con una etiqueta de tela gris pegada en el lomo, y el título escrito á mano; se los traían de la Biblioteca, entre las obras que componían el catálogo de estas prisiones, el *Museo de las familias*, el *Almacén pintoresco*, la *Biblioteca de viajes*, la *Revolución de Thiers*, los cuentos de Dumas ó de Merimée; los abría, interrogándolos como á compañeros, pues se consideraba sorprendido y dichoso de encontrarlos prisioneros como él.

¡Las antiguas novelas de sus veinte años! ¡Las narraciones de su juventud! ¡Las que, según creía en otro tiempo, debían darle la gloria!

Luego sintió tristeza y sentimiento por haber reclamado aquellos pobres libros. Los volvía á encontrar; pero, ¡con qué amargura! Les hallaba manchados por las anotaciones brutales, simples ó cónicas de aquellas manos habituadas á los robos, manos callosas con las uñas planas y los dedos manchados de sangre.

Se ponía rojo ó pálido cuando encontraba allí, objeto de burlas asquerosas de aquellos tunantes y asesinos, las descripciones poéticas, con las cuales adornaba sencillamente sus narraciones mejicanas, sus viejas novelas de amor de las hermosas noches brasileñas. El *¡oh! ¡ya! ¡ya!* burlón del lector saltaba como una injuria á la frente de las pálidas Mercedes y las Cármenes, «con los ojos aterciopelados» de Eugenio Feraud. Los heroísmos amorosos, los sacrificios de los galanes jóvenes, las situaciones lastimeras, servían á aquellos críticos de Mazas para burlas escritas en el margen, con ortografía deplorable de manos escépticas y estragadas. Y el novelista, que se indignaba de buena fe con los atentados criminales de sus *gauchos*, de sus bandidos de Tierras Calientes y de los personajes secundarios de tez cobriza de sus dramas, encontraba, seguidas de exclamaciones bufonas, de inscripciones cónicas, mandando á la escuela á sus *salteadores* y sus bandidos.

«Es tonto D. José Cabral! Yo manego mejor *quel el cuchillo: firmado* NOEL (PEDRO LEON), llamado LA NEVERA.»

¡He aquí lo que pensaban de él los lectores de la cárcel! Esto era para el desgraciado un terrible desencanto.

¿Es que la realidad excede en horror á nues-

tras ficciones? — se decía entonces el pobre Feraud, meditando que tal vez en otro tiempo se había equivocado al pensar que Balzac desilusionaba de la vida.

¡La vida! ¡No era más alegre que esto! Y el pobre idealista se hallaba ahora casi forzado á reconocer que el pesimismo de Balzac no era acaso injusto del todo. ¡Ah! Balzac conocía á estos fuleteros, y no se hubiera dejado echar la zancadilla y ser llevado á Mazas por un tuno como Vérignon.

— ¡Si alguna vez salgo de aquí..., y yo saldré... (decía entonces el procesado), ya verán! ¡ya verán!

Noris alimentaba en él esta confianza, y ella misma se sentía al presente confiada y animada por el príncipe de Chantenay. René cumplía su palabra. Había visto á los jueces, abogando á su modo la causa de Feraud, diciendo lo que era verdad: «Le habéis tomado por un tunante, y es un imbécil».

Y volvía á la calle Brochant á decir á Noris con aire intencionado:

— Esto va bien. Le sacaremos adelante.

La joven experimentaba por el Príncipe un sentimiento de gratitud inmensa, que aumentaba el amor que por él sentía desde que le conoció. Había llegado á ser para ella el ser ideal que protege y que salva, y le consagraba una afección singular, formada de todas las esperanzas, de una ardiente fe y de una confianza sin límites. Parecíale un fraternal colaborador en la obra salvadora que perseguía.

Y poco á poco, en el aislamiento en que se mostraba, con la necesidad de confidencias que sentía su corazón, llegaba á unir tan íntimamente á René

de Chantenay con su propia vida, que pensaba en él como en el más querido de todos los seres después de su padre, y le llamaba sonriendo «mi hermano René». Éste no le hablaba de amor, y, no obstante, en aquella ternura protectora se sobreentendía una pasión, y aquel hermano mayor tenía diestramente sus redes.

Tampoco tenía prisa por llegar al término, como él decía. Aquellas visitas á Noris en la casita de Batignolles, sus largas conversaciones, sus paseos por las calles del Parque, entre filas de niños y de lilas que brotaban juntamente, le procuraban una agradable distracción y una novedad imprevista y original, que en nada se asemejaba al salón de ensayos de baile, á los bastidores de los teatrillos y á los tocadores conocidos. Aquel parisiense representaba momentáneamente el idilio y rebajaba sus amores, lisonjeado por la pasión que en Noris advertía y que halagaba su amor propio, por ser aquella pasión la que siente la prometida, el ser que ignora y que ama, la criatura delicada que hoy es la joven y ha de ser la esposa.

Para el Príncipe, cansado ya de los amores eternamente iguales, aquella era una seducción nueva que alimentaba sus curiosidades, y que, sin embargo, le proporcionaba el encanto de quedar en aquella indecisión [de capricho, en aquella especie de *no-viazgo* que le satisfacía.

Iba á visitar á Noris frecuentemente, casi siempre cuando ella volvía de Mazas, y, si estaban solos, hablaban constantemente de Feraud. El asunto habría sido fastidioso para René, si hubiera escuchado; pero miraba los hermosos y negros ojos de Noris, su nariz recta, á la que la cólera imprimía

cierta palpitación, los labios, que temblaban de indignación y podían temblar de voluptuosidad; tomaba en sus manos las manos febriles de la pobre niña, y permanecía así encantado ante aquella belleza algo salvaje, sin polvos de arroz ni coquetería, dichoso cuando la oía decir, tratando de sonreír y después de secarse las lágrimas:

—¡Pero os estoy enojando siempre con mi padre!... Vaya, no hablemos más de él, y hablemos de vos. ¿Qué habéis hecho hoy?

—¿Qué había hecho? Nada. Dos *toilettes*; una vuelta por el Bosque; una conferencia con su camarero para saber si se llevarían uno ó dos botones en la pechera. Había hablado con su madre, siempre molestada por la jaqueca y extendida en su butaca, en su pequeño gabinete japonés. Una vuelta al Tattersall, otra al Hotel Druot para pujar un juguete. Había cambiado de cochero, y pasado el tiempo aquí y allá.

Y añadía, queriendo hacer gala de ingenio:

—¡Es tan largo un día entero!... ¡Ah! También hay presos con libertad.

Una tarde, al llegar á casa de Noris, la encontró más nerviosa é inquieta que de costumbre: Eugenio Feraud estaba enfermo. Aquellas torturas le habían atacado al cerebro, y había tenido un arrebató la noche anterior. Por un instante se había temido un suicidio, y se había *doblado* al preso: en lugar de su celda solitaria, se le había conducido á otra con un compañero. El honrado viejo vivía con un ladrón; un hijo de familia que había forzado la cerradura de la caja de su principal, y huído después con una muchacha despreciable. Aquella promiscuidad con un ser envilecido humillaba á No-

ris; pero, cosa singular, no disgustaba á Feraud.

—Mejor, mejor.... (decía.) Haré hablar á mi ladrón, y le estudiaré.... No he estudiado bastante el natural....

Su hija estaba aterrada por aquella especie de satisfacción beatífica, por aquella dulce sonrisa, que en el movimiento senil de su cabeza gris le parecían síntomas de enfermedad. ¿Y si su padre muriese? ¿Y si muriese sentenciado? Esto sería espantoso. Después de tantas vergüenzas, la suerte le debía por lo menos el brillo de una rehabilitación.

Y en tanto que Noris se exaltaba ante aquella idea dolorosa, René se esforzaba por calmarla, repitiéndole que aquella enfermedad del preso era poca cosa, y motivada por los primeros días de calor, el aire enrarecido de la prisión y lo corto de los paseos; y al consolarla, conjurándola á que no llorase, sentía el atractivo indefinible, la embriaguez exquisita que producen las lágrimas de una mujer.

Ella, apoyada en el brazo de un sillón delante de la ventana abierta, se veía envuelta por un rayo del sol poniente, como si fuese un velo de rosa; y él, contemplándola envuelta en aquella tibia luz, en una aureola de primavera, se sentía atraído y conquistado; se acercaba, buscando su mirada aquel hermoso y entristecido rostro que se apartaba de él; apartaba de los ojos llorosos de Noris las manos que los cubrían, conteniendo sus sollozos y contemplándola frente á frente, medio arrodillado, inclinado hacia aquella impresionable criatura que bañaba el crepúsculo rosado.

—No hay que desesperarse, Noris (decía).

Vuestro padre regresará libre, y vos seréis feliz y seréis amada.

Ella se estremeció, y dirigió sus ojos á los de René.

Era la vez primera que en aquel tono apasionado, á media voz y con el temblor de una declaración, el Príncipe le hablaba de amor.

—¡Amada!

Y movía la cabeza, pensando en su padre, á quien acaso no volvería á ver allí, como le decía René, y éste, envalentonado por la frase que acababa de pronunciar casi á pesar suyo, se acercaba más, oprimía las manos de la niña, y murmuraba á su oído:

—Yo soy quien os amaré toda su vida, Noris.... ¡Sois tan hermosa y tan buena! ¡Merecéis tanto ser amada!... ¡Y te amo! ¡Te amo!

Ella cerraba los ojos, abandonándose á las ternuras de aquella música encantadora; olvidada de todo y en un sopor delicioso, se dejaba mecer por las caricias de aquellas palabras, mientras que René, verdaderamente conmovido y verdaderamente sincero á la sazón, delante de aquella criatura cuya mirada le penetraba hasta el alma, se oía interrogar á su vez por la voz de Noris, tímida como un suspiro:

—¿Es cierto? ¿No me mentís?

—Te lo juro.

—¿Y me amas?

—Con toda mi alma.

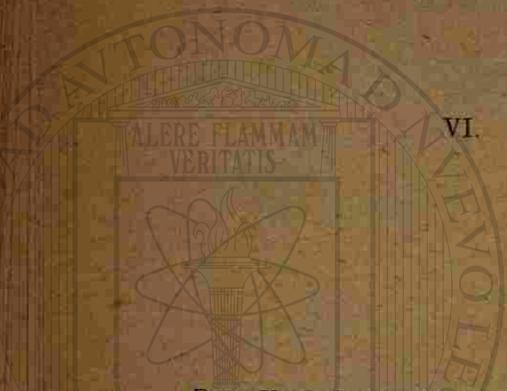
—¿Me amarás siempre?

—Y serás mi esposa...., ¿lo oyes, adorada Noris? ¡mi esposa!

—¿Tu esposa?

Noris creía que aquello era un sueño, el delicioso sueño de sus primeros años, y aquel Príncipe, el quimérico amante, el príncipe azul, que le repetía radiante de amor:

—Sí, mi esposa.... Tan cierto como lo es que te adoro.... Te lo juro por mi honor.



VI.

Para Noris había sido una especie de sueño inconsciente aquella hora de un crepúsculo de Abril, en que se había entregado al Príncipe; para éste una aventura deliciosa, y, sorprendido al sentirse decididamente conquistado, encontraba en la joven una querida inesperada, cien veces más linda y más adorable que la baronesa Niedmann, que disputaba á su marido, y que María Launay, de la Ópera, que le quitaba al banquero Molina.

Una conquista seductora y «sabrosa», como decía á su primo Raimundo de Ferdys, á quien interesaban poco estas confidencias. Un amor burgués, tan desatinado como todos los demás, pero divertido como una excursión por un barrio desconocido. El príncipe René Beaumartel de Chantenay tenía con él para una estación; Noris había puesto su vida entera en aquel primer amor.

En un principio, hubo en aquellos dos seres, tan desemejantes y reunidos en la apariencia por

idénticos sentimientos, el capricho del uno y la pasión del otro, un momento de embriaguez, y para Noris, en su misma desgracia, horas de alegría. Adoraba á René, y se entregaba á él con toda la confianza de un candor apasionado é ignorante. Sería su esposa, conforme se lo había jurado; pero no reflexionaba en la dolorosa realidad de que era su querida.

¡Su querida! Hasta el nombre le habría sido querido por la fe que tenía en aquel Príncipe idealizado por su fantasía; pero no lo pronunciaba ni aun en pensamiento. Se dejaba arrastrar á impulsos de René, esperando la hora en que recobrase su padre la libertad, para decirle:

—¡Soy la esposa de René!

No le ocurría el pensamiento de que «la esposa del príncipe de Chantenay» era ó sería una Princesa, ni tenía en cuenta para nada el título de René. Sólo adoraba á él. La hija tenía, en sus heroicos candores de alma, las ignorancias ó las ilusiones del padre: éste las expiaba en la celda doble de Mazas con un fracturador de cerraduras: ella experimentaba una inmensa alegría al acariciar el doble sueño de que Feraud se vería libre y rehabilitado, y de que René era su esposo ante el honor.

Entonces comenzó para aquel parisiense cansado de París, y para aquella niña, crecida y desarrollada en la atmósfera de una biblioteca, medio secuestrada por la humilde existencia del narrador á diez céntimos la línea, una vida extraña de paseos furtivos, porque René no quería mostrarse mucho, y Noris sólo pensaba en estar sola con él. Y así paseaba el idilio de sus amores de veinte años por rincones perdidos que René desconocía

y que le divertían. Iban desde la calle Brochant á Montmartre por callejuelas ignoradas, confundidos con la multitud, ó perdidos en las soledades de aquellos barrios. Al salir de los salones del palacio de Chantenay, encontraba singular encanto en aquellas escapatorias: al día siguiente de alguna recepción, en que su madre había hecho escuchar á sus invitados alguna música exótica, René se complacía en perderse con Noris por aquellas callejas, en que podían hablar alto sin ser escuchados.

Se admiraba con él de que hubiese en París aquellas calles inexploradas, curiosamente nuevas y pintorescas; aquellas calles en cuesta, tranquilas, sin coches, envueltas en una especie de atmósfera de provincia. Las mujeres se asomaban allí al escalón de las puertas; los muchachos salían corriendo de alguna escuela vecina, y sus gritos se mezclaban con el piar de los pájaros revoloteando por los árboles reverdecidos. Por encima de las paredes grises se destacaban algunas risueñas florecillas que alegraban la vista de Noris, sintiendo la embriaguez de la primavera. En aquella atmósfera primaveral, no sabía á punto fijo si tenía gana de reír ó llorar. Y acercándose á René, subía por la calle Lepic la colina que conduce al vetusto molino de madera, ennegrecido y dislocado por el agua de las lluvias, y se detenía, presa de una melancolía singular, ante la frescura de la menuda hierba que se extendía hasta el valle, y, sobre todo, ante la perspectiva de las inmediaciones de París, de un gran horizonte perdido entre la bruma, hasta los distantes molinos de Sannois.

—¿Sabes (decía) que quisiera vivir aquí siempre, ó irme contigo y para siempre, lejos, muy lejos?

Sí, habría querido irse lejos, más lejos de aquella línea violácea del horizonte, por los campos, sola con René, á quien amaría siempre como le amaba entonces. ¡Oh, si aquel amor pudiera durar siempre, amando y siendo amada!

No solamente era posible aquel sueño, sino que se acercaba su realización. Dentro de tres ó cuatro semanas se vería en apelación el proceso de Vé-rignon y consortes, y triunfaría la influencia del príncipe de Chantenay.

Noris dudaba tan poco del resultado final de la causa como de la lealtad de René: su inquietud única era la visible debilidad de Feraud. En cada una de sus visitas le encontraba más pálido. Cuando, sentada en el banco del locutorio, sentía acercarse, á través de los hierros de la reja pintados de rojo, los pasos del prisionero, parecía que cada vez eran más lentos y pesados. El cuerpo se encorvaba; el rostro estaba pálido y anémico.

—¿Sufres?—preguntaba Noris inquieta.

Y el padre, sonriendo detrás de los barrotes, respondía:

—No.

—¿Te fastidias?

—De ninguna manera.... Potier me divierte.

—¿Potier?

Potier, el hombre de la cerradura; contaba sus amores al novelista, y cómo, por una tunanta que le engañaba, había robado á su principal y perdido su vida.

—Es curioso, muy curioso (repetía Feraud). Escribiré un libro sobre esto. ¡Qué estupidez es el amor!

Y luego, conteniéndose, añadía:

—Hay de todo...; no quiero desilusionarte; pero la vida no es una novela, y se paga muy caro considerarla como tal.

René pedía muy pocas veces noticias de Feraud, por serle penoso hablar del condenado. Una vez le dijo Noris:

—Cuando esté aquí mi padre, será preciso contárselo todo.

El joven se mordió ligeramente el rubio bigote.

—¡Lo habéis jurado!—dijo Noris.

—Y no lo olvido,—repitió vivamente el Príncipe.

Tenía prisa por dejar esta conversación, seguida en la salita de la calle Brochant, y para pasar á otro asunto, dijo de repente, mirando una cabeza de mujer pintada valientemente en un cuadro cuyo marco dorado estaba muy viejo:

—¿Qué es eso? No tiene mal carácter....

—Es un Delacroix,—dijo Noris.

—No se lo figura nadie: tal vez está colocado á mala luz ó carece de barniz.

—Fué el primer cuadro que mi padre compró, hace mucho tiempo, cuando yo era pequeña. ¡Qué feliz era entonces! Un Delacroix... Un estudio de judía que el pintor había traído de Marruecos. Creo que pagó por él doscientos cincuenta ó trescientos francos.

El Príncipe miraba el estudio colocado á mala luz: una hermosa joven morena, con el cabello suelto y monedas junto á la frente; sin duda alguna bailarina de café morisco. Y René dijo sencillamente:

—Aquel era buen tiempo de comprar cuadros....

¡Hoy venden muy caro los pintores!

—Y tienen razón, vengando á sus maestros,—dijo

Noris, sonriendo tristemente, porque recordaba que también su padre trabajaba mucho y vendía poco.

—Pero debierais ponerle un marco nuevo á vuestro Delacroix....

René hablaba de pintura con la misma desenteladura que de todo. Un hombre de su rango debía conocer de todo y presenciar la sesión de barnizado como el concurso hípico. Sin él no se hubiera abierto la exposición.

No se habló más de la *Judía de Marruecos* de Delacroix. René apartó del cuadro sus ojos fatigados, y los volvió á Noris con la admiración de conocedor que hubiera mostrado examinando una yegua vencedora en las carreras. Elogiaba la pequeñez de sus orejas, su espléndida cabellera, lo aterciopelado de sus ojos, y la joven, ante aquellos madrigales que la detallaban brutalmente, se sentía incómoda y avergonzada, y reclamaba de René otros elogios.

—¿Y cuáles, si os digo que sois admirable? Ella sonreía melancólicamente.

—Decidme que no soy mala, y que me amais: ¡lo preferiré!

René no mentía. La encontraba tan linda, que después de gozar de aquel amor á escondidas, sentía la tentación de mostrarla al público, de presentarla á sus amigos de los clubs, de engalanarse con su conquista. El famoso libro vivo que no hubiera leído nadie, y de que hablaba su tío el Marqués, estaba allí. ¡El era el primero que lo había abierto y hojeado, él, *Flor-de-Chic!* Pero hubiera deseado que todo el mundo lo supiese.... Habría querido oponer su Noris, aquella jitana parisiense, adorable en el esplendor de su belleza, á todas las celebridades,

que habrían quedado al punto eclipsadas. Un triunfo para ella y para él. Pero Noris parecía no entender siempre que la hablaba de salir de aquel estrecho círculo en que paseaban sus amores. Vestía de luto, y cuanto no fuera su padre ó René, le causaba horror. Hasta que Feraud no saliese de la prisión, ¿cómo mostrarse á quien no fuera el señor de Fontenay?

Victorina, preocupada por la palidez de la señorita, la aconsejaba, no obstante, que tomase el aire y se distrajera. La vieja, no sospechando nada, consideraba al Príncipe como su salvador, y le saludaba con respeto: no había comprendido ciertas bromas de dudoso buen gusto del cochero que solía conducir á su amo desde el parque Monceau á la calle Brochant. Las malicias del criado se habían estrellado en la ignorancia de la cocinera. Por lo demás, el nuevo cochero inglés no pronunciaba nunca una palabra. Victorina le prefería á su antecesor, y repetía á Noris:

—Ya que el Príncipe os convida, debéis aceptar.... No es bueno respirar solamente la atmósfera de Mazas. Cuando yo voy allí, vuelvo con dolor de cabeza. ¡Pobre señor! ¡Cuánto debe sufrir! ¡Y no condenarán á presidio á ese Vérignon, cuando merecía que le cortasen la cabeza?

Noris no escuchaba á René ni á Victorina. Le agradaba seguir en su casita, con la esperanza de ver entrar en ella á Eugenio Feraud, y el placer de recibir en ella al *príncipe azul*. Encontraba un verdadero encanto en aquella vida que constituía un estado de sonambulismo particular: ignoraba si era una mujer caída ó una desposada; sabía que amaba á René, y que éste, entre sus frases de

amor, le hablaba de la salvación de su padre. He ahí todo. Y así transcurrían los días y se acercaba aquel en que Feraud debía leer, ante sus nuevos jueces, la larguísima defensa que emborronaba sobre la mesita de pino de su celda de Mazas.

Tal vez por aproximarse aquel momento de febril alegría, Noris consintió en que le fuera presentado el joven marques de Ferdys, primo de René. Á falta de sus compañeros de club, el Príncipe mostraba empeño en que Raimundo, por lo menos, conociese á la criatura ideal descubierta por él. De mejor gana la hubiera presentado al padre de Raimundo; pero René no se fiaba del Marqués. Con sus bigotes de perro viejo y sus encrespados cabellos blancos, aquel diablo de tío encendía una pasión y adoraba como un loco. Por contrariar á su sobrino, hubiera sido capaz de hacer la corte á Noris, y René prefería darse tono con aquella querida ante el grandullón Raimundo, que se admiraría, pero no le disgustaría su conquista.

René propuso con naturalidad una cena en cualquier restaurant de los Campos Elíseos, un pretexto; pero la idea desagradó á Noris, produciéndole un efecto singular. En uno de aquellos gabinetes particulares á que el Príncipe la quería llevar era donde se hubiera juzgado verdaderamente caída. Si el señor de Ferdys quería verla, le bastaba ir con René cualquier día. Y es lo que hizo Raimundo, mitad por entretenerse, mitad por la curiosidad que á los veinte años despierta cualquier imagen de mujer evocada por otro.

Una noche acudió con René, habló con Noris, y quedó tan encantado de ella como la joven de él. Era un joven alto, delicado y flaco, con los ojos

negros como el carbón, los labios serios y casi sombríos, pero que, en sus escasas sonrisas, dejaban ver una dentadura sana y blanca. Llevaba unas patillas nacientes y rizadas, y bajo su vestido de paisano, muy elegante, se adivinaba la corrección del marino, prestándole un encanto y una desenvoltura especiales.

Raimundo miró durante toda la visita á Noris Feraud con una expresión de tristeza que ella trajo por amistoso interés, y que era algo más: la sensación profunda y como el presentimiento de un dolor inevitable. Comparaba instintivamente, paseando la mirada desde René á Noris, aquellos dos seres de carne y hueso, tan diferentes entre sí, tan poco predestinados á comprenderse, y que la vida ó la casualidad había reunido, poniendo el candor y la credulidad de la doncella al alcance de la audacia ó de la habilidad del calavera.

Raimundo, que por su género de vida sentía delante de cualquier mujer un malestar verdaderamente feroz, no experimentaba lo mismo junto á Noris. Tenía una cólera instintiva contra las mujeres que se venden ó se entregan, y el Marqués su padre decía, riendo, que si Raimundo no se hacía marino, cantarfa misa.

—Es un místico, como lo era su madre; ¡pero sentiría que el hijo de una santa fuera santo también! Cuando yo me vaya acabando, no me disgustará tener en torno mío unos cuantos chicuelos, guapos, gordos y rubios, á quienes inculcar mi moralidad de abuelo.

Raimundo, en efecto, entraba en las luchas del mundo con una resolución de paladín, timideces de sensitiva y preocupaciones de aldeano. Muy niño

aún, había visto llorar á su madre, y notado que ésta le estrechaba contra su rostro, para que no conociese antes que la vida el amargo dejo del llanto.

El agua lustral debía estar formada de lágrimas, porque ellas constituyen el bautismo del hombre.

El niño había crecido con la imagen triste de la linda Marquesa ante sus ojos, y, ya joven, seguía algo sombrío y feroz, pero atraído naturalmente hacia las melancolías femeninas y las sonrisas dulces, tristezas dibujadas que le recordaban la suya de antaño. Noris, aunque feliz por juzgarse amada, tenía la expresión de un vago sufrimiento, como de una herida oculta, y por eso agradaba á Raimundo, que delante de ella se encontraba menos intimidado y menos torpe, y confiado en haber hecho nacer en ella, desde la primera entrevista, una profunda confianza.

La primera frase de Ferdys, al dejar á Noris, fué la siguiente, que dirigió á René:

—Es encantadora.

—¿Verdad que sí?—dijo orgullosamente el Príncipe.

—¿Y la amas realmente?

—Como un loco.

—¿Es tu querida?

—¿Cómo?—preguntó René sorprendido.

Y miraba á Raimundo, que, sin perder su seriedad, repetía la pregunta, calificada de extravagante por René.

—Te preguntó si la señorita Feraud es tu querida.

—¡Buena idea!... Si no lo fuese, sería yo un imbécil.

—Eso, según y conforme. ¿Era honrada antes de haber tropezado contigo?

—De una honradez irreprochable. Un diamante, una gota de agua..., lo que quieras. ¡Pura como el cristal!

—Y entonces (preguntó Raimundo), ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? ¿De Noris?

—Sí; de esa señorita.

—Adorarla, engalanarla, lanzarla.... Estoy dispuesto á hacer toda clase de tonterías, porque me tiene loco.

—¿Por qué no te casas con ella?

Esta vez René contestó con una risa tan ruidosa como débil era el *clo clo* de su habitual risa nerviosa, que imitaban también otros muchos jóvenes.

—¿Por qué no me caso con ella?... Porque nadie se casa con su querida.

—No, perdona: cuando la querida es una muchacha honrada, se debe uno casar con ella.

—¡Eres un tipo completo de candidez, Raimundo!... ¡La edad de oro....; me representas la edad de oro! ¡Un alma antediluviana! ¡Te abrazaría y aun pediría para ti el premio Montyon, si no fuera porque ya ha pasado el tiempo en que los reyes se casaban con pastoras!

El coche se detenía delante del palacio, y Raimundo no quiso insistir, mucho más hablando por una impresión puramente personal, puesto que no conocía á Noris; pero su instinto de rectitud le hacía tender sin vacilaciones al absoluto de la situación, pues siempre marchaba en derechura á lo que debía hacerse, y decía con entereza lo que debía de-

cirse. El marqués de Ferdys hallaba en su hijo el corazón levantado de la madre.

Esta manera de ser de Raimundo había complacido á Noris, que le contaba ya como un amigo más, y, á pesar de su confianza en el resultado definitivo del proceso Vérigaon, experimentaba una verdadera alegría viendo nacer una nueva afección. Ferdys, por otra parte, era primo del Príncipe, y ella amaba cuanto se refería á René, á quien conceptuaba inocentemente como el salvador de Feraud.

Pero ¿estaba salvado el pobre novelista, que con tantos sufrimientos había pagado sus quiméricos sueños? El asunto no había sido juzgado aún en casación; pero por indicios múltiples y frases consoladoras, Noris juzgaba segura la absolución. Los magistrados á quienes hablaba se lo daban á entender así vagamente en sus respuestas sibilíficas, cortesanías y acompañadas de sonrisas de inteligencia. Uno de ellos, que pasaba por escéptico, y tenía talento, le había dicho francamente: «No temáis nada, señorita. Hasta en los tribunales, el derecho es reconocido y la razón acaba por tener razón».

Ella esperaba, pues, impacientemente el nuevo juicio. Pero, ¿y si se engañaba, y marchaba á una decepción nueva y siniestra? Porque también había esperado, cuando el juicio del tribunal inferior, en aquel cuarto del *Hotel de Enrique IV*, donde tanto había sufrido su corazón, y al que no volvería nunca. Noris tenía la superstición de los desgraciados, que atribuyen sus dolores á las cosas inertes.

No: esta vez iría, desafiando á la muchedumbre, á colocarse cerca de su padre, para abrazarse á su

cuello, si le era devuelto, y defenderle con su afecto y su respeto si inicualemente le condenaban. Se sentía con ánimos para la lucha; pero ésta sería innecesaria, porque Feraud sería absuelto. Examinado mejor el proceso, debía haberse visto que el buen hombre era inocente.

Una sola frase de los hombres de ley á quienes había consultado, la hacía temblar de angustia: «Vuestro padre es tan inocente, que lo es ya demasiado», le había dicho uno de los jueces. ¿Sería esto dudar de la ingenuidad de Feraud?

El tribunal al cabo no dudó. Noris, después del dolor de ver entre gendarmes á su padre junto á Vérignon, siempre elegante é impertinente, tuvo al menos la alegría de oír pronunciar la absolución de su padre. Ella sólo esperaba en la sentencia el nombre de Feraud: nada le importaba que el tribunal hubiera confirmado pura y simplemente la pena impuesta á Vérignon y que redujese á dos años la del Ingeniero. La suerte de su padre es lo que la tenía como petrificada entre el auditorio y suspenso sólo de cada palabra del Presidente.

Cuando escuchó que el pobre hombre quedaba en libertad, los sollozos amenazaban ahogarla, y creyó que iba á desmayarse, como la primera vez al ser su padre condenado. Todo en torno suyo se confundía y giraba entre nieblas: las cabezas de los jueces, las de los oyentes, hasta las paredes le parecían confusas. Después de aquella indicación de un síncope, volvió en sí bruscamente, y buscó á Feraud en el banco de los acusados. Ninguno de ellos estaba allí, y la sala se iba desalojando de espectadores, que cambiaban sus impresiones como al terminar una comedia.

Noris no sabía cómo encontrar á su padre. El Príncipe no había querido aparecer por el Palacio; Victorina, enferma y temerosa, tampoco había asistido á la vista, y la joven daba vueltas buscando algún ugiere que la guiase. Un periodista, Gardanne, redactor de *El Parisiense de París*, la vió y la ofreció el brazo para ir en busca de su padre: ella aceptó con gratitud, y atravesando algunos corredores, llegaron á una sala, de la que salía Feraud algo deslumbrado y caminando al acaso.

Por vez primera, después de varios meses, Noris pudo abrazarle sin que se interpusieran los barrotes del locutorio, y sintió la presión de las manos de su padre, las lágrimas y los besos del mismo sobre su frente y sobre sus cabellos: caricias paternales de que se viera tanto tiempo privada.

Gardanne se había retirado discretamente.

Aquellos dos seres tan castigados quedaban allí solos, abrazados, estrechándose el uno contra el otro, y poniendo en aquel abrazo todos sus sufrimientos pasados, como en un beso de alegría después de un naufragio. Noris lloraba, apoyando su cabeza morena sobre el pecho de Feraud, y éste experimentaba una tierna voluptuosidad acariciando con sus manos temblorosas y seniles el rostro de su hija.

—¡Ya ves, Dinoreta; ya ves cómo han reconocido que se engañaban! Absuelto.... Son muy buenas personas esos jueces, y no torpes.... ¡Á Vérignon le guardan, y hacen bien! ¡Es el único á quien odio..., y ni aun á él tampoco! Yo no odio á nadie.... ¡Estoy tan contento! Noris, mi querida hija; abrázame, abrázame de nuevo....

Noris, radiante también de alegría, no le con-

testaba, presurosa por conducir á Feraud hacia la casita. ¡Ah! Esta vez, Victorina tendría que poner dos cubiertos. ¡Su padre estaba libre! Ella le miraba, le abrazaba, unía su rostro al de su padre, dentro del coche que les conducía á Bati-gnolles; mezclaba los rizos de su negra cabellera con la barba gris; y mecida por el movimiento del carruaje, como si hubiera sido la hamaca de un ensueño, le decía:

—¡Qué felices vamos á ser ahora, padre! ¡Estoy tan contenta, tan contenta, y te quiero tanto!

## VII.

Parecía á Eugenio Feraud que acababa de tener una enfermedad ó un mal sueño. La aventura de las minas de Sierra-Fuente, el arresto, el tribunal, los días lentos de Mazas, las conversaciones con Potier, su compañero de celda; toda esta fantasmagoría se disipaba como visiones de calenturiento después del acceso. Se volvía á encontrar, con regocijos lánguidos y dulces de convaleciente, en la habitación pequeña de donde había salido (el ambicioso), para ir á perderse en el solemne gabinete del «señor Secretario General». ¡Qué bien se estaba en un dulce reposo, á la ventana de la calle Brochant, con la mirada fija en el verde de los árboles del parque, y al anochecer en la púrpura del sol poniente!

El viejo novelista miraba, tomaba uno por uno y hojeaba los libros de su biblioteca, no encontrando ¡ay! todos sus papeles, que la curia ó el paleógrafo pericial había guardado; pero en el sitio

testaba, presurosa por conducir á Feraud hacia la casita. ¡Ah! Esta vez, Victorina tendría que poner dos cubiertos. ¡Su padre estaba libre! Ella le miraba, le abrazaba, unía su rostro al de su padre, dentro del coche que les conducía á Bati-gnolles; mezclaba los rizos de su negra cabellera con la barba gris; y mecida por el movimiento del carruaje, como si hubiera sido la hamaca de un ensueño, le decía:

—¡Qué felices vamos á ser ahora, padre! ¡Estoy tan contenta, tan contenta, y te quiero tanto!

## VII.

Parecía á Eugenio Feraud que acababa de tener una enfermedad ó un mal sueño. La aventura de las minas de Sierra-Fuente, el arresto, el tribunal, los días lentos de Mazas, las conversaciones con Potier, su compañero de celda; toda esta fantasmagoría se disipaba como visiones de calenturiento después del acceso. Se volvía á encontrar, con regocijos lánguidos y dulces de convaleciente, en la habitación pequeña de donde había salido (el ambicioso), para ir á perderse en el solemne gabinete del «señor Secretario General». ¡Qué bien se estaba en un dulce reposo, á la ventana de la calle Brochant, con la mirada fija en el verde de los árboles del parque, y al anochecer en la púrpura del sol poniente!

El viejo novelista miraba, tomaba uno por uno y hojeaba los libros de su biblioteca, no encontrando ¡ay! todos sus papeles, que la curia ó el paleógrafo pericial había guardado; pero en el sitio

habitual, volviendo á ver sus grabados, sus dibujos, el retrato á lápiz de su pobre mujer, la *Judía de Marruecos* de Eugenio Delacroix, «su Delacroix», gozaba de nuevo con todo lo que había sido sus regocijos de otro tiempo. Se volvía á encontrar más encorvado y envejecido, como después de un viaje muy largo, en su sillón habitual, entre la vieja Victorina, más adicta, y Noris, su Dinorah, más bella que nunca.

—¡Qué bien se está aquí! ¡Ah! ¿No he sido un necio en anhelar más que esto?... En vez de emborronar proyectos para Sierra-Fuente y de realzar con adjetivos las mentiras de aquellos bribones, ¿no habría hecho mejor siguiendo con igualdad mi método de vida literario? ¡No estoy gastado, qué diablo, y veo claro al presentel! ¡Sí, veo claro! ¡Conozco la vida! ¡Ah!

¡Este niño grande, de sesenta años cumplidos, estaba bien curado de la manía de las aventuras! ¡Qué lección! Había dejado alguna lana en las espigas, el pobre cordero arrastrado á Mazas por Vérignon como al matadero. ¡Había soportado bastantes injurias y ultrajes!... Respiraba al fin, libre y absuelto, con considerandos que eran el reconocimiento resplandeciente de su honradez: ¡se podía leer la *Gaceta de los Tribunales* y sus soberbios considerandos! El tribunal le había hecho «un buen reclamo».

Pero cuando pensaba asimismo que podía, con un poco de desgracia, haber caído bajo el golpe de una sentencia definitiva, ¡oh!, entonces se estremecía como el condenado bajo la cuchilla.

En las horas de insomnio y de soledad, allá abajo, había tenido tiempo de reflexionar sobre su vida

fracasada, sobre aquella última aventura fúnebre. ¡Las aventuras! ¡Ah! Ya bastaban decididamente. Había acabado. Veía bien que no traía más que desastres el soñar y soñar, como él lo había hecho siempre. Pobre Don Quijote de lo quimérico, golpeado por el pájaro y abofeteado por las áspas de sus molinos de viento, volvía á entrar en el hogar, arruinado y lastimado hasta el fondo, á pesar de sus sonrisas.

¡Ah! Este viejo inocente y sencillo había aprendido más en seis meses de detención, que en años y años. Sabía el fondo, el valor y la vanidad de las quimeras. ¡Conocía á los hombres! Sí, sí, ¡ahora los conocía! Y puesto que querían cosas verdaderas, gráficas y sucedidas, se vería, se iba á ver lo que él era capaz de escribir.

—He sido protagonista de una terrible novela (decía Feraud, moviendo la cabeza); y después de haberla representado, voy á escribirla. ¡Sí, voy á escribirla!... ¿No se quiere ya nada de imaginación?... ¡Bueno! ¡Se va á ver lo que es la observación y la verdad! ¡Brotará sangre! ¡Alborotará! Con mi carne haré mi libro. ¡Y qué libro! ¡Se va á ver, se va á ver!

Entonces poco á poco se había puesto á trabajar. Se congestionaba, al inclinarse sobre el papel, su cabeza calva. Hacía con una aspereza valiente—¡á su edad!—el aprendizaje de un género nuevo. No más cortadores de cabelleras, ni gauchos mejicanos, ni cazadores de lazo, ni perseguidores de toros silvestres, ni buscadores de oro, no, había escrito lentamente,—dejando ya en este título un mundo de tristezas y desagrazos;— había escrito en una hoja blanca estas palabras abundantes en promesas:

*Un hombre honrado, Historia de un vencido.*

Y después de su sueño ideal, el viejo novelista, perdido en la habitación de Batignolles, se dejaba llevar ahora de otro sueño, de un sueño de realidad.

Noris se inquietaba un poco al verle trabajar. Notaba en él cierta fatiga. No osando desalentarle, le suplicaba que dejase aquel rudo trabajo que le apasionaba y le agolpaba la sangre á los ojos. Pero era su dicha aquel trabajo encarnizado, y temía también quitarle este gozo.

Le hablaba alguna vez de René. Eugenio Feraud sabía cuánto interés había puesto en su defensa el señor de Chantenay. Pero antes de confesarle el poder absoluto que el Príncipe había adquirido sobre ella, Noris quería obtener de René mismo la autorización para esta confidencia. Y en su absoluta franqueza, tenía prisa de salir, por medio de una confesión, de una situación que encontraba culpable y que ahora le daba vergüenza, puesto que estaba obligada á ocultarla. Mientras que había estado sola en la lucha, había parecido á la joven que podía, ante su conciencia misma, llevar la responsabilidad de su caída. Y además, había cambiado con René uno de esos juramentos que unen dos seres durante la vida, ante el honor como ante una ley. Él era de ella como ella de él.

Ella no pensaba recordarle jamás esta promesa. Mientras que Feraud estaba prisionero, no pensaba más que en Feraud, y no quería añadir á las tristezas del pobre hombre la confidencia de este amor culpable, en tanto que no fuese proclamado ante todos.

Había, pues, guardado en sí misma todo lo amargo, lo doloroso y lo embriagador de este secreto.

Era de René, sin que nadie en el mundo lo supiese. La anciana Victorina tenía demasiado mala vista: pobre trabajadora, ignoraba lo que es el amor, para haber visto nada ni adivinado nada. Ante Raimundo de Ferdys sólo Noris podía ruborizarse; pero el joven Marqués no le profesaba sino el más afectuoso y profundo respeto. Hasta entonces, Noris había mirado á René menos como á un amante que como á un desposado.

Pero al presente era tiempo de decirlo todo. Callarse ante el padre, encerrado en el locutorio, era evitarle una angustia; no revelar nada á Feraud, vuelto á la libertad, era engañarle.

Noris hablaría.

Era necesario solamente que el señor de Chantenay consintiese, y desde la absolución del buen hombre, el Príncipe había ido una vez solamente á la calle Brochant, á hacer una corta visita de cumplidos triviales y semiembarazosos. Después, pretextando un viaje, no había vuelto más. Noris le escribía á la provincia de Normandía, y René respondía ó hacía responder. Volvería dentro de poco. El también tenía prisa por volver á ver á su «viente amor». Las cartas estaban lindamente redactadas, pero sin fondo, de una vulgaridad distinguida. Había alguna vez frases ingeniosas; de corazón, jamás. Era lo contrario en las cartas de Noris Feraud.

La ausencia de René era real. Reposaba en el campo, lejos de los ensayos de baile. Desde que volvió, tuvo el capricho de volver á ver á Noris. Él la amaba verdaderamente, y si ella hubiese consentido en mostrarse al público con él y en dejarse ver como si fuese una joya recamada de oro, el Príncipe

se habría sentido orgulloso, y loco por consiguiente. Pero las cortedades, los deseos de soledad de la joven, le molestaban. ¡Y después, tenía aquel padre, aquel diablo de padre!... ¡Un padre que salía de Mazas!

El Príncipe llegaba á arrepentirse de haber dado por él el menor paso, y sentía que no se hubiese guardado á Feraud en la celda.

¡Era esto tan cómodo!

Á la primera alusión que hizo Noris á los juramentos pasados,—juramentos de ayer,—René respondió con una estupefacción que debió arrebatarse brutalmente las ilusiones de la desdichada. Tuvo, por lo demás, el mérito de la franqueza. ¿Cómo podía Noris imaginarse que se tomaba para mujer, cuando se llamaba Beaumartel de Chantenay, la hija del literato que salía de una cárcel?

Fué tan claro y tan absoluto, que Noris, aniquilada, se preguntó si estaba loco ó borracho. No esperaba la claridad cruel de una respuesta semejante. Se imaginaba que, siendo su padre inocente, y estando así proclamado, se podía casar su hija!

Y ella descubría, azorada, cierta expresión de gracioso desdén, á la vez cortés y afrentoso, en los labios delgados de René. Una mirada vaga, viniendo de un monóculo, afirmaba aún la expresión picaresca de esta sonrisa.

Noris creyó encontrarse ante otro hombre. No reconocía al Príncipe.

En el saloncito del hotel de Chantenay es donde tenía lugar la entrevista; Noris, con la garganta oprimida, salió bruscamente, sintiendo que se ahogaba. Al atravesar la antecámara, tropezó casi con

un joven que entraba, y estaba colgando su gabán en una percha.

Reconoció á Raimundo de Ferdys; le saludó maquinalmente, y encontrándola muy pálida, con rostro casi convulso, la detuvo, tomándole la mano.

—¿Qué tenéis, señorita?

—¿Yo? ¡Nada!

—Noris... Me dais miedo... ¿Qué ocurre, pues?

—Preguntadle á vuestro primo (respondió Noris). Encuentra que se hace, según parece, favor á una joven como yo tomándola para querida; y yo me voy, porque, después de haberme perdido, sería capaz de insultar á mi padre ante mí.

Pasó rápidamente ante Raimundo, dejándole estupefacto, con ganas de correr tras ella, detenerla y llevarla hacia René, en el saloncito.

Pero Noris había marchado.

El joven Marqués entró en la habitación de René, que, ya sentado, fumaba un cigarrillo, cortando con su dedo índice, á guisa de cuchillo, una novela pornográfica nueva, muy graciosa, que había comenzado la víspera y que le divertía. Tenía á poca distancia un corta-papel de marfil, con sus armas grabadas en plata; pero por no moverse para cogerlo, no lo usaba.

—¡Raimundo! ¿Cómo va, querido?

—¿Era la señorita Feraud la que salía de aquí?— preguntó Ferdys.

—La misma. ¿La has encontrado?

—Y me ha dicho que tú la echabas.

—¿Eres su confidente?

—Me honraría con ser su amigo.

—¡Su amigo! Tú no la conoces aún.

país, y hagámonos dignos de permanecer á la vanguardia, dando, como nuestros antepasados, los que han ilustrado el nombre que nos queda, nuestra sangre por los demás. No es bastante, te lo confieso, verter un poco á la hora del peligro, y no se salva el honor de una raza como se salva el honor de un país, haciéndose agujerear el pecho bajo el traje de zuavo de Patay. Lo que hace falta para asegurar la supremacía del rango y del nombre, es reforzar esto al fuego del trabajo, es trabajar en alto, como un pobre diablo trabajaría en bajo. Y puesto que no nos es permitido hacernos escritores ó tenderos, guardemos el arado ó la espada: labremos la tierra, ó defendámosla. Avergonzemos á aquellos de los nuestros que arrastran sus nombres en las especulaciones ambiguas de las rentas, ó le alquilan para un anuncio, recibiendo sueldos de asistencia, como sus padres recibían grandes cordones por las heridas bien ganadas. ¡Hay algo más que la Ópera, el boulevard, el club y la playa de Trouville en el mundo, y este mundo voy á conocerle, á estudiarle, y me arrojo al mar como Telémaco, aunque sin Mentor!

René tenía su idea propia sobre el joven Ferdys. Raimundo era un buen muchacho, que «hacía gala de suficiencia». El Príncipe no entendía nada de la generosidad de alma y la inquietud valiente de aquel joven, un poco melancólico, firme y dulce, experimentando á la vez el temor y el disgusto de París, y aunque adorando al Marqués, satisfecho de él, sin embargo, y de ir á los mares de la China, donde estaba cierto de no tropezar con una querida de su padre.

René encontraba que Raimundo, cuando habla-

ba, se convertía en conferenciante. Era, puesto que hablaba de Noris, «una conferencia» evidentemente sobre los deberes del seductor hacia la joven seducida, la que iba á propinarle el buen Ferdys que acababa de entrar.

—No eres solamente un altérez (decía riendo Chantenay); eres una enseñanza.

Raimundo, impulsado por un doble sentimiento, — la instintiva simpatía que le inspiraba Noris, y la rectitud moral que era su ley, — quería esforzarse en hacer comprender á René esta idea de justicia de que estaba impregnado, nutrido. Habiendo jurado el Príncipe á la señorita Feraud que sería su mujer (René no negaba este juramento), la señorita Feraud tenía el derecho de reclamar al señor de Chantenay la realización de su promesa.

—¡Estás loco! ¡Estás loco! (respondía á esto René.) Pero, querido mío, ¡tú no has vivido! Eres un salvaje. Veamos: ¿te casarías tú con una china guapa á quien encontrases en Pekín, y la conducirías á la alcaldía de tu distrito? ¡Ve, pues, á decir á mi madre que me aconsejas casarme con Noris! Te recibirá amablemente.

—¿La Princesa sabe que tienes á la señorita Feraud por querida?

—Se lo figura. Ha encontrado sobre mi chimenea el retrato de Noris. La ha tomado por una actriz. Le he contado su historia. Esto le interesaba. Había leído el proceso de las *Minas de Sierra-Fuente*.

—La Princesa tiene por tí debilidades que te costarán caras.

—¡Bueno va! (dijo el Príncipe, riendo mucho.)

¡Vas á decirme que mi madre me ha echado á perder!

—No (dijo Ferdys). Tu madre es una buena señora. Los que te echan á perder son los otros.

—¡Pues vivan los otros!—concluyó René, volviendo á comenzar su interrumpida lectura.

Raimundo experimentaba una verdadera tristeza al ver que el príncipe de Chantenay era incorregible. Encontraba en él todo lo ficticio, lo loco, el falso ingenio y el falso encanto de la vida de París. Y tenía prisa por volver á sus marineros, y el olor de la brea de su camarote le disgustaba menos que el ambiente de ilang-ilang del tocador de René.

Aquella bella joven que se le había aparecido con la altanería de una bondad honrada, le perturbaba por otra parte y le detenía. Sentía que experimentaba contra su primo una irritación tanto mayor, cuanto que Noris le parecía más encantadora. Sentimiento ó sensación vaga, pero real, indeleble. Había ido á hacer una visita á la señorita Feraud para consolarla, según se decía á sí mismo, no osando confesarse que quizá era también un poco para verla.

La joven confiaba en él francamente, atraída ella también por aquella lealtad, no encontrando en el fondo de los ojos negros de Raimundo más que una expresión de cariño y respeto. Estaba, sin embargo, colérico también contra René, y decididamente le encontraba culpable y cobarde. Se lo diría algún día.

Lo dijo casi claramente á la Princesa, una tarde que fué á participarle su próxima marcha.

La señora de Chantenay ocupaba, junto al par-

que Monceau, un hotel en la avenida de Van-Dyck, contiguo al de su hijo, y vivía allí con una existencia muy distinta, inmediata sin embargo á René, pero perdida, como en una niebla malsana, en los vapores de la morfina.

Delgada, nerviosa, minada por la jaqueca, la Princesa pedía sucesivamente al cloro, en las horas de insomnio, un poco de sueño, y á las inyecciones de morfina un poco de calma en sus crisis neurálgicas. Salía poco, viviendo envuelta en su lujo en una especie de sonambulismo dichoso, que era ya en ciertos instantes una semidemencia. Leyendo mucho, sin comprender todo, y adorando á su hijo, el héroe de las crónicas que la agradaban hasta el punto de perdonarle todo, encontraba muy gracioso llamarle alguna vez *Flor-de-Chic*, como los otros.

La noche de la visita de despedida de Raimundo, la Princesa, en su saloncito que iluminaban dos lámparas japonesas á través de fantásticas pantallas, estaba, según su costumbre, tendida en un sofá, negligente, con la mirada vaga, como entorpecida, indiferente, con las pupilas apagadas, en una especie de somnolencia dichosa, una postración dulce, esa locura de los morfínómanos ó de los opiófagos; y en la claridad rosada de las lámparas, filtrada á través de los ojos redondos y los picos de mochuelo de las pantallas, miraba á Raimundo con una sonrisa indistinta, levantando apenas sus delgados labios en su demacrado rostro, de cabellos de un rubio encanecido, y que, empolvados con polvos de plata, parecían ya completamente blancos.

Tuvo, sin embargo, viendo á su sobrino, la

percepción clara de un recuerdo, y dijo desde luego, tendiéndole la mano:

—¡Ah, sois vos, Marqués, sobrino mío, el que aconsejáis también á un príncipe de Chantenay casarse con una aventurera!

Raimundo, un poco sorprendido de la acogida en el primer momento, se rehizo bien pronto.

—¿René os ha dicho?...

—¡Oh! ¡El Príncipe me lo dice todo! ¡Esto le divierte, y no me disgusta!

—Pues bien (replicó Raimundo muy resueltamente): ¡sabéis entonces, Princesa, cuál es mi sentir en todo esto!

A través del velo opaco de la morfina, la Princesa experimentaba, al menos un deseo, el de saber, el de ver claramente la verdad. No le disgustaba platicar con Raimundo, y conocer por él la novela misma de René.

Y esta era para Ferdys una buena ocasión de pleitear al lado de la madre, como lo había hecho al lado del hijo, la causa de Noris.

Lo hizo con absoluta convicción y con gran calor, proclamando ante la gran señora la honradez absoluta de la joven, aun seducida, aun caída, afirmando que, habiendo sido dada la palabra de un Chantenay, el deber del príncipe de Chantenay era honrarla.

—¿Es decir (preguntó la Princesa), que volvéis á vuestro tema? ¿Es necesario, pues, querido, que René se case?...

Reía, dejando caer y volver á caer su cabeza sobre los almohadones del sofá, y el Marqués la parecía «muy asombroso, muy asombroso».

—Suponed (dijo Raimundo) que René haya

seducido á una joven encontrada en la sociedad, que la haya hecho este juramento, y que ella vaya ahora reclamando la palabra dada....

—¡Oh! (dijo la Princesa, con la voz siempre lenta, medio chillona y medio pastosa): eso no sería lo mismo.

—¿Por qué?

—¡Lo preguntáis! Es, sin embargo, bien sencillo. Porque esta joven sería, supongo, de clase igual que vuestro primo, y, por consiguiente....

No acabó la frase más que con un gesto, y desde luego Raimundo, un poco nervioso, interrumpió vivamente á su tía, diciendo en tono breve, como si se hubiese hallado á bordo:

—Crefa que la palabra valía por quien la da, y no por la persona á quien se da.

—Es decir, querido, que suponéis á René en compromiso de honor con la señorita Feraud.

—Absolutamente.

La Princesa había llevado á su cabeza blanca sus dos demacradas manos, y miraba al Marqués con un aire de profunda piedad, recobrando poco á poco una sonrisa de burla que le era familiar, como si la enormidad de opiniones de Raimundo hubiese disipado de repente la embriaguez de la morfina.

—¡Ah! Mi querido Ferdys, si te presentas así, á los veintitún años, en los papeles de Don Quijote, irás quizá muy alto, muy alto...., sobre las alas de tus molinos de viento; pero no irás muy lejos, te lo advierto.

Raimundo se encogió de hombros ligeramente, como diciendo «de mí se trata, en efecto»; y volviendo á Noris, trató de hacer entender á la Prin-

cesa que la señorita Feraud no era ni una aventurera, ni tampoco una joven ordinaria, sino una criatura encantadora, notable, instruída, cariñosa con su padre, digna de respeto.

— ¡Y si quisierais verla, mi querida tía!

— ¡Verla! ¿Para qué? ¿Qué tiene que ver conmigo la señorita Feraud?

Estaba casi levantada en el sofá de satén, y con los ojos sobre los de su sobrino, con el delgado y anguloso rostro de pronto animado brutalmente, la mirada brillante como si alguna llamarada interior hubiese prendido fuego, pasando de los movimientos de la semisomnolencia, lentos, desdeñosos y como penosos de antes, á una impaciente sacudida de nerviosa locuacidad.

— Mi querido niño (dijo, tan pronto tuteándole como llamándole de vos); traduciendo por palabras desequilibradas una idea absolutamente fija, es necesario, sin embargo, que os figuréis que hay en este mundo mundos muy diversos: el mundo desde luego en que vivís, y que es tanto más cerrado cuanto la... la democracia de estos señores es más invasora...; después, un montón de mundos distintos, fraccionados, raros, que yo no conozco, que me importan poco, y de los cuales, en mi opinión, se habla mucho entre vosotros. Tú eres de un mundo...: querido, te debes al mundo. La *sociedad* es un último baluarte de las tradiciones, que se mantiene firme y resiste todos los asaltos... Es necesario, pues, no dejar entrar á nadie: á nadie, ¡óyelo! Hoy sería una ciudadana como la señorita... ¿cómo dices?... la señorita Feraud, muy linda, consiento en ello; aceptable, si quieres... Mañana sería una prostituta, ó acaso una ladrona... Y además, Rai-

mundo, ¿me habláis de la virtud de esta Noris, de su honradez, de sus cualidades?... ¿Estáis seguro de que tenga la perfección que os imagináis, querido? ¡Si era tan perfecta, se habría defendido mejor, y no sería la querida de mi hijo!

— Ella no ha caído más que porque la ha seducido..., le ha jurado....

— ¿Qué? ¿Que se casaría?

— Sí.

— Entonces, es un contrato. ¡Y esta clase de transacciones apenas me interesan! Una mujer puede sucumbir, lo admito. Cuando se vende, es otra cosa.

— ¿La señorita Feraud se ha vendido?

— Por un título, sí. Por el deseo de ser Princesa.... ¡Princesa de Chantenay! ¡Diablo! ¡No quiere poco la señorita Feraud!

— Ama á René; le ama realmente.

— ¡No me admira! ¡Es bastante guapo muchacho para esto vuestro primo! Pero ella le amaría menos si fuese saltacharcos ó un empleadillo. ¡Ah! Pero Ferdys, ¿tú caes de un nido? ¡Consulta un poco con tu padre! Tu padre conoce la vida, y tú no conoces nada más que tus embarcaciones... ¿No se os da una brújula en Brest para evitar las boberías de los amorcillos? Tu padre te mirará como á un apóstol de la tontería, mi buen Ferdys. Y tu padre sabe vivir.

— Y estoy seguro que ha cumplido todos los juramentos que ha hecho.

— ¿Á las mujeres?

Un reír nervioso, muy alegre á pesar de su nerviosidad un poco estridente, sirvió á la Princesa para subrayar su frase «¿Á las mujeres?», y encon-

traba decididamente á su sobrino un poco simple.

—Pero, pobre amigo, los hombres pasan su vida en jurarnos un montón de cosas de las que no creen ninguna. ¡Tu padre! Pero, querido, no ha guardado ni aun el juramento que había hecho ante un sacerdote á tu santa madre. Los juramentos que se nos hacen, ¡bah!..., son como los billetes de favor de los empresarios; esto no se cuenta.

Y proseguía en su risa entrecortada, mientras que, de pie ante ella, Raimundo de Ferdys, muy pálido, poseído de un atroz deseo de llorar, se sentía colérico, con una rabia sorda, encontrando en la Princesa el implacable razonamiento, justo acaso, ó más bien todos los errores, todos los egoísmos de René.

De repente la señora de Chantenay se levantó, tendió á su sobrino una mano larga, donde las venas azules hacían resaltar la palidez de la carne, una mano seca, febril, y terminando la entrevista:

—Con esto (dijo) os dejo, querido. ¡No me gustan las charlatanerías!... ¡Adiós!... Espero que te veré antes de tu marcha. ¡Ve á predicar el matrimonio obligatorio á Madagascar ó á Taíti, no sé dónde, pero no digas nada en París. ¡No se te hará caso!... ¡Buenos días, Raimundo!

Levantó un tapiz, que volvió á caer sobre ella, y atravesando un nuevo salón, fué á buscar un poco de sueño y un poco de aquella embriaguez sonriente que la había abandonado hacía un momento, en una inyección de morfina.

Raimundo estaba lastimado, experimentando la sensación de un golpe brutal recibido en la mitad del pecho. Con sus soberbias ideas de absolutismo y de rectitud en todas las cosas, sentía como ver-

guenza por encontrar una ciencia tal de lo relativo, tan sutil y tan hábil, entre los seres á quienes quería y que eran de su sangre. ¡Era Don Quijote! No le disgustaba hacer la «triste figura» entre aquellos egoísmos. Pero lo que le afligía, independientemente del recuerdo de su madre, de la que casi se mofaba la Princesa, era la decepción á la que se condenaba á Noris, despertada bruscamente de un bello sueño. Le parecía que se cometía con ella un crimen infame. Había adivinado todas las confianzas, todas las ingenuidades que se ocultaban bajo la vehemencia y la pasión de la joven. Comprendía que era de su raza, de la raza de los crédulos y engañados, que van á través de la vida como abriendo su pecho, enseñando neciamente al mundo el sitio del corazón, el sitio mismo donde les deben herir.

¿Cómo aquella niña, á la que conocía desde tan poco tiempo, estaba tan presente en su ánimo, formando parte de sus mismas preocupaciones? ¿Por qué atracción, si no era por el maquetismo de las naturalezas condenadas á las mismas quimeras y señaladas por los mismos sufrimientos?

Le parecía ahora que ella no tenía más que á él para defenderla contra aquel René, que alardeaba de poseerla, se envanecía de amarla y no la amaba. Y dentro de algunos días, Noris no tendría nadie ya á quien confiarse y con quien contar. Raimundo, en efecto, marcharía. La licencia había terminado. Ferdys tenía prisa por volver á ejercer su profesión. Aquel París le pesaba como una atmósfera espesa. Estaba más aislado casi allí que en su camarote, donde, con la vista en un pedazo de cielo, dejaba remontar sus sueños de veinte años, que el viento llevaba como el humo del buque.

René escéptico, la señora de Chantenay inflexible, el Marqués, su padre, indiferente, y, como contraste, Noris entristecida, inclinada sobre la mesa donde Feraud escribía su *Historia de un vencido*; la antítesis parecía feroz á Raimundo.

Aquel corazón de veinte años saltaba de cólera ante aquella realidad brutal. Si era esta la vida, la vida era una balanza falsa. Toda la lealtad del joven se irritaba, abofeteada y herida.

¡Vivan, pues, el mar y la soledad, los libros, los pensamientos nobles en medio de la inmensidad de los mares y los cielos, los días pasados con los rudos mozos, sus compañeros de viaje; viva toda la casualidad de la existencia confiada á lo desconocido! Raimundo se sentía poseído de una especie de frenesí. Se aburría y se debilitaba. Su primo, su padre mismo, le parecía que no hablaban su lengua. No los comprendía, no se entendían.

—Necesito agua salada,—decía, tratando de sonreír.

Anticipó su marcha algunos días: fué á la calle Brochant para volver á ver á la señorita Feraud; le dijo sinceramente la estimación afectuosa que experimentaba hacia ella; le suplicó se acordase que tenía en adelante, en cualquier parte del mundo, un amigo dispuesto á probarle su cariño, y, sin frases novelescas, trató de infundirle ánimo. Cuando quiso hablarla de René, le interrumpió, diciendo:

—Dejad. No pienso más que en mi padre, que está enfermo. No cuento para nada con lo demás.

El tono seco con que había dicho aquellas palabras, en las cuales parecía sacrificar todo el pasado, lastimó á Raimundo. Hubiese querido que René lo oyese. Quizá al Príncipe hubiese hecho efecto

aquella aspereza en la voz, aspereza donde había tanta amenaza como disgusto.

Raimundo abandonó, sin embargo, á París, sin haber dicho á su primo que había visto á Noris.

¿Para qué?

El príncipe de Chantenay estaba advertido; sabía, por lo demás, dónde se encontraba el deber.

—Tú no conoces á tu primo (dijo el Marqués á su hijo, á quien acompañó hasta Brest, y que le contaba en el vagón la aventura de Noris). René tiene un sentimiento del deber completamente particular. El deber para él es su placer. Si ama á esa joven, ella puede contar con él, porque no es malvado. Si no la ama, no tiene nada que esperar de él, y la tratará con cierta rusticidad, propia del Norte, que ha heredado de su madre. ¡Oh! ¡el sentimentalismo no es ni el fuerte ni el flaco de tu primo ni de la Princesa! No te ocupes, pues, en esto, y deja á la jovenella que siga su destino.

—Pero (preguntó Raimundo), ¿si yo hubiese jurado como René, te parecería, como á la señora de Chantenay, inútil que cumpliera mi juramento?

—Querido mío (respondió el Marqués), un caballero no firma jamás una carta-orden; pero cuando la firma, debe pagar.

—¡En buen hora! ¡Os reconozco, y me reconozco! —gritó el joven.

Y el Marqués, riendo un poco:

—Pero, no me cojas la palabra del todo, ¡diablor!, y me traigas á una joven salvaje á quien hayas prometido matrimonio. Esto me disgustaría. Regla general y consejo práctico: no coger más que los frutos caídos del árbol; estos son los mejores, la masa menuda; no piden más, por otra parte, que

ser comidos, y, por consiguiente, no se puede ser acusado de haber robado los primeros. ¡Y cuando uno se casa! ¡Ah! Entonces, buscar bien y escoger bien en la más alta rama y en pleno sol.

El Marqués acompañó á Raimundo hasta el barco, que estaba en la rada, le abrazó con todas sus fuerzas, y, conmovido, bajó á la canoa que le había llevado, deseando galantemente á toda la tripulación «buen viento, y buena mar».

Conmovido, antes de marchar para París, pasó al telégrafo, plaza de la Comedia, y expidió un parte á Luisa Gagnon, Gagnon II, uno de los pajes de los *Hugonotes*, de mallas y jubón blancos, invitándola á almorzar para el día siguiente.

—¡Manzanas caídas! (pensaba al redactar el despacho.) ¡En buen hora!... Con esas jóvenes tantas veces casadas, no se corre el riesgo de casarse jamás.

## VIII.

*Un hombre honrado: Historia de un vencido.* Eugenio Feraud miraba frecuentemente aquel título que había trazado en hermosas mayúsculas, en lo alto de una hoja de papel ministro, que cubría con su escritura un poco temblona, le contemplaba como un autor dramático miraría el título de su comedia; le copiaba, le volvía á copiar, le caligrafiaba de cuando en cuando, hallando en los párrafos que añadía armonías singulares, y escribiendo luego en letra inglesa, después en redondilla, parecía prensarle y comprimirle bajo su pluma, para saborear toda la amarga filosofía que quería dar á su libro aquel pobre hombre calumniado un momento.

¡*Historia de un vencido!* Su historia y la de tantos otros desgraciados, víctimas de la vida ó de sí mismos, ilusionados, confiados, quiméricos, entregándose atados de pies y manos á aquel mundo astuto ó feroz de tunantes y animales. Todo, sí, todo lo que había él sufrido en su existencia, quería

ser comidos, y, por consiguiente, no se puede ser acusado de haber robado los primeros. ¡Y cuando uno se casa! ¡Ah! Entonces, buscar bien y escoger bien en la más alta rama y en pleno sol.

El Marqués acompañó á Raimundo hasta el barco, que estaba en la rada, le abrazó con todas sus fuerzas, y, conmovido, bajó á la canoa que le había llevado, deseando galantemente á toda la tripulación «buen viento, y buena mar».

Conmovido, antes de marchar para París, pasó al telégrafo, plaza de la Comedia, y expidió un parte á Luisa Gagnon, Gagnon II, uno de los pajes de los *Hugonotes*, de mallas y jubón blancos, invitándola á almorzar para el día siguiente.

—¡Manzanas caídas! (pensaba al redactar el despacho.) ¡En buen hora!... Con esas jóvenes tantas veces casadas, no se corre el riesgo de casarse jamás.

## VIII.

*Un hombre honrado: Historia de un vencido.* Eugenio Feraud miraba frecuentemente aquel título que había trazado en hermosas mayúsculas, en lo alto de una hoja de papel ministro, que cubría con su escritura un poco temblona, le contemplaba como un autor dramático miraría el título de su comedia; le copiaba, le volvía á copiar, le caligrafiaba de cuando en cuando, hallando en los párrafos que añadía armonías singulares, y escribiendo luego en letra inglesa, después en redondilla, parecía prensarle y comprimirle bajo su pluma, para saborear toda la amarga filosofía que quería dar á su libro aquel pobre hombre calumniado un momento.

¡*Historia de un vencido!* Su historia y la de tantos otros desgraciados, víctimas de la vida ó de sí mismos, ilusionados, confiados, quiméricos, entregándose atados de pies y manos á aquel mundo astuto ó feroz de tunantes y animales. Todo, sí, todo lo que había él sufrido en su existencia, quería

hacerlo pasar á aquel libro escrito con su sangre, según decía, y regado con sus lágrimas. ¡Lágrimas verdaderas, puesto que se quiere la verdad!

Advertía ahora el pobre viejo que había marchado en la vida como un niño que, con la mano extendida, fuese mostrando á las moscas su pedazo de pan untado de miel. Las moscas humanas se habían arrojado sobre la bondad de Feraud; camaradas, compañeros, agentes, pordioseros (porque á él, con ser tan pobre, le habían mendigado muchas veces su protección y su dinero), un hato de voracidades que le sacaban la miel, y se iban á chupar á algún otro tonto, y despreciaban á aquel simple, catalogado en la serie de los «débiles», «buenos muchachos» y «simpáticos». ¿Honrado?... ¿Indulgente?... Nada había que temer de él. ¡Al cesto, ahora que era viejo!

Quería también, en esta *Historia* de sus derrotas, mostrar lo que había sufrido en verse puesto al descubierto, desnudado brutalmente por aquellos magistrados y aquellos abogados, que cuando muestran la belleza carnal de la Friné á quien defienden, muestran una inicua alegría en hacer tocar con los dedos las gibosidades ó las hernias de los que acusan. ¡Le habían injuriado tanto en su cara á este pobre diablo! ¡Le habían arrojado acusaciones como puñados de lodo en pleno tribunal!

—Frecuentemente se dice (murmuraba después), que los periodistas calumnian á las gentes. Sí, muy á menudo, la pluma es infame. ¡Pero la lengua! La saliva de los hombres de ley es tan corrosiva como la tinta de los biógrafos... Los abogados y magistrados también calumnian, y en peor francés todavía que los gacetilleros.

Todo esto lo diría Feraud en su *Historia de un vencido*. Su *Hombre honrado* sería él. Su libro era su desquite y el coronamiento de toda su vida; no un libro satírico; una confesión, una declaración terrible, pero (el novelista dejaba caer la palabra) académica todavía... ¡Ah! ¡Si por una fortuna inesperada la Academia, por casualidad, le vengase más solemnemente aún que el tribunal de apelación, no llamándole á su seno (solamente el pensar en ello le hubiese parecido á Feraud osadamente sacrilego), sino premiando aquel último libro, resumen ó *post-scriptum* de una existencia obscura, sin la menor fortuna!

Un premio del Instituto y una mención en el discurso del secretario perpetuo, gloria de un día, polvo de gloria, ¿por qué no?

Y Feraud trabajaba, al menos quería trabajar; y sentía atolondramientos, que poco á poco se convertían en desesperación; fatigado, las piernas rendidas, la cabeza pesada, con algo como la presión dura de dos dedos sobre la frente, y, con frecuencia, en el corazón punzadas y palpitaciones que le ahogaban.

Si el espíritu hubiese estado tranquilo, el sufrimiento físico hubiera sido lo de menos. ¡Ah! Lo que quería expresar, lo sentía bien «el vencido», y, sin embargo, le faltaba expresión. Todos los recuerdos afluían á su cerebro, le llenaban, le congestionaban, y en el momento de tomar forma, se escurrían como el agua de una garrafa demasiado llena. Las palabras se le escapaban, y no sabía expresar lo que quería decir. La realidad que quería traducir aprisionándola con su estilo, venía destucada, exangüe, cuando la ponía sobre el papel. Aque

lla sangre, aquella famosa sangre y aquellas lágrimas que quería poner en su libro, se evaporaban; de coraje rasgaba la hoja empezada; la estrujaba ó la arrojaba al fuego, y volviendo á tomar otra hoja blanca, escribía lentamente á la cabeza, con una nueva sensación voluptuosa y esperanzas que reverdecían: *Un hombre honrado: Historia de un vencido.*

Noris asistía con el corazón lacerado á aquel desafío de un hombre con su pensamiento, á aquella decadencia más visible cada día, á aquella decrepitud cruelmente anticipada, como por los golpes de la mano del carcelero de Mazas. Quería arrancar á Feraud á aquel trabajo contra el cual luchaba. Con frecuencia ponía su mano fina y bonita sobre las cuartillas que el novelista cubría de renglones. Le decía dulcemente, aproximando su mejilla á aquella frente calva y que se enardecía de pensar:

—¡Deja esto; vamos! ¡Ven, que está muy hermoso el parque! ¡Vamos á tomar el aire!

Pero él cogía los dedos de su hija, los llevaba á los labios ó los retenía entre sus manos, y suplicaba á Noris que le dejase allí con el gozo de la composición; —una «composición» estéril, que se reducía á esfuerzos,—en las páginas rasgadas que se consumían en la chimenea y se evaporaban hechas cenizas con chispas, estrellas que desaparecen como las esperanzas.

Aquella laxitud demasiado visible en Feraud, añadía para Noris un dolor sordo al sufrimiento que le hacía experimentar la conducta de René, el cual no reaparecía. La había lastimado mucho, para que ella volviese á su casa. Le escribía y la

respondía, pero con protestas triviales; el Príncipe permanecía como era, encerrado en su reserva, rogando á Noris que fuese al hotel de la avenida Van-Dyck cuando quisiera, asegurándole una absoluta adhesión, dejándole comprender las llamas de deseos, que repugnaban y hacían ruborizarse á la joven caída. Volverle á ver ahora..., ¿volver á verle? No; sentía demasiada vergüenza todavía por la acogida del último día. Le amaba siempre. Acaso le amaba más que nunca: solamente su altivez se indignaba, y la ataba á la casa donde su padre, ignorante de aquel drama de pasión escondida, decía con frecuencia:

—¿Y el Príncipe? ¿M. de Chantenay no viene ya? Le hubiese querido decir lo agradecido que le estoy por su intervención. ¡Ha sido tan bueno para nosotros!

Noris respondía evasivamente. Un príncipe de Chantenay tenía en el mundo más ocupaciones que acordarse de ellos. Ya volvería un día ú otro. La sangre inflamaba su garganta, y se estremecía á la sola idea de que el desgraciado pudiese suponer la realidad, que á ella le producía tanta vergüenza. Á costa de su vida, hubiera impedido que supiese algo aquel pobre hombre; y con el corazón destrozado, nada decía, nada dejaba adivinar del dolor que le causaba René. Sólo el ausente, Raimundo de Ferdys, habría podido ver y medir lo que había sufrido.

Es cierto: Eugenio Feraud tenía bastante con sus angustias de forzado literato anémico, incapaz de arrastrar su cadena, de levantar el peso que le correspondía. Si hubiese sabido que su Noris amaba, que había sido engañada, y que ahogaba los

sollozos en la soledad de su lecho, esto hubiese matado al pobre Feraud; ó, más bien, hubiera sido acabar con un moribundo.

Se iba, efectivamente, como decía bajito Victorina, hablando del señor. Moría á consecuencia de la prisión. El asunto de Sierra-Fuente le había herido en lo profundo de su ser. Habían creído condenarle á cinco años, y le habían condenado á muerte. Cuando salió de Mazas, había tenido un momento de alegría febril. Se le abría una nueva vida. La idea del desquite literario le hacía temblar, le azotaba la sangre. Parecía rejuvenecido. Y después aquella novela,—aquella novela maestra, su testamento, la *Historia de un vencido*,—daba aceite á la agonizante lámpara de su vida. Al cabo de pocos días había vuelto á caer.

Se arrastraba; apenas salía; iba á ver, cerca de las rocas grises de la gruta del parque, correr el agua que llevaba á su espíritu esta reflexión banal, que la vida corre aún más de prisa,—¡la vida, esta rápida burla!...—pero volvía á casa pronto; no amaba más que su habitación, sus libros, su *Dela-croix*.

—¡Hermosa muchacha es esta *Marroquí*! (decía á Noris.) ¡La he comprado, porque se parecía á tu madre, á quien te pareces tanto!...

Un día volvió más triste. Se había detenido en un ángulo de la plaza de Batignolles, ante una librería ambulante, y maquinalmente, entre las entregas ilustradas colgadas con bramantes detrás de las vidrieras, leía en letras gruesas, á la cabeza de un pequeño periódico popular, estampado este anuncio que le lastimaba:

Á partir del próximo número, comenzaremos la publicación de

### DINORAH Ó LOS FILIBUSTEROS,

POR

EUGENIO FERAUD,

*El autor tan justamente célebre desde el asunto de las Minas de Sierra-Fuente.*

¡Célebre por un proceso! ¡Célebre por un escándalo! ¡Ah! ¡Fama, fama, eterna cortesana!

Feraud movía la cabeza con desprecio al volver á su casa, descorazonado; pero sin tener valor de impedir la reproducción de aquella novela olvidada, que, reapareciendo, le rejuvenecía y le daba una sombra de gloria.

Luego, no salió más. Iba de una pieza á otra lentamente, ó estabase delante de la ventana; miraba los paseantes de la calle; los niños que jugaban en las avenidas del Parque, el humo de la locomotora que se evaporaba á lo lejos en el largo trozo de la calle de Roma. Sus fatigados ojos, con los párpados rojos, su rostro descolorido con su barba gris, pálido como el reflejo de tanto papel blanco que había garrapateado durante su vida, aparecían allí; y Eugenio Feraud, sin moverse de su sillón, aspirando el aire y viendo pasar, pasar, evaporándose en las nubes, los sueños de sus sueños.

Noris sentía que le perdía. Le rodeaba de solícitos cuidados, disputándole á la enfermedad, queriendo darle sombra de alegría durante sus últimos días. No eran ricos en casa del *vencido*. Las pequeñas economías de otros tiempos habían zozobrado poco á poco en el gran naufragio de Sierra-Fuente, cuyo oro también se había evaporado en

humo. Al cabo del tiempo, por todas partes humo. El mismo ideal, el ideal que el escritor había creído alcanzar, no era tampoco más que humo que le había pasado por entre los dedos.

Noris tenía, sin embargo, algunas últimas economías de los tiempos en que Feraud se empeñaba en que su hija se hiciese una dote, acciones en lotes de las que el novelista, siempre lleno de ilusiones, decía que una de ellas les haría ciertamente ricos algún día. Estas acciones vendidas eran las que permitían vivir ahora á la humilde familia, y las que ayudaban al hombre honrado á morir en paz.

Poco á poco parecía que un sueño, cada día más largo, se apoderaba del enfermo. Se dormía estirando sus miembros cansados, como alguien que hubiese andado mucho. La ración de trabajo era larga. Aquel obrero tenía el derecho de agachar los hombros bajo el fardo.

Al presente, no tenía gusto por su tarea. Dejaba tirado el papel sobre el escritorio. Miraba el título de su novela, tantas veces caligrafiado bajo tantas formas de escrituras diversas, y movía la cabeza, adivinando que no escribiría más.

—¡Es lástima!... Esto hubiera sido bueno.

Y se volvía á contarse á sí mismo, en los delirios, aquella novela de un desconocido escarnecido.

Desde que guardaba cama, no tenía fuerza más que para sentarse. Los caldos de gallina que le daba Victorina, no servían de nada. Las fuerzas se le iban; el Médico había dicho la frase fatal: «No hay más aceite». ¡Eugenio Feraud no estaba descontento de acabar! Tenía derecho al reposo. ¿Rendiría cuentas en otro lugar de aquella muerte,

dulce como un adormecimiento? Noris le sonreía; Victorina le mimaba como á un niño. Los cuidados materiales no eran más que quimeras. En aquel apacible estado de inconsciencia en que la enfermedad pone algunas veces á los que caen en ella, no pensaba. No tenía más que una idea de arrepentimiento, pero persistente, obstinada y fija: tenía que le considerase ingrato el señor de Chantenay. Todavía tenía este temor. Esa peste negra que se llama ingratitud, le daba horror. Cuando pensaba que sólo, entre todo el mundo, sólo el príncipe René Beaumartel de Chantenay había pensado en él, ¡en el momento de sus sinsabores!, suplicaba á Noris que escribiese al Príncipe, pidiéndole que tuviese á bien venir á la cabecera de su protegido, —«porque yo he sido su protegido»;—y no advertía la palidez y el temblor que se apoderaba entonces de la desgraciada joven.

Sentía deseos de poner su mano sobre los labios del moribundo, y caer de rodillas junto á su lecho, diciendo: «¡Perdón!»

Esta confianza ingenua del pobre hombre hacia el seductor de su hija, parecía sacrilega á Noris, y ahogaba su sufrimiento para que el padre tuviese al menos una ilusión hasta el fin: la pureza de alma de su hija.

Ni aun esta ilusión debía conservar. Un desgarramiento del ser entero de la pobre joven reveló todo á Feraud; una tarde, volviendo á su doloroso tema, mandaba á Victorina, con una insistencia febril, fuese á pedir al señor de Chantenay que viniese.

—Conocéis el hotel, Victorina... No está lejos..., id... ¡Yo quiero que venga!

—No vendrá,—decía Noris.

—¡Vendrá, si yo se lo suplico; vendrá! ¡Es un mozo tan agradable!... Vamos, Noris; no seas ingrata. No hay muchas personas que nos hayan ayudado en los momentos de lo de Sierra-Fuente. No más ingratitud, te lo repito.... Quiero papel.... Le quiero escribir.... ¡Si yo le escribo, vendrá!....

Victorina, sumisa ciegamente á su amo, le llevó un pupitre, le colocó sobre las rodillas de Feraud, sentado en su lecho con un montón de almohadas por respaldo, y la criada puso el tintero sobre una mesa al alcance de la mano del enfermo, diciendo bajito á la señorita, cuyo corazón parecía que iba á estallar:

—Es preciso dejarle hacer su última voluntad. Esto es sagrado.

Parecía que Feraud estuviese ya moribundo. Á la luz de la lámpara le miraba Noris, enflaquecido, la cabeza oscilándole en los hombros, y sobre la pared volvía á encontrar una sombra agrandada, meneándose con los mismos movimientos de un fantasma. Todo su ser se sublevó ante la idea de que las manos arrugadas de aquel pobre hombre espirante se empleasen en aquel último trabajo, escribiendo...., ¿á quién?...., ¡al que había perdido á su hija!....

Ante esta idea, ante el espectáculo del esfuerzo de un moribundo que se engañaba con tan espantosa ironía, que se dirigía humilde á aquel escéptico, amante de una hora, buscador de aventuras, seductor, perjuro, se sentía conmovida y empujada invenciblemente hacia Feraud, y encontrando que allí había como un robo de la confianza del pobre hombre, bruscamente, sin saber lo que hacía, ho-

rorizada ella misma de oírse hablar en el silencio de aquella habitación del enfermo, como si la voz que decía esto no fuese la suya:

—¡No escribas nada! ¡No escribas! (gritó.) El señor de Chantenay no es digno de tu respeto; el señor de Chantenay es un mise....

Se detuvo asombrada de su grito, de su gesto, de aquel movimiento que la había arrojado hacia el lecho del moribundo, y le había hecho arrancar de los dedos de Feraud la página empezada, la carta temblorosa donde aquel desgraciado agradecía y suplicaba al Príncipe. Quedó inmóvil allí, y hubiese dado toda su vida por haber resistido á este instintivo movimiento de cólera. Los asombrados ojos de Feraud la miraban. La miraban hasta el fondo del alma. La lámpara ponía á la vez en la claridad la cabeza gris del moribundo, y el rostro aterrado de Noris. Aquel padre y aquella hija, los dos seres queridos que habían tenido alegrías, ilusiones y pensamientos comunes, solos allí, cara á cara,—Victorina se había retirado,—se contemplaron un momento, como si cada uno de ellos hubiese querido leer en el alma del otro. Y el moribundo, á la otra claridad, á la luz de la muerte que la envolvía, adivinó toda la verdad, levantándose lentamente sobre sus almohadas, y dejando caer á tierra el pupitre cubierto de papeles sobre una de cuyas hojas se hubiese podido leer el eterno: *Un Hombre honrado, Historia de un....*

Entonces vió Noris agitarse un momento los labios de Feraud bajo su barba gris; subió á ellos un sollozo, y comprendió que murmuraba estas palabras: «¡Pobre niña...., pobre niña!» Y ávida de perdón, de besos, de lágrimas, dejó caer Noris

su morena cabeza sobre el pecho de su padre, y permaneció allí, sin decir nada, pero llorando y abrazando al pobre hombre, mientras que él la acariciaba y le pasaba las manos por los cabellos y el cuello como cuando era pequeña.

Eugenio Feraud no escribió al señor de Chantenay; el Príncipe no supo nada de su muerte. Ella se guardaba muy bien de escribir á René. Sólo una corta nota inserta en los periódicos anunció á los indiferentes que «el señor Eugenio Feraud, un escritor que había tenido algún crédito en otra época, pero cuyo nombre hubiese sido olvidado desde largo tiempo, si no hubiera sonado más recientemente en un asunto judicial, acababa de morir». Tres ó cuatro personas nada más siguieron al entierro, entre las cuales iba un señor á quien Noris no conocía, y que vino á hacer al borde de la fosa del cementerio Montmartre un cursillo de estética literaria, y que concluyó tuteando á Feraud, aunque no le había hablado nunca. «Adiós, Feraud; no tendrás indudablemente un primer puesto en el panteón de los novelistas, pero la Sociedad de Escritores te guardará uno, y brillante, en su corazón: ¡yo te lo juro!»

El caballero recargó sobre el adjetivo *brillante*.

Noris hubiera deseado avanzar hacia él, y decirle:

—Ahora duerme tranquilo. ¿Á qué venís á turbarle?

Desde que su padre había muerto, la joven sentía en su ser rebeldes indignaciones. Todo lo que ella había soportado, todo lo que se había hecho sufrir á aquel pobre tonto desaparecido, le volvía á subir al corazón amargamente. Casi asustaba á

Victorina, que se preguntaba lo que la «señorita» meditaba en su cabeza, que movía tan frecuentemente con furor.

Noris no se calmaba más que arrodillada al pie de la tumba, junto al muro gris festoneado de hiedra que separa el cementerio del obrador de un marmolista donde los vivos tallan los sepulcros de los muertos. Allí, en un montón de monumentos apretados, apoyados los unos en los otros, mezclados de piedras y de rejas de fundición, donde, bajo una acacia delgada y carcomida, dormía el último sueño al lado de su querida mujer, mecido por el lejano murmullo de los carruajes, de los tranvías, del ruido de ola del boulevard de Clichy, Eugenio Feraud, consolado del poco ruido que había hecho entre los hombres, por el lenitivo del gran silencio de la morada de los muertos.

Noris, allí arrodillada, experimentaba vivos dolores. De buena gana hubiese bajado á aquella tumba que cubría á sus queridos muertos, arrancando la piedra donde iba á leerse pronto el nombre de Feraud al lado del nombre de la madre. Una tarde, pocos días después de los funerales, fué derecha, desde el cementerio al parque Monceau, de la tumba donde reposaban los seres que le habían dado la vida, á aquel siniestro hotel donde encontraría otra vez al que la había engañado y emponzoñado su vida, no queriéndola más que para sus placeres.

¿Qué iba á hacer, en la avenida Van-Dyck, en casa del señor de Chantenay? No lo sabía. Un instinto de cólera la empujaba, y también una necesidad de reivindicación y de justicia. La parecía que el muerto la llamaba, preguntándola en su nom-

bre si el Príncipe había cumplido su juramento.

Un crepúsculo ceniciento caía sobre las calles, detrás de la verja que Noris seguía sin verla, hasta la avenida Van-Dyck. Allí se detuvo maquinalmente.

Tiró del cordón de la campana, franqueó el vestíbulo, y el portero tocó un timbre para avisar la llegada de la visita. Ella subió derecha, y entró en las habitaciones; atravesó la antecámara que conducía adonde estaba el Príncipe. Al ver á Noris, el ayuda de cámara pareció un poco sorprendido, y envolvía con una mirada á aquella hermosa joven, con su vestido de lana y su color mate resaltando de entre aquel luto con un vigor de mármol.

El criado se apresuró á avisar á René, y volvió en seguida. El Príncipe acababa su *toilette*. Pedía á la señorita un minuto de espera en el saloncillo.

Noris, en pie, miraba á través de las cortinas los delgados árboles del parque Monceau, tantas veces contemplados allá abajo por el moribundo. El frío de la vidriera junto á su frente le hacía bien. Continuaba inmóvil y pensativa. De repente se volvió, al sentir el ruido de la puerta. El Príncipe había entrado en traje de *soirée*, la cabellera perfumada, sonriendo un poco forzosamente. Avanzó hacia Noris, tendiéndole dulcemente su bonita mano, que ella no tomó.

Le miró un momento, turbada á pesar suyo, viéndole con su inmutable sonrisa bajo su fino bigote, y aquella elegancia un poco inglesa que le agradaba; pero súbitamente, yendo derecha á lo que quería decir á René:

—¡Mi padre ha muerto!—dijo.

Él dejó escapar un ¡ah! diplomático y correcto,

donde había un poco de todo lo que se quisiera, tristeza, cortesía é indiferencia.

—Ha muerto por haber sido calumniado.... Aquella condena, que un nuevo juicio borró, era una condena á muerte. ¡Pobre padre!

Estuvo un momento sin hablar. Después, levantando la frente:

—Acaso sea mejor que se haya muerto, puesto que había adivinado que su hija era indigna de él.... Ahora, vengo á preguntaros lo que vais á hacer de mí.

René estaba en pie contra la chimenea, la espalda apoyada en el lambrequin de peluche recamado con sus armas, donde, entre los bibelots arrojados al descuido en copas esmaltadas, y sobre el mismo peluche, había figurillas de marfil japonés, aceros damasquinos de Zuloaga, un pequeño revólver con sus reflejos llenos de atracción, que brillaba bajo la lámpara, fino como una joya.

Noris, sentada ante René, en un sillón bajo medio inclinado, le miraba, escudriñando curiosamente la expresión de aquel rostro fino, sonriente y amable, como si hubiese querido arrancar la máscara de carne y ver desnuda el alma. Mientras que ella decía: «Vengo á preguntaros lo que vais á hacer de mí», él maquinalmente se había puesto su monóculo, como para estudiar mejor y más pronto alguna cosa inadvertida. Bajo sus pesados párpados, abatidos de fatiga, fijaba lentamente una mirada indescifrable en aquella hermosa joven, que cara á cara, con los ojos coléricos, le repetía aun....

—¡Y bien! Veamos, sí... ¿Qué soy yo aquí? ¿Qué seré para vos al presente?

Un madrigal necio, insultante en su galantería,

movió bajo los bigotes los cansados labios del príncipe de Chantenay :

— ¡Pues sois, querida mía, la más encantadora y adorada de las mujeres!

— ¿Vuestra querida?

— ¡La mujer que amo más en el mundo!

— ¿Vuestra querida? — repitió Noris, inclinando el cuerpo hacia adelante sobre su sillón, y con la cabeza alta, espiando el pensamiento de aquel hombre en la sonrisa indecisa de su boca.

Súbitamente se levantó, y alzando todavía más la frente, altanera, casi amenazadora :

— Me habéis dicho, sin embargo, que sería vuestra mujer.

Él no respondió; limpiaba su monóculo, y su rostro frío se había vuelto casi tan inmóvil como de cartón.

— Era una insensatez, sin duda (dijo Noris); ¡pero me lo habéis jurado!

Quería, al menos, escupirle á la cara todo el desprecio que sentía, todo lo que había sufrido oyendo cómo le alababa, le llamaba, le bendecía el desgraciado padre, que se acusaba de ser «ingrato».

— ¿Lo habéis jurado, sí ó no?...

René no respondía, y, resuelta á todo, Noris repetía su pregunta, queriendo, al menos, hacerle confesar alto que había mentido.

— ¿Me lo habéis jurado, sí ó no?

— Juramento de enamorado (dijo por fin René, tratando de sonreír). Por otra parte, ¿era y soy libre de disponer de mí?... De mi corazón, sin duda. Pero, ¿y de mi nombre?... Mi pobre Noris, no somos de la misma clase..., y mi madre....

— ¿Vuestra madre?

— Jamás consentiría mi madre en que un príncipe de Chantenay....

— ¿Se casase con la hija de Eugenio Feraud? Pero ¿qué diría vuestra madre, que no es de mi mundo, convengo, ó, mejor aún, que es del mundo mientras que yo no lo soy, qué diría ella, que es mujer, y que, por consecuencia, debe menospreciar todo engaño hecho á una mujer, á la que se roba la confianza y de la que se consigue el amor? Pues bien, sí; ¿qué es lo que ella diría, la princesa de Chantenay, si supiese que un Chantenay ha mentido odiosamente, mentido á una joven que por su causa ha sucumbido? Sí, sí; veamos: ¿qué es lo que diría vuestra madre, si yo fuese á decirle: «Vuestro hijo es el último de los miserables, se ha aprovechado de mi dolor, ha especulado con mi aislamiento, y si él hubiese hecho á un hombre la mitad de la injuria que ha hecho impunemente á una mujer, este hombre tendría derecho de pedirle cuenta de su bajeza»? Pues bien; esto es bien sencillo; puesto que ahora mi padre ha muerto, soy yo quien os pide cuenta, como él lo hubiese hecho, como hubiera tenido derecho de hacerlo. Y, os lo repito: ¿Qué es lo que queréis que yo haga?

Se había cruzado de brazos, fijando sus pupilas en las de René, que estaba confuso, casi lívido, y sintiendo deseos de llamar para que se arrojase á la calle á aquella loca.

— Ante todo (dijo él), es preciso que os calméis. No sois razonable.... Habéis creído en la eternidad de una aventura.... Sí, digo bien, de una aventura....

Noris alzó la frente como bajo un latigazo, y se retorció los dedos con una cólera nerviosa. ¡Una

aventura! ¡Era una aventura, y nada más, aquel amor en que la triste había puesto toda su vida!

Él la miraba con aire disgustado, hastiado de aquella escena de griseta sentimental, á la que faltaba un poco de delicadeza.

—¡Debéis pensar bien, Noris (dijo René), que yo no os abandonaré así! Os amo mucho, y sois una hermosa joven.

Ella se irguió más vivamente todavía á estas palabras, que no muy diestramente pronunciaba René; pero sin darles otro sentido que el que tenían, y que cayeron como un ultraje sobre las enrojadas mejillas de Noris.

—¿Esto quiere decir que me trataréis como á una miserable?

—¿He dicho eso?—dijo el Príncipe con tono impertinente.

—¡Vuestro abandono, vuestras palabras, ó el socorro que me habéis ofrecido, me son completamente indiferentes, si no me amáis, y habéis hecho que sucumba! ¡No es una limosna lo que os pido; es vuestro amor! Más aún que vuestro amor, el cumplimiento de vuestro juramento de caballero.

René, mientras que ella hablaba, no sentía otra impresión que cierto temeroso malestar, encontrando que la joven decía demasiado alto las frases melodramáticas, y temiendo que sus criados, que le espían, pudieran oirla. Por lo demás, pensaba que, en suma, el secreto de la aventura le importaba poco. Otras muchas habían oído sus criados.

—Sí (dijo Noris subiendo de tono). Vuestro juramento. Yo he creído en el amor y en la palabra de un Chantenay; ¡he creído con toda mi alma, y

quiero saber lo que había de verdad en el fondo de todo esto!

—Era sincero; os amaba, y os amo aún.

—¿Verdaderamente?

—Seriamente.

—Entonces, cumplid vuestra palabra. ¡Por mi honor, ó lo que meresta de honor, no es por mí por quien suplico; es por aquel que con su última mirada ha leído mi falta en el fondo de mis ojos, y que aun cuando nunca hubiese osado pensar que llegase yo á ser vuestra mujer, jamás tampoco hubiera creído en la vergüenza de verme vuestra querida!

—¿Es por vuestro padre por quien queréis que os haga mi esposa?—dijo René con ironía.

En un melodrama ó en una cancioncilla, se hubiese reído muy fuerte de aquella idea absurda, *Es por mi padre*, que no dejaba de tener cierta gracia.

—Sí (respondió Noris, con un arranque de alta-nería); es por él. La voluntad de mi padre muerto vale tanto como la de vuestra madre.

—¿Decís?—dijo René, sujetándose el monóculo que se le había caído.

Continuaba impasible, aguardando el fin de la borrasca, con la mirada impaciente, como un hombre que espera en un portal el fin de un aguacero.

—Después de todo (dijo Noris), ¡soy una simple! ¿Supone algo un juramento hecho á una mujer, aunque esta mujer sea una joven honrada, y el hombre un príncipe de Chantenay? He creído en vuestra palabra: ¡tanto peor para mí! Esto es lo que ibais á responderme, ¿no es cierto? ¿No es esto lo que me dice vuestro silencio? Esto es, ¿no es verdad?

Tenía tentaciones de arrojarle á sus pies, tomarle las manos, atraerle con una caricia, para volver á hallar, bajo la frialdad ficticia del hombre de mundo, al galán cariñoso á quien había amado, al joven ardiente y espiritual que había adorado: y tenía vergüenza de aquel arranque instintivo de su pasión, que reprimió por no parecer cobarde.

Entonces se exaltaba, suplicaba á René que le respondiese, le recordaba sus juramentos, tanto más sagrados, cuanto que era por el muerto, no por ella, por quien quería una reparación.

—¿Vuestro padre? ¡Eh! (dijo René, haciendo chascar su lengua contra el paladar.) ¿Queréis que os sea franco? Pues bien: lo que me impide cumplir mi palabra más que la voluntad de mi madre, es el recuerdo de... Eugenio Feraud.

—¿Su recuerdo?

—Su desgraciado asunto; si queréis.

—¿Vais acaso á recordarme que se le calumnió indignamente?...

—No, Dios me libre. Lo he olvidado: pero yo... yo...

—¡Y bien! ¿Vos?

—¡Yo no soy todo el mundo! Yo soy indulgente, he conocido á vuestro padre; os amo.

—No digáis eso (dijo Noris dignamente); vos no me amáis; eso no es verdad.

Chantenay sonreía.

—Veamos (dijo); no he querido recordároslo; pero aunque el que salga de la cárcel, salga con las manos limpias, siempre queda alguna cosa... una sombra, si queréis, pero una sombra al fin. ¿No habéis leído el artículo del *Reporter*?

—No.

—¿Y *El Betún*?

—No he leído nada.

—Pues leed, mi querida Noris (dijo René); esto es sintomático. Se biografía á vuestro padre, se le acusa, como si los gacetilleros fueran Procuradores generales.

—Pero (dijo Noris), ¿nunca se es inocente para los jueces?

—Ya lo veis. ¿Y qué se diría de vos si llegarais á ser la mujer del príncipe de Chantenay?

—¿Lo que se diría de mí? ¿Entonces no es lo que puedan decir de vos lo que gufa vuestra conciencia?

—Yo pertenezco á los que me rodean, á los míos... ¡á mis amigos!

—Y porque un periódico publique no sé qué, insinúe acaso que mi padre, aunque absuelto, es culpable, ¿es mi padre culpable?... Y porque se me tratase de aventurera, dichosa ó hábil, si llegaba á ser vuestra mujer, ¿sería una aventurera? ¿Y sois vos quien me decís esto? ¡Eso es indigno!

Noris sentía que todos sus rencores se le subían á los labios en un acceso de cólera. En la cortesía de René hallaba nuevos insultos. Comprendía que el amor de aquel hombre había acabado con la posesión; que la pasión que le había fingido no era más que un deseo vicioso, deseo satisfecho ahora.

Volvió á hallar en los adorados labios del Príncipe las mismas calumnias y las mismas reticencias que habían herido al viejo novelista en el corazón.

Todo giraba en torno de ella, arrastrado por un torbellino de cólera.

Asió bruscamente á René por las muñecas, y mirándole á la cara:

—Pues bien; está dicho (dijo, acercándose tanto á él, que su aliento abrasaba la piel del joven). No soy más que una mujer perdida. Tú no me has amado más que como á una cortesana. ¡Me has perdido, te has cansado de mí, y me rechazas con mi falta!

—Noris.... yo os suplico....

—¿Y crees que después de haber sucumbido quiero vivir?... ¿Lo crees?... ¡Ah! ¡No me conoces!

Había empujado nerviosamente al Príncipe, y alargando la mano hacia el pequeño revólver que arrojaba bajo la lámpara sus brillantes reflejos de acero, le cogió, lanzando un grito, y mirando aquella alhaja, instrumento de muerte, con ojos extrañados.

—¿Qué es lo que haces? (dijo el Príncipe.) ¡Noris! ¡Noris! ¿Estás loca?

Había cogido el revólver y le montaba, y viendo que tenía entre sus dedos aquella arma fina como un bibelot, instintivamente hizo René un movimiento hacia atrás, como si fuese él y no ella quien estuviese amenazado.

—¡Noris!.... ¡Cálmate en nombre del cielo!

Y había en el grito que acababa de lanzar, en el azoramiento de sus ojos, en la actitud de sus manos tendidas hacia delante, en el aplanamiento de todo su cuerpo contra el blasonado lambrequin de la chimenea, una expresión tal, que Noris Feraud se sintió de repente detenida, arrancada bruscamente de su locura, penetrada de un sentimiento inesperado, desarmada.

—¡Cómo! ¿Es que tenéis miedo?

Dejó caer á lo largo del cuerpo sus manos, y

miró cara á cara al príncipe René Beaumartel de Chantenay, pronunciando simplemente un ¡oh! profundo, lleno de estupefacción y de desprecio.

René había creído que era á él á quien Noris quería castigar. Lo había creído, y aquel joven, que en sus duelos no retrocedía, que si se le hubiese desafiado no hubiera temblado ante el florete de un espadachín, había tenido miedo un momento, el espacio de un relámpago, es cierto, pero había tenido miedo ante aquella joya cargada y asida por la crispada mano de una mujer. Y pálido antes, estaba ahora de un color rojo subido, descontento de sí mismo, adivinando en la mirada irónica que le dirigía Noris que había leído claramente su temor, y que aquella mujer le despreciaba,—le despreciaba con todo su corazón por haberle visto temblar un momento ante ella, que, insensata, quería matarse con una bala de revólver delante de su burlador.

Entonces corrió hacia Noris, y quiso recuperar el arma, temiendo que la volviese hacia ella, como comprendía ahora que quería hacer; su mano buscaba la mano de Noris, para torcársela, si le era preciso, y arrancarla el revólver.

La joven se hizo atrás rápidamente, dejando una mesita entre ella y René; después, teniendo siempre el arma en la mano, se dió el placer de decirle:

—Pero, no tembléis como antes.... No, no me mataré.

Y una risa nerviosa abofeteó á Chantenay en pleno rostro.

—¿Habéis creído que era á vos á quien quería matar? ¡Lo he visto bien, lo habéis creído, y yo,

que no os enterneca nada, os he hecho temblar! ¡Oh, un Chantenay! ¡Un príncipe de Chantenay temblando ante una mujer! Y, sin embargo, no quería mataros. Era yo quien quería morir, morir para vos, por vos y junto á vos. ¡Ah! ¡Qué imbécil era! ¡Vos no hubieseis tenido piedad de mí, y yo no hubiera podido atormentaros como os atormento ahora! ¡Matarme por vos; no, verdaderamente no valéis la pena!

Había dejado caer estas insultantes palabras con una expresión de repugnancia, que hizo pasar un escalofrío sobre la epidermis del Príncipe. Después, arrojando el revólver al suelo, dijo insolentemente á René:

—¡Adiós! ¡No he sido loca al amaros, he sido necia; y si alguno se ha rebajado, soy yo! ¡No me acompañéis; conozco el camino, y no me volveréis á encontrar nunca!

Y desde la misma puerta de entrada, como fantástica aparición á que ponía marco la colgadura de Flandes, le dirigió una mirada llena de desprecio. El no respondió, y mientras Noris pasaba activa por delante del ayuda de cámara, que la contemplaba con cierta admiración, y que había debido escucharlo todo, tocó un timbre, y dijo simplemente, recogiendo de un sillón donde los había dejado al entrar, sus guantes, ocultos entre los pliegos del claqué.

—¡Enganchad!

Noris Feraud estaba ya al pie de la escalera, y caminaba á la casualidad, sin otra idea que la de alejarse de aquel hombre, que ante la exaltación de una desgraciada, no había temblado más que por sí mismo. Quería huir de aquel René, cuya palidez,

al coger ella el revólver, la avergonzaba por él; quería encontrarse donde el aire libre calmara su fiebre. Y marchaba, marchaba, alejándose del parque Monceau, no sabiendo adónde iba, y deseando ardientemente conocer lo que de su padre decían los periódicos.

—Quiero conocerlo todo,— se decía.

Después se detenía, casi hablando en voz alta, y pensando en aquel hombre á quien había adorado, y que encarnaba para ella todas las seducciones:

—¡Es un cobarde!

Su pensamiento volvía nuevamente á su padre. ¿De qué artículos de periódico había querido hablar el Príncipe? ¿Qué anónimo gacetillero, que nunca había conocido á Feraud, abofeteaba el rostro del muerto? ¿Y por qué? Acaso no más que por faltarle asunto para una crónica....

Y buscaba los títulos de los periódicos que Chantenay le había citado: *El Reporter*, *El Betún*. Maquinamente, y bajando por el boulevard Malesherbes, se detenía kiosco por kiosco, pidiendo aquellos diarios de la mañana. ¿*El Betún*? ¿*El Reporter*? Ya no quedaban ejemplares, pues todos, en gran número, habían sido arrebatados. Debía haber algún artículo muy curioso, porque desde mitad del día se agotaron.

Y mientras la sangre se le agolpaba á los oídos, Noris se preguntaba si se habrían agotado porque en ellos se leyera alguna infamia que devorase la vil curiosidad acerca de su padre. Quería á todo trance leerlos, y en ninguna parte los encontraba. La mayor parte de los kioscos, alumbrados interiormente como grandes linternas rojas, estaban cerrados; les interrogaba con la vista, tratando de

encontrar algún número no vendido de aquellos periódicos; pero inútilmente. En uno de dichos kioscos, un antiguo anuncio que Vérignon hiciera pintar, y que no había sido borrado, la lastimó, encolerizándola; leíase en letras rojas sobre el transparente: *Compañía de las minas de oro de Sierra-Fuente: capital, doce millones*. Aquello, aquello había causado ó contribuido á la muerte de su padre.

Se alejó de allí presurosa, y se encontró cerca de la Magdalena: en aquellos boulevards la actividad y la vida de París eran más ruidosas. Noris penetró entre los coches, los ómnibus y las aceras, llenas de bote en bote, dirigiéndose hacia el Gran Hotel y el Vaudeville. Seguramente que allí encontraría alguno de los números á que había aludido sonriendo el señor de Chantenay.

Delante de un café dos jóvenes leían *El Betún*, riéndose ruidosamente. El título del periódico, sostenido en unas varillas como una bandera en el asta, volvíase hacia Noris, que sintió impulsos de arrebatarse el papel á los lectores, cuya risa era un insulto. Le pareció que se refan de su padre; pero, ¿por qué? Noris quería saber todo cuanto aquel periódico dijera.... Á pesar de su estado febril, ¿por qué no entrar en el café y pedir *El Reporter* ó *El Betún*?

¡Ah! Le hubiera parecido que todo el mundo,— ¡todo el mundo!— iba á adivinar que ella era la hija de Feraud, y que acudía allí para saber lo que del muerto decían. ¿Y qué importaba, aunque la reconocieran?

Delante del Vaudeville, colgados en un kiosco entre los periódicos de grabados y las publicaciones extranjeras, encontró por fin los que tenía avidez

por devorar: allí estaban juntos *El Betún*, impreso en color de rosa, y *El Reporter*, con su viñeta representando á un gomoso vestido de negro y mirando á París con unos anteojos de teatro. Los arrancó de la cuerda que los sostenía, echó una moneda á la vendedora, y mientras que ésta contaba la vuelta que había de dar, Noris, junto á una luz de gas, desdobló uno tras otro los diarios, buscaba en sus columnas el nombre de Feraud. Y leía con estremecimiento, y hasta gritos nerviosos que procuraba ahogar, en *El Reporter*, un artículo titulado *El novelista filibustero*, y otro con escasas variaciones en *El Betún*; mostaza averiada y venenosa sacada del mismo saco. Era una biografía irónica de su padre, firmada con un seudónimo cualquiera, en que se evocaban burlescamente las empolvadas novelas del muerto y los héroes de cartón de aquel narrador á la medida: las Conchitas, las Dolores, los Don Ramón, la casaca mejicana, y,— lo que era más siniestro,—narrando con reticencias malévolas el famoso asunto de *El oro de Sierra-Fuente*, y dando á entender que el viejo Feraud podría muy bien haber guardado, á pesar del fallo absolutorio, algún polvo de aquellas pepitas que se había hecho relucir ante los ojos de los accionistas, sangrados, robados y arruinados por Vérignon.

Noris hizo pedazos el periódico rabiosamente, y lo escupió y pisoteó.

Aquello era innoble.

Y prosiguió su camino al azar, buscando luz y ruido, abriéndose paso por entre la muchedumbre, que por el calor de la noche llenaba las aceras, empujándose alrededor de ella. Poco á poco, á cada paso que daba en su creciente fiebre, sentía ardor

de combatir contra los desconocidos que hubiesen leído el artículo de *El Botín*, y entre los cuales se hallaba el hombre que, ignorante ó necio, insultaba con su pluma y manchaba con su tinta á un cadáver. ¡Un hombre honrado! ¡Historia de un vencido!

Y caminaba entre la multitud con la frente alta y provocadora, encontrando un amargo goce al tropezar con los transeantes y sentir el sordo ruido de aquel boulevard. Sobre sus ojos sentía las mil miradas de aquella muchedumbre, y en vez de bajar la cabeza, se erguía nerviosamente, surgiendo bajo su frente altiva coléricos pensamientos.

¡Le parecía tan despreciable toda aquella barandía! Aquellas gentes sentadas á las puertas de los cafés; aquellas siluetas de mujeres que se deslizaban como fantasmas en las penumbras del gas; aquella promiscuidad de holganza y vicio, le daban la sensación de una cloaca, así como violentos arranques cuando pensaba en que tantas cobardías y vilezas se exhibían impudicamente ante la claridad de las estrellas, en tanto que su desgraciado padre sólo había salido inocente de su celda de Mazas para llevarse su última ilusión al sitio en que yacía entre palétadas de tierra.

Su sufrimiento se convertía entonces en odio, y los malos pensamientos que asaltaban su alma como un delirio, cambiaban su carácter. Tenía sed de desquite, apetito de crueldad, y siendo bastante hermosa para ver arrastrarse ante ella todas aquellas villanías, respondía con una especie de sonrisa fría y feroz á las galanterías que iba recogiendo al paso, en la batahola de la calle.

Todos sus dolores se convertían en rebeldías,

todas sus ilusiones en desprecio; el cobarde temblor que había sorprendido en el gesto aterrado de René, lo encontraba ó adivinaba en toda la humanidad.

Cualquier hombre sacado de entre el montón de paseantes, era parecido para ella al señor de Beaumartel de Chantenay. Es decir, un ser vil, pronto á implorar y á mentir. ¡Ah! Ella obtendría su desquite: adivinaba su omnipotencia, la omnipotencia de su esplendor, en la manera con que la contemplaban al pasar, apartándose instintivamente, por el magnetismo que impone la belleza, y dirigiendo los ojos estupefactos sobre aquella estatua movable.

Comprendía que aquella belleza era una fuerza, una fuerza como el dinero, una fuerza como el poder, una fuerza terriblemente utilizable, y capaz de obligar á la súplica á los mismos que se burlaron de la sentencia del padre.

Sentía que le bastaba querer, para lograr excusas y arrepentimientos de los que le insultaban, ó más indulgentes, se encogían de hombros al recordar á Feraud, calificándole de necio y de víctima. Noris era feliz sufriendo lo que sufría en aquella hora en que se unía á la multitud para desafiarla; todo su ser protestaba contra la injusticia, la cobardía, el desprecio y las injurias de aquellos á quienes ella despreciaba á su vez.

Su belleza parecía decir:

—Soy yo, miradme bien; soy la hija de Eugenio Feraud, hollado por la ley; soy la querida del príncipe de Chantenay, condenada á vuestros desprecios, y protesto contra la ley y contra vuestros insultos como barro que no mancha.

Se hallaba en plena rebeldía, y declaraba una

guerra sin piedad á todo aquel mundo, en que no podía encontrar un defensor ni un amigo, y sí solo mendigos de amor, como el *otro* por quien había querido morir.... ¿Para qué morir, puesto que viva podía vengarse, de él y de todos?

Y en la fiebre de aquella noche de París, envuelta en un polvo y un calor de tempestad; en aquella atmósfera de embriaguez, en aquel viento de deseo, entre aquel ruido de coches, á la luz de un aparato eléctrico que hacía resplandecer el boulevard, y alargaba fantásticamente sobre el empedrado las sombras de los transeuntes y de los coches, Noris subía lentamente y sola, con el corazón herido, hacia la casa desierta de Batignolles, y tenía gana de abofetear aquellas cobardías, aquellas malicias, aquellas traiciones, aquellos desdenes y aquellas lujurias, con un grito de desafío arrancado por el dolor, y de colocar en su frente, ó sobre su pecho, en el lugar de su corazón, donde sólo existía el vacío, un anuncio que dijera: «Mujer en venta».

## SEGUNDA PARTE.

### I.

En las mañanas del mes de Abril, frescas por la estación primaveral, bajo un cielo color de perla ó azul suave, opalino, que interrumpe aquí y allá el gris pálido del horizonte; en la hora de los jinetes y de las amazonas, de las cabalgatas á lo largo del paseo de las Acacias ó de los Postes, el Bosque de Boulogne está verdaderamente delicioso. Ligero vientecillo mueve las ramas de los árboles, en cuyos extremos parecen brillar gotitas verdes. Una ligera niebla que el sol del Mediodía disipará bien pronto, cual si fuera humo, flota en el fondo de los paseos, semejante á un vapor de plata. La hierba y los arbustos parecen aspirar las brisas de Abril.

En una de esas mañanas, un joven, excelente jinete, y llamando justamente por ello la atención, después de haber subido al paso la avenida del Bosque, picaba espuelas al llegar al paseo de los Postes, satisfecho de aquel fresco ambiente y de la sensación de bienestar que experimentaban sus músculos. Veintiseis ó veintisiete años, estatura

guerra sin piedad á todo aquel mundo, en que no podía encontrar un defensor ni un amigo, y sí solo mendigos de amor, como el *otro* por quien había querido morir.... ¿Para qué morir, puesto que viva podía vengarse, de él y de todos?

Y en la fiebre de aquella noche de París, envuelta en un polvo y un calor de tempestad; en aquella atmósfera de embriaguez, en aquel viento de deseo, entre aquel ruido de coches, á la luz de un aparato eléctrico que hacía resplandecer el boulevard, y alargaba fantásticamente sobre el empedrado las sombras de los transeuntes y de los coches, Noris subía lentamente y sola, con el corazón herido, hacia la casa desierta de Batignolles, y tenía gana de abofetear aquellas cobardías, aquellas malicias, aquellas traiciones, aquellos desdenes y aquellas lujurias, con un grito de desafío arrancado por el dolor, y de colocar en su frente, ó sobre su pecho, en el lugar de su corazón, donde sólo existía el vacío, un anuncio que dijera: «Mujer en venta».

## SEGUNDA PARTE.

### I.

En las mañanas del mes de Abril, frescas por la estación primaveral, bajo un cielo color de perla ó azul suave, opalino, que interrumpe aquí y allá el gris pálido del horizonte; en la hora de los jinetes y de las amazonas, de las cabalgatas á lo largo del paseo de las Acacias ó de los Postes, el Bosque de Boulogne está verdaderamente delicioso. Ligero vientecillo mueve las ramas de los árboles, en cuyos extremos parecen brillar gotitas verdes. Una ligera niebla que el sol del Mediodía disipará bien pronto, cual si fuera humo, flota en el fondo de los paseos, semejante á un vapor de plata. La hierba y los arbustos parecen aspirar las brisas de Abril.

En una de esas mañanas, un joven, excelente jinete, y llamando justamente por ello la atención, después de haber subido al paso la avenida del Bosque, picaba espuelas al llegar al paseo de los Postes, satisfecho de aquel fresco ambiente y de la sensación de bienestar que experimentaban sus músculos. Veintiseis ó veintisiete años, estatura

aventajada, modelado el torso en su traje de montar, llevaba un sombrero de fieltro sobre su rostro moreno, de patillas correctas, y que revelaba en él un marino tostado por el viento del mar; el joven montaba como un picador, aunque por vez primera desde su regreso de Valparaíso, un caballo *pursang* que su padre el Marqués juzgaba peligroso.

Raimundo de Ferdys experimentaba singulares atractivos al encontrarse, después de algunos años, en las mismas alamedas en que, siendo muy pequeño, había trotado junto á su padre, en un *poney* que el Marqués le regalara. Con una alegría de estudiante en vacaciones y un remozamiento de sensaciones, volvía á aquellos lugares que le eran tan conocidos, porque Ferdys amaba á aquel diantre de París, aunque le hubiera abandonado desde su adolescencia para correr el mundo; y después de meses y meses de navegación, Dios sabe por dónde, no le disgustaba encontrarse en aquel centro de la vida intelectual y de batallas cerebrales, de que sólo conocía los restos por trozos de cartas ó pedazos de periódicos leídos por casualidad en el fin de la tierra.

Le agradaba, sobre todo, volver al Bosque, esta quinta esencia que es el baño de París, como el boulevard es la fiebre; al Bosque en la hora del paseo á caballo, con el ruido de los galopes sobre la tierra suave como la pista de un circo, y los horizontes de un gris pálido, los extremos de las calles de árboles, en que los jinetes y las amazonas, apenas perceptibles, saltan á lo lejos como lindos muñecos movidos por un hilo, y las siluetas de mujeres de larga falda y corsé ceñido, según el *chic* inglés ó francés, y todas las coqueterías del Bosque, adornado, lavado y limpio como una acuarela, animado

frecuentemente por la aparición de algún uniforme militar, ya la obscura levita de un oficial de dragones, ya el dormán azul de un oficial de cazadores.

Raimundo respiraba en aquella mañana de yacilante primavera. ¡Diez de Abril! Castaños que tenían miedo, hojillas que temerosas se desplegaban en las ramas de los espinos. Una mañana primaveral, que, sin el vago tinte verdoso, hubiese parecido un invierno benigno. Esto compensaba á Ferdys de los días cálidos de Nouka-Hiva, ó del sol del mar en los países tórridos. Jamás le había parecido tan seductor el Bosque.

El marino pagaba, al encontrarlo, su deuda de gratitud y de regreso á París.

1877—1882. ¡Cómo había volado el tiempo, semejante á la marea, arrastrando las piedras, los hombres y las cosas! ¡Cinco años! En aquel período, ¡cuántas metamorfosis, visibles solamente para los que no las siguen segundo por segundo!

¡Cinco años! Durante los mismos, Raimundo de Ferdys había hecho muchas estaciones en los mares del Sur, en Taíti y en las Marquesas; y después en Lima, en Valparaíso, colocándose en el hombro, en el *Montcalm*, buque almirante en China, los cordones de ayudante del almirante jefe de la estación, y á los veinticinco años, teniente de navío y condecorado, se encontraba como en 1877 en París; pero agregado ahora al estado mayor del ministro, y llevando los tres galones de oro en las mangas, los cordones y el cinturón rojo y dorado, de oficial á las órdenes. Muy pocos días hacía que llegó de Brest á ocupar su nuevo puesto, llamado por su antiguo almirante del *Montcalm*, que sabía todo lo que valía el oficial, y después de haberse mostrado

en los círculos y salones con su gorra galoneada, del brazo de aquel diablo de marqués de Ferdys, su padre, tan joven, más joven acaso que antes, Raimundo había colgado el uniforme, y parisiense de buen tono, llevaba una vida doblemente ocupada como ayudante de órdenes activo y como curioso que estudiaba á París, al París intelectual, y se divertía todo lo posible en las horas libres que le dejaban sus ocupaciones cerca del Ministro.

Raimundo, por otra parte, encontraba facilidades para todo, y podía admirar simultáneamente al almirante Pradier por su actividad, y al mismo señor de Ferdys, por cierto don de ubicuidad que el viejo Marqués,—si de viejo podía calificársele,—tenía en mucho.

—Raimundo (decía el padre) está en todas partes á la vez: en la Biblioteca y en el Gun-club, en el Perejil y en la antecámara del Consejo de ministros. Causa estupefacción á todos, y aun á mí mismo, que antiguamente le consideraba un benedictino.... Ciertamente es que, en cuanto á las mujeres....

Y el Marqués movía significativamente la cabeza, como dando á entender que en aquel punto, delicadamente íntimo, su hijo estaba muy atrasado.

Raimundo, despreciando las sensaciones frívolas, que se expenden al por mayor, guardaba acaso en su alma un ideal soñado ó una esperanza perseguida. Lo cierto es que se encontraba muy gozoso en París, aspirando los perfumes del Bosque al despertarse. No encontraba en sus paseos ciertamente más caras conocidas que las de algunos generales viejos, amigos de su padre, que conducían á sus hijos ó á sus nietos al trote de sus *poneys*, y que al devolverle su saludo, sin reconocerle, le

tomaban, al distinguir la cinta roja de su ojal, por algún oficial en traje de paisano. Como Raimundo había dejado muy joven la sociedad al marchar por vez primera á Brest, estaba en París como un extranjero, como un medio salvaje.

¡Bah! Aquel aislamiento, aquella especie de soledad libre, tenía para él los mayores encantos. Le agradaba pasar inadvertido, como espectador antes que como actor, dejando el ruido y la ostentación á los hambrientos de atención que representan algún papel y son esclavos de él, obligados durante años á conservar su actitud. Su satisfacción consistía en ser dueño de sí mismo, en mirar y no ser mirado; y en aquella mañana contemplaba todo, fijándose en los senderos silenciosos y tranquilos, bañados por una luz plateada como un ligero velo de idilio.

Raimundo se retrasó algún tiempo, dejando que las calles de árboles estuvieran desiertas, y que el Bosque cayera en el silencio, hasta que volviera la animación y los carruajes de la tarde. Se había quedado casi sólo en el paseo, y llevaba su caballo al paso, cuando distinguió á lo lejos, con su mirada de marino, que tanto veía y adivinaba, una amazona que se dirigía en sentido opuesto al suyo, y que á veces ocultaban las ramas de los árboles.

Erguida sobre una silla de cuero amarillo, muy elegante y con el cuerpo ceñido por un traje azul obscuro, llevando un ramo de lilas en el pecho, desaparecía y reaparecía por detrás del fino encaje de las hojas, y avanzaba lentamente, seguida de un *groom* correctamente vestido, y en la mano un latiguillo de puño de marfil, colocado transversalmente sobre el cuello del caballo.

A medida que la linda silueta de la joven se acercaba á Raimundo, le parecía más encantadora, y experimentaba una emoción singular, como si conociera á la amazona y ella le reconociera también.

Evidentemente se equivocaba; pero aquella amazona, altiva y graciosa á la vez, con el sombrero colocado atrevidamente sobre sus negros cabellos, aquella fina viñeta inglesa con ojos de parisiense, se parecía extraordinariamente á Noris Feraud, á aquella Noris cuyo recuerdo le acompañaba en sus viajes, y de la que vagamente le habían hablado en París.

Una reina de la capital. Noris, según se decía.

Acercándose ambos jinetes al paso de sus cabalgaduras, Raimundo no pudo dudar ya; era su rostro fino de linda morena, sus negros y rizados cabellos y sus ojos profundos, dulces y tristes antes, aquella tez de criolla con blancura de japonesa.... Sí, era Noris, mujer, conservando, no obstante sus veinticuatro años, la esbeltez encantadora, la ondulación de muchacha, de la Noris de otros tiempos.

— ¡Noris! (repitió Raimundo ensimismado.)  
¡Noris!

¡Le parecía que su pasado reverdeía como el oxiacanto con aquel nombre de mujer!

¿Y qué podría decir á Noris que no fuera superficial y necio, después de cinco años sin haberla escrito una sola línea, aunque más de una vez había pensado en ella? El alférez de navío sentíase ligeramente turbado y hasta intimidado. Pero ella le había reconocido seguramente, y sujetando su caballo, le había saludado tendiéndole la mano, y lanzando un leve grito de alegría.

— ¡Ah, señor de Ferdys!... ¿Cómo no habéis ido á visitarme? ¡Ya sabía que estabais en París!

— Me han dicho que no recibíais á nadie.

— No recibo á todo el mundo. ¡Pero á vos es diferente!

Y había acompañado su frase con una sonrisa, envolviendo á Ferdys en una mirada de afecto y de verdadera bondad, en que se notaba cierta admiración femenil hacia aquel joven enérgico y bien plantado, que, según observó ella, había palidecido al verla.

— ¿Tenéis mucha prisa por regresar, ó queréis dar una vuelta más? El tiempo está hermoso para pasear á caballo.

Raimundo se colocó á su derecha, y, con la lentitud de su paseo, su conversación, ya furtiva, ya risueña, comenzó, acompañada por el ruido sordo de las herraduras de sus caballos sobre la roja tierra del Bosque.

El sol elevábase, atravesando la leve niebla, dorando aquí y allá las verdes hojillas, y las voces se escuchaban más distintamente en el Bosque, ya medio desierto.

— Ya estáis de vuelta en París y convertido en parisiense, señor de Ferdys.... ¿Verdad que París es muy bello?

— Eso depende de lo que se encuentra en él.

Noris reía.

— Muy galante os habéis vuelto.... ¿Os han enseñado las chinitas músicas esos madrigales?

— Ahora no he estado en China.

— ¿Pues dónde?

— En diferentes puntos.... En los mares del Sur: en Taiti.

—¡Taiti! Á lo que parece, es un paraíso...., un verdadero paraíso.... Todo el mundo es allí dichoso con nada.

—Con muy poco debían ser muy felices, hasta que les llevamos nuestra civilización. Pero la bisutería y los trajes europeos lo han echado todo á perder.

—No me extraña eso.... ¿Y habéis visto allí á Rarahu?

—¿Rarahu?

Noris seguía riendo.

—Debéis haber tenido alguna aventura de viaje. Las haitianas deben ser apetitosas: ¿cómo son, señor de Ferdys?

—En París serían muy feas; allí son encantadoras.

—¿Color de ladrillo?

—De café con leche.

—¿Buenas?

—Sí, y curiosas. Aman á los extranjeros por esa curiosidad; pero sólo quieren de veras á sus kanaks. Son tiernas y románticas.

—¡Románticas!.... ¡Pobres chicas!

Noris había dicho esto con un tono de amargura, que llamó la atención de Raimundo.

—¡Oh! Muy románticas (siguió diciendo). Cuando uno se ausenta de ellas, le dicen: «Llévate lo que más te agrade de mí». Y al responderles que lo que más nos agrada es el cabello, no vacilau un punto, y su cabellera cae. Un amigo mío estaba enamorado de una joven taitiana, cuya mano era muy bella, aunque pintada de azul: «Tu mano es lo que más me agrada de ti», le decía cuando ella le ofrecía algún recuerdo. «¿Mi mano? Pues bien: córtala.»

—¡Ah! Pero eso es amar de veras las insulares.... ¡Cortarse la mano!.... Las parisienses no se cortarían ni siquiera sus uñas rosadas, que tanto necesitan para arañar.

Mientras que Noris hablaba, Raimundo había intentado encontrar la mirada franca de la joven, á la que sólo veía de perfil, como un camafeo oriental. Noris marchaba al paso lento de su caballo, con los ojos fijos en el fondo de la calle de árboles que iba iluminándose por momentos: afectaba no mirar á su acompañante, y, sin embargo, cuando habló de la mano pintada de azul que la muchacha de Taiti quería entregar cortada á su amante, se volvió nerviosamente á Raimundo:

—¿Sois vos á quien ocurrió eso?

Ferdys observó entonces aquella mirada negra, profunda y ardiente de otras veces, con una expresión de cólera ó de amargura que no tenían sus ojos á los diez y nueve años.

—No, no es á mí á quien se quiso hacer el regalo.

—¡Y creería ser muy generosa!.... (añadió Noris secamente.) Cortarse la mano, será heroico y cruel; pero hay algo más siniestro todavía....

—¿Y es?

—Vais á juzgarme también romántica.... Es ¡arrancarse el corazón!

Un relámpago iluminó su mirada, y todo el rostro de aquella mujer sufrió una brusca transición nerviosa.... Después recobró su risa, que sonaba en sus labios rojos como un cristal roto, y dando un latigazo á su caballo, dijo:

—Espero, señor de Ferdys, que me contaréis todo esto en mi casa. Tengo gran interés en volver á veros, porque me parece que tenemos que con-

tarnos una porción de pequeñeces... ¡Ah! ¡Qué aturdida soy!... ¡No os he dado mis señas!

—Las conozco; el otro día me enseñaron vuestro hotel, que es muy lindo..., digno de vos.

—¡Ah! ¿Quién os lo enseñó?

Raimundo sonrió á su vez, no sin cierta melancolía:

—¡Mi padre!

Noris esperaba, sin duda, otro nombre, y quiso interrogar también la mirada de Raimundo, y cuando éste nombró al Marqués, dijo riendo:

—Sí, el Marqués debe conocer la calle Jouffroy... Frecuentemente veo su cupé á la puerta de la casa de... ¡una amiga mía muy guapa! ¡Qué queréis! (siguió diciendo, al ver que Raimundo denunciaba en su fisonomía cierto disgusto). Vuestro padre será siempre vuestro hermano menor. Puede quemar sus cabellos grises en los cigarrillos de las parisienses; pero no los manchará..., y, por otra parte, Margarita Brunier no es mala ni peligrosa. Con alguna mayor energía y un poco más de suerte, hubiera podido ser una mujer honrada... ¡De cuántas maneras se cae!... ¡Y si os contase yo cómo he conocido á esa Margarita! En el cementerio... Ya os contaré todo esto. Os espero.

Tendió de nuevo su mano á Raimundo, que éste estrechó más tiempo que la primera vez, con sus ojos fijos en los de Noris.

Ésta repitió:

—¿Hasta pronto?

—Sí, hasta pronto.

Y la joven sonrió, con la cabeza algo inclinada y la boca dibujando una caricia irónica.

—Parecéis muy feliz,—dijo Raimundo.

—Sí... Estoy muy contenta... Muy contenta hoy.

—¿Por qué causa?

—Porque os veo... Y, no obstante, ¡qué recuerdos evocáis, mi pobre Marqués!

—¡Ah! ¿No habéis olvidado?

Y volvió Noris á sonreír.

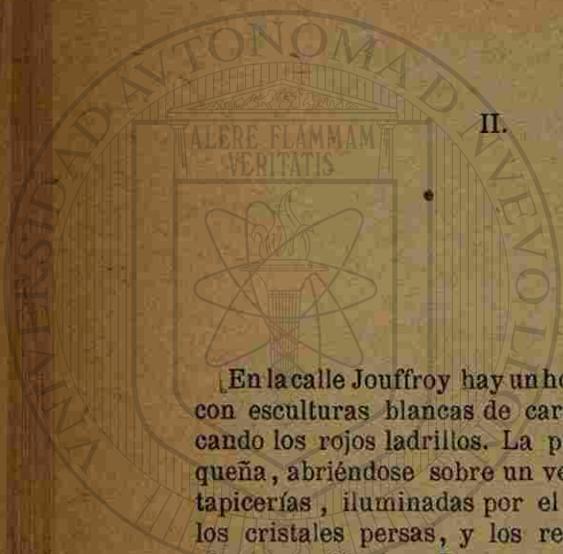
—¿Se olvida acaso?...

Y se lanzó al galope de su caballo, perdiéndose entre los árboles, y despidiéndose de Ferdys con estas palabras:

—¡No me olvidéis! Y hasta pronto....

Raimundo, espoleando á su caballo, la siguió un momento, contemplando desde lejos aquella linda silueta, sobre la que, á través de las hojas que parecían prestarle un velo movable, parecía llover el sol. Noris se alejaba rápidamente, y salía ya del camino de los Postes, ganando la puerta del Bosque por la Avenida Arenosa. Entonces volvió él á París como á disgusto, con los ojos fijos sobre aquel punto negro que por instantes disminuía y que era una mujer adorable; aquella Noris que había producido en él el primer estremecimiento de amor, haciendo asomar á sus ojos la primera lágrima, y á la que no había olvidado nunca.

—¿Se olvida acaso?



II.

En la calle Jouffroy hay un hotel estilo Luís XIII, con esculturas blancas de carácter artístico, cercando los rojos ladrillos. La puerta, bastante pequeña, abriéndose sobre un vestíbulo con severas tapicerías, iluminadas por el azul ó el verde de los cristales persas, y los reflejos dorados de los platos semiárabes. Dos guerreros japoneses, armados y acorazados, vigilan en el umbral, con sus bigotes de gato erizados y sus disfraces de arlequines trágicos. Otros dos, sosteniendo hachones en lo bajo de la escalera que conduce á los departamentos del primer piso. Á sus pies, dragones de bronce, abriendo, como agujeros de alcancías, sus bocas de sapos enormes.

Una gran puerta cochera, á algunos metros de la pequeña de entrada, se abría á una señal del *groom*, cuando Noris volvía del Bosque, viéndose entonces un ángulo del jardín, arbustos débiles todavía, canastillos de flores y rojas paredes al terminar la arena dorada del paseo.

En el piso bajo, el *boudoir*, forrado por un window, daba sobre aquel jardín improvisado, y aquel saloncito, estilo Luís XV con muebles blancos, forrados con telas preciosas de seda de un rosa pálido, bordadas con florecillas, tenía para ornamentos, en los recuadros de las ventanas esculpidas, aquella verdura fresca, que sonreía en el fondo como una tapicería ó como una decoración de teatro.

Noris se detenía muchas veces en aquel salón blanco, donde libros de lujo mostraban sus encuadernaciones doradas en una biblioteca de Bonle, haciendo *pendant* á una vitrina, donde las figuras de Sajonia, los netzkés del Japón y las estatuillas de Tanagra, se apretaban sobre los estantes de cristal grueso.

Había al lado un salón más severo y de aspecto casi sombrío, grande, amueblado con sillas Luís XIV y aparadores de roble negro y algunos cuadros, poco numerosos, pero de un gran estilo.

El hotel era vasto. En el comedor, con recuadros pintados por Vollon, se hubiese podido dar un convite prefectoral, y Noris comía casi siempre sola.

Vivía aislada en sus habitaciones de un lujo soberbio, sin tonos chillones, donde su fantasía y su gusto amontonaban los objetos de arte que distraían sus ojos y los libros que hablaban á su alma. Allí, en lo alto, en una á modo de biblioteca, donde se encerraba frecuentemente, tenía sobre anaqueles especiales las olvidadas novelas de Eugenio Feraud, en encuadernaciones lujosas con sus cifras y etiquetas del *ex libris* que había escogido con su divisa entristecida y rebelde, *Yo me sobrevivo*.

En el mismo lujo en que envolvía aquellos libros

desdeñados del desaparecido, ponía ella una de las formas de su desquite. La novela de su vida, de su vida nueva, era, por otra parte, más irónica y más extraña en su trivialidad que las invenciones pasadas de moda de Feraud. Noris había querido morir, y se había decidido á vivir, sacudida por aquel terrible apetito de represalias que la hacía cinco años antes mirar la multitud del boulevard con bravatas de cólera. Una vez muerto su padre, su amor escarnecido, no había sentido más que odio; á aquel mismo París donde se ahogaba, le había tomado rabia; y confiando á la vieja Victorina algunas reliquias que quería salvar de aquella ruína, los manuscritos de Feraud, libros, retratos, el estudio de Delacroix, la *Judía de Marruecos*, alquiló á la criada una habitación en una casa de la calle *Legendre*, vendió todo lo que en la casa de la calle *Brochant* carecía de recuerdos de su pasado, y con el dinero recogido de las reproducciones de obras de Feraud, pobre y sintiéndose rica, con un año ó dos de mediana existencia ante ella, había dejado París, dichosa hasta la embriaguez de huir de él con una sensación de libertad, como si allí, á fuerza de calumnias, hubiesen asesinado á su padre.

Entonces partió para Niza, buscando un nuevo cielo, rincones desconocidos. No era solamente que huía de París, sino también de René, el envenenador de su fe, el adorado ayer y despreciado hoy; el miserable que de una honrada niña había hecho una joven perdida. No pensaba que acaso allá abajo, en la internacional baraunda de Niza, podía encontrarse con él, por desaguar allí París durante las horas de invierno. Pero no encontró en Niza al señor de Chantenay, y allí buscaba con más em-

peño los bosques desiertos que el Paseo de los Ingleses. La gustaba salir, en una casi soledad, por el camino de Villafranca; y sobre las alturas, con las rocas á sus pies, y bajo sus ojos, á lo lejos, el más bello horizonte de la costa, se estaba allí á la luz, con el aire puro que disipaba su cólera, con el sordo murmullo de la mar meciendo sus melancolías, y arrojando á aquel duelo terrestre terminado con la vida, la eterna queja de lo infinito.

Hallaba, si no consuelos, al menos adormecimientos para su dolor en la languidez que se apoderaba de ella, el cerebro lleno de una pesadez vaga como después de un insomnio, y todo su ser víctima de una anemia física y moral por un marasmo del corazón. Vivía así en una especie de existencia vegetativa, en la calma suprema de aquella naturaleza, que no se inquietaba ni por Noris ni por otras, y hacía brotar sus flores y arder su sol, indiferente sobre todo aquel sufrimiento.

Noris no se preguntaba ahora cómo iba á vivir mañana, después de aquel medio sueño doloroso. La parecía que su destino entero estaba limitado á algunos días, á algunos meses, que podía pasar libremente con los restos de su naufragio, sin tener necesidad de nadie. Había ante ella como una muralla de piedra, y detrás de aquella muralla, nada. Cuando estuviese cansada, se destrozaría la cabeza contra aquel obstáculo, y todo habría concluido. Después la volvían á absorber las ideas del desquite. Quería su puesto en la batahola, el primer puesto en aquella locura bestialmente egoísta. Recordaba las miradas torpes que la lascivia arrojaba á su desconuelo. Una casualidad puso en su camino al gran duque Vassili, que reposaba en Niza de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO.

ruda campaña de los Balkanes. Hombre guapo, muy mirado y admirado en el paseo, mirado de reojo por las mujeres, que le habían bombardeado con violetas y rosas en la batalla de las flores. El Gran Duque se prendó de Noris la primera vez que ella asistió al teatro, para tratar de recobrar alguna sensación de arte y sacudir aquellos torpes pensamientos, donde se avivaban sus rebeliones, casi sus odios. Se sorprendió cuando, encontrándola en el camino de Villafranca aquel buen mozo, á quien la antevíspera había oído denominar el «Gran Duque» en el teatro, la dirigió la palabra al hallarla sentada sobre las rocas, quitándose el sol con su sombrilla.

Estaba sólo, y se complacía en pasear su libertad lejos de la *high-life*, como en campaña se divertía en galopar sin escolta en los puestos avanzados. En aquella especie de confianza de ciudad de baños, que es el encanto de Niza, el Gran Duque encontraba cierto placer refinado. Allí aspiraba la vida como un *bouquet*. Allí encontraba á su manera respetos oficiales y fortunas anónimas.

No dudaba que aquella bonita parisiense de rasgos orientales, á la que encontraba allí, y que recordaba haberla visto en el teatro sin acompañante, estuviese enamorada como él de las seducciones de lo desconocido. Se aventuró á hablarla, y se sorprendió al encontrar una frialdad altanera, respondiendo á la banalidad de su madrigal; se excusó, comprendiendo que se había engañado, tomó á empeño el juego, y no tuvo más que una idea: la de saber exactamente lo que era aquella joven, que de repente, para él, daba á la mansión de Niza el interés picante de una novela ó una aventura.

Le dijeron, porque todo se sabe en este mundo, y se repite de boca en boca, hasta lo que no existe, le dijeron que aquella joven tan solitaria, que muchas personas habían notado ya desde su llegada á Niza, era la hija de un pobre diablo escritor con más años de prisión que de talento (y le repetían así una antigua palabra, para enviar todavía á l'eraud un ataque póstumo), y se aseguraba que había tenido alguna inclinación y alguna bondad para el príncipe Beaumartel de Chantenay, el buen Chantenay, *Flor-de-Chic*. Así al menos lo había dicho el Príncipe en el círculo, una tarde en que se hablaba de cierto proceso financiero donde había sido envuelto el escritor. Todos estos detalles se los facilitaba al Gran Duque el joven Gardanne, un *reporter* muy elegante del *Parisiense de París*, que redactaba en el invierno una hoja de Niza especial llamada el *Monte-Boron*. ¡Estaba muy bien informado Gardanne! Y se complacía en facilitar aquella pequeña biografía á un personaje tan importante como el Gran Duque.

Y así, poco á poco, el militar, sorprendido agradablemente de la antítesis de aquella vida intensa de costa mediterránea, con la dura campaña que acababa de dirigir, sentía por Noris un capricho, que venía á ser una especie de deseo salvaje, hallando á la joven deliciosa, turbado y encantado por el amargo acento de la abandonada, que reía con tan buena gana, maliciosamente, cuando su Alteza le hablaba de amor.

—¿Entonces me amáis?

—Profundamente.

—¿Hace un mes que aún no me conocáis!

—¿Es preciso un mes para enamorarse.... sobre todo de una mujer como vos?

—He visto representar, cuando era muy pequeña, un antiguo vaudeville que llevaba este título (y me tenía con curiosidad el título): *¿Qué es el amor?* Ahora ya sé lo que es; si no es admirable, heroico, sublime, es odioso é insultante. Vos sois un héroe, ya lo sé. Pero me parece que no me amáis heroicamente.

—Yo os amo como se ama....

—Cuando no se ama, pero se desea.

Le abofeteaba con sus risas, y el Gran Duque, acostumbrado á respuestas menos picarescas, se sentía á veces poseído de cólera como ante un reducto que se defen diera demasiado.

¿Sería acaso una joven honrada aquella Noris, y aquel cronista Gardanne la habría calumniado?

La señorita Feraud salió de Niza y volvió á París, sin que el Gran Duque Vassili hubiese podido conocer el secreto de aquella hermosa joven, blanca como el mármol dentro de sus vestidos de luto.

En París trató de volverla á ver, y la encontró. Noris había vuelto para asistir á un nuevo duelo, á más de los que tenía.

La vieja Victorina había muerto.

Empezaba para Noris una soledad más profunda, y con la soledad una miseria amenazadora. Sin estado, aislada y perdida entre la baraúnda parisiense, hubiera querido permanecer honrada; pero hubiese tropezado con todas las desconsoladoras imposibilidades. ¿Con qué derecho la desdeñada y casi arrojada querida del príncipe Beaumartel de Chantenay, hubiese osado llamarse ahora honrada?

¡Mujer perdida! ¡Mujer en venta!

Se había perdido con toda la ignorancia confiada de la bondad, de la fe, del amor, de aquel

odioso amor que conocía ahora. Se dió, con toda la cólera y toda la necesidad de aplastar, mancillar, moler bajo sus pies, en el lodo, un ideal detestado: especie de neurosis que se apodera de la mujer en ciertas horas de rebelión, en que la rabia por vengarse parece á tantas otras el pseudónimo de la pasión y el semblante del amor.

Noris no se engañaba, ni quería engañarse. Se sublevaba ofreciendo su belleza á disgusto, como ofrecería su pecho á las balas. Quería arrastrar en su caída, semejante á un velo de desposada que hubiese desgarrado con sus dientes, aquella confiada adoración que había puesto en René, y que había sido la abominada decepción, el descorazonamiento de su vida.

Quería que otra criatura sucediese en ella á la crédula y romántica joven que había sido la digna hija de aquel cazador de ilusiones, de aquel amante de las estrellas que se llamaba Feraud. Quería, en fin, que su nueva existencia fuese la realización calenturienta, acaso atormentada en secreto, pero insolente é implacable en apariencia, de esta divisa, grito doloroso y sollozo de su corazón:

—«Yo me sobrevivo.»

Y París, el París de los ruidos y de los lujos, aquella gran provincia de París que se preocupa de un rostro nuevo en un escenario, más que de un poema ó de una cuestión política, París y la *crème* de París, habían sido sorprendidos, aguijoneados de deseos, sobrecitados por un misterio, viendo un día, entre el personal rotulado y catalogado de las primeras representaciones, á una joven con su noble perfil de camafeo, muy extraña y con el cabello rizado sobre la frente, su tocado de retrato de In-

gres, cuando, bajo los gruesos y redondos ojos de los gemelos, levantaba su morena cabeza, y respondía á las pesquisas de los anteojos, con una sombría mirada y una sonrisa de desaffo, y los movimientos del abanico, manejado tan diestramente como por una española.

Casi siempre de negro, con una flor blanca en el talle, el tono lácteo de su piel rompía la monotonía de sus trajes de terciopelo ó de satén. Siempre sola, ó con una acompañante que tenía más de sirviente que de amiga, y á la cual hablaba poco. Se había cuchicheado su nombre, interrogado á los *clubmen*, llamado en ayuda á los revisteros. Y siempre, el bien informado Gardanne se había hallado allí, para decir algún detalle inédito al oído de otros carreristas. Noris Feraud, en menos de ocho días, formaba parte de la nomenclatura obligada de las *Soirées Parisiennes*.

La notoriedad nace en París como estalla un grano de pólvora. Se agrupaban en torno del palco donde se hallaba aquella Noris, que no hablaba á nadie y que analizaba la sala, como la sala la estudiaba á ella. Lo que asombraba precisamente era el silencio y el aislamiento que buscaba aquella mujer. No se era mejor recibido en su casa que en su palco. La hermosa se enclaustraba. Se sabía perfectamente que el hotel de la calle Jouffroy se entreabría á veces, cuando el gran duque Vassili venía de Petersburgo á París, y la crónica no enmudecía sobre la primera pasión de Noris por aquel Don Juan ó Don Juanito, el príncipe de Chantenay; pero aquel famoso hotel que Noris tenía del gran señor ruso, nadie, exceptuados los abastecedores, los joyeros ó los corredores de caballos, nadie le había franquea-

do. La señorita Feraud vivía allí, desdeñando sabrosamente á todos aquellos solícitos cortesanos que giraban en torno de su hermosura.

Vivía allí amargamente dichosa en la pesadez de su misma soledad, volviéndose á hallar todavía sola, siempre sola con alegrías agresivas, cuando iba á caballo á dar una vuelta al Bosque, ó cuando su coche la paseaba alrededor del Lago, en aquel aislamiento casi insolente de desprecio que irritaba á los jinetes afortunados.

Aunque una mujer sea querida de un Gran Duque, cuando es una parisiense notable, algunas debilidades son como una urbanidad ó un homenaje tributado á la seducción de París. Pero Noris no tenía ninguna de aquellas debilidades. Era libre en su orgullo, gracias á la liberalidad del Gran Duque, que hallaba galante encontrar un salón digno de recibirle cuando pasaba por París, y, por otra parte, estaba prendado, seriamente prendado de aquella criatura selecta, tan diferente de sus queridas ordinarias, burguesas con el corazón de gran señora; capaz de salir en seguida del hotel, irguiéndose bajo el ultraje, si el Gran Duque, bastante tímido ante ella, se hubiese permitido, por casualidad, faltarle al respeto.

Había hecho colocar en medio del lienzo central de su gran salón, de tonos oscuros con adornos de oro, la *Marroquí* de Eugenio Delacroix con un magnífico marco, y la radiante criatura con los hombros de ámbar, cubiertos por una cascada de cabellos oscuros, parecía, con sus zequíes de oro ceñidos en la frente y sus ojos de terciopelo saliéndose de la tela, el retrato de la misma Noris con algún disfraz oriental. Sobre aquella imagen, tan-

tas veces contemplada por Feraud, fijábanse tenaz y ávidamente los ojos de la joven cuando, durante días enteros, se entregaba á sus recuerdos en el silencio sepulcral de su hotel.

Recibía á muy pocas personas, según había dicho á Raimundo de Ferdys, y levantando su frente ante el desprecio de los demás, se lo devolvía con creces, mediante la libertad que á costa de su honra había adquirido. Salva poco, carecía de amigas, y en aquel mundo de afortunados, que era el suyo, sólo veía á una Margarita Brunier, cuyo hotel se hallaba próximo al de Noris, en aquel barrio de casas nuevas y de fortunas rápidas.

La noche misma de la mañana de Abril en que había encontrado á Raimundo de Ferdys en el bosque, Noris, contra su costumbre, había accedido á comer con Gardanne, el periodista Gardanne, que la entretenía como una crónica viviente, y la llevaba á su casa en una hora todo lo más saliente del ingenio de París. Aquella comida debía verificarse en casa de Margarita Brunier, generalmente llamada Margot, y á cuya puerta se paraba con frecuencia el coche del marqués de Ferdys.

¡Margot y Gardanne! Estos eran también los dos visitantes más habituales, y aun podría decirse los dos únicos visitantes de la casa de la calle de Jouffroy: Gardanne, que entraba al pasar y se imponía con mayor frecuencia de lo que la joven hubiera querido, y Margot, que llevaba á la soledad suntuosa del hotel la risa franca, no más alegre que otras, porque á veces encontraba las melancolías del pasado en el fondo de sus recuerdos, como un dejo amargo en el fondo de una copa de Champagne; pero sin querer pensar en ellas y diciendo á Noris:

—¡Bah! La vida no merece tanto ruido. ¡Pasa tan pronto!... No tengo veintiseis años, y ya me parece que todo ha terminado.

Margarita era muy linda: gruesa, de blanca tez y cabellos rubios y abundantes que teñía de rojo, orejas carnosas, ojos azules, y dientes blancos, que relan simultáneamente; las manos regordetas, cargadas de sortijas, y toda su persona, en fin, muy apetecible, á pesar de la prematura palidez de sus labios y del ligero cerco azulado de sus ojos.

Á pesar de su alegría, tenía, como Noris, el vago enojo de aquella existencia siempre igual, y cuyas eternas fiestas y mudanzas la agobiaban. Por eso buscaba algún descanso charlando, como aquella noche, con amigos de confianza, sin la presencia del amo de la casa, muy amable, —pues ya hemos dicho que era el Marqués,—pero cansado y enojoso, tan sólo por ser «el amo».

El buen Gardanne, la linda y alegre muchacha, y la bella Noris, morena como hija de Bohemia, dos parisienses de bien diversa raza, en aquel comedor forrado de cuero é iluminado por una araña de hierro forjado, experimentaba tan grata impresión como si comiera con dos amantes suyas en un gabinete de restaurant. Las flores blancas y rosadas del centro ostentaban con los reflejos de la luz colores femeninos; y todo sonreía: la cristalería de reflejos de ópalo, el cubierto labrado á la japonesa, los dibujos rojos y blancos del mantel ruso. En todo aquello había un buen gusto que el *reporter* elogiaba con grandes exclamaciones, pagando su escote, mientras comía, con reclamos hablados.

Gardanne tenía su proyecto: quería describir minuciosamente el interior del hotel de Margot y

después el de Noris, principalmente el de ésta. Aquel hotel suntuoso y cerrado, ¿qué mejor asunto ni más nuevo? Dando una *Noris* íntima á su periódico, llamaría seguramente la atención. Sabíase perfectamente en París que la joven era la querida del Gran Duque; pero hasta semejante título daba á la vida algo misterioso que evidentemente interesaría mucho cuando el periodista levantase la punta del velo. Quería sorprender á su periódico primero, y al lector después, con una serie de artículos, titulada: *Interiores femeninos*.

Haría á Margarita Brunier, Margot, después de Noris; á Blanca Taverny después de Margot; á la señora de Tressan después de Blanca; las actrices, las duquesas, las Amazonas, la hez, la *high-life*, la *low-life*, una mezcla, un puré, una *serie* de todo, todos y todas.

Y para tomar notas, el amable Gardanne dirigía á Noris, mientras comía, preguntas más íntimas que de costumbre, diciéndole que la veía pensativa ó melancólica....: esta era la expresión gráfica.

—Decididamente tenéis algo (decíale á los postres). ¿No es verdad, mi querida Margot, que nuestra amiga tiene un aire sombrío?

Había tomado un cigarro de la caja traída por un criado llamado por Margarita, y lo encendía en un trípode de plata, remate de un portafuego impregnado de alcohol.

La joven, escuchando la frase de «nuestra amiga», no había podido evitar un ligero fruncimiento de cejas. Pero, ¡bah! Gardanne creía acaso honrarla mucho dándole este título; compartido con una multitud de bohemios alborotadores ó famélicos.

Noris contestó sencillamente negando estar triste, aunque más de una vez había advertido en sí misma, desde su matinal encuentro con Raimundo, una sensación extraña, que quería atribuir á la primavera y al primer baño de sol.

Lo cierto es que durante la comida había hablado muy poco, dejando á Margarita y á Gardanne cambiar entre sí las frivolidades parisienses, y trasladándose con la imaginación á las arboledas en que las primeras hojillas sonreían en el fondo verdoso del Bosque.

Estaba lejos, muy lejos de aquel comedor de Margarita Brunier, cuya verja de cristales daba al jardín, como la suya, y se teñía aún con el pálido azul del crepúsculo primaveral. Estaba muy lejos de la joven que charlaba á su lado con aquel muchacho burlón, cuyo ingenio, acostumbrado á ello como los miembros de un clown, encontraba objeto de broma en todo, y le parecía que galopaba aún por el paseo de los Postes con aquel guapo mozo de tez bronceada que le hablaba de países resplandecientes de luz y de amor, donde las muchachas se cortaban el cabello y aun la mano por el primer transeunte de charreteras de oro.

Un nombre pronunciado en voz alta, y que ella se había impuesto como deber escuchar sin emoción, un nombre que influía en su vida como una hoja de acero en una herida, la sacó de aquella especie de sopor con un sacudimiento doloroso.

Gardanne hablaba del príncipe Beaumartel de Chantenay. Noris levantó la cabeza, y bruscamente, desde el franco rostro juvenil de Raimundo pasó á la sonrisa fría y al bigotillo rubio de René. Ésta evocación cortaba malignamente el verde paisaje

de primavera en que galopaba Raimundo bajo el naciente follaje.

Escuchó maquinalmente.

—¡Otra vez ha dado que hablar de sí ese diablo de Principillo!—decía Gardanne, mirando la ceniza de su cigarro.

Y Margot, con los codos sobre la mesa y fijos sus ojos en los del periodista, con la avidez curiosa del escándalo, parecía al gatillo contemplando un cuenco lleno de leche.

—Dícese (siguió Gardanne) que no ha sido extraño al fin del conde de Montepreux.

—¿Que no ha sido?...

—Esto no es decir que le haya dado el golpe de gracia; pero la Condesa, que es loca, se había comprometido bastante con Chantenay para que Montepreux pudiese ignorarlo, y esto no es muy bueno para la enfermedad del hígado que sufría. Si el Conde ha muerto, Chantenay puede envanecerse de haber entrado para algo en la ictericia..., en la enfermedad que le puso amarillo,—siguió diciendo Gardanne, al observar que Margot no le comprendía muy bien.

Noris parecía muy atenta, y preguntó, como si hubiera pedido una noticia:

—¿La condesa de Montepreux?

—La conozco (dijo Margot); y es muy linda. Rubia como el oro...; un bosque de cabellos...

—Color de tabaco turco ó de cerveza de su país (dijo Gardanne), porque es austriaca. Mackart la expuso en uno de sus cuadros... ¡Una piel soberbia!... ¡Una tez!... ¡Un cuello!...

Y detallaba á la gran señora, como si hubiera descrito á una actriz entrando en escena descotada

para una comedia de magia, ó á un caballo de carrera en la pista.

Noris conocía á aquella Condesa: la había visto admirada más de una vez en la Ópera, ella sentada en el anfiteatro, la Condesa apoyada en el antepecho de su palco, con la cabeza alta, insolentemente bella, con aire sonriente y desdeñoso á la par, con sus hermosas espaldas vienesas, que las muchachas dejan acariciar por sus bucles rubios cuando la música militar austriaca las hace valsar bajo los árboles del Prater. ¡Ah!... ¿La Condesa era ahora querida de Chantenay?...

—Así se dice (añadió Gardanne); y hasta que ella le adora y está como loca por él.

—¿Cuándo ha muerto el señor de Montepreux?

—El verano último..., en Junio de 1881.... Yo hice un viaje á Normandía para reseñar el funeral del Conde, que volvía de Vichy para morir en su casa. ¡Es muy pintoresco el castillo de Montepreux! Un torreón amueblado como un tocador... Se pronunciaron tres discursos sobre la tumba del Conde: el del maire, el del presidente del Consejo general, y el de uno de sus colegas en la Cámara. Estamos en la época de los discursos, y el señor de Montepreux era diputado..., diputado conservador, naturalmente. ¡Hubiera hecho bien en conservar á su mujer!

Noris nada decía, tratando de reconstruir, á través de las burlas del reporter, la novela de aquella mujer que amaba al hombre adorado ciegamente por Noris cinco años antes.

Extraña locura la de aquella mujer, considerada y rica, y con el título de Condesa, enamorándose de un hombre que podía engañar á una ignorante,

pero no á una mujer de mundo, concedora de la vida. Y aquella locura era al propio tiempo una infamia. ¿Era viejo el conde de Montepreux? No: joven, rico, algo sombrío y atrabiliario por la enfermedad que había de acabar con él; pero elegante, fiel, cariñoso con su esposa, cuya hermosura le envanecía, como lo demostraba el haber encargado el retrato de la bella austriaca á uno de los más célebres artistas; para que fuese el asombro de la Exposición en París como en Viena.

—Y, en suma (proseguía Gardanne), de cuanto constituía su existencia, el pobre Conde no amaba más que á esa criatura, divinamente elegante y de encanto soberano, que atravesaba los salones con un porte regio del brazo de su marido, cuyos ojos amarillentos brillaban de alegría por los triunfos de la Condesa. Montepreux no tenía ambiciones políticas. Elegido para la Cámara á los veintiseis ó veintisiete años, después de la guerra, en que se había batido valerosamente á la cabeza de una compañía de móviles de su departamento, asistió á ella por costumbre, y puesto que los electores tenían la galantería de elegirle, no tenía derecho á hacerles un desprecio; pero se ocupaba de la Condesa mucho más que de la diputación. Por ella hasta olvidaba á su hijo, un señorito que ha crecido en el hotel de la calle de Santo Domingo como ha podido, entre sus niñeras y criadas, teniendo á los cuatro años habitación propia, sirvientes que le llaman «señor Conde», y hablando de «vos» á su madre (y Gardanne acentuaba su tono), en esa edad en que el tuteo del niño es para los oídos de la madre como la declaración de amor más irresistiblemente dulce.

Aquella mujer adorada con un amor único y ciego, aquella hermosa Condesa de veintitrés años, esposa feliz y envidiada por millares de mujeres, se había prendado de Chantenay, cometiendo,—error sólo comprensible en la hija insensata de Eugenio Feraud,—la locura de sacrificarle el honor y el reposo del señor de Montepreux y el respeto que el niño debía profesar más adelante á su madre.

Sólo en esto pensaba Noris, en tanto que Gardanne, con el tono parisiense, lleno de los ecos de los bastidores de teatro y de las redacciones de los periódicos, hablaba con la mayor naturalidad de los amores del príncipe Beaumartel de Chantenay y de la condesa de Montepreux, absolutamente como si se tratara de las relaciones públicas de un comediante con una perdida. Aquel invierno mismo habíanse visto juntos en Mónaco á la Condesa de luto todavía y al Príncipe, lo cual había parecido escandaloso. La Condesa habitaba una *villa* y el Príncipe estaba en el hotel; pero la crónica les atribuía el encontrarse muy frecuentemente, y habiendo circulado el rumor de que la señora de Montepreux podía llegar á Princesa, se juzgaba que el anuncio ó semianuncio de tal matrimonio seguía muy de cerca á las tarjetas de funeral.

Con todo cuanto era necesario para llevar, honrada en el silencio de la viudez y en la seguridad de la riqueza, la vida más respetada que pueda soñar una mujer, la condesa de Montepreux hacía hablar de sí como una mujerzuela de teatro, y necesitaba que Gardanne buscara en su apoyo esos calificativos de moda, que son como la etiqueta de la mujer moderna; desequilibrada, disgustada, alborotada, caprichosa, histérica....

Y poco á poco, viendo revivir en cierto modo su pasado con aquel presente removido por el *reporter*, la hija de Eugenio Feraud iba experimentando un raro sentimiento de desfallecimiento moral.

Había acudido á casa de Margarita Brunier en busca de olvido, y encontraba, por el contrario, un aumento de amargura. Á través del humo azul del cigarro de Gardanne y del cigarrillo de Margot, veía á aquellos dos seres que otras veces compartían su vida en su casa: aquel periodista aventurero y aquella mujer caída, que vendía su amor como él su ingenio, y se decía que de aquellas dos personas ligadas á su existencia por la necesidad de mutua comunicación para mirar la melancolía ó el sentimiento propios en el rostro ajeno, la desgraciada que veía ante ella, sin cuidarse del porvenir y aspirando el presente como una bocanada de tabaco turco, era la que podía comprenderla y compadecerla mejor.

No hubiera sido Margot seguramente la que, casada con un buen mozo, hubiera malgastado la alegría de su existencia, como la condesa de Montepreux sepultaba la suya: Margot era una buena muchacha en su clase. ¡La había conocido Noris de tan extraña manera!

Eran vecinas, sin saberlo, en aquella calle Jouffroy, que á la sazón iba levantándose, y nunca se habían encontrado, aunque sus coches se hubieran cruzado ó seguido, más que en el cementerio, junto á la pared de Montmartre, donde reposaba «el vencido».

Á dos pasos de allí, Noris veía frecuentemente, llevando maquinalmente coronas á una tumba, y sin arrodillarse nunca ante ella, á una joven rubia y

bella, que la saludaba, aunque sin hablarla. En sus visitas á aquel rincón de tierra, codeábanse frecuentemente, llamadas á él por los que dormían, y que, extraños durante la vida, la promiscuidad de la muerte les había acercado. Noris había mirado una vez el nombre grabado sobre la piedra que motivaba las visitas de la joven elegante; pero aquel nombre nada le había indicado: *Brunier*.

Pero un día que habían empezado á caer gruesas gotas de lluvia, como lágrimas que bañaban el cementerio, donde tantos mausoleos no recibían ninguna, la linda rubia había abierto amablemente su paraguas para acompañar á Noris hasta su carruaje.

—Es que hoy no lo he traído: he venido á pie.

Y la lluvia aumentaba, dando á la calle que conducía al cementerio y á todo aquel lado del boulevard de Clichy un aspecto de mancha de tinta.

La joven, con su paraguas sobre la cabeza de Noris, decía interiormente:

—Si yo me atreviera....

No sabía quién era Noris: indudablemente una gran señora, y vacilaba. Al fin se atrevió á ofrecerla un asiento en su coche, y Noris dió las señas de su casa, con lo que ambas se sonrieron, aun saliendo del cementerio, sabiendo que también eran vecinas en el mundo. Aquella rareza demostraba la predestinación, y prometieron volverse á ver.

Y no sólo se vieron en Montmartre, junto á los sepuleros, sino en la calle Jouffroy, en el vaivén de la existencia habitual. Margot conocía de nombre á Noris, y hasta la había visto en el teatro, plaza pública de la vida moderna; pero sin que le hubieran dicho quién era aquella hermosa morena

vestida de negro, y que conceptuaba como extranjera, criolla, húngara.... Margarita estaba muy satisfecha de aquella amistad que la lisonjeaba: ¡ser amiga de la querida del Gran Duque! Noris veía en Margot toda la rectitud que los golpes del infortunio podían haberle dejado; y mientras que Gardanne refería las aventuras de la Condesa con Chantenay, recordaba lo que Margot le había referido de un *pasado* que no echaba de menos, pero que había sido honrado, y que contrastaba extraña y cruelmente con el presente de la joven.

Y Noris, mirando á Margarita y al *reporter*, comparaba la existencia de la primera con la de la señora de Montepreux, y la caída de Margot con su propia caída.

Margarita había crecido al aire libre en la calleja de la Chapelle, en los arrabales de París, viviendo en un quinto piso, que llenaba su familia, compuesta de tres personas, incluyendo á la pequeña, según ésta lo había referido muchas veces á Noris. Su padre era un buen muchacho, que se había casado por amor y continuaba adorando á su mujer. No tenía más parientes que una abuela de mal humor, á quien pagaban el alquiler en otra casa para que el matrimonio pudiera vivir en paz.

Margarita se estremecía aún al pensar en la bruja, mujercilla nerviosa y seca, con ojos de gitana, que le daban miedo siempre que la niña iba á visitarla. Sólo volvía á sus labios la sonrisa cuando pensaba en su madre. ¡*Mamá!* Ésta era una muchacha de París, alegre y loca como una curruca, y que se juzgaba muy feliz entre su esposo, á quien quería como á un amante, y su hija, á la que ves-

tía, adornaba y hacía saltar como á una muñeca.

En los recuerdos de Margarita había, como en el pasado de Noris, días de sol, expediciones campestres á Saint-Denis, junto al río, comidas en la isla sobre el verde césped, y paseos á lo largo del río, donde los grandes barcos anclados, parecidos á ballenas, divertían á la niña. Y las fiestas del barrio, los caballitos de madera y los juguetes de porcelana ganados á la ruleta.... En uno de los cajones de un gabinete italiano, con adornos de marfil, Margot conservaba y miraba frecuentemente sus retratos al daguerreotipo ridículo, colocado en un *passe-partout* de filetes dorados, con una anilla de cobre para colgarlo de la pared, y en cuyo óvalo se veían, medio borradas y como fundidas bajo el cristal, tres figuras agrupadas: un hombre joven de aspecto de soldado ó de obrero, con la chaqueta dominguera de cuello de terciopelo y cadena dorada en el chaleco, de pie, junto á una mujer sentada, con chal francés y un sombrerito, sosteniendo á una niña de largos y rizados cabellos, vestida como una princesa. Á veces enseñaba á Noris aquel daguerreotipo: aquella niña era ella, adornada como un juguete, desnudos los bracitos gordos, en cuyos codos se le formaban hoyitos, y aun creía sentir sobre su piel y en sus cabellos las caricias de su madre. Estaba la obrera tan orgullosa con su hija; se pasaba el día vistiéndola, mirándola y «comiéndosela» á besos. Se detenía ante los escaparates de los grandes almacenes, mirando las confecciones, los sombreros de niñas, las cintas de los adornos, y de regreso en casa, encontraba ingeniosidades de hada parisiense para arreglar á Margarita trajes tan vistosos como los de las niñas ricas; nudos en los

cabellos, cintas en los hombros, cinturones, faldas y sombreros.

—Hortensia (decía Carlos Brunier), perjudicas á esa muñeca, que no podrá tener siempre esos arameles.

—¡Bah! (respondía la madre.) Eso llevará adelantado.... Además, que quiero que sea tan bonita como las que juegan en las Tullerías. Esto á nadie hace daño.

Brunier, amante de la madre y de la hija, abrazaba á las dos, y no volvía á tratarse del asunto. Por otra parte, aquella apariencia de lujo no costaba cara, y Brunier ganaba entonces buenos jornales. Hortensia tenía razón tal vez: aquello se llevaba adelantado.... ¡Y Margarita era tan linda!

Crecía con el instintivo sentimiento de su belleza: los niños adivinan lo que de ellos se piensa, y retienen, como una alcancía, lo que se deja caer acerca de su inteligencia ó de su gracia. Margarita comprendía que agradaba, y cuando iba á jugar al Parque, veía que algunas señoras volvían la cabeza para admirar á la pequeña rubia, con la mirada inquieta y á la par orgullosa de las madres.

De aquellos triunfos de niña conservaba, ya mujer, sensaciones exquisitas; oía aún las risas de Hortensia, cuando se alejaba para contemplar á la pequeña, á la distancia de un cuadro, diciendo:

—¡Qué linda! ¡Qué linda!

Y á esta exclamación seguían caricias y besos ardientes como mordiscos.

—¡Estoy loca con ella!—decía la obrera.

—Y él también (pensaba Noris), también Eugenio Feraud estaba loco con su bella Dinorah, que ahora, en la sociedad, estaba al nivel de Margot.

Hortensia Brunier había vestido á su Margarita en un domingo de Piñata á la Pompadour, con pedazos de seda blanca bordados de rosas, y la niña se había paseado con su traje, admirada como una reina. Las aclamaciones de las gentes extasiadas con aquella carne rosada y la hermosa cabellera de aquella marquesa de siete años, halagaba después de algún tiempo la vanidad de Margot: en aquellos triunfos de niña, había algo de la coquetería de la mujer. El padre se encogía de hombros; pero conceptuaba de imprudente á Hortensia; así se desarrollaban, en su opinión, los torpes instintos de los niños. Margarita, desgraciadamente, no había nacido para llevar brocados y guardainfantes á la Pompadour. Aquellas ideas de lujo podían desvanecer á la niña, que, como bonita, lo era mucho; pero la hija de un ebanista no podía aspirar á brillar por sus cabellos ni sus brazos desnudos, á menos de ser actriz.

—¿Y por qué no?—preguntaba la abuela, cuando oía esto.

—Porque mi niña no ha nacido para ello,—replícaba Brunier, sin fijarse en la mirada extraña que en los ojos de su madre brillaba.

El obrero murió, víctima de una fiebre tifoidea, cuando Margarita contaba nueve años, y notó ésta un gran vacío en su hogar. Por la noche tenía miedo y llamaba á su papá, como si aquella débil voz pudiera ser escuchada por el muerto. El da-guerreotipo de la fiesta de Saint-Cloud estaba colgado de la pared, y la niña lo miraba continuamente. La habían llevado á una escuela municipal, y como era inteligente, admiraba á la directora. Se le llamaba «la Princesa», y creció juzgándo-

se de naturaleza superior á la de sus compañeras.

—Eso es lo que nos pierde á nosotras,—decía sencillamente Margot, cuando refería á Noris su historia.

La madre no le decía ya que era linda, pero trabajaba para terminar la educación de la niña. Se había llevado con ellas á su suegra, que no le ayudaba, y que, por el contrario, en sus aficiones al lujo, compraba, en cuanto tenía algún dinero, cualquier inutilidad, como, por ejemplo, ramos de flores, que se marchitaban en aquella casa tan pobre. Hortensia se mataba trabajando, por no haber dejado Brunier más que algunas cortas economías, disminuídas por los honorarios del médico. Aquel chorlito parisiense se había hecho una mujer seria y resuelta, que luchaba por su hija con toda la fuerza nerviosa de las mujeres. Yendo un día Margarita á la escuela con la vieja, la derribó un carruaje, y estuvo á punto de aplastarla. Conducida á su casa, fué tal la impresión nerviosa de la madre, que se la declaró la corea, que fué en aumento, á pesar de las medicinas con que era combatida. Entonces llegó la verdadera miseria, sin salida alguna, por haberse comido los ahorros de la libreta de la Caja, y estar terriblemente disminuídos los jornales por causa de la enfermedad. Mirando á su hija con desesperación, se acordaba de su esposo, y decía: «¡Carlos tenía razón!... ¡Nunca se acierta!»

Solamente la abuela, poniendo los ojos en aquella niña fina como un lirio y que ya empezaba á convertirse en mujer, veía la salvación en Margarita. En su cabeza se agolpaban locos recuerdos de riquezas, de triunfos en el teatro.... La abuela

continuaba el sueño de que la madre había despertado, y reconstruía el derribado castillo de naipes. Castillos análogos á los levantados por Eugenio Feraud, y destruídos también por la adversidad. ¡Decididamente todas las humanas existencias son iguales!

La vieja decía en voz baja á Margarita, soplando locuras en su oreja de rosa:

—No te inquietes...., que una muchacha honita como tú, sale siempre adelante.

Margarita no se apuraba por sí á los doce años, sino por su madre viva y enferma, como se había apurado teniendo ocho por su padre muerto. Las crisis del sufrimiento sacudían los nervios de la niña, que se veía invadida por el magnetismo doloroso de las neurosis. De repente tuvo que llorar la falta de la pobre enferma que la asustaba tanto, pues una mañana amaneció muerta, y Margarita tuvo que balbucear el cruel calificativo de *huérfana*.

—Mamá ahora.... ¡Mamá, después de papá!

Cuando, pasados los años, evocaba en medio de su lujo aquellos tristes recuerdos de la infancia, cuando desgarraba su corazón para enseñárselo á Noris, Margarita Brunier sentía la amarga soledad de aquella habitación que la abuela iba á convertir en un zaquizamí, y toda su vida de joven se encerraba en un sollozo. Avivaba aquellos recuerdos de su vida con una abuela insensata, que se complacía en desarrollar en ella apetitos de riquezas, instintos de rebelión, deseos de imposible libertad. Parecíale estar viendo con su vestido negro y harapiento, como el de una loca, aquel rostro pálido de sombras amarillas, mostrando sus quime-

ras, prometiéndole una prodigiosa existencia de alegría, é impulsándola, uno y otro día, á la vida ruidosa y lúgubre en que había de lanzarse Margot.

Y Noris se estremecía también hasta los huesos, porque también las ilusiones la habían arrastrado hasta encontrarse con Margarita.

La abuela de Margot le hablaba del teatro y desus fortunas, como el pobre Feraud hablaba á su hija de sus sueños de oro de novela. ¡El teatro!; Margarita ni tenía aptitudes ni gusto por él! Escuchaba á la vieja hablar del lujo de las actrices y de todo cuanto producen aquellos tablados llenos de polvo, que han reemplazado á los escalones de los tronos, y deseaba entrar en él, soñando en su taller por cuenta propia, lo que la abuela soñaba por ella: cuando pensaba en lo que había hecho en su primera juventud, permanecía asomada á su ventana, sintiendo despertarse su pubertad, como los olores de vida entre los perfumes del viento. Otras mujeres habían tenido virginidades y pudores... ¡Cuánto las envidiaba! Su primavera se había marchitado como la florescencia de los almendros cuando el granizo la corta, arrojando sus blancuras al barro. Todas sus ignorancias desfloradas por aquella vieja medio demente, inconsciente y soñadora de imposibles. Margot sabía lo que cuesta el despertar de semejantes sueños. Se veía conducida por su abuela al despacho del director de un teatrillo, y sentía aún la impresión abrasadora de la mirada de aquel hombre. El la había tomado la mano para firmar la contrata, y nunca había olvidado aquella repugnante mano. Un debut ignorado en un rincón, las persecuciones de los calaveras, aquellos hasti-

dores sucios, sus náuseas hacia el oficio, la rebelión, la fuga, una miseria feroz, la caída, la casualidad colocando en su camino á un ciudadano aburrido, ni bueno ni malo, ni desenfrenado ni generoso, recogiendo casi por piedad á aquella joven afligida, y perdiéndola paternalmente, mientras le daba consejos de moral práctica. ¡He ahí su primer amor!

Y aquel hombre, ayudado por la abuela Brunier, había hecho de Margarita la señorita Margot, libertada de la miseria que ataca al vientre, y entregada á esa otra miseria que ataca al corazón.

¡Qué ironía! Mientras que el padre y la madre reposaban en Montmartre en la fosa común, porque Margarita no había tenido dinero para renovar sus sepulturas, la abuela odiada, muerta después, tenía un monumento muy caro de piedra, costado por Margarita, no por cariño, sino para ver el nombre *Brunier* grabado sobre una tumba. De los que recibieron sus primeros besos honrados, Margarita no guardaba más que la melancolía del recuerdo y el viejo daguerreotipo que amarilleaba y se iba borrando.

Noris no olvidaba nunca aquella confidencia que por casualidad le había hecho la hermosa rubia, porque Margot no era melancólica, de su vida arrastrada sin amor, hasta inspirar, no una pasión, sino un capricho al marqués de Ferdys, mitad amigo, mitad amante, pero más joven por cierto y más simpático con sus grises cabellos ensortijados, que los elegantes de la crema y del *pchut* que habían sucedido, sin reemplazarles, á los de su generación, los Gerardos de Chantenay y los Courmont-Canterouse, lo cual no impedía á Margot el repetir

sencillamente, para terminar, cuando recordaba su pasado á Noris:

—¿Y queréis que lo diga todo? Amo al señor de Ferdys como un compañero; pero, de corazón, á nadie he amado.

—Por eso acaso sois feliz,—respondió Noris.

Y Margot añadía riendo:

—¡Bah! ¿Existe la felicidad?... Yo tal vez acabe en un hospital.

Noris, que meditaba en las confesiones hechas por Margot, á quien quería por su franqueza, y de la que aceptaba invitaciones como la de aquella tarde, interrumpió de repente la charla de Gardanne, diciendo bruscamente, comparando su vida y la de Margot con la de la condesa de Montepreux:

—¿Sabéis, Gardanne, lo que vuestra historia me demuestra?... La historia de vuestra Condesa... Pues que mi axioma no es siempre exacto.

—¿Un axioma vuestro? ¿Y cuál es?... Me servirá de *mot de la fin* para vuestro artículo.

—Es el siguiente: «Ochenta veces de cada ciento, la falta de la mujer es un crimen del hombre.»

—¡Oh! Buen tema de conferencia para una revolucionaria de reunión pública... Á dos pasos de aquí, en la sala Levis, os aplaudirían á rabiar.

Noris movió los hombros... ¡Bastante le importaba á ella la política! La política de la mujer es el amor, que revoluciona y trunca sus destinos. Pero tenía en el corazón, con un desdén y una amargura que desbordaban, una herida siempre abierta: el recuerdo de la traición de Chantenay, cuyo nombre se había evocado tal vez con intención por aquel traperero de actualidades, dedicado á llenar su cartera de notas.

¡El príncipe René Beaumartel de Chantenay! ¡*Flor-de-Chic*! ¡El rey de París, no destronado en cinco años! Poco á poco empezó á hablar de él, en un principio como de un parisiense cualquiera, de un ser encontrado antiguamente, terciándose en su vida, y después maquinalmente, por la pendiente de los recuerdos, llegaba, ante un indiferente como Gardanne y una muchacha inferior á ella, á evocar todo el drama de sus diez y nueve años, tan olvidado en París como una comedia retirada de los carteles.

Sólo Gardanne tal vez lo recordaba, porque su oficio era de recuerdos, y Margot experimentaba una especie de curiosa voluptuosidad oyendo hablar de René, como ella habría hablado de aquel primer amante que decidió de su vida.

Por la mañana, el encuentro con Raimundo; por la tarde, la evocación del recuerdo de Chantenay; parecíale á Noris tener cinco años menos, que el Gran Duque no existía, y que se encontraba frente á frente con el Príncipe. Pero ¡qué diferencia! René había hecho de ella, viva, una muerta; y si en su corazón quedaba una pasión, era el deseo de vengarse de sus cobardías en todos. Y se envanecía de ello osadamente ante el periodista y la otra desgraciada.

—Así somos nosotras (decía). Nos engaña un hombre, y pagan los demás.

Gardanne sonreía, mientras que Margarita aprobaba, y el joven murmuró, arrojando su cigarro al cenicero:

—¡Cuidado!... Á juzgar por vuestras palabras, podría creerse que aún amáis al Príncipe.

—¿Yo?... ¡Yo no amo ya á nadie!

—¿Y el Gran Duque?

—Le respeto, le estimo....

—¿En cuánto?...—dijo Gardanne al oído de Margot, que le dió un golpe en los dedos para indicarle que callara.

—Soy muy feliz (dijo Noris) por haberle encontrado; pues que esto me permite vivir á mi modo y obedecer mi propia ley; pero no le amo, ni creo que él tome mucho empeño en que le ame.

—¡Amor paternal! (exclamó Gardanne sonriendo, y sujetándose el monóculo ante el ojo derecho, como Chantenay.) ¡Pues si vos no amáis á nadie (prosiguió), yo no juraría que el príncipe de Chantenay no esté loco por vos!

—¡Bah!—exclamó Noris.

—Me he encontrado con él en una comida dada por el Yachting-Club, y se ha hablado de vos... ¡Muy bien, por otra parte!

—¡Favor que me hacen esos caballeros!

—Pues bien: el Príncipe estaba..., ¿cómo lo diré?... , molesto.

—¡Bah!—repitió Noris.

—Sí, molesto positivamente..., sobre todo cuando el señor de Iseux le preguntó si no os veía ya. Chantenay respondió negativamente; pero con un tono especial....

—¿Y á qué llamáis «especial»?

—Triste, si lo preferís, ó disgustado.

—Eso último debe ser lo cierto. Señor Gardanne, en mi salón tengo un magnífico estudio de Delacroix....

—¡Soberbio!

—¿Vuestra *Marroquí*?—preguntó Margot.

—Mi *Marroquí*. Cuando yo estaba.... en otra

parte, la *Marroquí*, que tenía un pobre marco negro, no llamaba la atención. Hoy, con su marco reluciente y nuevo, y barnizada, ilumina mi salón. Todos la miran, y exclaman: «Es magnífico ese lienzo..., un Delacroix». Un poco de barniz: he aquí cuanto hace falta para entusiasmar á los inteligentes.... Acaso el barniz es lo que hace al señor de Chantenay fijarse en mí.

—Os juro que no: he hablado con él..., y he notado algo de remordimiento.

Noris se echó á reír expansivamente.

—¿Remordimiento?... Si eso pudiera venderse en el Hotel Druot, alcanzaría muy alto precio: un remordimiento del príncipe René: objeto raro.

Margarita quería bromear, no conociendo bien á Noris Feraud:

—Lo que no impediría, si se presentase en la calle Jouffroy....

Noris le interrumpió con la mirada centellante:

—No le recibiría.

—Tendría mucha razón en obligarle á hacer antesala (dijo Gardanne). Es buen método..., de dentista....: esto quita el dolor de muelas y aumenta el mal de amor.

—Gardanne, vuestro brazo,—dijo Margot.

Cuando pasaban del comedor al saloncito en que Margarita había hecho disponer el piano para que Noris pudiera tocar, un criado anunció al señor de Ferdys (padre), que llegaba en traje de etiqueta, para hacer tiempo antes de ir al baile de la Ópera. Siempre era el mismo; el hermano mayor de su hijo.

Iba á contar una historia muy dramática; la de una amazona americana, muy linda, que se había

suicidio por un *clubman*, el señor de Sableuse.

—¿Y ha muerto?—preguntó Margarita.

Gardanne buscaba su sombrero, para correr en busca de noticias.

—Envenenada (contestó el señor de Ferdys). Había manifestado el firme propósito de suicidarse, tirándose de su caballo en pleno circo; pero después juzgó preferible un poco de láudano.

Y enseñaba el retrato de la amazona, que acababa de comprar: una joven alta, rubia, con un bosque de cabellos, ojos hoscos y aspecto salvaje.

—En Europa no hay más mujeres que las americanas,—dijo el Marqués riendo.

—Gracias (respondió Margot, riendo también).

Y Noris, que en pie, delante del piano, miraba al resplandor de las bujías, el retrato de la joven yankée muerta, preguntó, mientras vagaba por sus labios pálidos una sonrisa:

—¿Y por qué no hay más que estas mujeres?... ¿Por qué son las únicas que se suicidan por amor?

Y como el señor de Ferdys callase, siguió ella diciendo:

—Ha sido muy necia Fanny Love en suicidarse por Sableuse. Acaso, si hubiera vivido, él se hubiera arrastrado á sus pies, para desatarle las sandalias.

Gardanne, impaciente ya por correr en busca de detalles á la habitación de Fanny Love, se despedía de Margarita; pero no olvidando su famosa serie de *Interiores parisienses*,—dijo, tendiendo á Noris la mano:

—Os ruego que, como hoy lo ha hecho la señorita Brunier, me concedáis mañana media hora de

conversación en vuestra casa...., como á un fotógrafo,—añadió, burlándose de sí propio.

—¿Para qué?

—Quisiera de vos un *interview*, y me faltan aún muchos detalles....; por ejemplo....

—¿El qué?

—Gracias á vos, pude ver el otro día, y podré describir, vuestro salón...., el tocador...., la biblioteca....; pero aún me falta....

—¿El dormitorio?... Es justo. ¡Una visita á una cortesana! El dormitorio de la querida del Gran Duque.... Pues bien, Gardanne: eso no es para vos: ¡cuesta muy caro!

Y Noris se sentó al piano, dejando al joven algo aturdido, aunque sin nada que contestar, porque le urgía más otro asunto: un *interior* de Fanny Love muerta.

No había salido aun, cuando Noris, maquinalmente, se puso á tocar el piano, como para aturdirse, rápidamente, con una nerviosidad singular y enfermiza, como si en aquel día, desde el encuentro con Raimundo hasta el anuncio de la romántica muerte de la americana, todo hubiese concurrido á recordarle al señor de Chantenay.

El Marqués se había acercado á ella, mientras que Margarita, que no sabía una nota de música, la escuchaba encantada.

—¿Que tocáis?—preguntó el señor de Ferdys.

—Mendelssohn.

—Es muy lindo.

—¡Oh! Pero no reemplaza al baile, mi querido Marqués. Es melancólico, y me agrada. Cuando toco eso—¡qué tontería!—me acuerdo de mi vestido blanco para la primera comunión, con el velo flo-

tante como una nube ó unas alas. Aquel velo blanco nos hace soñar á las muchachas, que nos creemos desposadas.... ¡Qué hermoso nombre de desposada!

Cesó de recorrer con sus dedos el teclado, y cerró el piano con repentina violencia.

—¡Basta ya! Es música de mujer honrada.

Y se volvió en su taburete al lado en que Margarita la contemplaba admirada.

El señor de Ferdys sentía siempre, al ver á Noris, una impresión de profunda piedad: la encontraba encantadora con aquellos ojos profundos y aquella triste sonrisa, en que había melancólica poesía; pero, conocedor de las mujeres, le agradaba especialmente en ella su franqueza y el honrado orgullo que conservaba. El Marqués se decía frecuentemente que de no haber encontrado en su camino al principillo de Chantenay, aquella Noris sería la criatura más completa del mundo. Un espíritu recto, una lealtad á toda prueba, mucho valor, y en su estado de protegida del Gran Duque, que hubiera hecho estallar de vanidad á tantas otras, una especie de amarga melancolía y la nostalgia de su antigua y humilde existencia. Este sentimiento lo hallaba siempre en Noris, y ahora mismo en el impulso que le hiciera cerrar el piano sobre la sinfonía de Mendelssohn, como la tãpa de un ataúd sobre un cadáver.

El Marqués, con su flema de corrido parisiense, tomándolo todo como un espectáculo, comparaba entonces á la pãlida Noris con la linda rubia estupefacta, que se preguntaba qué tenía su amiga para estar tan nerviosa.

—¡Ah! (se decía el Marqués): no sería Margot capaz de esas melancolías.

Y por esto, Margot le agradaba sin apasionarle y le divertía. Mucha hubiera sido su sorpresa si Margot le hubiese referido sus visitas al cementerio y los amargos recuerdos que á veces la acometían también. Hubiera quedado sorprendido, aun sabiendo que con las mujeres siempre hay que esperar alguna estupefacción.

Noris experimentaba como una necesidad de estar sola y de meditar. Cerrado ya el piano, se levantó, tendiendo la mano á Margarita:

—Buenas noches,—dijo.

—¿Os vais?

—Sí.

—Una taza de te siguiera, querida amiga.

—No, gracias.... No sé lo que pasa por mi cabeza, que me pone tristonaa.... Voy á encerrarme como los niños.

—Es vuestra música la que á mí también me pone triste. ¿Os vais decididamente?

—Os acompañaré (dijo Ferdys). Mi coche está ahí, y os dejaré en vuestra casa.

Margarita reía.

—¡Si yo fuera celosa!

—¿Celosa?

—Sí, querido Marqués....; tenéis debilidad por Noris, y no soy yo la única que lo ha observado en París.

—Tanto mejor. Esto demuestra que tengo la franqueza de mis sentimientos; efectivamente, soy uno de los más sinceros admiradores de la señorita Feraud.... Y yo no admiro más que lo que estimo,—añadió, observando la fría mirada de Noris.

Ella, agradeciendo la frase, aceptó aquella mano que apretó nerviosamente, diciéndole:

—Sois excelente, y muy galante.... ¡Por algo os llaman el último Marqués, mi querido Ferdys!

Este respondió casi grave:

—El último, no.... Queda mi hijo.

Noris no contestó; pero Margot, que la miraba; observó que se había puesto muy seria y casi había palidecido.

—¿Cuándo os volveré á ver?—preguntó Margarita á su amante, al despedirse

—Mañana.... ó pasado.

—Cuando queráis; pero nos vemos tan poco, que podría juzgárenos casados en toda regla.

—¡Oh! (exclamó el Marqués, riendo.) ¡Si estuviésemos casados, no nos veríamos nunca!

Besó galantemente la mano de Margarita, inclinando sus cabellos grises, rizados y como empolvados, sobre aquélla, y después, con la gracia de un joven, se apartó para dejar paso á Noris, se puso un sobretodo gris encima del frac, mientras ella se envolvía en un abrigo, y salían á la calle á pie, por haberse negado Noris á aceptar el carruaje.

La casa estaba al otro extremo de la calle, y ésta, casi desierta, constituía un verdadero paseo á través de un barrio elegante. Noris se apoyaba en el brazo del Marqués con un sentimiento de confianza profunda, correspondiendo á la palabra «estimación» que había espontáneamente pronunciado poco antes.

Adivinaba que la simpatía del señor de Ferdys era verdadera. En la violenta aventura en que sus esperanzas y su fe habían naufragado, había estado seguramente de su parte, y en contra de su sobrino, el Marqués. El padre debía pensar lo mismo

que el hijo. Y le parecía extraña casualidad la de aquel día, empezado junto al joven Marqués en una arboleda del Bosque, y terminado con un paseo lento del brazo del padre, á lo largo de aquella calle desierta, seguidos por el carruaje, cuyos faroles parecían en la obscuridad dos ojos vigilantes.

No experimentaba al lado del Marqués aquella impresión de contento y de rejuvenecimiento por los recuerdos que había sentido junto á Raimundo; pero la esencia especial de *stros tiempos* que el joven conservaba, el olor y el gusto de las lágrimas, lo encontraba también en el padre; cuanto había constituido sus ilusiones y sus desencantos cinco años antes, reaparecía ante ella; por dos veces en un día se despertaba el pasado á los ojos de Noris, como si el paseo de los Postes reverdecido por la primavera, y la calle Jouffroy envuelta en sombras, se hubiesen poblado de fantasmas.

Y en todo el paseo sólo habló al padre de aquel hijo á quien por la mañana había visto. El Marqués estaba orgulloso de Raimundo, porque prometía ser un oficial admirable y un hombre útil.

¡Útil! El Marqués, aun en contra suya, comparaba su vida de hombre de mundo con la digna y gloriosa que Raimundo había aceptado.

¡Qué diferencia entre ambos!

El también había tenido sus momentos de bravura como todo el mundo; pero en circunstancias dadas: una parte de heroísmo entre dos de placer. Se había batido bien; pero, ¿qué suponía eso?

Raimundo, por el contrario, había consagrado toda su vida á una noble empresa. Sus veinte años ofrecidos al país, su juventud pasada sobre el puente de un buque, las olas del mar amenazando

arrebatárale de su puesto, mientras el padre jugaba en el Círculo una partida de *baccarat*. ¡Qué extraña antítesis, que hacía sonreír al Marqués!

—Lo más extraño (decía á Noris), es que si alguien ha hecho un contrato leonino con la vida, no es él, sino yo. Empiezo á comprender que es terriblemente monótona la vida de París, y á preguntarme si es posible entrar á los cincuenta años en el baile, sin parecer muy ajado y muy ridículo.

—Marqués, seréis hasta el fin de vuestros días el más joven de todos los parisienses.

—Pero no temáis que deje al ridículo tomarme la delantera. Me enterraré vivo en Ferdys, ó en otra cualquier parte.

—¿Como Carlos V?

—Y fundaré premios á la virtud para las aldeanas, como aquél construía relojes.

—Si yo fuera hombre, no me fiaría de los premios á la virtud que adjudicáis,—dijo Noris jovialmente.

La joven le agradecía aquellas confidencias, que le demostraban la estimación de que el Marqués había hablado, entregándose á ella como á una naturaleza leal. De seguro que no había dicho nunca la mitad á Margot, acaso por parecerle que debía algún interés y alguna simpatía á aquella pobre Noris, para borrar el mal recuerdo de René. La trataba como una amiga, y encontraba especial encanto en la amistad de las mujeres, la más segura de las amistades, cuando no la precede ni la sigue el amor. Y entonces, en la naturalidad de aquellas confidencias, en aquella noche de primavera parisiense, en que se escuchaba el lejano rodar de carruajes que no se veían y el agudo silbido de la locomotora, el

marqués de Ferdys expresaba todas sus esperanzas en el porvenir de su hijo. En el presente podía mostrarle con orgullo, considerado por todos, bravo, inteligente, instruído como nadie, y en el porvenir, ilustre acaso, casado con alguna muchacha digna de él, una provinciana (añadía Ferdys, riendo), y dándole al viejo *sportman* boletines de lejanas expediciones para alegrarle, y hermosos muchachos que consolasen al abuelo por la ausencia del padre.

¡Raimundo casado!

Ferdys, que siempre había conceptuado insupportable para él el matrimonio, lo juzgaba admirable para su hijo. Y, sin explicarse el sentimiento confuso que experimentaba, Noris sentía opresión en el pecho y las lágrimas se le agolpaban á sus oídos ante aquel cuadro de familia, viendo revelarse el abuelo bajo el vividor, con apetitos de paternidad y ansias de hogar.

Tal vez fuera un efecto de la primavera; pero Noris sentía angustia en el corazón y ganas de llorar. ¿Por qué había llevado Ferdys aquella fotografía de la *yankee* y referido la historia de Fanny Love, matándose neciamente por Sableuse, como tuvo la tentación de hacerlo en el hotel de Chantemay? La suerte tomaba á empeño llevarla cruelmente hacia su pasado.

Y para colmo de ironía, los sueños de Ferdys y sus proyectos sobre Raimundo. Quería burlarse de aquel cuadro bosquejado por el *clubman*, entre una visita á Margot y una presentación en el baile.

Dejó á Noris en la puerta de su casa, y cuando ella tiró de la campanilla, la besó la mano y subió á su coche. Subió lentamente la escalera que condu-

cía á su habitación, como si la tristeza entorpeciera sus pasos.

—Ahí arriba hay un despacho para la señora,— dijo el criado.

—¡Ah! (dijo, sin que aquella promesa de lo desconocido despertase en ella inquietudes ni esperanzas.) ¿Donde está?—preguntó á la doncella, entrando en el gabinete-tocador que precedía al dormitorio, cuya descripción quería dar Gardanne en sus crónicas, como si el secreto de la vida de Noris perteneciera á todo el mundo.

El despacho estaba sobre el mármol del tocador, entre los cepillos de marfil con cifras de plata; y Noris se sentó delante del espejo para que su doncella le recogiese el cabello. El despacho procedía del Cáucaso, donde el gran duque Vassili hacía una visita de inspección, recordando en Tiflis el aniversario del día en que tuvo la buena suerte de encontrar á Noris en Niza, y enviándole con su saludo una joya del arte bizantino, y que llegaría á manos de la joven al mismo tiempo que el despacho, bajo sobre de la embajada.

Noris leía con verdadera indiferencia aquel despacho, cuyo tono algo frío, casi diplomático, nada tenía de amoroso; pero que en aquel recuerdo de un aniversario, de Tiflis á París, había más afecto sincero,—ó estima, como decía Ferdys,—que en muchas banalidades parisienses.

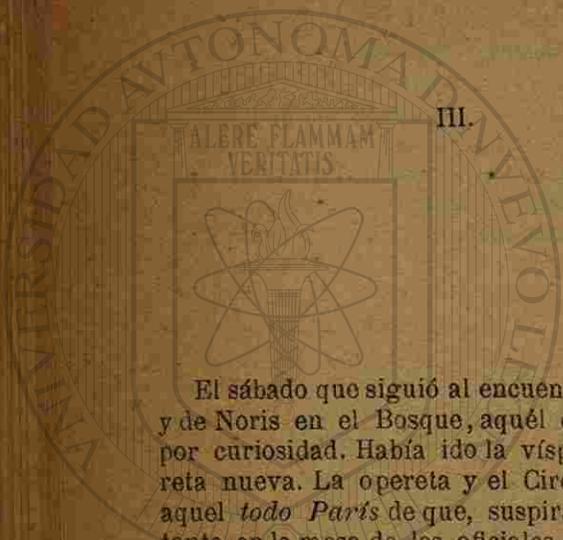
Bajo un sobre, lacrado de rojo, había un estuche con las armas de Rusia, sobre el mismo tocador. Noris lo abrió, examinó la cruz moscovita de esmaltes preciosos, de un azul pálido y un rojo de sangre, que rodeaba una figurita de Cristo enflaquecido y doliente; y mirando aquel crucificado,

aquellas incrustaciones de esmaltes, aquella joyería de un arte exquisito, exclamaba:

—¡Pobre Gran Duque! ¡Acaso es quien más me ama en el mundo...., sencillamente porque yo no le quiero, y él me profesa un verdadero amor!

Y, casi riéndose, dijo en voz alta, sin que Silvina, su doncella, muy ocupada en contemplar la cruz, la escuchase:

—La verdad de la vida consiste en dejarse amar, y no amar.... Hija, Silvina, que me tiráis del pelo.... ¡Un poquito de cuidado, que me hacéis daño!



III.

El sábado que siguió al encuentro de Raimundo y de Noris en el Bosque, aquél entró en el Circo por curiosidad. Había ido la víspera á oír la opereta nueva. La opereta y el Circo era un poco de aquel *todo París* de que, suspirando, se hablaba tanto en la mesa de los oficiales, en los mares del Sur. «¡Ah, si estuviéramos en el Boulevard! ¡y en Variedades! ¡y las canciones de Judith!... ¡y los sábados del Circo!» Para aquellos expatriados, el menor pedazo de periódico llevando al fin del mundo una noticia vieja, la revista de una comedia ya muerta, evocaba todo el encanto mismo y el aroma de París. A menudo Raimundo se había fijado, encogiéndose de hombros, en alguna crónica mundana de estilo franco-internacional muy extravagante, donde leía: «Ayer, mucha gente *shooters-sterling*, en el *Water-bull* del Gwn-Club del Bosque de Bolonia. Ha habido varios *matches* entre el príncipe de Chantenay, Mr. Goodson y el

conde del Santo. Alrededor del *bull-trapp*, muchos aficionados del puro *high-life* se inscribían para el *poule-handicap*.»

Y esta jerigonza anglo-francesa le transportaba entonces hacia sus años de primera juventud; evocaba la elegancia impertinente de René, y también, y sobre todo, la sonrisa triste, los ojos empañados de la señorita Feraud.... ¡Noris!....

Desde su salida de Francia, Raimundo de Ferdys había, poco más ó menos, sido siempre el mismo. No había realmente vivido, ó, más bien, había vivido en lo absoluto de la pasión y de la conciencia, a costumbre, en la soledad del camarote, en sus reflexiones en el banco del cuarto, á ir derecho al fondo de las cosas, á tomar el deber en su austeridad más profunda, despojando la vida de los errores de que se la embaraza. Era una especie de filósofo con uniforme; el soldado solitario residuo de humanidad, resguardado por una bandera, como es el marino, tenía además en él un soñador extraño, inquieto por los destinos de su país para el porvenir, por toda una serie de problemas indiferentes á los superficiales ó á los escépticos. Se-vero, franco y puro como una barra de oro.

Raimundo se había formado un criterio con los libros que había leído, y con aquellos marineros con los que vivía, amándolos por la inconsciencia misma de su cotidiano heroísmo; complaciéndose con aquellos soldados oscuros, encontrando poesía en su tarea valientemente hecha con una abnegación ignorada, y como llevado por el viento del mar. Cuando se le trasladó á París al puesto que ocupaba al lado del Ministro, Raimundo había experimentado menos orgullo que melancolía. Sentía

tristeza al dejar sus marineros de rostros quemados como el ladrillo. Amaba aquella vida flotante del buque y el olor del mar. Pero era un honor que le hacía el señor Pradier du Rasnel. En París, por lo demás, en las oficinas del ministerio, el joven oficial de ideas nuevas, podía ser útil viéndolo al lado del Ministro. Y después vería á su padre, aquel diablo de Marqués, cuya eterna juventud llenaba las crónicas. Raimundo le había encontrado, en efecto, tan joven como le había dejado, con el bigote retorcido y los cabellos blancos de plata, siempre rizados y siempre fuertes. El hijo había envejecido, y el padre parecía rejuvenecido.

Rejuvenecido, quizá también por la vuelta de aquel hijo que parecía un hermano joven, y que él paseaba por París, orgulloso de que le vieran con el oficial como con una conquista, y apoyando su hombro, con ternura, contra el cordón de oro del ayudante de campo del Almirante.

Parecíale al señor de Ferdys que tenía allí un compañero más joven, un amigo, y que sus cuarenta y nueve años se volvían veinte paseando del brazo con el oficial. La gravedad de Raimundo le asombraba un poco, pero no le desagradaba. Por el contrario, se sentía halagado en su orgullo cuando su hijo le contaba sus campañas, los peligros corridos, tal expedición dramática, la noche, en las islas Marquesas, cuando una tribu de kanaks había cercado el puñado de hombres que él mandaba.

—Cree quedarme allí (decía Raimundo sonriendo). Pero estaba decidido á no rendirme. Un soldado que se rinde es un caballero que da explicaciones sobre el terreno.

Y reuniendo los datos, el marqués de Ferdys,

experimentaba, en su orgullo, una singular impresión de embarazo en decirse, aun una vez, que mientras Raimundo oía silbar allá abajo las balas de los kanaks, él inauguraba aquel día la exposición de Acuarelistas, y terminaba la noche en casa de Margarita Brunier, que daba un baile.

Entonces contemplaba la enérgica figura de Raimundo, atraía hacia sí al joven, le abrazaba, le decía bajito dulce y tiernamente: «Vales más que yo, hijo mío»; y se sentía amnistiado á sus propios ojos, gracias á aquel noble joven que llevaba su nombre. Había visto cortesanas que se habían rehabilitado haciendo de sus hijas muchachas honradas. ¡Pues bien! Él se parecía á ellas un poco, con la diferencia de que no tenía en su vida una mancha: adoraba á las cortesanas y despreciaba á los cortesanos.

Raimundo no trataba de hacer entender á aquel mundano parisiense una moral inútil. Por lo demás, no tenía derecho para ello. Encontraba natural que su padre tratase la existencia á su manera, como él quería que se le dejase comprender la vida á su gusto. Cada individualidad—esta era una de sus teorías—debe obrar en el mundo según su conciencia. Su conciencia le gritaba *deber*, y esto era tanto peor, porque la del Marqués no murmuraba al oído del señor de Ferdys más que la palabra *capricho*! Lo cierto es que Raimundo de Ferdys adoraba á su padre, y le estimaba con toda su alma, compadeciéndole de todo corazón.

En cuanto á René de Chantenay, su primo, el oficial de marina no se preocupaba. Era para él, más que nunca, una mariposa de París, revoloteando turbulentamente, haciendo ruido inútil y pertur-

bador. Le dejaba para lo que estaba. Le guardaba asimismo un vivo rencor por aquella aventura pasada, y jamás había olvidado los razonamientos egoistas del joven Príncipe. La imagen de Noris estaba allí para recordar aquel incidente á Raimundo, que encontraba por todas partes, en una irritante obsesión, la mirada franca y el fino perfil árabe de la joven.

La otra mañana había experimentado una alegría al encontrarla. Le parecía que ahora París estaba más poblado, que tenía, si él le quería, un fin al presente, y Raimundo había ido á la calle Jouffroy, ante el hotel de Noris, sin atreverse á entrar, ó más bien proporcionándose el extraño placer de prolongar aquella especie de irritación, ó de complacencia de alma, en que el encuentro de la señorita Feraud le había puesto. Miraba, pasando á caballo, la fachada de ladrillos rojos, las vidrieras de grandes huecos, la puerta cerrada, donde Noris podía aparecer, y le agradaba no detenerse allí, dejar aquella puerta cerrada, como si, una vez abierta, un desconocido hubiese para él comenzado en su vida.

Iba, sin embargo, al Bosque á la misma hora en que había encontrado á Noris en el paseo de los Postes. Hubiese querido verla allí, en aquella calle, que no era la casa donde otro tenía el derecho de entrar, aunque la señorita Feraud no recibiese, según decía, á nadie. Pero Noris no había vuelto al Bosque. Esperaba quizá que Ferdys se presentase en su casa.

Raimundo no pensaba apenas que aquel sábado en que entraba en el Circo era el día de moda, el día escogido por los elegantes; el día del bullicio,

que parece buscar la ironía de ciertas promiscuidades singulares.

El sábado por la noche, el príncipe René Beaumartel de Chantenay no dejaba jamás de asistir al Circo. Era el día oficial, marcado por el *chic*, el día señalado como el martes de la Comedia Francesa y el miércoles del teatro Walhala. Raimundo de Ferdys debía encontrar allí á su primo ciertamente. René hubiese dejado todo para llegar á la hora exacta, después del entreacto, y ostentar su corbata blanca á la entrada de las caballerizas. Ojeaba, sabía que le miraban, y permanecía allí, bajo el fuego de los gemelos, tan admirablemente impasible como su padre bajo las balas de los cañones rusos. Así mostraba *Flor-de-Chic* su linaje.

Al entrar, fué justamente al Príncipe al que Raimundo de Ferdys vió desde luego enfrente de él, al otro lado de la pista, muy rodeado de jovencillos casi imberbes, que examinaban de pies á cabeza el aspecto del príncipe de Chantenay para imitarle más tarde, como si le hubiesen calcado. Raimundo miró. El príncipe René ostentaba el traje de *soirée* en todo el rigor de la moda, la moda de mañana, la moda del año próximo: el frac ceñido, con pequeñas solapas y el cuello de satén; un chaleco blanco de cuatro botones, el zapato descotado y puntiagudo, y sobre la oreja el sombrero de forma alta, de alas anchas y encorvadas, el sombrero príncipe de Gales, que los imitadores de *Flor-de-Chic* estudiaban para hacer geoméricamente la línea exacta, tentados de tomar con compás la medida de la inclinación oficial. Aquellos pequeños detalles escapaban á su primo; pero veía muy bien, al mirar á su primo, la gardenia que llevaba en el ojal

René, las sortijas que llevaba en los dedos el Príncipe, ostentando su mano desnuda, porque Chantenay no llevaba guantes, dejando siempre ver sus manos, excepto por la mañana para el *sport* y por la noche para dar el brazo á una señora ó para valsar.

Raimundo oía, á su alrededor, detallar por los conocedores y los imitadores la apostura de René. Se encontraba decididamente al Príncipe muy *swell*. Nada de cadena en el chaleco: un sencillito sello al extremo de una cinta de *moiré* negro. En la pechera, en lugar de un grueso pasador, dos botones de ojo de gato, ó rubíes, rodeados de diamantitos.

Seguramente, nadie, ni tampoco el Duquesito, aventajaría á Chantenay. Muy correcto, muy inglés, aquel Chantenay. ¡No había más que él! Se hablaba ya de un sombrerillo para baños de mar que iba á inventar; le hacía fabricar él mismo en Inglaterra. No se llevaría más que este sombrero en Agosto en las playas. Pero él le ostentaría desde el mes de Julio. Siempre el primero en todo aquel diablo de *Flor-de-Chic*.

En medio de aquellos espectadores extasiados ante la apostura del Príncipe, Raimundo de Ferdys experimentaba una sensación muy singular. Se irritaba, sintiendo nerviosos deseos de alejarse bruscamente, de huir de aquellas charlatanerías; y, sin embargo, la necedad misma de aquellos propósitos le atraía hacia allí, por el magnetismo extraño que tiene lo frívolo. Experimentaba una especie de amarga rebelión contra aquellas tonterías, y se preguntaba en qué país nuevo había caído de repente á la bajada de su buque.

Miraba con ojos estupefactos el espectáculo de

la sala, que, cien veces más que los ejercicios de los acróbatas, electrizaba la curiosidad de los espectadores que le rodeaban.

Los aficionados estaban en pie á la entrada de la pista, con corbatas blancas y con el junco en la mano, y mientras que se extendían las cuerdas ó se preparaban redes y trapecios, avanzaban alguna vez para dirigir mejor la mirada circular de los aficionados y juzgar del valor de la entrada. Raimundo, mezclado con ellos, daba, como ellos, algunos pasos hacia adelante; oía las conversaciones, se admiraba de la profusión de nombres citados á su alrededor, al girar los anteojos, de aquella confusión singular de señoras y de pérdidas, todas juntas, en los mismos bancos. Oía las biografía, los secretos á voces, los detalles escandalosos interrumpidos por risas, y alejándose en seguida, mareado y con disgusto, se preguntaba si estaba en París, en aquella *crema* de París con que soñaban envidiosamente sus compañeros del *Montcalm*, á aquella misma hora, en los mares de la China.

Por el calado geométrico de la entrada, el Circo parecía con la claridad de sus arañas, la profusión de cabezas, los tocados claros, las corbatas blancas, los abanicos rojos, los brillantes de cualquier adrezo, enviando resplandores alguna vez como si acá y allá, en aquel tropel, hubiese caído algun diamantillo. Después Raimundo se estremeció, cuando alguien, no sabía quién, dijo muy cerca de él:

—¡Hombre! Noris.

—¿Noris?

Sentía una especie de contracción en el pecho, como una sofocación pasajera. Noris estaba allí. ¿Dónde? Su anteojo buscaba entre el conjunto de

espectadores, sin encontrar. El que había hablado de Noris se había equivocado acaso. Raimundo, sin embargo, tentado de marcharse un momento antes, se quedaba decididamente, y trataba de sorprender una indicación entre las conversaciones que escuchaba, en el intermedio de los preparativos para un trabajo en el trapecio.

Frases sueltas oídas y recogidas por él, le hacían mirar con más atención aquel circo lleno de gente. Algunos jóvenes hablaban de Noris, del Príncipe, del Gran Duque, y mezclaban todos aquellos nombres que llegaban al corazón de Raimundo, más que á sus oídos, con otro nombre de mujer, del que oía decir bajito á alguno:

— ¡Está loca por Chantenay, loca completamente!

Entonces Raimundo recogía aquella especie de cuchicheo rápido:

— ¡Cállate!

— ¡Oh! No hay indiscreción en esto. Es el secreto de Polichinela. Se dice asimismo que va á casarse con ella.

— ¡Ah, bah! ¡Chantenay casado!

— ¡Flor-de-Chic en la alcaldía!

— ¡Don Juan casado?

— ¡Oficialmente! ¡Llorad, mujeres sensibles!

Ferdys había oído perfectamente el nombre de la mujer. La condesa de Montepreux, Jacoba de Montepreux, un gran nombre de Francia, citado allí, entre dos motes de mujeres á la moda, á dos pasos de una caballeriza, entre las muñecas de los *clowns* del Circo.

Raimundo la había visto antiguamente, cuando ella era joven, y la había visto en visita en casa de

la princesa de Chantenay, con la señora de Wertenheym de Langrenon, su madre. Había conservado como una turbación pasajera, pero llena de claridades. Aquella joven austriaca, y, sin embargo, francesa por su madre, rubia y delgada, le parecía entonces virginal y altiva como una azucena. Y ahora la volvía á encontrar colocada en un asiento del Circo, al lado de la vizcondesita de Blignac, viuda como ella, rubia, con el cabello rizado, á la que se llamaba la perrita de aguas infiel. Las dos mujeres habían cambiado de sitio de repente, por encontrarse demasiado cerca de los caballos, y la señora de Montepreux había desplegado sobre el terciopelo rojo de las butacas y el cordón blanco de las banquetas, un soberbio traje blanco, disimulado bajo un manto de terciopelo color de oro viejo y jaspeado de arena amarilla, que saltaba bajo las herraduras de los caballos.

Ahora Jacoba de Montepreux, con su alto talle orgulloso, abundantísimos cabellos rubios, llevando erguida sobre un cuello soberbio su bella cabeza altiva, paseaba la insolencia de su mirada por todo el Circo, que la miraba con encanto y admiración.

¡Oh! Ella no se turbaba apenas. Se podía detallar su belleza sin encontrarla un defecto. Hombros espléndidos de los que el manto, escurriéndose á medias, á lo largo del cuerpo, sobre el asiento, descubría ahora la opulenta curva; un talle y un seno maravillosos, dejando adivinar el pecho hinchado por una sangre clara, corriendo bajo el rosa de la piel.

Su vestido blanco, descotado, la asemejaba á aquel famoso retrato, donde, sobre la corona de sus cabellos rubios rizados sobre la frente, y ca-

yendo con pesadez en una masa de oro sobre la nuca, el artista había pintado una estrella en la cabellera, como la luna en la frente de Diana. Dos diamantes brillaban como gotas de rocío en las orejas de aquella joven, altiva como una diosa de ojos negros. No llevaba más joyas. El esplendor sólo de la juventud y de la carne. Raimundo no oía á su alrededor más que murmullos ávidos, elogios picantes, donde sonaba el nombre de René. Había alrededor de Raimundo celos picarescos, y sobre el nombre de Montepreux chistes infinitos. ¡Había hecho bien en morir el pobre Conde! ¡Y aquel Chantenay tenía una fortuna en ser adorado, positivamente adorado, por una criatura tan admirable como la Condesa!...

—Lo más chistoso (dijo uno), es que la señora de Montepreux mira ahora á Noris.

—¿Dónde está Noris? (preguntó otro.) ¿Dónde veis á Noris?

—Allá abajo, tres asientos debajo de la orquesta.

—Muy bien; ¡ya la veo!

Y Raimundo, siguiendo la indicación que aquel desconocido de corbata blanca daba á otro, encontró también á Noris entre aquella muchedumbre, mirándola de lejos, encontrando por medio de sus gemelos aquel rostro fino y pálido, aquella boca un poco irónica, aquel mirar pensativo, profundamente triste y lleno de resplandores amortiguados, que no había olvidado jamás, jamás. Noris estaba allí, con vestido obscuro tan correcto, cuanto la señora de Montepreux podía parecer excéntrica; y hablaba alguna vez con una joven rubia, que se inclinaba hacia ella y reía, sin que el rostro de la señorita Feràud se alterase.

Raimundo oyó á su alrededor llamar á la bella rubia Margarita Brunier.

—Margot,—dijo un joven.

El nombre hizo á Raimundo de Ferdys el efecto de una injuria. Le desagradaba que se hablase así tan alto de aquella joven, y que se mezclase el nombre de Margot con el de Noris.

Decididamente experimentaba una violenta contrariedad en aquel Circo. Le parecía que le faltaba aire. Aquella multitud, aquella confusión de grandes señoras y jovencillas le repugnaba. Se admiraba menos de encontrar á Jacoba de Montepreux en aquella baraúnda, que de encontrar á Noris. Pero, realmente, todo aquello le excitaba los nervios, le exasperaba, le descorazonaba. ¡Ah! ¿Qué había ido á hacer allí, gran Dios? No le faltaba más que encontrar á su padre, con una gardenia en el ojal, y ofreciendo su brazo á Margarita Brunier.

¡Margot, la querida del marqués de Ferdys! ¡Noris, la querida del Gran Duque! ¡Jacoba de Montepreux, la querida del príncipe de Chantenay!

Y por todos lados en aquel Circo se podía, sin duda, encontrar semejantes parejas dichosas, amorcillos de la misma estofa. Raimundo tenía náuseas; sentía á menudo la nostalgia de las noches de insomnio, de las veladas en el banco del cuarto. Tenía deseos de volver á encontrar aquellas soledades, aquellos deberes, aquellos sueños, y de volver á embarcarse con gozo. Y, ligera, irónica, la música de la orquesta, que acompañaba ahora los ejercicios de un acróbata, aumentaba más cruelmente su tristeza que lo hacían allá abajo las olas mismas del mar.

—Vámonos,—dijo casi alto, hablando consigo mismo.

Y fué, vagó, buscando á la acomodadora, á la que había dado su sobretodo, volviendo por los corredores alrededor de la pista, y de repente se encontró, á la entrada de las caballerizas, ante su primo René, que, rodeado de un batallón ligero de jovencuelos, espía á la condesa de Montepreux, y la ofrecía el brazo para acompañarla á las caballerizas.

La Condesa, en aquella parte de la caballeriza, donde se advertía una extraña atmósfera, compuesta de los olores mezclados de caballo y de tabaco, reía mucho al verse empujada por la multitud; absorbía deliciosamente el humo azul de los cigarros que flotaba por encima de las cabezas. Le agradaba aquella multitud de corbatas blancas, aquella *high-life* forastera, los aros de papel y banderolas replegadas puestas en los rincones, un clown que pasaba con un paletot gris sobre un traje de lentejuelas: tenía deseos locos de sacar de su estuche blasonado cigarrillos del khedive, y pedir fuego á alguno de aquellos *gentlemen*, *clubmen* parisienses, *horsemen* ingleses, que se pisaban y se atropellaban en el salón de fumar.

Jacoba de Montepreux levantaba su rubia cabeza, abría las ventanas de la nariz, se sentía dichosa, libre, en los brazos de aquel agraciado joven, mirado y envidiado, casi más pequeño que ella, y le gustaba proclamar su amor por encima de todo el mundo. Tenía como una satisfacción de que la vieran con él y al demostrar que ella era de él, ó más bien él era de ella, y que aquel rey de la moda la obedecía, seguía la voluntad de aque-

lla linda y despótica cabeza de chorlito. Cuando vió á Raimundo, al que reconoció perfectamente, fué necesario que René le presentase de nuevo, para que repitiese al primo mismo del Príncipe la intimidación que la unía á Chantenay. «He cambiado mucho desde que he tenido el placer de veros, ¿no es esto, señor de Ferdys?» Estaba como enloquecida por contarle á todo el mundo, desequilibrada, dispuesta á repetir muy alto que arrojaba alegremente su corona de Condesa al suelo.

Después dejó el brazo de René, y rogó riendo á Raimundo que la volviese á su sitio.

—Os quiero comprometer también,—dijo.

René se divertía mucho con el continente un poco embarazado de su primo. ¡Aquel puritano se paseaba ahora ante todo París con la mujer más bonita de París! Y el Príncipe se situaba á la entrada de la pista, para ver de lejos el efecto que haría Ferdys conduciendo á Jacoba á su asiento.

Jugaba el resorte de su gemelo, cuando, de repente, Raimundo oyó decir á alguno:

—¡Caramba, Noris!

Entonces se volvió, olvidando á la señora de Montepreux, y Ferdys miró de reojo adonde su vecino señalaba. A diez pasos de él, pasando con Margarita Brunier, Noris, muy mirada y admirada por todos, entraba precisamente en la caballeriza de donde salía la Condesa. Pareció con su obscuro vestido, con un gran ramo de rosas blancas sobre el pecho, muy linda á René.

¡Noris! ¡Estaba allí, tan cerca de él, aquella Noris que le había amado tanto, en otro tiempo, como la señora de Montepreux podía amarle ahora! Esto

era muy chistoso. Tenía deseos de aproximarse, de verla..., hasta de hablarla....

Tanto más, cuanto que los murmullos á su alrededor aumentaban; oía un ruido de alta admiración, nacía de la aparición de una mujer bonita, que aquel ruido de deseos que es una declaración de amor inarticulada, y que llegaba de repente á los oídos de Jacoba de Montepreux como un homenaje, y casi como un ruego....

¡Noris! ¡Tantos recuerdos había para René en aquel nombre!

El señor de Chantenay hacía años que no había hablado á Noris. Sabía que vivía y cómo vivía, pero no se inquietaba por ella. Había, más de una vez, oído su nombre en el Círculo ó en las crónicas, pero no había prestado apenas más atención que al de cualquier otra perdida olvidada; cuando se le hablaba de ello, aparecía alguna vez, bajo su bigote rubio, una sonrisita impertinente de una fatuidad retrospectiva, como si respirase,—encontrando aún un poco de perfume,—un frasco vacío. Sin embargo, la repetición de aquel nombre, Noris, acabó por despertar su curiosidad, y tenía como deseos de encontrar aquella de la que el gran Iseux, en el Yachting Club, le preguntaba: «¿La veis aún?»

La había visto, de cuando en cuando, muy rara vez. Pero no la había jamás, como hoy, encontrado frente á frente. Volviéndola á ver allí, tan cerca de él, experimentó una sensación muy extraña; la seguía con los ojos, miraba el negro de sus cabellos, aquel cuello, donde él había puesto sus labios. Y le parecía que veía por la primera vez una criatura admirable, que le admiraba y le encantaba; después sentía, al mismo tiempo, una sa-

tisfacción muy particular, pensando que aquella elegante joven, admirada, le había amado, sin embargo, profundamente amado, y que si él hubiese querido....

Manióbró de manera que se encontró frente á frente con ella, cuando, saliendo de las caballerizas y permaneciendo en pie cerca del pasillo, llegó ante él de repente, y él la saludó con aquel mecánico saludo que parecía á los elegantes exquisito y que se imitaba por éstos.

Pero luego se arrepintió de haberse acercado á la que llamaba desde luego «señorita Feraud». El sentimiento complejo, muy particular, que le había impulsado, un poco de aburrimiento, un cierto gozo y la tentación de medir justamente lo que quedaba de él en el recuerdo de la joven, se cambió en una impresión de rápido tormento. Le miraba con unos ojos tan tranquilos, llenos de una frialdad tan dulce, que se preguntaba si la actitud no era fingida, si Noris no se imponía el trabajo de parecer indiferente.

Era una curiosidad extraña la que tenía. Miraba aquellos bellos ojos negros que se habían iluminado antes con claridades dichosas; aquellos labios, irónicos ahora, que le habían sonreído; aquel rostro impassible que bajo sus besos tenía rubores y palideces súbitas en otro tiempo. Le parecía irónico é insultante que toda aquella belleza, que le había pertenecido, no fuese todavía suya. Le desagradaba que aquella adorable criatura, vuelta á encontrar así, permaneciese ante él como una extraña, contemplándole con aire de perfecta indiferencia, sin estremecimiento, sin cólera, sin un reproche, sin tomarse siquiera el trabajo de analizar lo que pensaba.

¡Sin embargo, esto era ridículo! Se encontraba, mal de su grado, ante aquella mujer que había dominado con toda la fuerza de su seducción, y se reprochaba, como de una majadería, el haberla saludado, haberse detenido allí y permanecer aún.

Advertía que se le miraba, que se les estudiaba á ella y á él, que se cuchicheaban sus nombres, y que se sabía su historia.

Ella se había también detenido un momento ante él, muy poco tiempo, é iba impasible, como si no recordase ningún nombre sobre aquella fisonomía, á continuar su camino, sin tomarse el trabajo de contestar al saludo del Príncipe, cuando, viendo á Raimundo que volvía, habiendo dejado el brazo de la señora de Montepreux, le tendió la mano, diciendo alegremente:

—¡Ah, señor de Ferdys!... ¿Es, pues, aquí donde es necesario venir para encontraros? ¡Creía que me habíais prometido venir á mi casa!

Y como Raimundo se excusase, y René, picado y con el labio un poco afectado bajo su bigote, se aproximase:

—¡Perdonad! (dijo Noris á Raimundo, mostrando al Príncipe.) ¿Queréis presentarme al señor?

René estaba un poco pálido.

—¿Presentarme? (dijo, tratando de sonreír.) Creía que conocíais perfectamente al príncipe de Chantenay.

Noris pareció evocar sus recuerdos, y después respondió muy alto:

—En efecto: he oído hablar mucho de un príncipe de Chantenay. Era un caballero. Pagaba sus deudas, y cumplía su palabra. Creo que murió en Crimea.

Bajo la impertinencia y el latigazo de una sonrisa de exquisito desprecio, René se sintió más furioso que bajo un ultraje. Hubiese preferido la injuria de un jockey, al que hubiera podido apalear, ó de un espectador, al que de una estocada habría hecho callar.

Quedó allí, torciendo su junco sobre la arena amarilla, mientras que Noris, seguida de Margarita Brunier, se alejaba imperiosamente altiva, en medio de un gran murmullo de escándalo y de admiración.

Y la música del Circo tocaba: y las payasadas de un clown hacían prorrumpir allá abajo en grandes risas.

Muy descolorido ahora, el príncipe René permanecía allí, al lado de Raimundo, y furioso se preguntaba si era de él de quien se reía todo el mundo.

Vió en un grupo á Gardanne, el revistero, que reía también, y que tomaba un apunte en su cartera.

El Príncipe no reflexionó.

Fué derecho al joven, y le dijo con enojo:

—¿Es la impertinencia de la señorita Feraud la que apuntáis?

—¿Para qué?—preguntó el revistero, mirándole muy fríamente.

—Porque si tenéis la desgracia de contar esto en vuestro periódico, os abro la cabeza.

—Pues bien (dijo el periodista): estaba dudoso. ¡Pero vos venís á retarme!... ¿A pistola ó florete?—dijo Gardanne riendo todavía.

El Príncipe había cogido su bastón por el puño; irguiéndose, marchaba derecho hacia el periodista. Raimundo le detuvo por el brazo.

—¡Estás loco, René!

—¡Déjame!

—¡Vamos! No te reconozco, —dijo Ferdys, arrastrando á su primo.

Alrededor de ellos un murmullo de voces, de risas y de gestos se desencadenaba, y Gardanne, á la vez irritado y satisfecho de la camorra, forcejeaba en un grupo, mientras que Raimundo llevaba á su primo fuera del Circo.

Llovía. Los muchachuelos que abrían las portezuelas de los coches se precipitaban hacia ellos bajo el peristilo, y mientras que René permanecía allí, contrariado, esperando, descontento de aquella noche, irritado por aquella injuria de Noris y por aquel necio insulto que le había impulsado á arrojarse sobre Gardanne, se oía en el cruce de los coches, á través del resplandor de los farolillos que se mezclaban bajo la cálida lluvia de primavera, resonar aquellos llamamientos que parecían irónicos á René, y melancólicos á Raimundo de Ferdys.

—¡El cupé de la señora de Beragues!.... ¡El coche de la señorita Feraud!.... ¡El coche de la calle de Jouffroy!.... ¡El coche del señor conde de Nidia!.... ¡El coche del príncipe de Chantenay!....

Y todos aquellos carruajes, llevando parejas dichosas ó tristezas aisladas, rodaban, desaparecían en las oscuras avenidas y se perdían en los Campos Elíseos como luces de estrellas errantes.

## IV.

La aventura del príncipe de Chantenay corrió á los periódicos más rápidamente que si se hubiese tratado de algún gran acontecimiento diplomático. *Flor-de-Chic* era demasiado visible para que no se aprovecharan de la ocasión de trazar en las crónicas su retrato, publicado tantas veces; el mismo Gardanne refirió, bajo un pseudónimo, el duelo que siguió. El Príncipe le había dado una estocada en el costado derecho, y, á pesar de las recomendaciones de Raimundo de Ferdys, que había reclamado el silencio, los revisteros no habían disimulado las iniciales de los combatientes. Algunos se valieron de la ocasión para dejar traslucir ciertas alusiones al pasado de Noris y á sus primeros amores.

Parecía que se habían dado una consigna: el Príncipe no podía abrir un periódico sin encontrar allí su nombre ó el de Noris.

Aquellas aproximaciones le producían un efecto singular; deletreaba estas cinco letras, *Noris*, con

—¡Estás loco, René!

—¡Déjame!

—¡Vamos! No te reconozco, —dijo Ferdys, arrastrando á su primo.

Alrededor de ellos un murmullo de voces, de risas y de gestos se desencadenaba, y Gardanne, á la vez irritado y satisfecho de la camorra, forcejeaba en un grupo, mientras que Raimundo llevaba á su primo fuera del Circo.

Llovía. Los muchachuelos que abrían las portezuelas de los coches se precipitaban hacia ellos bajo el peristilo, y mientras que René permanecía allí, contrariado, esperando, descontento de aquella noche, irritado por aquella injuria de Noris y por aquel necio insulto que le había impulsado á arrojarse sobre Gardanne, se oía en el cruce de los coches, á través del resplandor de los farolillos que se mezclaban bajo la cálida lluvia de primavera, resonar aquellos llamamientos que parecían irónicos á René, y melancólicos á Raimundo de Ferdys.

—¡El cupé de la señora de Beragues!.... ¡El coche de la señorita Feraud!.... ¡El coche de la calle de Jouffroy!.... ¡El coche del señor conde de Nidia!.... ¡El coche del príncipe de Chantenay!....

Y todos aquellos carruajes, llevando parejas dichosas ó tristezas aisladas, rodaban, desaparecían en las oscuras avenidas y se perdían en los Campos Elíseos como luces de estrellas errantes.

## IV.

La aventura del príncipe de Chantenay corrió á los periódicos más rápidamente que si se hubiese tratado de algún gran acontecimiento diplomático. *Flor-de-Chic* era demasiado visible para que no se aprovecharan de la ocasión de trazar en las crónicas su retrato, publicado tantas veces; el mismo Gardanne refirió, bajo un pseudónimo, el duelo que siguió. El Príncipe le había dado una estocada en el costado derecho, y, á pesar de las recomendaciones de Raimundo de Ferdys, que había reclamado el silencio, los revisteros no habían disimulado las iniciales de los combatientes. Algunos se valieron de la ocasión para dejar traslucir ciertas alusiones al pasado de Noris y á sus primeros amores.

Parecía que se habían dado una consigna: el Príncipe no podía abrir un periódico sin encontrar allí su nombre ó el de Noris.

Aquellas aproximaciones le producían un efecto singular; deletreaba estas cinco letras, *Noris*, con

toda clase de reflexiones, llenas de recuerdos. Desde que se había vuelto á encontrar cara á cara con la joven, se preguntaba si el deseo que había tenido por ella en otro tiempo estaba decididamente muerto; se asombraba del soberbio aplomo y del desarrollo que la belleza de Noris había tomado. Conservaba todavía sobre el rostro, como un rayo de sol, la impresión de aquellos grandes ojos negros fijos en él.

¡Pécara muchacha! ¡Y tan bonita! ¡Más bonita que nunca! Su misma insolencia le daba un valor que no tenía antiguamente. René, electrizado, estupefacto, se preguntaba si aquella era la misma mujer. No la había sabido adivinar en otro tiempo. Se acordaba de ella, cuando, de pie ante él, le amenazaba en la última entrevista: entonces estaba verdaderamente bella; pero los cinco años de soledad y lujo, pasando sobre la hija de Feraud, la habían convertido en una especie de dama altanera, muy diferente de las mujeres que le sonreían á Chantenay ordinariamente, y parecía que Noris con su insolencia le desafiaba.

¡Desafiarle! ¿á qué? René se sublevaba, y hallaba insultante que una mujer á quien había amado, no conservase de él un recuerdo encantador. Su vanidad herida, abofeteada públicamente, hubiese querido demostrar á Noris que no se burla fácilmente á un príncipe de Chantenay. Había sido, aunque ella quisiera olvidarlo, la querida del príncipe René.

En adelante no se volvería á ocupar de ella. ¿Qué le importaba Noris? ¿Qué significaba una sencilla anécdota, ni aquella descortesía del Circo, repetida neciamente por las gacetillas? ¡Se burlaba de Noris! Amaba á la señora de Montepreux, y ella

le amaba á él. Su amor propio no había de inquietarse, ni por la insolencia de una mujer que se vengaba, ni por la carcajada de un revistero á quien había castigado.

Y el Príncipe se esforzó por olvidar á aquella Noris, que volvía á entrar en su vida casi brutalmente.

Jacoba de Montepreux no dejaba al señor de Chantenay sólo con sus reflexiones. Le vigilaba con un afecto celoso, dando casi un espectáculo en el momento del duelo con Gardanne, al que asistió de lejos desde el fondo de su coche, en aquel coche, en el cual llevó á René, vencedor, cubriéndole de lágrimas, abrazándole, rendida por una violenta crisis nerviosa que lisonjeaba mucho á *Flor-de-Chic*, y le molestaba también un poco.

La Condesa estaba decididamente loca por Chantenay; se desacreditaba con un frenesí nervioso, encontrando alegría en mostrarse y adornarse con René, como con un trofeo. Decía á quien quería oírlo, que aquél era su primero, su único amor.

¿Y el Conde? ¡Oh Dios! ¡Pobre Conde!

Jacoba de Wertenheim, como había dicho Gardanne, se había casado sin saber por qué, ó, más bien, la habían casado al salir del convento, con el señor de Montepreux, rico, que se había enamorado de aquella hermosa joven como de una querida, la paseaba por todas partes, mostrándola con la vanidad de un hombre dichoso, alardeando de ella con un gozo insolente. Se les había visto por todas partes, y siempre la Condesa vencía á sus rivales bajo el esplendor de una hermosura á la que no disculpaba la modestia. El Conde estaba encantado.

Se apropiaba los lisonjeros murmullos que seguían á la aparición de Jacoba como la estela de un buque. No veía en el matrimonio más que aquella satisfacción de vanidad física, y el nacimiento de un niño le había contrariado, como hubiese contrariado la maternidad á una coqueta.

Perdía, en efecto, un invierno, durante todo el cual debía privarse de sus triunfos de amor propio. Esto era desconsolador. Cuando llegó el estío, volvió á recuperar su sistema de vida. Se vió al Conde y á la Condesa en Normandía y en Bretaña; en las carreras de Trouville, y en las regatas de Dinard, habían hecho sensación la hermosura de Jacoba y la satisfacción del conde de Montepreux. Durante aquellos paseos de la belleza, y aquellas exhibiciones de elegancias, el niño lloraba en el hotel de Montepreux, en París, y el aya daba diariamente á la Condesa noticias del niño y de la nodriza, por un despacho telegráfico. Con esto tenía suficiente Jacoba. Su amor de madre se satisfacía con aquel telegrama diario.

En el fondo de aquella existencia de ostentación eterna y de perpetuo movimiento, un gran vacío entristecía á Jacoba. No tenía tiempo ni para ser esposa ni para ser madre. Pasaba los días en probarse trajes y estudiar tocados para lucirlos en sus *soirées*. De las manos de la costurera ó del peluquero pasaba á las de los valsistas.

Encontraba largos los días, aunque los acortaba, y le parecían cortas y que huían rápidamente las noches, que prolongaba hasta la aurora. No se pertenecía; pertenecía al mundo, á los indiferentes, á los pedazos de cartón blasonado que eran como los *ticket* eternamente renovados de un per-

petuo viaje de recreo. Veía á su marido vagamente; no unía su existencia á la del Conde. Los solos instantes de conversación íntima eran los que pasaban en el coche que los llevaba, siempre con retraso, hacia el rogado convite ó el baile. Jacoba inquietándose por un pliegue de su vestido ó por un rizo descompuesto de sus cabellos, y que los volvíá á traer silenciosos, nerviosos ó fatigados, apoyando cada uno su cabeza en un ángulo del carruaje, y dormitando á medias, con la cabeza pesada ó llena de quimeras.

En cuanto al niño, se le llevaban adornado, engalanado de rosa con encajes blancos, como un grueso bouquet en una gargantilla de papel, á su madre, que le abrazaba, le encontraba bonito, y se le devolvía á la nodriza, no teniendo tiempo de pensar y dar gracias á Dios que le había dado la buena sangre, clara y sana, que le corría bajo la piel.

Jacoba y el conde de Montepreux, en aquella existencia rendida y agitada, eran dos asociados que se encontraban juntos en todas partes. No eran, como deben ser los esposos que se aman, dos seres que no formen más que un solo ser, unidos con las mismas confianzas, con el mismo sueño para el porvenir, la misma esperanza viviente: su hijo.

Y poco á poco la misma Condesa empezó á encontrar molesto y áspero aquel eterno acompañante, cuya vanidad llegó á ser un poco celosa, que la seguía y la arrastraba por todas partes, blasonando de ella como de una conquista. Experimentaba, sin que se diese cuenta de ello, cierta nostalgia del reposo, que era tal vez el apetito de un amor más dulce y de una existencia más íntima.

Sus brillantes triunfos como mujer no le bastaban.

No se cuidaba, como al salir del convento, de leer en las miradas de los hombres que era admirablemente bella.

Su espejo se lo decía desde la mañana á la noche. Se hubiera considerado dichosa y como agasajada, si se la hubiera dicho esto en voz muy baja. Una declaración misteriosa la hubiera envenecido más aún que aquella consagración pública de su belleza, puesta de relieve por los homenajes de los hombres y los movimientos nerviosos de los abanicos de las mujeres. Inevitablemente debía llegar á ser encantada, y rápidamente conquistada por el primer madrigal que tuviese el aspecto de una declaración. Y esta semideclaración, que se deslizaba en la penumbra de un saloncito, este «yo os encuentro adorable», que hace estremecerse, temblar y caer á la hija de Eva, era el príncipe de Chantenay quien debía deslizarlo al oído rosado de Jacoba en una vuelta de vals, y repetirlo después durante la animada conversación de la comida. Y con su instinto singular de táctico de amor, el príncipe René llegaba justamente en el momento exacto de la crisis, del tedio, de la «vaguedad del alma» de otro tiempo, de la neurosis de hoy, en aquel instante psicológico de los desfallecimientos sin causa y de las caídas sin razón.

El conde de Montepreux vivía todavía cuando Jacoba se consolaba, con una pasión que no era muy verdadera, de las decepciones de un amor que no existía.

Ella no había tenido remordimientos, y creía con toda la fe de su corazón que tenía para Chan-

tenay la ternura más absoluta. Creía que amaba al que debía amar, y que no engañaba á aquel compañero de viaje que la casualidad le había dado, cuyo nombre llevaba, aunque no sabía por qué.

Amaba á René tan profundamente, que no advirtió en él una especie de frialdad cuando una corta enfermedad del Conde dejó viuda á Jacoba de Montepreux. Absorbida por su pasión, por su nervioso amor de loca, no suponía que aquella nueva situación pudiese inquietar al señor de Chantenay. La viudez, dando más libertad á Jacoba, hacía de aquella querida tan adorable una futura posible.

Y ¡cosa extraña! René, que inmediatamente lo había calculado todo, después de un movimiento de indecisión, temiendo por instinto al matrimonio, cual si fuere una abdicación, se había dicho, reflexionando:

—Después de todo, ¿por qué no?

En efecto: ¿por qué no? Jacoba era arrebatadora: «La mujer más hermosa de París», como decía con sus sinceras admiraciones el conde de Montepreux. Rica, completamente loca por René, agradable, con mucho *esprit*, con aquel *esprit* del boulevard y de *boudoir* que agradaban á Chantenay, y que no encontraría ciertamente junto á la primer pensionista titulada que su madre se encargara de destinarle. Puesto que más tarde ó más temprano es menester *dar el paso*, ¿por qué no había de ser con la señora de Montepreux? No encontraría nunca una criatura más bonita, ni una gran señora más caprichosa, de *esprit* más parisiense, caprichos más atolondrados y picardías más seductoras.

Lo que le seducía más particularmente, era que Jacoba, con su porte de reina, tenía seducciones

casi picantes ó imprevistas, como las de una mujer de bastidores. Una mujer tal, móvil, inquieta, espiritual, habladora, cambiando de humor como de collares, diciendo todo, arriesgándolo todo, riendo, llorando, nunca trivial, no podía cansar nunca á Chantenay; nunca: estaba seguro de ello. Y la ocasión más á propósito para tener por mujer una criatura ideal, formada para ser la querida más exquisita, á la larga, después del famoso «¿Por qué no?», le había hecho decir: «Pues bien; ¡sea!»

Le había dicho á Jacoba que sería Princesa, que él quería, y que para ello no aguardaba al fin del luto. Ella se había echado á reír entonces, con sus vestidos negros, entre los cuales su altiva hermosura blanca y rubia resplandecía carnalmente. ¡Princesa! ¿Para qué?

—¿Me amáis?

—¡Te adoro!

—¡Pues bien! ¿Qué importa lo demás? Se pide la mano cuando no se tiene el corazón; tú tienes entero el mío, ¡amémonos!

No experimentaba todavía aquel sentimiento que iba á nacer en ella: el deseo de sujetar, de encadenar á Chantenay. Y aquel duo culpable, según el mundo, santificado á los ojos de Jacoba por la buena fe y el ensañamiento que había puesto en perderse y el placer que ponía en pregonarlo, continuaba naturalmente, sin que el amor de Chantenay disminuyese, y sin que la señora de Montepreux pensase en recordar nunca al Príncipe aquellas palabras de otro tiempo. «¡Princesa!... ¿Queréis?»

El encuentro de Noris en el pasillo del Circo, la burla terminada por la estocada dada á Gardanne, el ruido hecho en torno del Príncipe, y su nombre

unido al de la señorita Feraud, todo aquel escándalo inesperado, que cambiaba el humor del Príncipe, debía modificar también los sentimientos de Jacoba.

La Condesa no era celosa, y notaba que lo iba siendo poco á poco. Sabía perfectamente que René había amado á Noris. Aquella pequeña novela, una de las mil y mil novelas en las que el Don Juan parisiense había ya sido el héroe, daba desde luego algún picante al capricho de la señora de Montepreux. Le parecía divertido ser amada de un hombre por quien se había querido matar una de las más hermosas jóvenes de aquel tiempo. La correcta insensibilidad del Príncipe no le causaba, por otra parte, ninguna inquietud; el recuerdo de Noris era completamente indiferente para René.

Indiferente en otro tiempo; pero menos indiferente hoy. Jacoba lo adivinaba. Sí; el Príncipe pensaba ahora en aquella Noris. ¿Por qué? ¡Ah! ¡Por qué! ¡Explicad las fantasías! Se había vuelto á hablar de Noris en los periódicos. La misma Jacoba, con el desacierto de todas las celosas, hablaba demasiado á René de ella, ya para preguntarle, ya para burlarse. El Príncipe se sentía como envuelto en el recuerdo, acompañado y exasperado por aquella imagen.

Aquella sobreexcitación que da la publicidad, aquel espolazo del periódico, aquella carta impresa, causaban al señor de Chantenay una sensación particular; se sentía, sin saber por qué, con deseos de volver á ver á Noris. Aquella hermosa joven insultante, y que dos veces le había abochornado con su desprecio, le provocaba como un adversario al

que hubiese querido dominar en la esgrima, ó como un caballo que tuviese que domar. Toda dificultad exasperaba á aquel joven frío. Incapaz de sensibilidad, riéndose de la palabra, antigua como el siglo pasado, la *sen-si-bi-li-dad*, su frialdad era fácilmente doblegada y su capricho aumentado por un obstáculo. ¡Y Jacoba, que, riendo ahora, venía á despertar su deseo adormecido!

—He visto á vuestra señorita Feraud en la Ópera el otro día... No del todo mal... ¡Muy bien puesta! ¡Yo misma la he enviado á preguntar, con el joven duque de Marsan, por su costurera!

—¡Jacoba!

—¡Y bien! (respondió la Condesa, que parecía quererle enfadar.) ¡No debe disgustaros que yo encuentre mucho gusto en vuestra antigua pasión!

Las mismas burlas de Jacoba crispaban los nervios del señor de Chantenay. En todas aquellas cenizas removidas, todavía quedaban brasas, y las volvía á hallar con una profunda admiración, ardiendo aún bajo la capa del olvido. Le disgustaba que se le hablase de Noris, y, no obstante, todos los recuerdos lejanos se le despertaban cuando se le hablaba de ella.

La señora de Montepreux le dijo un día, burlescamente:

—¿Sabéis quién es vuestro sucesor en las gracias de la señorita Feraud?

Esta pregunta, que hubiese parecido algún tiempo antes completamente indiferente al Príncipe, le causaba ahora una sensación desagradable. Pero era bastante dueño de sí para no dejar traslucir nada.

—No me importa de ningún modo, ni me he de

inquietar por la existencia de la señorita Feraud, —dijo él fríamente.

Jacoba le miraba con sus claros ojos, celosa, y como si quisiera sorprender un pensamiento que adivinaba en él.

—¡Pues bien! (dijo Jacoba): la señorita Feraud pasa por tener un capricho grande..., una locura, hasta amor..., por... por vuestro primo Ferdys, mi querido René.

—¿Raimundo?

—No sale este del hotelito de la calle Jouffroy. Marsan me lo ha dicho.

—¿Y por qué se mezcla en eso Marsan?

—Si eso le divierte, está en su derecho. ¿Es que acaso os contraría?

Evidentemente contrariaba á René la confianza, y á la señora de Montepreux le constaba ya, con un profundo despecho, que Chantenay podía aún estar celoso, y muy celoso, de Noris. ¿Celoso lastimado?... ¡Oh! Le disgustaba visiblemente saber que Raimundo, amigo ó galanteador, podía de cualquier modo disfrutar de las gracias de Noris. No quería pensar ni hablar de ello, y Jacoba le lastimaba volviendo siempre con una especie de persistencia sobre los entrometimientos del joven duque de Marsan, las frecuentes visitas de Raimundo á casa de Noris....

—¡Ah! ¿Es tan asiduo en casa de la señorita Feraud? ¿Y qué dice el Gran Duque?

—El Gran Duque Vassili está en el Cáucaso..., ó entre los kirghiz, no se sabe... No hay policía que le tenga al corriente de los hechos de su querida.... ¡La policía rusa vigila á los nihilistas! Pero verdaderamente, mi querido René, esta Noris os interesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

sa tanto, que nosotros no hablamos más que de ella desde que estamos reunidos.

—¿De quién es la falta? (dijo el Príncipe.) ¿Soy yo quien ha hablado el primero?

Conocía que debía revestirse de toda su frialdad diplomática para probar á la señora de Montepreux que Noris le era completamente indiferente. Esto pasaba en el saloncito japonés del hotel Montepreux. Jacoba se aproximó dulcemente á René, le tomó las manos, le miró larga y profundamente al fondo de sus ojos indiferentes, é inclinándose hacia él, apoyando sobre el hombro su hermosa cabeza rubia, cuyos perfumes se subían al cerebro de Chantenay, le dijo:

—¿Es verdad que me amas siempre, René?

—Siempre.

Todavía decía verdad, pues encontraba encanto en aquella criatura admirable y altiva que se rebajaba ante él, dominada por la mirada de *Flor-de-Chic*.

—¡Pues bien! (dijo ella, hablando tan bajo como si se confesase.) Lo que tú me has prometido en otro tiempo, te lo pido yo hoy.

—¿Qué es lo que he prometido?—preguntó René.

—Me has jurado que no nos separaríamos jamás. Antes me importaba poco ser tu querida ó tu mujer... Hoy quiero ser tu mujer.

Dijo esto coquetamente, acariciando con sus hermosos cabellos rubios la mejilla de René.

—Se sabe que soy tuya. ¡Quiero poder decir que tú eres mío, mi Príncipe!

Jacoba había pasado sus brazos alrededor del cuello de René, atrayendo hacia sí aquella cabeza que permanecía impassible, sonriendo forzosamente,

y fijaba sus ojos llenos de amor en el Príncipe, que la miraba y la estudiaba impassiblemente, con sus pupilas sin expresión.

Y en tanto que ella ponía en aquella mirada con que le cubría, todo su amor y todos sus ardores, él preguntaba lentamente, como en un interrogatorio:

—¿Estáis, pues, celosa de Noris?

Ella le rechazó bruscamente.

—¡Oh! ¡Otra vez Noris!... ¡Esto es demasiado, querido mío! ¡Pues bien, sí, estoy celosa! ¡Es natural, puesto que cuando os hablo de mí ó de nosotros, aún me arrojáis el nombre de esa joven!

Se había erguido; su figura aparecía de repente enérgica, como herida por una humillación colérica. René conoció que la había ofendido, y le tomó la mano, diciéndola dulcemente:

—Os suplico que os calméis, Jacoba. Yo os amo, os amo seriamente. Lo que he jurado, jurado está. Seréis princesa de Chantenay cuando queráis unir decididamente vuestra existencia á la mía; y os lo repito, os amo....

—Sí (dijo Jacoba, cuyo rostro radiante parecía que se había iluminado con las palabras de René). Me amáis seriamente...., acabáis de decirlo...., seriamente.... ¿Sabes René?; yo mejor quisiera locamente, y vivir al azar los dos, como niños perdidos ó bohemios; ¡sí, locamente, y no ser nunca tu mujer!

René trataba de sonreír. Sus labios finos se crispaban bajo sus bigotes rubios.

—Por mi fe, Condesa (dijo), si os gustan los bohemios, seremos unos bohemios casados: ¡he aquí todo!

Jacoba era dichosa, ebria de gozo por haber

llevado sin cálculo alguno la conversación en aquel sentido. Le satisfacía que René la hubiese respondido así, para que las ideas celosas se las llevase el aire. Ya no pensaba más; él la amaba, ella le adoraba: lo demás no era nada. Encontraba deliciosa á aquella Noris, puesto que era la causa de que el señor de Chantenay hubiese renovado una promesa que lo decía todo, y que verdaderamente daba á Jacoba la certeza de ser amada.

Cuando Chantenay se despedía de la señora de Montepreux, el aya traía á la *señora Condesa* el *señor Conde*, el pequeño Carlos, adornado, según costumbre, con un cuello mayor que él, y que, tímido, venía antes de su paseo cotidiano á abrazar á su madre. El niño estaba hermoso como un *baby inglés*, cubierto por un gran sombrero de peluche, que se quitó para saludar al Príncipe con la corrección de un maestro de baile, y sus largos cabellos de oro, esparcidos sobre los hombros; cubrían su espalda hasta la cintura. Bien plántado, pero sin atreverse á decir nada ante Chantenay, al que miraba con sus hermosos ojos claros, tendía maquinalmente sus frescas mejillas á su madre, y el aya, empujándole un poco, le decía en inglés: *¡Kiss mamma, Charley!*

Jacoba se había bajado para abrazarle rápidamente, añadiendo á aquel abrazo oficialmente maternal un apretón de manos.

—¡Vigíladle bien, miss Bodway!

—No se preocupe por nada la señora Condesa....

¡El señor Conde siempre es muy formal!

—¿Qué caballo ha ensillado John?

—*Yeddo*.

—¿No hay peligro?

—Ninguno, señora Condesa.

—Vamos, Carlos, di: «Adiós, mamá....»

—*¡Good bye mamma!*

—¿Y al Príncipe, Carlos? ¿os olvidáis del señor príncipe de Chantenay?

—*Good bye*,—dijo el niño: y apoyando su gran sombrero sobre su pecho, inclinando su cabeza con un movimiento breve, tan bonito como el mismo príncipe Beaumartel de Chantenay hubiese podido hacerle, saludó.

—La mano, Carlos. ¡Un *shake-hand!*

El pobre pequeño tendió su mano, su inocente manecita, al amante de su madre, que se la estrechó naturalmente; y después, girando sobre sus talones, el niño huyó del salón, corriendo, deseando escapar de aquella estufa, absorber el aire con sus tiernos pulmones, respirar, vivir.

También Chantenay experimentaba como necesidad de movimiento y paseo al aire libre. Jacoba acababa de disgustarle, hablándole de Noris y de Raimundo.

¿Qué sensación de curiosidad le había causado aquella relación del joven Marsan? ¿Qué se le importaba la intimidad de Ferdys y de la señorita Ferand? Le era preciso confesar que esto le desagradaba mucho. En dejando á la señora de Montepreux, se sentía disgustado, hallaba detestable el habano que fumaba, tenía deseos de volverse á su casa; el viento de Mayo, que silbaba seco como un cierzo, despertaba en él neuralgias. Volvió disgustado á su casa, y antes de vestirse para comer en el club, quiso ir á saludar á su madre, que estaba un poco delicada.

Los dos hoteles estaban contiguos. Al pie de la

escalera de la primera, encontró á Raimundo. Esto no era una casualidad; Ferdys venía con frecuencia á visitar á su tía, cuyo fastidioso humor se distraía un poco, á pesar de la somnolencia causada por la morfina, cuando veía á su querido sobrino.

René tenía todavía en el oído las confidencias de Jacoba sobre lo que decía el duque de Marsan, y no pudo dejar de pensar en ello desde que vió á Raimundo, y antes de subir la escalera que conducía á las habitaciones de su madre, cogió á Ferdys por un brazo, le condujo á un saloncito del piso bajo que daba sobre el Parque, y le dijo, tratando de reír:

—¿No te figurarás que vengo de hablar largamente de ti con la mujer más bonita de París?

—¡Ah! (dijo Raimundo.) ¿Las mujeres bonitas se ocupan de mí? Esto es muy lisonjero y maravilloso. ¡Me ocupo yo tan poco de ellas!

—¿Lo crees así? (preguntó René.) Hay una por lo menos que te ocupa algo de tiempo y te sorbe el seso.

Ferdys, que no daba de ordinario gran importancia á la charlatanería de su primo, adivinó en seguida en estas palabras una alusión grave acaso, y queriéndolo saber, preguntó en seguida:

—¿Qué es lo que quieres decir, mi querido René?

—Nada. Digo lo que se repite en todas partes. Haces que se hable de ti.

—¿Quién?

—Mis amigos de club..., todo el mundo....

—¿Y qué dicen tus amigos de club?

—¿Quieres saberlo?

—No era menester picar mi curiosidad; pero

puesto que se mezclan en mi vida, yo que, á Dios gracias, no me preocupo por nada del mundo de la existencia de los otros; sí, quiero saber lo que se dice. Veamos si están bien informados tus charlatanes.

—En París (dijo René) está todo el mundo bien enterado. Se sabe, por ejemplo, oportunamente, que tú vas bastante á menudo, muy á menudo..., á la calle Jouffroy!

Raimundo comprendió perfectamente la intención irónica de su primo, y respondió con un tono muy claro:

—Voy con frecuencia, en efecto, é iría más frecuentemente aún, si no temiese perjudicar con mi presencia á la señorita Feraud.

—¡Y si no temieses encontrar en su casa al gran duque Vassili!

El Príncipe había dejado caer esta frase con un arte perfecto, lanzando el tiro con precisión, como hubiese hecho con las armas un quite rápido. Miró con el rabillo del ojo, y notó que Raimundo había cambiado de color.

Aquel nombre de Gran Duque llegaba como una sangrienta injuria, y el oficial, con una vivacidad nerviosa, respondió á René que, después de todo, nadie podía afirmar con pruebas que Noris fuese, como se decía, la querida del Gran Duque.

—¿Lo piensas así?—preguntó René.

—Digo que nunca he temido encontrar á nadie en casa de la señorita Feraud, y que el salón de la calle Jouffroy es tan correcto como el de una dama del gran mundo.

—¡Bien! Gracias por las mujeres del gran mundo, querido amigo. Pero decididamente eres un

poco sencillo. ¿Tanto se olvida á París en Taiti? Yo no afirmo que Noris haga ocultar á sus visitas en las molduras de sus balcones, ó en los gabinetes negros, como Tata ó la señorita Molécula; pero te ruego que creas que hay un moscovita en el destino de... tu amiga..., nuestra amiga, si quieres; y si no has encontrado en la calle Jouffroy las patillas rubias del gran duque Vassili, ya las encontrarás, puedo asegurártelo.... No está en París el Gran Duque; pero, ¡ya vendrá!

—Lo que es cierto (dijo Raimundo firmemente), es que el Gran Duque debe tener para la mujer de quien hablas sentimientos de estimación y de respeto, porque no he conocido corazón más recto y mejor que el de la señorita Feraud.

Chantenay se echó á reír.

—Ya me dijiste eso, mi buen Ferdys, hace próximamente cinco años, cuando querías probarme que mi deber era pedir la mano de Noris al buen hombre Feraud.

—Y lo que decía hace cinco años, lo repito hoy. ¡Ya ves si soy terco!....

—¿Entonces mi deber es, si he de hablar como tú?....

—¡Tu deber era en aquel momento respetar á aquella niña cuando era inocente, lo mismo que hoy tu deber es deplorar mortalmente haber hecho de una joven honrada una desgraciada!

—¿Desgraciada Noris? ¡Tiene carruajes, de los cuales se habla; una casa montada, un *five ó clock*, donde tú vas á hacer filosofía sentimental! Es, ó no es, como quieras, la querida del Gran Duque; pero, en cualquiera de los dos casos, lo cierto es que gasta lujo y lleva el título. ¿Desgraciada Noris

con todo esto? ¿Qué es lo que le hace falta entonces?

—Nada, y todo: el sentimiento de su propia dignidad.

—No comprendo bien,—dijo René.

—No me admira. Es preciso que te convenzas de que hay en el mundo una infinidad de cosas que no entiendes más que á medias. Noris es una de esas mujeres que pueden pedir venganza ó desquite en su vida, llevadas por la cólera, pero que echan de menos eternamente su primer paraíso perdido; el paraíso de ella era un jardinito, grande como la palma de la mano, y sembrado de flores; y que si no hubiera sido por ti, conservaría ó encontraría aquel rincón de tierra donde podría vivir á su gusto con algún guapo mozo que la hubiese comprendido y amado.

—¿Serías tú acaso ese guapo mozo?

Raimundo miró á su primo á la cara, y contestó, levantando la voz, como desafiándole:

—Tú lo has dicho: yo.

—¡Acabaras de decir que estás enamorado como un bobo, y habríamos concluído!—dijo René, haciendo ademán de retirarse.

Raimundo sentía una cólera sorda.

—¡Si hay alguno que no tiene el derecho de estar celoso de los que amen ó puedan amar á la señorita Feraud, es el que, pudiéndola hacer su mujer, la hizo su querida, y de aquella querida hizo una abandonada!

Esto había sido dicho bruscamente, arrojado en pleno rostro por Raimundo, que se paseaba de extremo á extremo, con las manos en los bolsillos, con el balance de los marinos, pero siempre elegante y correcto.

René había acogido indiferentemente aquella especie de brutalidad repentina de Raimundo.

¡Celoso! He aquí que Ferdys le acusaba de estar celoso. ¡Celoso de Noris, él, Chantenay! ¡Era gracioso!

Decididamente estaba Raimundo mucho más enamorado de lo que quería aparecer; amaba á Noris, y la amaba mucho. ¡Bah! ¡tanto peor para el Gran Duque!

Y se burlaba de aquellos celos que le reprochaba Raimundo, y, sin embargo, experimentaba cierta sensación de despecho al oír á su primo hablar con aquel calor rabioso de una mujer á la que él creía haber olvidado completamente, y á la cual no hacía caso desde largo tiempo.

Aquella corta escena con Ferdys dejaba al Príncipe, después de haber partido Raimundo, un recuerdo molesto. Después de los años, le parecía extraordinario á René que, de repente, se hablase ante él, casi apasionadamente, de una mujer de la cual había sido el querido, de una criatura á la cual había amoldado á su gusto; tenía la impresión como de una especie de robo hecho á sus recuerdos. Noris, que le había pertenecido en el pasado, le parecía que debía ser eternamente señalada como su conquista.

Y hasta le agradecía el no haber hecho hablar de ella, el que se hubiese envuelto en el silencio como en tocas de viuda, el haber buscado la penumbra en aquella brillante vida de París, y se había dicho que ella no tenía prescripción para pasar de un príncipe de Chantenay á los brazos de un Gran Duque de Rusia. Esto era correcto. Era una mujer de muy buena estirpe aquella Noris.

—¡Yo lo había adivinado!

Y el hijo del General príncipe de Chantenay, estaba orgulloso de haber *lanzado* á la hija de Ferraud. Este era uno de sus hallazgos, y faltó poco para que dijese muy alto: «La querida del gran duque Vassili, aquella morena tan bonita, ¿sabéis? ¡Pues bien, soy yo quien la ha descubierto!»

Si no lo decía, era porque instintivamente guardaba, no respeto, pero sí cierto temor para aquella exaltada de ojos hurraños, violenta y fría á la vez, como una Kabyle que se había brutalmente interpuesto en medio de su vida. Y desde que el otro día se había hallado cara á cara con ella, se le reaparecía tal como se había levantado ante él en otro tiempo, verdaderamente bella y tan seductora en su loca exaltación; algo enojosa, pero arrogante aquel día; jamás habría creído encontrar en la linda muchacha una criatura tan subida de tono. Pero ¡bah! esto había pasado, y no pensaba más en ello; y se decía que, después de todo, si él hubiese querido, Noris...

¿Y por qué ahora la idea de que otro amaba á aquella Noris, y que ese otro era Raimundo; por qué esta idea, que debía serle completamente indiferente, le desagradaba?

René siempre había sospechado que su primo sentía por Noris una pasión; pero ¿cómo existía este sentimiento después de los años? Aquel diablo de Raimundo, con su aire indiferente, ¿era entonces un apasionado terriblemente fiel? ¡Ferdys, el mismo siempre!... Sin jugar más con el amor que con la disciplina. Sin volverse atrás desde que se había entregado. ¡Un hombre antiguo!

Y René trataba de reirse; y cuanto más reía,

más picado y excitado se sentía por el recuerdo de aquella Noris, cuya voz vibrante había oído en los pasillos del Circo, y á la que había vuelto á hallar más admirable que nunca, despertando en él deseos y curiosidades. Ella recibía como amigo á aquel puritano de Ferdys, mientras que á él, Chantenay, le abofeteaba con sus ironías. ¡Tenía gracia

—Mi querida, en suma, mi querida.

Y se repetía la palabra á sí mismo, casi en voz alta, ante el retrato de su padre el príncipe Gerardo, que parecía mirarle desdeñosa y maliciosamente desde el fondo del cuadro.

Para olvidar á Raimundo, fué á saludar á su madre, que salía muy poco, bastante envejecida, acibillada á picaduras de morfina, y casi siempre tendida sobre su silla larga, con los ojos hundidos y entornados, la respiración lenta, saliendo de sus azulados labios el aire entorpecido, pesado, los párpados entornados, en una especie de postración, de la que salía de tiempo en tiempo mediante una inyección, que la reanimaba como un vaso de Kwass.

Después de los años que venía medicándose, la Princesa había caído en una especie de beatitud egoísta, en una especie de *kief*, que es la borrachera de los morfínomanos.

Le agradaba pasar el tiempo aislada en su hotel; la cabeza agitada por pequeños movimientos coreicos, recibiendo pocas personas, charlando, empero, agradablemente algunas veces, satisfecha al evitar sus jaquecas habituales con aquella embriaguez de la morfina, que la llevaba dulcemente á la caquexia, y sin experimentar tristezas hasta la proximidad de la noche.

La Princesa, medio acostada, fumaba cigarri-

llos turcos, y al ver á René adelantó lentamente hacia él el platillo esmaltado y lleno de papelitos. Después se tendió, diciendo:

—Me olvidó siempre de que no fumáis; buenos días, René.

René besó la mano flaca que su madre le tendía, y se informó de la salud de la Princesa.

—Gracias.... Hoy estoy mejor....; un poco débil, según costumbre.... El Doctor me prescribe la quinina, el agua de cerveza, el licor de Fowler....; no...., la morfina es lo que yo quiero...., lo único que yo quiero.

Y añadió, mientras que un relámpago iluminaba sus ojos hundidos:

—Vos también, René, tenéis vuestra morfina, que es la vida de París; ¿os curaréis de ella?

—¿Por qué?—dijo el Príncipe, tratando de sonreír.

—Yo no conozco á esa señora de Montepreux de que tanto y tanto se habla; pero preferiría para vos á cualquier muchachuela de teatro.... No puedo soportar á las grandes señoras que tienen caprichos de mujeres perdidas.

Después, levantándose con lentitud de su sillón, dijo á René:

—Y á propósito, querido; una noticia....: he recibido la visita de la señora de Ahrenfeld y de su hija.... Ahrenfeld, el banquero de Colonia, hombre riquísimo....: la niña no es linda....; buenos ojos, como todas las judías; pero con la piel amarilla como una china, lo que nó le impide querer convertirse en Princesa.... La madre me lo ha dejado comprender, y allá en su casa os juzgan encantador.... Cuando se tienen tantos millones, todo se cree permitido; ¡una judía!

—Se haría católica,—dijo René fríamente.

La madre le miró con cierto asombro.

—Espero que no pensaréis en eso.

—Os juro, madre mía, que jamás he pensado en casarme menos que hoy.

—¿Y por qué hoy?

—Ideas mías.

—Si quisiérais un matrimonio de conveniencia, ninguno de tanta como el de esa niña Ahrenfeld...; pero preferiría veros realizar un matrimonio por amor, y uniros á la viuda de Montpreux... Esto sería más necio, pero sería acaso más digno, y ya sabéis la frase que repetía vuestro padre á Ferdys y al anciano Robín: «Acabar decentemente....»

—No la he olvidado,—dijo René.

Y levantándose de junto á su madre, llevó á los labios la mano flaca de la Princesa, con actitud elegante, y como si se tratase de un besamanos oficial, y después salió, dejando á la señora de Chantenay entregada á sus inyecciones de morfina, y pensando coléricamente en Noris, cuyo desprecio le desafiaba, y cuyo recuerdo le embriagaba también.

—Bueno (decía para sí): puesto que me ha desafiado, nos veremos, y puesto que no reconoce más que á un príncipe de Chantenay que ha muerto, ¡yo le haré ver que vive otro! ¡En cuanto á Raimundo, si es que la ama, tanto peor para él!

V.

Sí, Raimundo amaba á Noris: habían informado bien al príncipe de Beaumartel.

El joven oficial sabía el camino del hotel de la calle Jouffroy, é iba allí como á pesar suyo en un principio, comprendiendo que penetraba en un mundo desconocido, pero no dudando de sí mismo, seguro de disimular el amor, si amor era lo que experimentaba hacia ella, y queriendo solamente averiguar lo que la cólera le había hecho pensar durante cinco años. La curiosidad ha impulsado al amor más seres que el amor mismo. Raimundo quería saber por qué gradación de sentimientos había pasado aquella hermosa criatura, á la que había dejado engañada y llorosa, y á la que encontraba desafiando con altanería al hombre que la había engañado. Era imposible, decía, que Noris fuese una mujer ordinaria, viviendo con alegría entre el lujo que se había creado. Adivinaba la herida oculta, la amargura secreta, la tristeza de aquella existencia, que era, como él decía á René,

—Se haría católica,—dijo René fríamente.

La madre le miró con cierto asombro.

—Espero que no pensaréis en eso.

—Os juro, madre mía, que jamás he pensado en casarme menos que hoy.

—¿Y por qué hoy?

—Ideas mías.

—Si quisiérais un matrimonio de conveniencia, ninguno de tanta como el de esa niña Ahrenfeld...; pero preferiría veros realizar un matrimonio por amor, y uniros á la viuda de Montpreux.... Esto sería más necio, pero sería acaso más digno, y ya sabéis la frase que repetía vuestro padre á Ferdys y al anciano Robín: «Acabar decentemente....»

—No la he olvidado,—dijo René.

Y levantándose de junto á su madre, llevó á los labios la mano flaca de la Princesa, con actitud elegante, y como si se tratase de un besamanos oficial, y después salió, dejando á la señora de Chantenay entregada á sus inyecciones de morfina, y pensando coléricamente en Noris, cuyo desprecio le desafiaba, y cuyo recuerdo le embriagaba también.

—Bueno (decía para sí): puesto que me ha desafiado, nos veremos, y puesto que no reconoce más que á un príncipe de Chantenay que ha muerto, ¡yo le haré ver que vive otro! ¡En cuanto á Raimundo, si es que la ama, tanto peor para él!

V.

Sí, Raimundo amaba á Noris: habían informado bien al príncipe de Beaumartel.

El joven oficial sabía el camino del hotel de la calle Jouffroy, é iba allí como á pesar suyo en un principio, comprendiendo que penetraba en un mundo desconocido, pero no dudando de sí mismo, seguro de disimular el amor, si amor era lo que experimentaba hacia ella, y queriendo solamente averiguar lo que la cólera le había hecho pensar durante cinco años. La curiosidad ha impulsado al amor más seres que el amor mismo. Raimundo quería saber por qué gradación de sentimientos había pasado aquella hermosa criatura, á la que había dejado engañada y llorosa, y á la que encontraba desafiando con altanería al hombre que la había engañado. Era imposible, decía, que Noris fuese una mujer ordinaria, viviendo con alegría entre el lujo que se había creado. Adivinaba la herida oculta, la amargura secreta, la tristeza de aquella existencia, que era, como él decía á René,

un desquite, donde la victoriosa estaba vencida, herida y llorosa. Quería convencerse de la melancolía de Noris, para no despreciarla tanto como la había compadecido; y la prueba que buscaba la pudo bien pronto encontrar por las confidencias de la joven. Sí, Noris sufría; en la libertad de aquella nueva vida que la casualidad le había proporcionado, sentía la nostalgia de los sueños de antaño y de su candidez perdida.

¿De quién, sino de René, era la falta? ¡Le había amado tanto! ¡Había depositado tanta fe en él! Con sólo que él quisiera, hubiera vuelto á ser lo que era en el fondo, una criatura honrada, un alma recta que odiaba el mal y á la que la vergüenza castigaba.

Raimundo había sentido consuelo desde su primera conversación con Noris. Sabía lo que era aquella mujer, lo que la vida y los rencores habían hecho de ella; pero temía que llegara á envanecerse de su rebajamiento, que aceptase con el orgullo de las mujeres perdidas aquella existencia.

Pero Noris era más una rebelde que una mujer perdida.

Raimundo de Ferdys podía compadecerla y estimarla aún.

Pero él mismo se planteó esta cuestión. ¿Podía estimar á la hija de Feraud convertida en la querida de Vassili? Perdonarla, acaso; despreciar al que la había precipitado, también; pero olvidar el título que se daba á Noris, aquel título que era la admiración de mucha gente, pero que Raimundo consideraba como un estigma, «la querida del Gran Duque», imposible!

Y, sin embargo, hasta aquel imposible iba des-

apareciendo poco á poco para Raimundo. Nada en el sobrio lujo del hotel recordaba en Noris á la cortesana; nadie sospechaba que un personaje invisible tuviera el derecho de entrar como amo en aquella habitación. Noris no recibía siquiera á Raimundo en el salón en que podían entrar Gardanne y Margarita Brunier, sino en la biblioteca, rincón ordinariamente habitado por ella, y en cuyos estantes Ferdys podía ver con encuadernaciones que nunca debieron conocer las añejas novelas de Eugenio Feraud: *Juan el Disecador*, *Los Canadienses*, *Dinorah ó los filibusteros*, etc., entre otros pobres libros olvidados, y cuyos compañeros se veían en los baratillos de la calle, con el retrato de Feraud, tímido y honrado.

Ninguna huella del Gran Duque en aquella pieza retirada y silenciosa como una celda, donde Noris soñaba, no en el porvenir, sino en el pasado. Sólo una vez había hablado la joven del gran duque Vassili á Raimundo de Ferdys.

Le había dicho, con una irritación amarga que hacía temblar su voz:

—El príncipe de Chantenay me ha demostrado lo que es un gran señor, mientras que el gran duque Vassili me ha hecho ver lo que es un caballero.

En la afección tranquila y poco apasionada, protectora y casi amistosa que el Gran Duque profesaba á Noris, no había nada del sentimiento de vanidad que experimentaba antiguamente René, y que el mismo Gran Duque había mostrado por otras mujeres, adornándose con una mujer elegante, como lo habría hecho con un arma de lujo, un caballo de raza ó un cuadro de gran valor. Con Noris no le ocurría eso; después de haber sido sedu-

cido por su belleza, sólo la amaba por sus encantos y por su talento, y desde Niza había olvidado sus derechos sobre ella. Se sentía instintivamente ante una mujer superior, y nunca se le pasó por la idea confundir á la joven con las heroínas de sus caprichos habituales.

Noris tenía en su hotel una miniatura de Vassili con su uniforme de campaña, túnica blanca, casco á la cabeza y la cruz en el pecho; y en aquel soldado agreste, de grandes patillas rojas y canosas, no se hubiera conocido al hombre elegante, de blanca corbata, que paseaba por París su frac negro, manchándolo de polvos de arroz, como en Plewna había manchado de pólvora y tierra sangrienta el blanco paño de su uniforme. Hombre galante y correcto, el Gran Duque hablaba á las parisienses con frases de diplomático, haciendo la corte como en la corte, dando á un billete amoroso las fórmulas de un protocolo, y dejando transparentar á veces repentinamente las brutalidades de tártaro y los desdenes de soberano. Muy cumplido durante un mes, y muy grosero durante una hora. Tal era, al menos, el personaje que las entretenidas conocían; pero con Noris, el gran señor parecía olvidar que podía aspirar á ser amado como un banquero, y, no pensando más que en la amistad, se mostraba tan amable, dulce y adicto, como hubiera podido serlo con una gran dama de San Petersburgo ó de Moscou.

Meses y meses hacía que no la había visto; pero desde las fronteras del Asia le escribía con puntualidad militar, cartas delicadamente respetuosas, como hubiese podido dirigir las á su prometida. Era un hombre verdaderamente singular.

Noris, que no le amaba, se habría dejado cortar una mano por él: la había salvado, con efecto, arrancándola de la miseria y de las aventuras en el pantano en que la arrojara Chantenay, y tenía hacia aquel hombre que la devolvía á sí misma y la respetaba, el reconocimiento de la joven que se casa con un anciano para salvar á su padre, evitar la ruína de una casa ó pagar una deuda de honor.

Raimundo de Ferdys sabía todo esto, como también sabía que todos los sentimientos de rectitud que le guiaban á través de la vida, los entusiasmos que agitaban su pecho, los encontraba en aquella mujer con la misma rectitud y el mismo empuje. Con Noris podía entregarse á todas sus credulidades, á todos sus proyectos, y en sus conversaciones y confidencias, contándole sus viajes, pasando del ayer al mañana, enumeraba sus esperanzas de patriótico porvenir, que á otros hubieran parecido peligrosas, y que Noris admiraba, impresionada por aquella fe juvenil.

Raimundo se encontraba en su centro ante la franqueza de Noris, en quien encontraba como un eco de sus propios pensamientos. De día en día aumentaba su afecto por él. Las visitas al hotel de la calle Jouffroy, que eran para el joven una especie de distracción, se convirtieron en necesidad y alegría de su espíritu. Noris gozaba también en aquellas entrevistas hermosos sueños de honor y una alegría infinita. Con Raimundo volvía á encontrarse en aquel ideal y aquel absoluto que habían perdido al pobre Feraud, país peligroso por confinar con la locura, pero que ella amaba aún, y evocaba en su soledad, como una especie de paraíso perdido.

Y he aquí lo que unía más y más á cada momento á los dos soñadores, que revivían, él con el primer sueño de amor que había acariciado antiguamente al tiempo de partir, ella al encontrar en Raimundo la fe, la credulidad, la virginidad de alma, todas las purezas de los años de virtud.

La casualidad había puesto más de una vez en sus labios el nombre de Eugenio Feraud, de quien Noris no hablaba nunca, poniendo el mayor pudor en callar el nombre, como en la casa le ponía en ocultar su retrato. Pero cuando Raimundo lo pronunció por primera vez, experimentó una profunda alegría, sintiendo en todo su ser como una vibración, por comprender que Raimundo era el único ser en el mundo á quien podría hablar del pobre olvidado. Porque Ferdys comprendía, adivinaba al *vencido*. El marino había leído, tal vez por ser del padre de Noris, casi todas las novelas de Feraud, y había retenido fragmentos de frases y de estilo vigoroso perdidos entre fárrago de relaciones de aventuras. Y hacía ver á Noris que aún conservaba en la memoria aquellos restos de lecturas, con lo que ella quedaba muy contenta, al ver que el humilde recuerdo del desconocido vivía en la memoria del hombre á quien más estimaba.

—Hay mucho talento esparcido en sus libros (decía Ferdys); tenía imaginación y creía.

—¡Creía en demasiadas cosas!—interrumpió Noris, moviendo la cabeza.

—¡Bah! Como la vida, en resumidas cuentas, no es más que otra mentira, tanto vale el considerarla por lo que no es, como el creer que vale más de lo que vale.

Noris agradecía á Raimundo que amnistiase la

locura idealista de que Feraud había muerto, y de que ella misma sufría las rudas consecuencias. Le amaba, sobre todo, porque él amaba al muerto.

Un día le dijo, por casualidad, que ella, en realidad, no se llamaba *Noris*, sino que éste era un calificativo que le daba su padre.

—Mi verdadero nombre es el que llevó también mi madre: es Susana.

—Permitidme entonces que os llame Susana.

—¿Por qué?

—Por ser un nombre que no llevaréis más que para mí.

—Con mucho gusto.

De esta suerte había nacido en ellos una verdadera pasión, un amor profundo, un amor pronto á todos los sacrificios por parte de Noris, á todas las fiebres por parte de Raimundo; pero amor que se escondía bajo el nombre de *amistad*.

Creyendo seguramente no ser más que un amigo de aquella mujer, Ferdys experimentaba por ella un sentimiento de mayor violencia; y absoluto y resuelto como en todas las circunstancias de su vida, no se tomaba el trabajo de analizar sus impresiones, y se entregaba de pies á cabeza á aquel sentimiento que no admitía discusión ni protesta. El primer choque con René lo había demostrado así.

En el ministerio, él mismo trabajaba con doble ardor, yendo desde las oficinas, en que abundaba más el trabajo, á la llanura de Montsouris á seguir los experimentos meteorológicos, en unión de otros oficiales, y admirando por su actividad inteligente al almirante Pradier du Resnel, que le decía riendo:

—Mi querido Ferdys: debéis estar enamorado;

nadie se porta tan admirablemente á cada modo enamorado. vían, él con el

—¡Estoy enamorado de la pro. ariciado anti-neral!

—¡Ya es algo, pero no lo bastante!... encontrar en blemente juega en esto una mujer. ad.

—Tal vez sea cierto, señor Ministro, a vez en declaro que yo mismo lo ignoro. quien

—¡Oh! Entonces es mucho más grave. No udor amorcillo, sino una pasión oculta.... Son las úra en serías.

Sí, aquel amor, furtivo como si hubiera pro- culpable, daba á Ferdys aquella actividad al a- de sus primeras fiebres juveniles; y el joven to veintiseis años llevaba á su pasión los entusias- mos, las frescuras de sentimiento y los ardores de sangre de un adolescente.

Frecuentemente iban en las mañanas de Mayo, no por el Paseo de los Postes, donde la *fashion* galopaba para mostrarse como en un salón, sino más lejos, hacia Saint-Cloud, por caminos desiertos, llegando hasta Chaville ó Sèvres, y aquella naturaleza primaveral, aquellos castaños temblorosos de conos de flores blancas, aquellos ramos de lilas, aquellos follajes tiernos aún de los sauces, formaban risueño fondo á sus amores, y marchaban hablando, sin rumbo fijo, dorados por el sol y acariciados por el viento, bajo el cielo azul pálido de la primavera.

En su afán por la soledad, un día fueron á Versailles: Noris gustaba de aquel sitio, en que tantas veces la había paseado el padre, contándole historias, leyendas del palacio y de las arboledas sombrías. Aquella impresión de desierto y de grandeza

locura idealista a seducido siempre á Noris: pasando por que ella misma anderos, creía encontrar algunas de las amaba, sobre perdidas; pero tanto ella como Rai-

Un día le sorprendían viendo el Parque invadido, lidad, no y lleno de gente. No se acordaban de que califcat. a de los demás continuaba, y de que Versailles

—Mi en Mayo, como París, su exposición de flores. mi ma. ices, tomando una resolución, entraron bajo

—¡Tienda en que lucían, iluminados por la luz del

—¡tamizado por la tela de un amarillo dorado, las zaleas, los rododendrones y las rosas blancas par como la nieve, lilas purpuradas, cobrizas, toda una scala de matices, que hacían, no obstante, exclamar á Noris:

—¡A todos esos esplendores, que son como las flores de la Ópera, figuradas, prefiero un ramito de violetas, un ramito de diez céntimos!

Salieron de allí; algo mareada la joven por la pesadez de los perfumes, y aspirando el aire del exterior con delicia, fueron hasta el Bouquet del Rey, buscando con preferencia las calles de árboles en que las gentes no interrumpieran su conversación. Noris, deseosa de soledad; hubiera querido pasar por los bosques reservados y misteriosos en que la hiedra oprimía los troncos de los árboles; pero en aquel punto estaban casi solos, por no verse más que niños jugando sobre la blanda hierba, ancianos leyendo un periódico, sentados en un banco, y algunos soldados, cuyos chacós se distinguían entre la arboleda, mientras que á lo lejos se escuchaban sordos y continuados disparos de cañón. Un ejercicio de fuego en Satory, ó hacia el cerro de Piardía.

Adelantando siempre por las calles más desier-

tas del Parque, pasaron los juegos de agua sin hablar casi palabra; pero dichosos por aquel lento paseo solitario; y cuando el sendero era estrecho, Raimundo dejaba que Noris pasara delante, y la miraba debajo de su sombrilla de lienzo crudo que la ocultaba, dejando ver sólo su talle esbelto, ondulante, y unos piecitos que apenas se apoyaban sobre la tierra oscura.

La sombra de la joven se extendía sobre la hierba, donde parecía que habían llovido blancas estrellas, mientras que al suave movimiento de los árboles acompañaba el canto de amor de los nidos.

De repente se detuvieron...., al preguntar ella:

—¿Dónde estamos?

No lo sabía, y la idea de haberse extraviado divertía á Noris. ¿Era una aventura? ¿Y si la noche llegara á sorprenderlos en los bosques? Versalles no estaba lejos, y por entre los claros del follaje podía distinguirse el techo negro y las campanas de la capilla; pero era divertido poder decir que, tan cerca de París, estaban como al fin del mundo.

Al extremo de una senda vieron una muchachilla que tenía en la mano un ramito de flores silvestres, cogidas por ella.

—¡Pedía flores naturales (exclamó Noris), y aquí las hay!

La niña de rubios y encrespados cabellos, ojos sombríos y aspecto pobre, se había detenido para mirar á la hermosa dama.

—¿Quieres darme tu ramo?—le preguntó Raimundo.

—¿Dároslo?

—De balde, no. Pregunto que si lo vendes.

—Cuando puedo, sí. También se los llevo al tío Truelle, que vive junto á nosotros y que va al mercado de París. Esto se vende á los parisienses.

—Dale el ramo á la señora.

La niña alargó á Noris el ramito de violetas, unido de margaritas, que le formaban un cerco blanco.

—Es muy bonito, y huele muy bien.

Y hundía su rostro en aquella frescura embalsamada, mientras que sus ojos retrataban la alegría.

—¿Y no haces más que coger flores?—preguntó Raimundo á la niña.

Ésta alzó su flaco y marchito rostro, con aire triste y orgulloso á la vez.

—Ahora *hago la violeta*, porque la tierra no da más, y para eso son las últimas, y apenas huelen.... Pero cuando no hago eso, ayudo á papá.

—¿Qué hace tu padre?

—Es hortelano en Montreuil.

—¿Tienes hermanos ó hermanas?

—Somos siete: cuatro que son más pequeños, y dos mayores que yo.

—¿Y todos trabajan?

—¡Vaya! (exclamó la niña.) Menos los tres pequeños, que no levantan lo que esto (é indicaba un arbusto que le llegaba á la mitad del cuerpo); es preciso que todos ganen el pan, y si no lo hacen, la Thibaude....

É hizo un gesto para indicar que los golpes mendeaban en su casa.

—¿Y quién es la Thibaude?—preguntó Noris, fijando sus negros ojos sobre los azulados de la niña.

—La Thibaude....; pues es la Thibaude.

—¿Una criada?

La pequeña pareció mirar con espanto en rededor suyo, como si la Thibaude pudiera escucharla.

—¿Una criada?... No, es la viuda de Thibaude..., con quien papá se ha casado después que murió mamá, diciéndonos que ella cuidaría bien la casa.... Y es verdad que la cuida mejor que mamá, que estaba siempre mala; pero, de todas maneras, no es lo mismo.

—¿Para ti?—preguntó Noris.

—Ni para mí ni para los otros.... No, no es buena con mis hermanitos esa mujer.... Y con ella no se juega, sin que nos dé golpes.

—¿Pues y tu padre?

—¡Oh! Papá....

Y la niña se tocaba la frente, como indicando que el marido de la Thibaude no tenía la cabeza muy firme.

—Dicen que papá es muy bueno; pero es débil, y además.... bebe..., y echa de menos á mamá. Le duele también que no nos quiera la viuda de Thibaude..., y por eso se emborracha....; ¡pero es muy bueno, muy bueno!

La niña se detuvo, como temiendo haber hablado mucho, y que la Thibaude le hiciera pagar cara su charla.

Entonces Raimundo puso en sus manos una monedita de oro, que la niña contemplaba abriendo estupefacta sus grandes ojos, diciéndole:

—Para tus hermanitos y hermanitas; pero no se la des á la Thibaude.

—¡Diez francos! (decía la niña.) Diez francos por ese ramito.... Señora, ¿queréis que os coja más majuelo?... ¡Diez francos es demasiado!

—Para siete (dijo Raimundo, sonriendo), no, no es demasiado. Porque no es sólo para ti.

—¿Y dónde lo guardaré? Si mamá viviese, se lo daría....

—¿Y tu papá?

—Papá.... (dijo la niña con energía casi brutal.)

¿Pues y la Thibaude?

—Á la Thibaude le darás esta otra moneda para que no te regañe.

Y Raimundo le entregó otra moneda blanca, diciendo:

—Este es el precio de tus flores.

Allí dejaron á la niña, mirando y dando vueltas á la moneda de oro, y tomaron el camino de Versalles hablando de aquella niña, errante y golpeada, que hacía así el aprendizaje de la existencia.

—Decididamente la vida es menos alegre que una opereta,—dijo Noris.

Después, mirando el ramo de violetas, añadió:

—Hay días alegres, en que todo se pasa y se olvida.

Y al subir al vagón para volver á París, á aquel París que se apoderaría de ellos para separarlos, volviendo á colocar en su respectiva clase á la querida del Gran Duque y al ayudante de campo del Ministro, Noris dijo á Raimundo, con la voz profunda y tierna como acaso nunca la había tenido:

—¿Veis este ramito de la hijastra de la Thibaude? Burlaos de mí, pero nunca me abandonaré: lo prefero cien veces á todas las flores raras que hemos visto.... Yo hubiera querido coger por mí misma estas violetas, que serán lo que me quede de uno de los mejores días de mi vida....

—¡Susana!....

Ésta tomó algunas florecillas, que ofreció á Raimundo.

—Guardad vos éstas en recuerdo de este día...., y devolvédmelas cuando ya no me améis.... Yo, yo no os devolveré jamás las mías.... ¡Jamás!

¡No se habían dicho aún que se amaban, y ya hablaban de dejarse de amar!....

## VI.

Raimundo de Ferdys sólo pensaba en su amor á Noris; pero un amor respetuoso, absoluto, capaz de todas las locuras y de todos los sacrificios. Comprendía que sólo veía á Noris, que sólo pensaba y sólo se inquietaba por ella. Era una absorción de todas sus facultades y de todos sus pensamientos. Él también, como la joven, conceptuaba como uno de los más bellos días de su vida aquel paseo á Versalles y aquella sencilla conversación por los bosques. Experimentaba al dejar á «Susana» á la puerta del hotel de la calle Jouffroy una impresión de amargura, como si un telón de teatro ó una piedra de sepulcro hubiera caído sobre una cosa acabada, sueño ó realidad, que no había de ver más.

Jurábase guardar siempre, como Noris—arrastrado por su infantil amor,—las violetas de la niña; y no se atrevía á volver á la calle Jouffroy: tenía miedo de venderse, de decir á la señorita Feraud lo que ella sabía ya, que la adoraba, y que aquel

Ésta tomó algunas florecillas, que ofreció á Raimundo.

—Guardad vos éstas en recuerdo de este día..., y devolvédmelas cuando ya no me améis.... Yo, yo no os devolveré jamás las mías.... ¡Jamás!

¡No se habían dicho aún que se amaban, y ya hablaban de dejarse de amar!....

## VI.

Raimundo de Ferdys sólo pensaba en su amor á Noris; pero un amor respetuoso, absoluto, capaz de todas las locuras y de todos los sacrificios. Comprendía que sólo veía á Noris, que sólo pensaba y sólo se inquietaba por ella. Era una absorción de todas sus facultades y de todos sus pensamientos. Él también, como la joven, conceptuaba como uno de los más bellos días de su vida aquel paseo á Versalles y aquella sencilla conversación por los bosques. Experimentaba al dejar á «Susana» á la puerta del hotel de la calle Jouffroy una impresión de amargura, como si un telón de teatro ó una piedra de sepulcro hubiera caído sobre una cosa acabada, sueño ó realidad, que no había de ver más.

Jurábase guardar siempre, como Noris—arrastrado por su infantil amor,—las violetas de la niña; y no se atrevía á volver á la calle Jouffroy: tenía miedo de venderse, de decir á la señorita Feraud lo que ella sabía ya, que la adoraba, y que aquel

amor, más profundo cada día, le hacía olvidar todo lo que no era ella.

No iba á ver á Noris por tratar de combatir aquella fiebre, y queriendo dominarse, cansaba á la vez su cuerpo y su espíritu, multiplicando sus trabajos en el ministerio y acudiendo por las noches á todos los puntos en que esperaba encontrar una distracción ó un olvido; pero en todas partes hallaba, si no la imagen, el pensamiento de Noris. El teatro que vive del amor, y cuya musa es la mujer, le hablaba de Noris. La soledad del bosque por la noche, se poblaba de fantasmas, que eran Noris. Hasta en los ruidos de los cafés-conciertos, en los Campos Elíseos, bajo los árboles, entre las locuras de los bufones á la moda, una romanza frívola ó una copla tierna, le recordaban á Noris. Era una obsesión, pero una obsesión poderosa, que Ferdys no quería tampoco ahuyentar.

Era feliz pensando en Noris, y hubiera querido decir á todo el mundo cómo le llegaba al alma aquella criatura tan franca y tan bella; pero no había más que un ser en el mundo á quien pudiera hablar de ella, René, quien á su vez buscaba ocasiones de hacerlo desde el escándalo del Circo.

Chantenay sentía la misma obsesión, aunque mezclada de rencores; porque, pensando en Noris, sentía la cólera nerviosa que le agitaba febrilmente ante cualquier obstáculo. No estaba acostumbrado á recibir semejantes lecciones, ni las aceptaba resignado, y le parecía duro guardarse «aquel cumplimiento», como él decía.

Y, para colmo, Raimundo ganaba terreno diariamente junto á Noris, lo cual parecía á René una especie de desafío que una y otro le dirigían. Esto

le humillaba. Por otra parte, Noris le parecía tan hermosa y admirable, que no comprendía cómo las gracias de la doncella se habían desarrollado tan espléndidamente.

—¿Qué me miráis así? (preguntaba un día la señora de Montpreux á Chantenay). Me analizáis con la mirada, como si no me conocierais.

Chantenay comparaba á la rubia Condesa con Noris; y los ardores de los grandes y negros ojos de ésta le parecían más extraños y capaces de turbar que las claras opulencias de aquella belleza rubia.

Jacoba comprendía instintivamente la existencia de un peligro, sorprendiendo en las pupilas de René sueños y deseos que no eran por ella. Entonces quería aturdir al Príncipe, enlazándole y arrastrándole en el torbellino, como en un vals de su país. Inventaba, para no apartarse de él, partidas campestres, en las que no respetaba muy cuidadosamente el nombre de Montpreux. Se mostraba en Chantilly con él, luciendo grandes trenes y hablando en voz alta para causar ruido. En París arrastraba á los amigos del Príncipe, Nestor y el duque de Marsan, á los lugares más plebeyos, habiéndoseles visto, á ellos de corbata blanca y á ella en traje de baile, en un proscenio del Walhalla-Teatro. Al otro día la Condesa y los amigos de *Flor-de-Chic* comían en la terraza del café de Embajadores, y Jacoba, aspirando los frescos olores de los árboles, mezclados á los del champagne y el tabaco, se embriagaba con aquella despreocupación de *high-life* en un restaurant al aire libre.

Ella redoblaba su actividad, su ingenio, sus alegres risas, que dejaban ver su blanca dentadura,

queriendo conservar á todo trance á aquel príncipe René, que parecía escapársele, mostrándose preocupado, sombrío, y pensando en otra. Los amigos de Chantenay juzgaban incomparable á aquella Jacoba, y daclaraban que les volvería el juicio si *Flor-de-Chic* no debiera casarse con ella. Nunca se había visto belleza semejante.

—¡Á que ninguno de vosotros adivina la proposición que he recibido hoy?—decía la señora de Montepreux, apoyada sobre la balastrada del restaurant, mientras que de entre los verdes castaños, iluminados por el gas, partían alegres risas, acen tuadas por explosiones de Roederer en aquella especie de Kermesse internacional, en que las parisienses, vestidas de terciopelo, sonreían á los que comían.

—¡Veamos la proposición!—decía el duquesito de Marsan, sentado al lado de Nestor de Aubreval, el gran Nestor, y enfrente de Jacoba, inmediata á Chantenay.

—Una locura (respondía la Condesa). ¡Oh! No lo acertaréis.... Pues me han ofrecido....

—¿Un reino? (dijo Marsán.) Eso no me extrañaría.

—No es un reino; es algo más positivo. Un americano, un fotógrafo americano,—es preciso para esto ser americano,—me ha suplicado que asegure su fortuna dejándome retratar.... ¡Cree poder vender fardos y fardos de retratos míos, y me ofrecía el tanto por ciento de las ganancias!.... ¡Á eso hemos llegado, amigos míos!

—Eso prueba (dijo Marsan) que los americanos son personas de gusto.

—Pero ¿quién le ha sugerido esa idea á vues-

tro yankée?—preguntó Chantenay con indolencia.

—¿Quién? El periódico.... Ese Gardanne, que describe á las mujeres de mundo y á las actrices, habrá creído oportuno citarme como la más bella de las parisienses, lo que no es muy galante para París, puesto que soy austriaca.... Mi fotógrafo americano, que habita en el Gran Hotel, leyó el artículo, y se fué en derechura á la calle de Santo Domingo.

—¿Sabía las señas de vuestra casa?

—Es muy práctico: las leyó en el cartel del baile del Hotel Continental, á beneficio de la obra de las Envolturas, de que soy patrona.

—¡Esa es una lección! (dijo René.) ¡Las cómicas de que habláis no hacen aún imprimir sus señas en los carteles de teatro!

La señora de Montepreux se echó á reir, admirada de la reflexión del Príncipe.

—¿Os hacéis ahora puritano, Chantenay?

—Siempre me han gustado las cosas correctas....

—Y el *chic*.... Y nada tan *chic* como anunciarse en carteles por caridad.

—Todo esto prueba únicamente (terminó diciendo Aubreval), que el fotógrafo americano es muy listo y que Gardanne no es un imbécil. Si yo fuera fotógrafo, tampoco querría hacer más que un retrato, el de la Condesa, y rompería en seguida mis aparatos, como los pintores dicen, aunque sólo hacen que rompen sus pinceles.

Sobre la escena, blanca por la luz, una muchacha gorda se dirigía al público, con la mano junto á la boca en forma de bocina, y después fingiendo taparse los oídos cuando un clamor unánime y ruidoso pedía la repetición de la copla.

—¡Bis! ¡Bis! ¡Bis!

—Señores (dijo la Condesa), parece que lo que cantan es sublime.... ¡Y no lo escuchamos! ¡Es preciso escuchar!

—Sí; escuchemos.

Y el *couplet* era repetido allá abajo por la muchacha gorda, con el rostro brutalmente iluminado:

«Yo soy la comilona, yo soy la enamorada,  
El ángel anhelado, el ángel del amor,  
Que marchó por el mundo, la frente levantada,  
Buscando las caricias del joven seductor.  
Escudos que del padre reunió la economía,  
Escudos que guardaban las medias de mamá,  
Saltad en vuestras tumbas, que os llama mi osadía,  
Y el hijo, que es mi amante, con gozo me los da.

Mira que no es justo,

Mi querido Augusto,

Sufrir sin razón:

Dame ese dinero,

Que yo lo prefiero

Á tu corazón.»

En el público surgía entonces un entusiasmo, una locura, un frenesí. Se pedía la repetición de la canción aquella groseramente burlona; de aquel estribillo siniestro de ironías brutales; queríase oírlo otra vez, oír siempre aquella poesía que olía á arroyo, aquella canción de la basura y del vicio, resollada bestialmente por aquella mujer, que lanzaba á la multitud sus atrevidas frases como hubiera arrojado á la turba sus desprecios populacheros.

Jacoba de Montepreux estaba encantada, y apoyando sus hermosos brazos desnudos sobre la balaustrada, como en el antepecho de un palco, refase

y acompañaba el innoble estribillo; y cuando la canción fué cantada, repetida y desollada por la multitud, y la muchacha gorda desapareció entre aclamaciones y entusiasmos que acaso no obtuvo nunca una Rachel, la Condesa, impresionada por aquella poesía de albañal, repetía con sus bellos y nobles labios:

«Dame ese dinero,  
Que yo lo prefiero  
Á tu corazón.»

Al volverse, gesticulando mucho, distinguió junto á una mesa bastante apartada á un caballero de retorcido bigote, sentado junto á una joven vestida de blanco, al cual reconoció, y dijo á René:

—¡Mirad, vuestro tío!

Era Ferdys en efecto. Desde abajo había visto á Margarita Brunier comiendo sola y hablando; se limitaba á verla comer, porque él lo había hecho ya en el Círculo. El Marqués había distinguido á la señora de Montepreux y á sus amigos; pero había creído discreto no saludarles: para estos casos tenía una miopía muy oportuna.

Jacoba no hubiera extrañado, sin embargo, el saludo, y hasta miraba á Margot con una persistencia capaz de llamar la atención. Sabía muy bien que Margarita Brunier era amiga de aquella señora Feraud, por la que René se había batido un mes antes, y que aquel diablo de *Flor-de-Chic* era muy capaz de seguirla amando. Hubiera querido saber por aquella muchacha lo que Noris pensaba de René, y si por casualidad no había ido éste después de su duelo á la calle Jouffroy.

Pero Ferdys continuaba sin conocer á su sobrino, á la señora de Montepreux ni á nadie; y cuando, terminada la comida, René, algo alegre por el champagne, colocaba la manteleta sobre los hombros de Jacoba, disponiéndose á marchar, Raimundo de Ferdys se presentó en la entrada de la terraza, buscando una mesa vacía. La Condesa le distinguió, y dijo alegremente en voz alta:

—¡Ah! ¡Vuestro primo ahora! ¡René!.... ¡Decididamente estamos en familia!

Chantenay había visto perfectamente á Raimundo, y con su habitual risita hizo seña á su primo de que se acercase:

—Querido, aquí te dejamos una mesa libre; te cedemos la plaza.

—¡Muy felices, señor de Ferdys!

Y Jacoba tendió á Raimundo su mano fina y suave.

Raimundo no parecía muy satisfecho de aquel encuentro, y el Príncipe, riendo siempre, añadió:

—¡Pero si nos marchamos! ¡Si no interrumpiremos tu soledad, teniente Hamlet!.... ¡Estás tan alegre como si hubieras heredado á Werther! Mira allá enfrente á tu padre, y sigue su ejemplo.

—¿Mi padre?

La señora de Montepreux, que se calzaba los guantes, indicó con un movimiento de cabeza la mesa en que Margarita Brunier comía junto al Marqués; pero no observó el movimiento de disgusto que hizo instantáneamente Raimundo.

Después, saludando á Jacoba, dió algunos pasos hacia la escalera para marcharse.

—¿Te vas así?—dijo René.

—Me voy...., sí.

El marqués de Ferdys no había perdido uno solo de sus movimientos, y sentía sobre sí la mirada de su hijo llena de reproches.

—¿Qué tenéis?—le preguntaba Margot.

—¡Yo....; nada....; meditaba!

René, entretanto, se había vuelto á sus amigos, y decía á la Condesa:

—Es un tipo, un verdadero tipo, mi primo... ¡Aún está por civilizar!

—Pero es muy agradable (contestó Jacoba), y muy guapo.... No tanto como vos (añadió): no vayáis á tener celos.

El duque de Marsan y Nestor se apartaron para dejarla pasar, y los jóvenes, siguiendo á la Condesa, bajaron, codeándose con los camareros, la escalera del restaurant, para dirigirse al Bosque. Jacoba dirigió una última mirada al café-concierto, donde á la sazón se ejecutaba un bailable desenfadado, é iba tarareando maquinalmente:

«.... Mira que no es justo,  
Mi querido Augusto....»

Delante de la puerta exterior, cuyas guirnaldas de gas, en sus blancas pantallas, iluminaban vivamente los árboles, había una muchedumbre de gentes, que se oprimían junto á los grandes carteles de la entrada, para coger de lejos algún fragmento de aquellas canciones que la Condesa llevaba como un recuerdo divertido, como un eco de locura.

Al llegar cerca de la puerta, René, que llevaba del brazo á la Condesa, rechazó ligeramente á un señor viejo, de sombrero gris, que andaba con len-

titud, y cuya espalda abultada molestaba á Beaumartel, que quería andar á sus anchas.

Sintiéndose tocado por el codo del joven, el individuo, apoyado en su bastón, volvióse bruscamente, y René vió una cabeza blanca con grandes bigotes, y cuyos ojos fatigados le miraron frente á frente.

—Podrías haber esperado á que pasase yo,— dijo el viejo.

—Y vos podrías andar más ligero,—respondió René.

—Es que no puedo andar fácilmente, porque padezco de gota.

Y con el remate de su bastón mostraba el pie derecho deformado, y sus gruesas zapatillas.

—Pues cuando se tiene gota (contestó René, descoso de seguir su burla), no se viene al café-concierto. Tengo prisa, y no es culpa mía que sufráis podagra.

Y aún seguía burlándose, cuando el anciano, mirándole fijamente á los ojos, le dijo bruscamente:

—Sois el príncipe Beaumartel de Chantenay....; os conozco perfectamente.... Yo soy el general Robin. Si este nombre no os dice nada, tanto peor.

Y el General, señalando al marqués de Ferdys, que bajaba solo y se dirigía hacia ellos, añadió:

—Preguntad al señor de Ferdys, que él y yo velamos el cadáver de vuestro padre en la ambulancia.

El príncipe René, desconcertado y pálido, miraba á Robin, que, apoyado en su bastón, con la roseta roja en su sobretodo, añadía, como hablando á un soldado en día de revista.

—Chantenay, moribundo, sólo deseaba para vos que acabaseis como él: decentemente.... ¡No le

hubiera agradado mucho ver que insultáis á los ancianos!

El General se llevó la mano al sombrero, diciendo á la señora de Montpreux:

—Perdonad, señora.

Y tendió la mano al Marqués, que llegaba junto á ellos.

—Ferdys, decid á vuestro sobrino que no conviene burlarse de los gotosos, pues al paso que va no hará muy viejos los huesos.... Ni tiempo tendrá para padecer podagra, como él dice.

Y Robin se alejó entre la gente que le abría paso, mientras que René, aun en el interior del café-concierto, irritado, consultaba con la mirada á sus amigos, como preguntándoles lo que debía hacer, y Jacoba le decía alegremente:

—Decididamente, mi querido Príncipe, desde hace algún tiempo no tenéis mucha fortuna en público.

—¡La estatua del comandante.... ó del comandante! (dijo el duque de Marsan.) ¡Hubierais debido invitarle á cenar, René!

—¡Pardiez!.... (dijo el gran Nestor.) ¡Un duelo al champagne! ¡Eso sería mortal para un gotoso!

Pero el Príncipe no estaba de humor de burlas: se juzgaba ridículo, como un estudiante sorprendido en una travesura.

Y el marqués de Ferdys, acercándose á él, deslizó en su oído las siguientes frases, mientras le acompañaba hasta su carruaje:

—¿Quieres que te diga lo que pienso, René? Que ambos hemos recibido esta noche nuestra lección. Robin te la ha dado á ti, y Raimundo me ha dado á mí una lección de moral á su manera, cediéndome la plaza. ¡Bien venidas sean, si nos aprovechan!

La lección, como decía el Marqués, dada á Chantenay por el General, no había causado á éste otro efecto que el de recordarle la que había recibido de Noris. En la actualidad no tenía otra idea que salir de aquel doble ridículo mediante un golpe de efecto, demostrando á Marsan, á Aubreval y á todos, que los desprecios de la señorita Ferraud le eran tan indiferentes como las rociadas del general Robin.

—¡Vaya! (le decía su tío). Con el viejo soldado aún puedes salir bien, aunque recibiría á tus testigos...; pero con Noris... ¡Esta no te recibiría!

—¿No me recibiría?

—¡Así lo creo!

Y Chantenay sentíase picado en su vanidad por aquel desafío burlón, aunque comprendiendo que le decía la verdad. Estaba disgustado de sí mismo, aguijoneado por el doble deseo de volver á ver á Noris, y de demostrar á sus amigos

que siempre era el mismo *Flor-de-Chic*, irresistible, incomparable, triunfando de las parisienses como su antepasado Engelberto de los sarracenos: «*Moult fier mult fier*». La audacia le había salido siempre bien... Recurriría á la audacia; se presentaría en casa de Noris, y vería lo que ésta dijese, ó si se atrevía á arrojarle de ella.

¡Arrojarle! Ni siquiera entraba en su pensamiento poder salir más que como vencedor del cuarto de una mujer. Además, ¿puede haber amor propio en el amor? Y ciertamente que era amor, ó un deseo que se parecía terriblemente al amor, lo que sentía por Noris.

Sí, se presentaría á ella sin anunciarse previamente, apareciendo en el hotel de la calle Jouffroy, como cinco años antes se había presentado en la avenida Van Dyck.

¡Y era él, Chantenay, quien arriesgaba tener que hacer antesala!

Pero la «nueva mujer», en que se había convertido Noris, bien valía aquel pequeño sacrificio.

René se presentó un día en casa de Noris, dejando á la puerta el *coupé*; y habiendo dicho el criado quesalió á abrirle que la señora había salido:

—Pasadle esta tarjeta,—dijo el Príncipe.

—Es que la señora ha salido positivamente,—dijo el criado, mirando la tarjeta.

—¿Volverá pronto?

—Pronto.

—¡Entonces aguardaré!

Se le hizo entrar en el saloncito blanco que ocupaba Noris cuando no se encerraba en la biblioteca contigua á su dormitorio. René miraba las estatuillas de Sajonia y de Tanagra, los objetos del Japón,

y se fijaba en la cabeza de mujer judía ó turca, con zequés de oro en la frente, que le recordaba vagamente á Noris. Parecíale haber visto aquello en otra ocasión; pero ¡se parecen tanto todas las pinturas!

De pie, enfrente del cuadro, lo examinaba todavía, cuando se oyó en la calle el ruido de un coche. A través de los encajes de las cortinas, vió á Noris bajando de su *coupé*, esbelta, vestida de negro como siempre, y parándose un instante á examinar en la portezuela del otro coche las armas del Príncipe. Después entró bruscamente en el hotel. Noris sabía que *él* estaba allí: Chantenay lo prefería. Sin duda iba á dar orden á un criado para decirle que no recibía, ó, lo que era más probable, á darse el placer de despedirle ella misma.

Hubiera sido muy extraño que Noris no se diese el refinamiento de placer de hallarse frente á frente de él: René conocía á las mujeres.

La puerta del salón se abrió bruscamente, y Noris se presentó con el sombrero puesto, pálida y arrugando febrilmente sus guantes de Suecia. Al verla aparecer, la pareció más adorable aún que la noche que la vió en el Circo.

—¿Qué venís á hacer aquí?—preguntó Noris inmóvil, mirando también á aquel hombrecillo elegante que, visiblemente conmovido, mordía su rubio bigote.

Se había quitado su monóculo, y la luz de las ventanas daba de lleno sobre sus ojos de azul pálido. Noris leía en ellos una especie de turbación.

Tenía deseos de hacer sonar la campanilla para despedir á René; pero contemplando á aquel impertinente de otros tiempos en una actitud supli-

cante, se le antojaba, llena de feroz alegría, decir á aquel hombre todo cuanto pensaba de él, y puesto que él inclinaba el cuello, hundir sus uñas en él.

¡Ah! ¡René volvía!... Se atrevía á presentarse después de la injuria que públicamente le había lanzado al rostro. Pero ¿qué deseaba? ¿Qué había en el fondo de aquel corazón?

—¿Tenéis, pues, que hablarme, Príncipe?—dijo, con su voz acerada como un cuchillo.

—Sí (respondió René): hace cinco años que deseo tener con vos la explicación que hoy solicito. Y acentuaba esta última palabra, que invertía completamente los papeles.

Noris había sonreído cruelmente.

—¡Cinco años! (dijo.) No es corto tiempo. ¿Y es mi... amabilidad de la otra noche lo que os ha impelido á este paso? En fin, puesto que queréis una explicación, expliquémonos. Podéis tomar un sillón y sentaros, porque sospecho que será larga. Yo no tengo más que escuchar.

Había arrojado sus guantes sobre la chimenea, desatado las bridas del sombrero, y con la luz que jugaba en su frente y cabellos, admirablemente bella y sentada delante de René, fijaba en él sus miradas tranquilas.

El Príncipe había formado, sin duda, su plan de ataque, sabiendo que en tales momentos los minutos son horas.

El táctico fué derecho á su objeto:

—¿Sabéis que teníais razón la otra noche al tratarme como lo hicisteis?

—¿Lo creéis así? También es esa mi opinión. Me alegro de que sea la vuestra.

—¡Noris, he sido tan cruel con vos!

—¿Cruel?... ¿Os lisonjeáis?... Habéis sido.... Busco el calificativo, y no lo encuentro.... Por otra parte, sería esto perder tiempo.

—Ya adivináis (prosiguió René), que si vengo aquí, es después de muchas vacilaciones y dudas....

—No, yo no adivino nada.... Me lo decís, y lo creo. Ya sabéis que tengo la costumbre de creerlos.

Todo cuanto ella decía, con la sonrisa en los labios, abofeteaba á Chantenay con implacable ironía. Sólo en algunos momentos aparecía en sus negros ojos una llama, como explosión rápida de cólera. Pero su alegría, su amarga alegría, estribaba en jugar con aquel ser, adorado antiguamente y despreciado ahora, que una vanidad, un deseo, una mera pasión, un inesperado egoismo, arrojaba á su puerta.

—Noris (decía el Príncipe, dando á su voz las tiernas modulaciones de otras veces); quisiera que pudieseis leer en el fondo de mi pensamiento.... He pensado en vos frecuentemente....

—¿Frecuentemente nada más?... ¡Yo pienso en vos.... siempre!

—Sois implacable; y tenéis derecho á serlo...., y cuando medito en.... nuestro pasado...., sufro una contrariedad, un remordimiento....

—¡Ah! Sí, me lo habían dicho, pero no lo creía.

—¿Quién?

—Gardanne.... Hoy todo se sabe por los periodistas.

—Si Gardanne os lo ha dicho, contra su costumbre, estaba bien informado.... ¡Lamento tanto la pérdida de aquel pasado!.... ¡Un paraíso perdido!

—Muy romántico es todo eso para un hombre como vos.... Pero no habéis perdido ese paraíso;

lo habéis enfangado, y lo habéis dejado sin asomos de ese remordimiento de que me hablabais.... ¿Para qué remover hoy esas cenizas?

—¿Para qué? ¿Pues no me comprendéis?

—Tengo miedo de comprenderos, y os suplico me digáis si venís aquí para participarme algo serio ó para recitarme frases á que no concedo aprecio. ¿Os admira esto? Es que no soy la misma mujer, querido Príncipe. Dícese que el corazón se rompe; esto no es cierto: lo que hace es endurecerse.

Beaumartel, con la voz muy baja y tratando de acercarse á Noris, empezaba la serie de sus frívolas excusas.

—Es preciso perdonarme.... Mi familia...., mi madre....

Noris le interrumpió.

—No digáis eso, propio solamente para convencer á una griseta. Las mujeres como yo, no sólo pueden mirar de frente la verdad, sino que la adivinan. Juegan su existencia entera en su primer amor. Yo os encontré en mi camino; jugué lealmente, y perdí. Yo os hubiera adorado toda mi vida; pero eso os pareció muy largo y muy enojoso....

—¡Muy peligroso!—murmuró el Príncipe.

—Es igual. Evidentemente había peligro, pues se trataba de vuestro porvenir. Un Príncipe adulado, adorado, no es gran señor cuando trata de convertir en su querida á una pobre joven crédula, leal, confiada y absurda; pero lo es,—ya os lo dije cuando podía interesarme,—y recuerda su pasado brillante y su porvenir, si trata de convertirla en su mujer.... Entonces, ¿qué cosa más sencilla? Se abandona á la joven, se la deja entregada á todos

los azares, á todas las tentativas, á todas las desesperaciones!.... Y si ella cae, ¿de quién es la falta? Yo os amaba hasta el punto de ser capaz de matarme por vos como una costurera sentimental, y faltó muy poco para que vuestro revólver no os libertara de mí. Y en verdad que no sé si hubiera sido preferible morir siendo vuestra querida, á vivir siéndolo del Gran Duque. Cierto que habría manchado de sangre vuestra alfombra; pero eso se lava.

René la contemplaba con los ojos ardientes, sobrexcitado por aquella cólera, sacudido por aquella ironía que le desafiaba, y furioso por no poder decir, como antiguamente, que era el dueño adorado de aquella criatura adorable.

¡Cosa extraña! En aquella Noris, sentada frente á él, no había nada que recordara á la de otros tiempos: era verdaderamente otra mujer, una conquista nueva, una tierna virgen para su voluptuosidad. Y entonces, bebiendo con la mirada todo aquel encanto y hablando con sinceridad, exclamó:

—¡Ah! ¡qué loco he sido.... y qué necio!

—¡No! (dijo Noris, con la mirada clavada siempre en él.) ¡Lo que habéis sido es un miserable!

Él se sintió más atraído que insultado por la injuria, y, acercándose á ella, añadió:

—¡No te conocía!

—¿Qué decís? (preguntó Noris con altanería.)

¡Ah! Comprendo: no sospechabais que la niña crédula de diez y nueve años llegase á ser la mujer implacable de hoy, que os odia casi tanto como os amó....

—¿Que me odia?

—¡Que os odia y os desprecia!

Esta vez hubo en él un movimiento de protesta;

pero continuó, tocándole en el brazo para hacerle sentar, y teniéndole allí como magnetizado:

—¿Y sabéis por qué? Porque después de haberme injuriado en mi confianza, os habéis mofado desapiadadamente de mí.... Y ahora estáis pronto á suplicarme que vuelva á ser vuestra querida.

Entonces sonrió René, como si al pronunciar descarnadamente la frase, Noris le hubiera ahorrado una debilidad penosa, la cobardía de una nueva declaración.

—¡Oh! Si tú supieras....

—Decidlo de una vez...., ¿no es cierto que me amáis?

—¡Pues sí, te amo, te amo, y por eso he vuelto! Quiero hacerte olvidar todo cuanto has sufrido por mí.

—Olvidar, señor de Chantenay; olvidar es imposible.

—Y recordarte (añadió, aproximándose á ella, y casi de rodillas, como antiguamente en la calle Brochant), recordarte nuestros felices días...., esos recuerdos que siempre conserva el corazón, aunque uno trate de ahuyentarlos.... ¿Nunca has pensado en renovar aquellos tiempos, tú adorada, yo arrepentido; tú perdonándome, y yo haciendo por que me perdones?....

Noris seguía sonriendo.

—Es una romanza muy bonita (dijo al fin, irrisamente). Pero ¿y si me hubiera quitado la vida, como Fanny Love, como las que tienen más valor ó más necedad que yo? ¡Ellas tampoco habrían tenido que hacer más que vivir y esperar para ver arrepentidos, como vos, á los que las ultrajaron y despidieron!

—Arrepentido, sí.... —dijo el Príncipe, intentando cogerla una mano, que ella retiró con un movimiento instintivo de repulsión.

—Veo que ahora no me abandonaríais....

—¿Abandonarte ahora?....

—Ahora que no tengo los candores de niña, y sí las insolencias de entretenida.

—¡Ahora que eres otra mujer!.... (exclamó René.)

¡Mujer bella, irresistible....; una mujer que yo no conocía; pero adorable como ayer y como siempre!

Se había levantado, mirando instintivamente en su marco de oro *La judía de Marruecos*, que momentos antes el Príncipe había comparado con ella, y dijo, apoyándose de brazos sobre el respaldo de su sillón:

—Otra mujer, sí, tenéis razón.... Ya conocéis mi lema: «Me sobrevivo»: algo pretencioso, pero exacto. En una misma mujer hay tantas mujeres como fiebres ó alegrías experimenta. No soy la Noris que amasteis antes; soy la Noris rodeada por este lujo; ¡la Noris que pertenece á otro!

—¡Noris!—exclamó Chantenay, excitado por aquellas ironías.

—Y estáis celoso de este otro...., como si no fueseis vos quien me ha entregado á él.... Leo en vuestro pensamiento con tanta claridad como en un libro.... ¡No soy la misma mujer! Estos ojos, esta sonrisa, estos cabellos, son nuevas seducciones.... Cuando yo regalo un vestido á mi doncella, observo en seguida que su seda era aún magnífica y que le sienta muy bien á la muchacha.... Aún espero yo veros furioso contra el Gran Duque, al que dejasteis, como un vestido usado, vuestros amores muertos. Y veis todo esto, porque habéis vuelto á encon-

trarme en el Circo, y he removido á latigazos vuestros recuerdos; entonces comprendisteis que aún podíais embriagaros con lo que quedaba en el vaso que dejasteis. Me perdonais mis frases de novela, ¿no es esto? Es una antigua costumbre heredada de mi padre.... ¿Os arrepentís, pues, Príncipe de haber arrojado mi amor como una corteza vacía?

—¡Con toda mi alma!—dijo René.

—¿Y si por casualidad ó por débil cobardía voliese á ser para vos lo que fuí antes?

—Sería el más fiel y el más adicto de vuestros criados.

Ella le miró largo tiempo, complaciéndose en verle humillado.

—¿De veras?—preguntó.

—De veras.

—¿Por vuestro honor?

—Por mi honor.

—¿Honor de enamorado ó de caballero?—preguntó con ironía, semejante á una estocada.

—Por mi honor de caballero.... ¿Me creéis ahora?

—Os creo,—dijo Noris lentamente.

—Entonces, adorada mía....

Ella le indicó con un movimiento de cabeza la *Marroquí* de Delacroix en su marco.

—¿Reconocéis eso?

El Príncipe miraba sin comprender.

—Es un Delacroix que juzgasteis bastante mediano cuando le visteis en casa de mi padre.... Apuesto á que ahora lo juzgáis soberbio.... ¡El marco, amigo mío, el marco!.... Á mí no me amáis: amáis á la mujer insolente que se ha desquitado de vuestros antiguos desdenes.... No soy la primera á quien se juzga encantadora por haber

olvidado el agua en que se mojaba los pies, por el oro en que se manchau las manos.

Si hubiera querido enloquecer al Príncipe, arrancarle á la señora de Montepreux y someterle á ella, no hubiera obrado con más destreza. Cada una de sus palabras atizaba más y más el amor de Chantenay. Impulsado por ardiente curiosidad, y á riesgo de ser despedido por un criado, había acudido á aquella casa en que se impregnaba de amor y pasión, y se embriagaba de deseos. Jugando con aquel amor antiguo, había jugado con fuego, y entonces sufría lo que antes había hecho sufrir. Parecíale que la había perdido, y que volvía á hallarla transfigurada: su rostro, de ordinario frío, impasible y diplomático, se había vuelto suplicante, y encerraba todos sus sentimientos en un suspiro.

—Cuando se encuentra á una mujer como vos....

—Sela guarda, so pena de no volver á encontrarla nunca (interrumpió Noris bruscamente). ¡Irreparable, querido! ¡Dícese comúnmente que una mujer que no ama ya, muestra menos desdén á un extraño que al amante de la víspera; y nuestra ruptura, la vuestra, no data ciertamente de ayer!....

—¡Ah! Decididamente, no sentís piedad.

—Soy de vuestra escuela, señor de Chantenay.

Y recordaba Noris aquel triste crepúsculo vespertino en que había acudido á la avenida Van-Dyck á suplicar al hombre que ahora decía á su víctima que carecía de corazón.

¡Cuán feroz y seco se había mostrado él entonces! Y si ella no era ya la misma mujer, ¿era él acaso el mismo hombre que cinco años antes la arrojaba sin remordimiento al suicidio ó al fango?

Y mientras más profundizaba Noris con su mirada en aquel corazón vacío, mayores deseos despertaba en aquel hambriento de sensaciones, irritado, puesto en jaque, domado por aquella mujer á quien intentaba subyugar.

Chantenay tuvo un movimiento nervioso, violento, casi sincero, en que toda su educación falsa se derrumbaba con dolor verdadero, y cogiendo á Noris las manos inertes que ella le abandonaba:

—Pues bien (exclamó): tenéis razón; he estado ciego, y he sido un miserable.

Ella respondió solamente:

—¿Lo notáis ahora?

—¡Mi vida entera como expiación!

Noris retiró sus manos de las de René.

—Es ya tarde, Príncipe.... La señorita Feraud que os escuchaba, ha muerto; ya sólo queda Noris, que no os ama.

Chantenay golpeó coléricamente el suelo con el pie.

—¡Pero que ama á otro!—dijo en seguida.

—¿Al Gran Duque?—preguntó Noris lentamente.

—No.

—¿Pues á quién?

René la miró frente á frente, y pronunció este nombre:

—¡Raimundo!

Ella se estremeció, pero dijo friamente:

—No consiento que se mezcle en mi vida á los que estimo y me respetan. Sin duda habéis venido á enteraros de lo que es hoy la que fué vuestro juguete. Ya lo sabéis. Para en adelante, os advierto que nunca estaré en casa para vos.

—¿Ferdys os ha mandado que me neguéis la entrada?

Había dicho esto con violencia febril, aunque bajando luego el tono ante la mirada de Noris.

—Por vuestra venganza misma, os ruego que me permitáis volver á veros.

—¿Por mi venganza?

Y mostraba una risa falsa.

—Vaya, pobre Príncipe; resignaos..., que ya tenéis bastante.

—No comprendéis..., no creéis....

—He creído, y por creer tanto, perdí mi juventud: bien he pagado mi credulidad.

Y tocó un timbre. Era despedirle.

—Queréis que me ausente? Lo lamento, porque tenía mil cosas que deciros.

—Ya veis que sería demasiado largo.

—Pues bien (dijo él bruscamente); os escribiré.

—No os reconozco (dijo Noris, abriendo extraordinariamente los ojos). Los juramentos vuelan; pero las cartas no.... ¡No sois el mismo!

—Vos sois quien ha cambiado.

—Pero ganando.... materialmente. Adiós, Príncipe.

—No, no....; hasta más ver,—dijo Chantenay nerviosamente.

—Sea, hasta más ver....; pero no en el paraíso perdido: ¡á lo sumo, en el purgatorio!

El ayuda de cámara estaba á la puerta. El príncipe de Chantenay se inclinó ante Noris, y cuando hubo desaparecido, cuando escuchó rodar su coche por el empedrado de la calle Jouffroy, la joven tuvo una conmoción de disgusto y de cólera.

¡Miserable hombre! Era todavía más vil de lo

que pensaba. Incapaz antes de comprender que había en ella un alma, una confianza, un amor y una fe, y ahora pronto á arrastrarse cobardemente delante de la mujer á quien había despedido.

Noris había deseado frecuentemente vengarse de él, y aquel rebajamiento era su venganza. ¡Y pensar que le había amado!...

Llamó á su doncella.

—Decid á la señorita Brunier que si va al teatro, la acompañaré esta noche....; pero á un teatro alegre. ¡Ah! (siguió diciendo, cuando Silvina salió.) La vida es demasiado triste, y la realidad sobrado sucia: ¡hacen falta, para olvidarla, locuras y necedades!....

Lo primero que dijo René á su primo, cuando le encontró, fué:

—He vuelto á ver á Noris.

Raimundo sintió una corazonada. Chantenay sabía bien lo que hacía, y puesto que se burlaban de él, él se burlaría de los demás. Estaba seguro de que Ferdys amaba á la señorita Feraud, y de que Noris experimentaba una afección profunda hacia Raimundo. Pues bien: le agradaba hacer sufrir al que le hacía sufrir.

—¿Qué es lo que querías decir á la señorita Feraud? Me habría encargado de la comisión,—dijo Raimundo.

—No lo dudo; pero hay comisiones, como tú dices, que no son realmente bien desempeñadas más que por uno mismo.

—Me pregunto qué puede haber de común entre la señorita Feraud y tú.

—Nada. Arreglo de antiguas cuentas.

Ferdys experimentaba imperiosos deseos de exigir de Chantenay explicaciones un poco más claras. ¿Para qué? ¿Tenía derecho? ¿Podía comprometer así á Noris? ¿No podía René presentarse como él en la calle Jouffroy? ¡El señor de Chantenay, puesto que se trataba de derechos, tenía más que él sobre aquella bella joven, á la que Raimundo, decididamente, amaba como un loco!...

¡He aquí que Raimundo estaba celoso! ¡Y celoso de René! Aquellos dos jóvenes se adivinaban á cara descubierta, y el uno y el otro sentían también engrandecer su pasión por aquella rivalidad instantánea. Pasión rejuvenecida en Chantenay, despertar ardiente de un amor adormecido, deseo estragado, donde la vanidad abofeteada figuraba tanto como aquel deseo mismo; en Raimundo un amor sin límites, no confesado por los labios, pero pregonado, descubierto por todas las palabras, todas las miradas, amor loco, ocultando á Ferdys todo lo que le rodeaba, dejándole el espíritu vacío para todo otro pensamiento, ocupándole entero, devorándole con el fuego sombrío de las melancolías, de las tristezas, de todo lo que es el amor bravío, violento y sordo de los tímidos.

¡Ah! ¿René había vuelto á ver á aquella Noris? ¡Había osado verla! ¿Cómo no le había ella escupido su desprecio al rostro? Ahora Raimundo no osaba tampoco ir á la calle Jouffroy, por temor de encontrar una Noris transformada, entregada acaso á la pasión de los días pasados. ¡Son tan extrañas las mujeres!

Y Ferdys, descontento, pensaba en volver á embarcarse, en huir. En el ministerio, por otra parte, los disgustos le agobiaban. Le cansaban to-

das las rutinas, las peticiones, las solicitudes y las bajezas. Soñaba con su Almirante proyectos grandiosos, estudiados largo tiempo: colonizaciones, descubrimientos de tierras desconocidas á la sombra de un lienzo tricolor, extendiendo á lo lejos la querida bandera de nuestra Francia.

El almirante Pradier de Resnel volvía lastimado de la Cámara: ¡no se le comprendía! Los diputados, abogados de provincia acostumbrados á litigar sobre el muro medianero, mediquillos de cantón conocedores mejor del manejo de las sanguijuelas que del de los negocios, abrían grandes ojos y permanecían con la boca abierta cuando el Ministro, aquel soldado, hablaba del deber, del engrandecimiento lejano, de la influencia francesa....

—Es necesario tomar nuestro partido, mi querido Ferdys. Todos nuestros trabajos quedarán aquí en el archivo. Hemos hecho la obra para los ratones, los gusanos y los archiveros.

—Pero, mi Almirante, ¿si les dijérais que se trata de la patria, que hay deberes que cumplir, franceses á quienes socorrer?... ¡Qué diablo!....

—Nos responderían que sus electores no les han encargado eso, y que no serían reelegidos si arriesgasen una aventura. Por otra parte, yo he dicho todo eso, pero no lo entienden.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Salir á bordo, é ir á reventar al diablo.

Aquella herida de oficial resuelto, unida á la tristeza que sentía cuando pensaba en Noris, enervaba á Raimundo. Se volvía irritable y violento, y ni aun llegaba á hablar á su padre después de aquel encuentro en los Campos Elfseos, que era un

enojo añadido á sus disgustos. Pero la nerviosidad de Raimundo no tenía más que una causa real: Noris.

Se asustaba él mismo del profundo cambio que se operaba en sus ideas, en sus maneras de ver y de sentir. Su puritanismo se convertía en una especie de misantropía de negro pesimismo. Después de todo, era muy tonto al pensar en sacrificios, en cariños, cuando había en el mundo goces y seducciones. Y la primera de aquellas seducciones era Noris. ¿Pero por qué había René vuelto á ver á aquella mujer?

Raimundo no imaginaba el combate que se libraba en el corazón del Príncipe. Descontento como Raimundo, Chantenay se admiraba de que, por la primera vez, su capricho no fuese ley para todo el mundo. ¡Admirable, admirable aquella Noris! Volvía, dignábase presentarse ante ella, confesar su arrepentimiento, ¿y ella no le abrazaba de gozo? Hubo un tiempo en que René hubiese estallado de risa. Pero no, no podía. Se sentía humillado y asediado de deseos. ¡Se burlaba de lo que Noris podía pensar de él!.... Si ella hubiese consentido en recibirle como antiguamente, él la hubiese tolerado de buen grado ser todo lo insolente que quisiera, con tal de que su insolencia terminase en un beso. Pero no había sido así. Le habían salido uñas á la pequeña Feraud. ¡Y esto era precisamente lo que le encolerizaba, le excitaba! Absolutamente como Raimundo, René no pensaba más que en Noris. Lo demás le aburría, le aburría profundamente.

La señora de Montepreux le parecía áspera. ¡Linda á las mil maravillas, evidentemente! ¡Una

encarnación incomparable! Y aun agradable alguna vez. ¡Cuando pensaba seriamente que había soñado en casarse! ¿Se casaría? ¿No se casaría? La Princesa, su madre, le repetía alguna vez, cuando iba á besarle la punta de los dedos, y no la encontraba completamente dominada por la morfina: «Pero, René, ¿y el casamiento?» ¡El casamiento! ¡Bah! Tiempo había por delante. ¿Y por qué casarse con Jacoba y no con aquella hija de banqueros israelitas, la señorita Ahrenfeld, de la que le había hablado la señora de Chantenay? ¡Cuanto más se acordaba, más pasadera encontraba á la judía! ¿Y por qué aquélla, mejor que la otra? ¿Por qué no ninguna?

—¡Tengo tiempo de casarme! ¡Quiero casarme con una mujer que me diga algo!... Y por el momento....

Por el momento, sólo Noris decía algo al príncipe Beaumartel. Sería el marco, como ella decía. ¡El fruto prohibido, la apuesta, la atracción de lo imposible! Sí; esto era todo sin duda. Pero este era el hecho: jamás René se había sentido insultado y despreciado de tal modo. Y de no casarse con Noris, no veía con quién se casaría ciertamente por cariño.

¡Casarse con Noris! La primera vez que una idea semejante, absurda, extravagante, había pasado por su imaginación, *Flor-de-Chic* había reído á carcajadas. ¡Qué chiste! Se acordaba de cómo se había divertido con Labrignac, que se había casado con Cecilia Chalbosse, de los Bufos. Parecía, por lo demás, que León Labrignac era dichoso en Florencia, en Nápoles, no se sabía dónde. ¡Labrignac habría podido perfectamente ser dichoso en París!

Y puesto que Cecilia Chalbosse le agradaba, hubiese sido muy necio, por cualquier broma del club, en no hacer su gusto. Y Noris era otra mujer como la señora Chalbosse.

Pero pensaba demasiado en Noris.

Jacoba de Montepreux no encontraba en su amante, preocupado por aquella recrudescencia de amor, las franquezas de otro tiempo, y notaba cuán cuidadosamente evitaba hablar de aquel casamiento, que debía atenuar á sus propios ojos su debilidad. Con la Condesa, y desde la aventura del Circo, el Príncipe se había vuelto áspero, casi brutal algunas veces. La última *soirée* de placer para la linda rubia, había sido aquella comida en la terraza de los *Embajadores*. Después, Chantenay pretextaba que tenía ocupaciones, deberes, jaquecas, y no salió más con ella.

—Hasta las próximas carreras, tengo mucho que hacer,—decía.

¿Qué?

Nada, como de costumbre. Aquellas supuestas ocupaciones no eran más que un pretexto, no otra cosa.

Entonces la Condesa hizo que le siguiesen. Supo que había ido á casa de Noris, que había vuelto y que, no habiéndole recibido, se las había compuesto para encontrarse con ella en el Bosque, en el teatro, y que había rogado asimismo á su tío Ferdys que le invitase con Margarita Brunier á una comida donde se encontraría con Noris. Pero habiendo sido advertida la señorita Feraud de que el príncipe René estaría en la fiesta, no había ido. Evidentemente las noticias que obtenía la señora de Montepreux no dejaban duda alguna sobre Noris. Huía de

Chantenay. Pero Chantenay volvía enamorado ciertamente. El empeño que ponía en volverla á ver, lo probaba, por lo demás. Y, mujer, conociendo las astucias de la mujer, la señora de Montepreux se preguntaba si la señorita Feraud no cerraba su puerta sencillamente para poner al príncipe de Chantenay en el caso de sitiarse con más ardor.

La Condesa se dió, una tarde, el placer más leve de irritar á René en su vanidad herida.

—¡Y bien, mi querido Príncipe (le dijo); debéis ser muy afortunado en el juego, de poco tiempo á esta parte!

—¿Por qué?

—¡Porque, excepto conmigo, no sois muy dichoso en amor!

—No comprendo del todo.

—¡La señorita Noris!

—¡Y qué! ¿La señorita Noris?

—Severa con vos, á lo que parece.

—La señorita Noris no tiene que ser severa....

—Con el señor de Ferdys, no; pero, os lo repito, con vos, sí, mi pobre René.

—No sé (dijo Chantenay, bastante nerviosamente) lo que el señor de Ferdys tenga que hacer aquí....

—¡Cómo! ¿Lo que tiene que hacer? Parece que ama á Noris. Está en su derecho. No tiene querida. No ha dado palabra de casamiento á nadie. Y amando á la señorita Feraud, se lo dice. Se asegura asimismo que á ella le agrada oírsele decir.

El Príncipe tenía aire descontento y de disgusto.

—Mi querida Jacoba (dijo): me haréis el favor de reservar esas confidencias para vos. ¡Los hechos y los dichos de Ferdys no os importan!

—Es verdad; pero los vuestros me interesan; y la señorita Noris os tiene un poco trastornado el cerebro. ¡Á fe mía, que, cuando os hablo de ella y de vuestro primo, tomáis un aire tan chusco, que me probáis absolutamente que estáis celoso! Pues bien: ¡no tenéis habilidad para representar los *Othelo!* ¡Sois demasiado rubio! Y después, veamos: René, ¿es que no os basta ser amado por mí? Porque yo te amo, yo te amo con todas mis fuerzas; ¡te amo! ¡te amo! Y tú...., ¿me amas?

—¡Sí, sí, sí, sí!—respondió René, en un tono excitado, que era para la señora de Montepreux como una herida.

Ya no le quedaba ninguna duda. Al volver á ver á Noris, René había recobrado enteramente el amor de otro tiempo. ¿Qué tenía, pues, aquella joven? Ciertamente, Jacoba la encontraba linda, muy linda, bella, y peor aún, con su belleza altanera. Pero ¿no era ella más bonita con su blancura, sus cabellos rubios extendidos libremente sobre sus hombros de estatua?

La Condesa estaba tentada de hacer cualquier locura, de ir á buscar á Noris, de preguntarle con qué derecho le disputaba aquel hombre. Después se detenía, burlándose ella misma de aquella idea absurda.

—¡No faltaría más que esto! ¡Pedir también que me cediese su amante, como la he rogado que me prestase modelos de trajes! Y yo soy muy loca, después de todo. Que René crea amarla, ¡qué me importa! ¡Ella no le ama! Ama á Ferdys. Tanto peor para René. Que vaya á hacerse dar con la puerta en las narices á la calle Jouffroy. Volverá: soy también bastante bella para esto.

Había cometido la torpeza de hablar de Ferdys al príncipe de Chantenay. Era tocarle al impertinente el punto sensible: la vanidad. Sí, también él lo sabía; Ferdys, después de una semana de duda y de tristeza, había reaparecido en la calle Joutfroy. Los días pasaban, y en todos ellos se presentaba el joven oficial en casa de Noris, y Noris sin duda le esperaba.

Esperaba á Raimundo, aquel ser frío, reservado, encerrado en su abrigo como en su levita de uniforme, con el bigote afeitado, moreno, tímido, casi torpe, sin elegancia, sin seducción, sin *chic*. ¡Aquella idea estremecía al príncipe Beaumartel de Chantenay, que se entregaba á toda clase de ejercicios, de esgrima y equitación, para llegar á aturdirse, á olvidar, y no lo conseguía más que aquel soñador solitario de Ferdys!

Raimundo no resistía más, por otra parte, y al absorberle por entero el pensamiento de Noris, hubiese querido enteramente dedicarse á ella. ¡Era bien tonto en privarse del placer de verla, hablarla, beber un poco más de amor en su sonrisa, impregnarse en un apretón de manos! Dentro de algunos meses no estaría ya en París. ¿Dónde estaría? Pues bien: para las largas quimeras de expediciones lejanas, iba á hacer acopio de seducciones, de sonrisas, de queridos recuerdos.

No le decía nada de aquellas tristezas sombrías, de aquellos disgustos que se apoderaban de él, y que, en su carácter melancólico y nervioso, era una forma de la pasión que sentía: no le decía que la amaba; pero todo en él, la voz, la mirada, la mano, se lo declaraban á Noris.

Una vez deslizó Noris en su conversación las

siguientes frases en que se manifestaba dichosa por adivinar un afecto leal, que tan bien respondía á su lealtad.

—¡Ah! ¡Si se supiera cuán útil puede ser la amistad de una mujer, sólo se tendrían amigas!

Y Raimundo se aventuró á responder:

—Pero la amistad no equivale al amor.

—Cierto, porque vale cien veces más.

Noris experimentaba una especie de tranquilidad, de contento y de purificación, sabiendo que era amada por aquel hombre que no la hablaba de amor. ¡Se había profanado tanto la palabra sublime *amor*! El otro se la había deslizado tan pérfidamente al oído como un veneno que le llegaba al corazón, que la amistad de Raimundo, un amor disfrazado de amistad, le bastaba. Y la joven, que parecía otra mujer á René, lo era efectivamente para Ferdys la que no quería siquiera recibir este nombre que el pobre soñador dormido en el cementerio Montmartre le había dado, como marca de lo novelesco, estigma de lo quimérico, signo de la locura y de la credulidad que ella debía expiar. Quería que la llamase Susana, como su madre se había llamado, y, semejante á Marieta volviendo á ser María, Noris no se juzgaba la mujer caída cuando Raimundo le decía:

—«Pues bien: os llamaré Susana.... Yo también lo prefiero.»

Nadie le había dado este nombre, fuera de sus queridos muertos, y cuando era muy pequeña.

¡Susana! Esto era un regreso á la primavera de su vida, en que volvían á florecer todas sus virginidades. Para Raimundo era Susana amiga tierna y casto ideal de aquel joven con corazón de hé-

roe. ¿Qué le importaba ser Noris para los demás?

Su alegría al ver á aquel hombre tan diferente de los otros, y que, adorándola, la respetaba, aumentaba de día en día. Era para ella como un objetivo de su vida, como un consejo vivo, como un asilo contra la tormenta. Desde la reaparición del príncipe de Chantenay, en su vida experimentaba una tentación violenta, una necesidad de represalias, una de las rebeldías como la que cinco años antes, buscando febrilmente por los kioscos *El Betún* y *El Reporter*, le había hecho declarar la guerra á una sociedad que no había sabido alimentarla ni defenderla, y que no sabría vengarla. ¡Ah! ¡Volvía el príncipe azul, aquel baratero de amor, aquel escéptico frío, aquel diplomático mezclado de *jockey*!... Y volvía enamorado, suplicante, cobarde en el deseo, como había sido implacable en el desdén; volvía en demanda, no de amor, sino de la satisfacción de una vanidad y de un apetito, y ella, teniéndole al alcance de su mano, no tenía más que sacar las uñas y desgarrar sus carnes. ¿Vacilaría aún?

Noris había sufrido en su fe, en su candor, en su credulidad burlada; él estaba atenazado por sus deseos que renacían y su orgullo de seductor desdeñado. No logrando ser recibido, la escribía, según su promesa, y en sus cartas se mostraba no menos rastroso y suplicante. ¿Amaría acaso de veras á la que en otros tiempos había desdeñado?... Tanto mejor. ¡Aún creía estarle viendo en pie delante de ella, y limpiando su monóculo mientras que la joven lloraba! Si él padecía ahora, justo era que pagase las lágrimas que había hecho verter.

Pero Noris estaba tentada de alcanzar un des-

quite más completo: comprendía por las cartas del Príncipe que podría exigir todo, soñarlo todo, porque el Príncipe, loco de amor, todo se lo concedería. Una noche le había encontrado en el Gimnasio, y saludándola en uno de los pasillos, le había dicho apasionado y furioso, como un niño cuyos caprichos no han sido contrariados nunca:

—¿Sabéis que si otra mujer me tratase como vos, sería capaz de matarla?

Ella se había reído.

—Veo que sois vos quien pronuncia ahora frases novelescas, y es extraño... No, Príncipe; no mataréis á nadie, porque sois incapaz de amar tanto, aunque sea en dos veces y con un intervalo de cinco años. Buenas noches, querido Chantenay.

Noris ponía de su parte cuanto le era posible para exasperarle, y después de todas las humillaciones, la locura del Príncipe iba en aumento. La señora de Montepreux tenía razón: si aquella conducta fuera hija de un cálculo, no podía haber salido mejor; pero Noris, comprendiendo que podía disponer del Príncipe á su antojo, se inclinaba al afecto de Raimundo, para no utilizar cruelmente la ocasión que le entregaba á Chantenay.

Raimundo era para ella como el recuerdo de su conciencia, y cuando se encontraba junto á él, olvidando el pasado, el presente y al Gran Duque, Susana no trataba de vengar á Noris.

Hablaba con Ferdys una tarde en la Biblioteca, donde solía encerrarse con sus recuerdos, y en la que sólo Raimundo entraba, mirando por detrás de los cristales las ricas encuadernaciones, y entre las dos ventanas de vidrios multicolores que daban á aquel rincón del palacio mundano algo como el

misterio de una capilla, el retrato del anciano Ferraud. Sentados juntos, y hablando de pequeñeces para ellos interesantes, Raimundo había pasado de sus disgustos de soldado á sus tristezas íntimas, y de éstas á confidencias murmuradas, adivinadas, que no eran declaraciones y decían más que éstas, cuando llamaron suavemente á la puerta y entró la doncella, presentando en una bandeja un paquete cerrado.

—¿Qué es eso, Silvina?

—El joyero señor Hirschler.

—¡Si no le he pedido nada!

—Es que el señor Hirschler propone á la señora la compra de este collar de perlas.

—Que se lo lleve: no necesito ese collar.

—El joyero se ha marchado, diciendo que volverá mañana.

Noris había desdoblado el papel, abierto un estuche y sacado de él un collar admirable, que miró un momento, mientras los vidrios de colores le prestaban matices azules, violetas ó rojos, de rubíes, turquesas y amatistas.

—La verdad es que estas perlas son muy bellas, —dijo Noris.

—El señor Hirschler asegura que no hay ningún collar que se parezca á éste.

—Lo sé. La marquesa de Brignolles lo adquirió en la liquidación de Blanca Marigny, y lo habrá vuelto á vender.

Y enseñaba el collar á Raimundo.

—¡Ya veis, me fian esta fortuna!... Hace cinco años no me habrían dado un dedo para salvarme de la miseria.

Silvina había salido, y Ferdys dijo á Noris en voz baja:

—¿Os agrada el collar?

—No del todo.

—¡Pues es soberbio!

—Soberbio, porque cuesta caro; pero cualquier florecilla es más linda. ¡Cuando yo era joven, con un adorno de violetas sobre un vestido de muselina, estaba diez veces, cien veces mejor que hoy..., y ni me miraban!

—¿Queréis ese collar?

—¿En qué estáis pensando?... Es muy... caro.

—¿Lo queréis?

—¿Y os arruinaríais por mí?

—Haría mucho más que eso,—dijo Raimundo gravemente.

—Estoy segura de ello, mi querido Ferdys; pero me habéis obsequiado ya con algo mejor que un collar: las lilas y violetas de Versalles. Y hemos convenido que siempre conservaríamos aquellas flores.

—¡Siempre!

—Aun ajadas y marchitas.... Pero el mejor día me las devolveréis.

—¡Oh! ¡Nunca!

—Se dice eso, y después....

É indicó con su bella mano el vuelo de un pájaro.

—¡No! ¡Jamás!—dijo Ferdys, tratando de apoderarse de aquella blanca mano para imprimir en ella un beso; pero Noris se echó á reír, sintiendo que Silvina llamaba nuevamente á la puerta.

—Algún otro adorno que me envía un joyero para tentarme... ¡Entrad!

Silvina era portadora de una carta.

—Podíais haber aguardado para entregarme eso.

—Pido á la señora que me perdone; pero han insistido en que la entregara inmediatamente.

—¿Quién ha traído la carta?

—Un criado con la librea del príncipe de Chantenay.

—¡El Príncipe!—dijo Noris.

Y miró á Raimundo, que había levantado la cabeza, frunciendo el ceño.

—¡René! ¡Bah!....—añadió Noris á media voz.

Tomó la carta, la abrió con desdeñosa sonrisa, y la leyó con atención singular, mientras Ferdys percibía los cambios que se operaban en la fisonomía de la joven, pareciéndole extraños.

—¡Ah!.... (exclamó Noris, riendo nerviosamente.) Será hasta bufo....

—¿La señora da contestación?

—¡No la tiene!—respondió Noris.

—El príncipe de Chantenay ha recomendado mucho que se le dé respuesta.

—No tiene contestación (repitió Noris); podéis salir.

Raimundo se había levantado, mirando alternativamente la carta que temblaba en la mano que la sostenía, y el rostro de Noris, que las vidrieras de colores iluminaban fantásticamente. Disgustada por aquellos reflejos, ó tal vez maquinalmente, la joven bajó un cortinaje rojo plegado.

—¿Qué es esa carta?—preguntó entonces Ferdys.

—Una carta del señor de Chantenay....; ya lo habéis oído.

—Indudablemente; pero ¿qué os escribe Chantenay?

Noris pareció sorprenderse por el tono imperioso con que la pregunta había sido hecha.

—Decís, mi querido Ferdys...

—Os pregunto lo que os escribe el Príncipe.

Noris sonrió.

—¡Oh! Absurdos....: aunque os lo dijera, no lo creeríais.

—Pero....

—Estos son mis secretos.... No he de teneros al corriente de todas las locuras que me escriban.

—Yo, yo os confiaría todos los secretos de mi existencia y de mi corazón.

—¿Vos?... En primer término, si se tratase de vos, sería serio....; pero es diferente....

—¡Es diferente! ¿Queréis, Susana, que os diga por qué?

Noris se detuvo, con la carta de Chantenay siempre en la mano.

—Sí, decídmelo.

—¡Pues bien; porque yo, yo os amo, y vos no me amáis!....

Era la vez primera que le confiaba aquel amor; pero ella no experimentó sorpresa ni alegría. Hacía muchos meses que lo sabía.

—¿Y yo no os amo, sólo por no deciros lo que contiene este pedazo de papel?

—Por eso.

—Os juro, mi querido Ferdys, que no hay nada tan trivial como esta carta. Vos me amáis...., y el señor de Chantenay quiere que yo le ame: he aquí todo.

—¡Y vuestra sonrisa al leer esa carta me demuestra que René no os es indiferente!—dijo Raimundo colérico.

Ella arrojó sobre la mesa la carta, se acercó á Ferdys poniéndole las manos sobre los hombros, y fijando sus ojos en los suyos:

—¡Miradme! (exclamó): ¿es efectivamente una

sonrisa lo que veis en mis ojos?... ¡Mirad! ¡Mirad bien!

En el fondo de aquellas pupilas árabes, de aquellas pupilas soñadoras de la joven, Raimundo entreveía un ardor sombrío, algo siniestro.

—No, Susana (dijo, estremeciéndose); si yo no supiera que sois tan buena y tan franca, creería encontrar pensamientos de odio.

La hermosa permaneció así algunos instantes, y añadió después, sin dejar de mirarle:

—¡Os causo ahora miedo!

—¿Vos? Ya os he dicho que os amo, y que os juzgo la lealtad misma. ¿Por qué habíais de causarme miedo?

Sentía una verdadera delicia encontrándose junto á Ferdys y atraída por él, y siguió diciendo con tenue voz:

—¿Por qué? ¡Porque no me conocéis! Porque no sabéis todos los sufrimientos, odios, orgullos ultrajados é ilusiones desvanecidas que se han fundido en mí. Si yo os hubiera consagrado mi amor, ¿no habría sido mía vuestra existencia entera?

—¡Oh! ¡Sí, sí!

Noris se desprendió bruscamente de sus brazos, y dijo riendo, aunque con voz seca y dolorida:

—Estáis loco.... Todo lo que me decís es muy grato; pero es una broma.

—¡Susana!

—Bueno, una broma.... de parte mía. Quería saber si me amabais verdaderamente.

—¡Y saber también si tengo celos!—respondió Raimundo, irritado por la risa de Noris.

—¡Celos! ¿De quién?

—¡De René!

—¿De René?

—Sí.... Enseñadme su carta.

—¡Bah! ¿Y para qué?

—¡Es una declaración!—exclamó Ferdys.

—¡Oh!—dijo ella. Y volvió á coger la carta de sobre la mesa.

—¿Y no la habéis desgarrado?

—Ya habéis visto que no.

—Por alguna razón poderosa.

—¿Y cuál?

—¡Que amáis siempre á René!

—¡No!.... Porque le odio (exclamó Noris, desgarrando á medias con sus dientes la carta del Príncipe); porque le desprecio; porque anhelo vengarme de él, y esta carta que suplica, que implora, y en la que acaso hay huellas de lágrimas (¡lágrimas de *Flor-de-Chic!*), me prueba que el Príncipe está en mi poder, y que podré hacer de él cuanto se me antoje.

Había tal explosión de triunfo en su mirada, que Raimundo balbuceó trémulo, y dispuesto á arrancarla aquel papel y pisotearlo:

—¡Ah! ¿Os hace muy feliz esa carta?

—¡Muy feliz!.... Si yo no hubiera encontrado en mi camino á ese hombre de quien estáis celoso, ¿sabéis, señor de Ferdys, lo que sería hoy? La honrada mujer de un hombre honrado; la esposa de un escritor ó de un empleado; pero una esposa, una madre, un ser á quien se saluda con respeto.... ¡Ah! ¡Miserable!

Y miraba entre sus crispados dedos los pedazos de la carta.

—Ahora me ama, me ama...., y, adivinad lo que encierra la carta. Algo asombroso, cómico é increí-

ble... Pero no caeréis en ello, por mucho que discurráis; sería preciso para eso que fueseis esclavo de la pasión ó del capricho.... ¿Sabéis lo que me propone y ofrece vuestro primo?

Y refa de una manera nerviosa y enfermiza.

—Me ama, me suplica, solloza.... ¡Quiere borrar lo pasado! ¡Quiere casarse conmigo!

Ferdys retrocedió, con el corazón agobiado por los celos, y lanzó esta frase, que hizo enojarse á Noris:

—¿Con vos?

—Conmigo...., ¡con su antigua querida! La novela de amor desgarrada y tirada al cesto de los papeles, la recoge hoy, para hacerla encuadernar con sus armas.... ¡Tendrá el escándalo, ya que lo busca, y puesto que él se apoderó de mi juventud, yo me apodero de su nombre. ¡Quedamos en paz!

Raimundo seguía petrificado.

—¡Pero no haréis eso!

—¿Y por qué no? ¿Porque deshonraré al príncipe de Chantenay? ¡Bah! Su último amor no le costará lo que á mí me costó el primero: la vida.

Y añadió, moviendo la cabeza:

—Nada hay que temer, porque Chantenay se acostumbraría fácilmente al escándalo; menos se avergonzaría de su esposa de hoy que de su querida de ayer.

—¿Creéis, por lo tanto, que os ama?

—Sí, porque ahora soy el fruto prohibido.

—¿Y responderéis á esa carta en que os ofrece su nombre?

—¡Oh! No temáis: no es por amor.

Tan rudos acentos había en su voz, que Raimundo se preguntaba si era aquella la Noris que él

conocía. Parecíale bruscamente transformada por el odio, y no tenía más idea que huir de aquella casa y no reaparecer jamás en ella.

—¿Sabéis, Susana, que al vengaros de René no es él la única víctima?

—Lo sé: yo la primera.

—Y otros también....

—¿Quiénes?

Raimundo iba á nombrarse, pero se contuvo.

—Una mujer (dijo), una mujer que ama á René.

—Vamos; decididamente no hay como no amar para ser amados. ¿Esa mujer será la señora de Monteprenx?

—Sí; la Condesa.

—Tenía un esposo, y le engañó: tanto peor para ella,—dijo Noris fríamente.

Entonces surgió una exclamación del fondo de su ser á los labios del joven. Tomó las manos de Noris, la miró á su vez fijamente á los ojos, como poco antes le había mirado ella, y estallando su amor en una ardiente súplica:

—¿Y yo, Susana, y yo?—dijo.

En aquel grito, en aquel llamamiento, en aquella confesión, había tal fuego, que Noris cerró los ojos, temiendo por sí misma, é impulsada hacia él por un magnetismo de juventud y de pasión. No se atrevía á encontrarse con los ojos de aquel enamorado de veinticinco años, que la imploraba de rodillas, sin otro temor que el de que ella amase á René y que, más que con los labios, decía con su corazón: «¡Te amo! ¡No amo á nadie como á ti!»

Cuando abrió los ojos, ya era nuevamente dueña de sí.

—Os he encontrado muy tarde, Raimundo (dijo

con tristeza). ¡Partid, y dejadme en lucha con mi pasado!

—¿Os casaréis con René?

—¿Qué os importa?

—¿Os casaréis con él?

—Sólo el duque Vassili puede pedirme cuenta de mis actos, aunque ahora sólo sea un amigo para mí. Pero al no recordarme lo que le debo, me concede bastante libertad para cuanto yo haga. ¡Bien considere buda, bien tome por lo serio la proposición del Príncipe, esto sólo interesa al Gran Duque y á mí, ó, mejor dicho, á mí sola!

—¿Y os casaréis con René? (repetía Ferdys, exaltándose ante aquella idea, como los tímidos aguijoneados por la pasión.) ¡Decidme que eso no es posible!

—La prueba de que lo es, está en su ofrecimiento.

—¡No digo que sea imposible porque no seáis digna de él, sino porque él no es digno de vos!

—¡Pero si no le acepto á él, sino su nombre! El desquite es bueno, y no se debe perder.

Raimundo tomó bruscamente su sombrero, y después, indicando con el brazo extendido el retrato de Feraud:

—¡No os reconozco (dijo) como hija de ese hombre honrado!

Temblorosa y con la mirada ardiente, tomando la mano de Ferdys, que oprimió con todas sus fuerzas, Noris le dijo entonces, dejándole ver más profunda que nunca la herida sangrienta de su vida:

—¡Ah! no comprendéis que esa será la venganza del pobre mártir! Adiós; no penséis más en mí, y dejadme disponer libremente de mi vida, como

vos podéis hacerlo de la vuestra. ¡No volváis por aquí, Raimundo!.... Me amáis demasiado...., y yo...., yo no tengo derecho de amaros!

Le había dicho estas palabras como hubiera pronunciado un «yo os amo», rechazándole suavemente con sus manos febriles, que él hubiera querido llevar á sus labios y cubrir de besos; y comprendiendo que iba á suplicarla nuevamente con lágrimas de debilidad y de rabia que no se casara con René, tuvo vergüenza de sí mismo, y se alejó, gritando todavía:

—¡Me volvéis loco, y me destrozáis el corazón!

—¡Es posible.... (respondió ella); pero á todo se hace uno!

Pero también Noris, exhausta ya de fuerza, se ahogaba. Le había costado gran esfuerzo contestar á las declaraciones de René con sus ironías de rebelde, con sus cóleras de despreciada, pudiendo al cabo satisfacer su odio. Quería ser libre de voluntad, libre para aceptar la oferta insensata del príncipe de Chantenay, libre para ser Princesa, si lo quería así.

Á la vanidad de ser Princesa hubiera preferido cien veces el cariño de Ferdys, á quien amaba. Pero en el fondo del alma se creía indigna de él, y aspiraba acaso á utilizar la increíble oferta del Príncipe.

Sentíase también quebrantada, y quería que Raimundo se alejara, por la crisis nerviosa que se enseñoreaba de ella. Salió á pie, caminando á la casualidad, aspirando el aire libre, y repitiéndose con cólera, que aumentaba como una locura:

—¡Ah! ¡me ama!.... ¡Pretende casarse conmi-

gol.... ¡Princesa!.... ¡Yél, que desdeñaba á la joven honrada, suplica á la cortesana!

Llegó fatigada al parque Monceau, donde se detuvo, ocupando una silla, y recordando que otra vez había traspuesto aquella verja. Entre todo el despertar risueño de la primavera, Noris recordaba la tarde nublada y sombría en que acudía — á dos pasos de allí — á la Avenida Van-Dyck, para implorar angustiosamente piedad al príncipe de Chantenay. Por más que la envolviese ahora una atmósfera de felicidad y acariciase su frente un viento fresco impregnado de dulzura, sentía su alma sombría y llena de cólera, y miraba vagamente aquellas flores abiertas, aquel follaje, aquellos ramos de lilas, aquellos blancos castaños, una estatua de mármol que parecía sonreír, los pichones que caminaban lentamente por el césped, junto á los gorriones saltarines. Y de un objeto á otro, de una cesta de margaritas á un grupo de niños que jugaban sobre la arena, los ojos de Noris lo abarcaban todo, sin fijarse en nada....

—Puedo vengarme, si quiero.... ¡Puedo vengarme!

Después se detuvo más pensativa entre aquellos grupos de criaturas de mejillas rojas, cuyos gritos se mezclaban al gorjeo de los pájaros, y miró atenta y fijamente. ¡Niños! Los había dormidos en sus envolturas sobre las rodillas de sus nodrizas, y los copudos árboles parecían besar con su verde sombra aquellas carnes lácteas y aquellas rosadas frentes. Otros jugaban haciendo agujeros en la arena, llenando de tierra cubos de hojalata pintados de rojo ó de azul. Las paletadas que llevaban las ocupaban como si hubieran de conquistar im-

perios. Tenían trajes blancos, cinturones rojos, vestidos azules, grandes sombreros con cintas, bajo los cuales caían sus cabellos como sedas doradas. ¡Qué hermosos eran los niños! ¡Y cómo miraban con sus ojos inquietos, profundos, curiosos, á la dama que pasaba junto á ellos!

Noris casi se olvidaba de la loca carta del Príncipe, de las declaraciones ahogadas de Raimundo, por detallar á todas aquellas alegres criaturas, sintiéndose poseída por un sentimiento extraño: el de besar aquellos mofletes hermosotes. Sentía surgir en su alma ardores de maternidad y necesidad de sacrificarse por alguna criatura como aquellas, que corretease vacilante por entre las calles de árboles. Sí, habría sido una madre, y habría tenido una familia sin Chantenay, sin Chantenay, que le ofrecía todo aquello, falto de santidad y de amor, que le ofrecía un hogar, como le hubiera ofrecido un mobiliario. Uno tras otro hubiera querido llamar á aquellos niños, hablarles, interrogarles, besarles y llenarles de dulces y juguetes.... Ella habría querido jugar á las madres, como ellos jugaban á los caballos y á los palacios de arena.... ¡Ah! ¡La maternidad, palacio de arena de la rebelde!

De repente, destacándose del grupo de pequeños, y separado por su aya, que no quería visiblemente que jugase con desconocidos, Noris vió dirigirse hacia ella un chiquitín de cuatro ó cinco años, vestido de *mougick*, —blusa con cinturón de plata y polainas rojas,—que buscaba la sombra, y que, conforme se acercaba, iba mirándola más, acaso por las miradas fijas de la desconocida. Al llegar cerca, asió temerosamente los vestidos de la aya, mientras Noris le decía dulcemente:

—¿Te causo miedo, amiguito?

Entonces se detuvo, y su aya le dijo en inglés, que Noris conocía:

—Cuando se os dirija la palabra, Charley, hay que contestar; decid: «Señora, no; no tengo miedo».

El niño vaciló, miró al aya, y repitió tímidamente:

—Señora, no; no tengo miedo.

Noris tendió al niño ambas manos.

—¿Queréis permitirme que os bese?

—*With pleasure...* Charley, decid: «Con mucho gusto, señora».

—Con mucho gusto,—repitió la vocecita del niño.

—¿Y cómo os llamáis, caballero?

—Carlos.

—Bonito nombre.

—También me llamo Charley..., en inglés,—dijo el niño.

—¡Ah! ¿Sabéis inglés?... *You speak english, master Charley!*

—*A little*,—dijo el niño, á quien la sonrisa de Noris envalentonaba.

—Sois un guapo joven (dijo Noris), y vuestro papá debe estar muy orgulloso.

El niño respondió:

—¡No tengo papá!.... Está ahí abajo..., enterrado en el castillo.

Y mostraba con su manecita un punto invisible del espacio.

—El señorito Charley (dijo gravemente el aya, colocando la mano seca sobre la rubia cabellera del pequeño), es el señor conde de Montepreux.

—¡Montepreux!

Noris, al escuchar aquel nombre, miraba alternativamente á la mujer y al niño.

Charley, en efecto, tenía los ojos y la piel de ámbar de su madre.

La señora de Montepreux tenía un niño tan encantador, y que había consolado tanto á Noris al besarle. ¡Tenía aquel hijo, podía amarle, y era querida de Chantenay!

—¡Las mujeres son necias ó viles!

Y Noris se levantó bruscamente; después, inclinándose hacia Charley, que, siempre correcto, se había quitado su gorra de Tartaria:

—Decid á vuestra mamá que habéis encontrado á una señora, y que os ha encargado le digáis que nada en el mundo..., nada..., vale tanto como vos. ¿Comprendéis?

Entonces el aya, sintiéndose algo picada:

—No hay que decir eso á los niños (exclamó); que ya son de por sí bastante insóportables.

Y siguió diciendo:

—¿Y si la señora Condesa me pregunta el nombre de la señora....

—¡Mi nombre!.... La señorita Feraud,—dijo Noris alejándose.

Pensaba en que mientras Charley, ó «el señor Conde», como decía el aya, estaba en el parque Monceau, ella estaría acaso, cerca de allí, en la avenida Van-Dyck, en casa de Chantenay.

La imaginación de Noris suponía que no podía estar en otra parte. El niño formaba montoncitos de arena á algunos pasos del hotel del amante de su madre, mientras el padre estaba enterrado en el castillo...

Y Noris creía seguir viendo el rostro triste con que decía el huerfanito:

—¡No tengo papá!... Está allá abajo...

La señora de Montepreux en casa de Chantenay...., y acaso suplicándole, como Noris le había suplicado en otro tiempo. Sabiendo Jacoba, tal vez por el mismo René, que éste pensaba en su absurdo enlace con la señorita Feraud, había tomado el camino de la casa de su amante.

Y pensando en Charley, con su traje ruso, acudía á Noris este pensamiento irónico:

—¡Pobre pequeñuelo! Acaso me deba el que no sea su padre político el príncipe de Chantenay.

## IX.

No sin vacilaciones y cóleras había tomado René el partido de escribir á Noris la asombrosa carta que ésta había leído ante Ferdys; pero el joven Chantenay tenía por principio en la vida hacer únicamente lo que quisiera. Además, se encontraba medianamente aburrido é importunado entre su madre, que le incitaba al matrimonio, y Jacoba de Montepreux, que había llegado á ser demasiado celosa, y le recordaba con algo de encarnizamiento las antiguas promesas. Pues bien: puesto que querían que se casase, se casaría, pero á su gusto. Estaba cada vez más excitado, más áspero; se hablaba en aquel estado de excitación nerviosa en que, por despecho, por deseo, por bravata para consigo mismo ó para con los demás, es uno capaz de todos los absurdos.

—¿Y por qué absurdos? (se preguntaba cuando trataba de razonar su situación.) No hay absurdo en el mundo más que lo que nos es desagradable.

Y Noris creía seguir viendo el rostro triste con que decía el huerfanito:

—¡No tengo papá!... Está allá abajo...

La señora de Montepreux en casa de Chantenay...., y acaso suplicándole, como Noris le había suplicado en otro tiempo. Sabiendo Jacoba, tal vez por el mismo René, que éste pensaba en su absurdo enlace con la señorita Feraud, había tomado el camino de la casa de su amante.

Y pensando en Charley, con su traje ruso, acudía á Noris este pensamiento irónico:

—¡Pobre pequeñuelo! Acaso me deba el que no sea su padre político el príncipe de Chantenay.

## IX.

No sin vacilaciones y cóleras había tomado René el partido de escribir á Noris la asombrosa carta que ésta había leído ante Ferdys; pero el joven Chantenay tenía por principio en la vida hacer únicamente lo que quisiera. Además, se encontraba medianamente aburrido é importunado entre su madre, que le incitaba al matrimonio, y Jacoba de Montepreux, que había llegado á ser demasiado celosa, y le recordaba con algo de encarnizamiento las antiguas promesas. Pues bien: puesto que querían que se casase, se casaría, pero á su gusto. Estaba cada vez más excitado, más áspero; se hablaba en aquel estado de excitación nerviosa en que, por despecho, por deseo, por bravata para consigo mismo ó para con los demás, es uno capaz de todos los absurdos.

—¿Y por qué absurdos? (se preguntaba cuando trataba de razonar su situación.) No hay absurdo en el mundo más que lo que nos es desagradable.

¡Y á mí me agrada tener para mí á aquella criatura que tuvo la necesidad de no apreciar en su justo valor!

Y pensaba en cuadros de mérito, de los que se deshace uno porque cansan, y que se rescatan algunos años después con entusiasmo, y los cuales han aumentado diez veces su valor, pasando por otra galería.

—¡Esto es idiota (pensaba Chantenay); pero así sucede!

¡Casarse con Noris! Esta idea le entró súbitamente en el cerebro, una tarde en que Jacoba de Montepreux le había recordado aquella promesa de matrimonio, y seguía permanente en él. Había crecido, absorbiéndolo todo. La rabia de ser despedido encendía ardores feroces en aquel niño mimado por la vida de París. Y, además, Raimundo estaba allí, como expresamente para avivar sus deseos, sobrecitándoles por una celosa cólera. Chantenay hubiera querido enviar al diablo á su primo; le parecía que Ferdys le desafiaba, suplantándole. No era que creyese que Noris era la querida de Ferdys; era éste demasiado respetuoso, y estaba demasiado enamorado para intentarlo; pero la amaba, y era el favorito, donde él, René, no era ni aun recibido.... ¡Bufonería pura! ¡*Flor-de-Chic!* derrotado por aquel navegante. Se juzgaría esto un poco paradójico en el círculo. Costara lo que costara, René recuperaría la cuerda de la pista, y de un espolazo ganaría el Derby. El partido era evidentemente asombroso; era dar su nombre al riesgo de desacreditarse; pero no se salta por un obstáculo en el *steeple-chase* sin correr el peligro de quebrarse los riñones. Y, después, que alguna vez

había de concluir todo esto. Se le abrumaba, se le fatigaba, se le aturdía con aquella palabra de *matrimonio*. ¡Jacoba? La había encontrado graciosa, y ya no lo era. Locura por locura, un matrimonio con Noris era menos arriesgado. ¡La señora de Montepreux era toda una mujer de mundo, pero absolutamente loca! Una mujer de Charcot: hechicera como querida, imposible como esposa. Muy gentil para entonar entre amigos las canciones de los *Embajadores*. ¡Pero en su casa!.... Además, tenía al pequeño Carlos, al que René no podía sufrir. No sabía si se llegaría á acostumar á sus hijos; pero detestaba los de los demás.

Hubiese preferido aún á la judía Ahrenfeld, con su nariz de caballete, su vago acento alemán y sus millones. El título de princesa de Chantenay contrapesaba bastante aquellos millones, si bien René juzgaba que un Príncipe como él no debía casarse por el dinero, es decir, venderse.

—Y, sin embargo, René (le decía su madre); al paso que vais, querido, devoraréis rápidamente la fortuna de vuestro padre, os lo aseguro...., y si contáis con la mía, os prevengo que, á pesar de mis jaquecas, pienso guardarla largo tiempo!

Estos eran sermones bastante penosos, y Chantenay los escuchaba sin demasiado aburrimiento; pero lo que verdaderamente le impacientaba era aquel eterno espectro del matrimonio que se evocaba ante él. ¡Casarse! Bueno. Pero al menos, y lo repetía casi violentamente, al menos, casarse con una mujer que le conviniese. Y repetía: ¿no es esto? De todas las mujeres, una sola le agradaba ahora, Noris. Esto era insensato, incomprensible, pero era verdadero. Todos los recuerdos de otros tiempos le

mordían en el corazón. Después, como si la casualidad hubiese querido decididamente volverle loco, por todas partes donde iba no se hablaba más que de Noris, y aquel nombre de Noris se unía siempre el de Ferdys. Aquella misteriosa joven, inaccesible á tantos homenajes, se había humanizado. Había dejado fundir, según decía el duque Marsan, la coraza de hielo que la imponía el gran duque Vassili cada vez que la abandonaba.

Un rumor, que á la sazón hallaba crédito, suponía que Noris Feraud no fuese siquiera la querida del Gran Duque; él tenía para ella una profunda afección, la protegía, permitiéndola figurar, pero sin exigir nada en cambio. Y aquel Raimundo de Ferdys llegaba de las Indias, expresamente para seducir á la joven, pasando por encima de los aspirantes parisienses....

Decididamente la cabeza, la vanidad, los sentidos de René estaban á la vez irritados y sobrexcitados, y el joven Príncipe justamente en el período excitado de la locura. Quería á aquella mujer á quien había despedido. Hubiese dado por ella una fortuna, y consentía en comprarla aún más cara: en pagarla con su libertad y con su nombre. Vacilaba, sin embargo, comprendiendo que para un Chantenay esta era abdicación extrema; y cuando atravesaba su salón, le parecía que el príncipe Gerardo, desde el fondo de su cuadro pintado por Flandrin, se mofaba de su hijo bajo sus rubios bigotes. Pero una escena bastante violenta con Raimundo, un nuevo choque entre el Príncipe y el Marqués, decidieron á René á «dar el salto», como él decía, resueltamente, con la frente alta. Y tanto peor para quien lo hallase censurable. El

Príncipe tenía pistolas excelentes y espadas de combate para responder en ciertos casos especiales.

¡Ah! Raimundo osaba repetir á Chantenay que Noris se desentendía de su pasado, y no tenía nada que ver con el que la había seducido. Decía aquel buen Raimundo que el hombre no tiene derechos sobre una mujer para con la que se han concluido todos los deberes: se hacía moralista aquel teniente de navío, que tenía, como cualquiera, apetito de la vida parisiense y gusto por las jóvenes. Pues bien: ya vería Ferdys: ¡Raimundo no conocía bien á su primo!

—¡No sabe de lo que soy capaz! Lo que yo quiero, lo quiero, á despecho de todo y de todos.

Y el Príncipe, con la cólera pintada en sus azules ojos, y los dientes apretados bajo su bigote, concluyó, decidido á todo:

—¡Y yo quiero á Noris!

Durante la fiebre rabiosa que había seguido á aquella nueva discusión con Ferdys, Chantenay escribió la carta que Noris había recibido ante Raimundo.

Esperaba con gran impaciencia una respuesta de Noris. René estaba persuadido de que la señorita Feraud iba á aceptar aquella inesperada proposición con júbilo. Y ella no respondía. Pasó la velada en el círculo, en el teatro, en la Ópera, convencido de que al volver á la avenida Van-Dyck encontraría la carta. En la Ópera vió á la señora de Montepreux, y la habló con una sequedad que hería más que la brutalidad. Á Jacoba casi se le saltaban las lágrimas. En el palco de la Condesa estaba la joven señora de Blignac, la *caniche* infiel.

A la de Montepreux le daba vergüenza llorar delante de ella.

—¿Qué tenéis? (dijo á René muy bajo y rápidamente.) ¿Qué es lo que os he hecho?

—Nada.

—¿No me amáis?

—Sí. Pero...

Y había en aquel *pero* todo un mundo de reticencias y de cansancios, que horrorizó á Jacoba.

—¿Vendréis á verme mañana?

—¿Mañana?

Y parecía que recapacitaba si no tenía alguna ocupación más importante.

—No discurráis; sé que no vendréis; yo iré á saber noticias vuestras á vuestra casa: ¿me recibiréis al menos?

—¡Con gran placer!

El Príncipe había respondido con una sonrisa de amabilidad afectada y amorosa como un bostezo.

Jacoba sabía demasiado que había en el corazón ó en los sentidos de René otro amor; la perspicacia de sus celos le dejaba ver que René había vuelto á adorar á Noris desde que Noris le había insultado. Había en el *clubman* algo de la cortesana que ama al zafio que la golpea; la señora de Montepreux ahora, en la frialdad de René, en sus quejas de palafrenero, veía con horror que la fantasía del Príncipe, olvidada, se convertía en un frenesí.

La herida se agrandaba, le roía; tenía un hambre que le devoraba, y para la que le era menester carne viva, como á un cáncer.

Entonces Jacoba concebía ideas absurdas de violencia; tenía tan pronto tentaciones de escándalo, como deseos de claustro. Se preguntaba si

iba á despedir á René, si tomaría otro amante, ó entraría en un convento. Pero no; era á René, sólo á René, á quien ella adoraba, y lloraba con todas las fibras de su ser. Si él la hubiese dicho que abandonase todo su lujo, su hijo, y que le siguiera al fin del mundo, le hubiera seguido.

Trataba de calmarse. Puesto que Noris rechazaba á René, ¿qué tenía que temer?

¿Qué era lo que temía de un vanidoso como él? Todo.

René era capaz de proponer á Noris casarse para recuperarla.

Aquella extravagante idea se le ocurría á la celosa Condesa, justamente al mismo tiempo que al desesperado Príncipe. El terror que tal locura causaba á Jacoba, le hacía adivinarla al mismo tiempo que germinaba la idea en el cerebro de Chantenay.

—Sí (pensaba la señora de Montepreux); será capaz de tal infamia.... ¡Se lo había prometido, lo mismo que á mí!.... Afortunadamente ella no le ama, porque ama á aquel joven Ferdys.

Evidentemente la Condesa veía claro. Para resistir á la locura de René, estaba la frialdad de la señorita de Feraud. Noris, que no había respondido el primer día, tampoco respondió en los siguientes á la fatua carta del Príncipe. Se complacía en preguntarse á sí misma si iba á hacer de aquel infame su presa, y guardaba silencio, prolongando el suplicio, sabiendo que esto le lastimaría.

Chantenay perdía la paciencia. Tenía deseos de regañar con alguno, aunque fuera con Raimundo. René no tenía verdadera cólera más que contra Raimundo. Le parecía que si no hubie-

ra sido por él, Noris habría vuelto á amar al que había amado realmente cinco años antes; y Ferdys, por su parte, experimentaba contra René indignaciones despreciativas. Era aquel inútil y vicioso, quien por algunas horas de placer, por una aventura trivial, por pasatiempo, por *chic* y por estúpida vanidad, había hecho de la señorita Feraud una desconceptuada, una mujer que no se casa. ¿Que no se casa?... Chantenay, sin embargo, quería casarse. Le ofrecía, ahora que era indigna de él, aquel nombre que le rehusó cuando era ella la más honrada y leal de las jóvenes.

—¡Leal, honesta! ¿No lo era todavía Noris? Le bastaba á Raimundo preguntarse esto para que toda su fe le respondiese de la rectitud de la señorita Feraud. Nunca había encontrado conciencia más profunda, espíritu más luminoso ni más generoso corazón: se sentía ante Noris como ante un eco viviente de sus propios pensamientos, de su pasión, por lo absoluto de sus grandes ideas del honor. Algo romántica acaso, pero también lo era él. Noris soñaba con el romanticismo de las almas elevadas y de los sacrificios: había soñado con René la novela del amor único que absorbe toda una existencia del ser que se entrega á un sólo ser y no se vuelve atrás. Ella había soñado, como Raimundo había soñado también; pero él, más dichoso, realizaba su ilusión; no había amado más que á Noris, y la seguiría amando siempre.

¡Ah, pobre joven! Si en lugar de hallar á René en su camino, hubiese encontrado á Raimundo, tan á propósito para amarla y comprenderla, no sería la Noris de la que se hablaba en las crónicas como de un misterio *demi-mondain*, y de la que

Gardanne describía los bibelots del salón, y refería con palabras encubiertas la existencia íntima en sus *interiores*, publicados por el *Parisiense de París*.

—No sería la querida del Gran Duque,—decía Raimundo coléricamente.

También él, como los noveleros del club, se hacía ahora esta pregunta, con una ansiedad que le oprimía el corazón:

—¿Es la querida de ese hombre?

Aquel retrato del Gran Duque, con túnica blanca, casquete en la frente y cruz sobre el pecho, que Noris tenía colgado en su salón, sentía Ferdys deseos de romperle.

¡La querida del Gran Duque! Chantenay no vacilaba en dar su nombre á una mujer á quien se podía en París llamar la querida del Gran Duque.

¿Y si, después de todo, era aquello una calumnia? ¿Y si Noris dejaba creer que el soldado de Plewna estaba mezclado en su vida sencillamente por tener á distancia á los admiradores de su hermosura?

Cuando ella hablaba del Gran Duque, decía: un amigo, un ser original, un gran señor, cuyo capricho era permitir á aquella mujer que volviese á su orgullo de otros tiempos.

¡Qué locura! Noris, sin duda que no era ahora la querida del gran duque Vassili; pero lo había sido: ¿cómo dudarlo?

Y Raimundo sentía estallar á la vez su cabeza y su corazón.

Después, poco á poco, perdido en medio de sus dudas, examinando la nueva situación que creaba á Noris el deseo de René, ó sin analizar nada, de-

jándose llevar por su amor, que no razonaba más que el de Chantenay, pero que era de otra manera, generoso y caballeresco en sus mismos celos, Raimundo llegaba á preguntarse si, adorando á Noris y siendo adorado por ella, no iba, como René, á ofrecerla su nombre y á pedirla su vida.

Para Ferdys, como para Chantenay, todo lo que no era Noris desaparecía. Le daban tentaciones de arrancar de París á aquella mujer y llevarla al fin del mundo. París y la vida de París le descorazonaban. Los sinsabores de la vida pública, que le daban náuseas al almirante Pradier del Resnel, lo mismo que á él, quitaban á Ferdys la fe en su porvenir y el gusto de su profesión. Pero Noris era suficiente para llenar su pensamiento y exaltar su juventud: junto á ella olvidaba sus amarguras. Todavía tenía algo que querer en el mundo; la sonrisa de la mujer amada; no le quedaba más que esto.

Un supremo disgusto de su Ministro, volviendo descorazonado de una sesión donde se le rehusaba un crédito útil á sus marinos, acabó de arrojar á Raimundo á su pesimismo. El Almirante presentaba su dimisión, y Ferdys también experimentó la alegría de la libertad al salir de aquellos despachos, donde había entrado lleno de ilusiones y proyectos; tenía gana de aspirar el viento del Oeste que soplaba de Brest.

—¡Yo me ahogaba, mi Almirante!

Iba á volver á la mar. Á errar todavía, al azar, solo.

—¿Y por qué solo?

Iba á marcharse del lado de Noris, á separarse de ella, como lo había hecho cinco años antes, pero sabiendo ahora que aquella mujer le

amaba. ¡No pensaba esto! ¡Es imposible! Á la que decía adiós cinco años antes, era á la querida de René; pero hoy, ¡Noris era libre de su destino!...; sin ilusión sobre el *príncipe azul* de sus sueños, podía disponer de su existencia; y el mismo Ferdys, ¿no podía ofrecer á la señorita Feraud, viuda de su primer amor, lo que le ofrecía como prenda de un nuevo trato René Beaumartel de Chantenay, es decir, un nombre? Sí que podía; ella era el solo amor de su vida, y otro quería casarse con ella. ¿Por qué el marqués de Ferdys no había de hacerlo? No conocía criatura humana á quien confiase más seguramente el cuidado de su honor, á pesar de su caída. Y aun cuando sacrificase algo de sí mismo para salvar un alma, el corazón y el amor de Noris, ¡bien valía la pena!

Raimundo era demasiado franco y amaba mucho á su padre para no confiarle el secreto de aquella tempestad y la resolución que decididamente quería tomar, después de dos horas de duda.

El Marqués se quedó estupefacto.

Creyó que Raimundo había perdido la cabeza.

—¿Has participado lo que me dices á la señorita Feraud?—le preguntó, un poco sofocado.

—No.

—¡En buena hora! Espero que guardarás para ti solo esta ventolera.... ¡Es una locura muy agradable, pero al cabo es una locura!

—No (dijo seriamente Raimundo). Amo á la señorita Feraud; lo he reflexionado mucho; la amo con toda mi alma, y estoy resuelto.

—¡Vamos, Raimundo; la querida del gran duque Vassili!

El Marqués se encogía de hombros.

—Eres demasiado novelesco. ¡No se casa nadie con la querida de otro!

—¡La señorita Feraud no es querida del Gran Duque!

—¿Lo dices así?

—Lo creo, —dijo Raimundo.

—¿Porque te lo ha dicho ella?

—Yo no se lo hubiese preguntado. El Gran Duque está tan separado de su vida, como el mismo René.

—Hace cinco años era pobre la señorita Feraud, y hoy es rica; ¿de qué tiene ese lujo?

—¡Si consiente en seguirme, saldrá de su hotel tan pobre como la que más; no lo dudéis!

—Veamos, veamos.... Razonemos un poco.... La señorita Feraud volvería á ser pobre, convengo en ello; no es ya, ó no ha sido, si así lo quieres, la querida del Gran Duque; todavía acepto esto; pero ha sido la querida de René.

—¡Quien se ha conducido como un cobarde y la ha seducido como un bellaco!

—¿Esto más, Raimundo? (dijo el Marqués.) Tú pierdes el seso, hijo mío. ¿Vuelves de las islas Marquesas para reformar á París y para enderezar los entuertos de otros á tus expensas?

—Vuelvo á París para hacer lo que creo justo en mi alma y en mi conciencia; y lo que yo creo que es mi felicidad, y que lo es también de una persona á la que encuentro digna de mí.

El Marqués pasaba sus manos finas por sus cabellos rizados, como buscando por debajo de ellos una idea firme.

—Te ciega la pasión (dijo, por fin), y eres absurdo. No podrías vivir cuarenta y ocho horas con

la señorita Feraud, sin estar deshonrado, y yo tengo el derecho de recordarte el nombre que llevas....

—¿Entonces (interrumpió Raimundo), se está deshonrado porque se dé el nombre á una mujer á quien se ama y se estima, y no se está cuando se une ese nombre al de una querida?....

El padre miró un momento á su hijo antes de responder:

—¿Es que quieres aludir á la señorita Brunier? —preguntó el señor de Ferdys, algo pálido.

—No aludo á nadie. ¡Digo que vuestro mundo es bien asqueroso, y vuestras convenciones absurdas é innobles! Un hombre seduce indignamente á una mujer, y no se le niega el saludo. ¿Y á la mujer engañada no se le tenderá la mano?

—¡Tiende la mano á la señorita Noris (dijo el Marqués), pero no se la des!

Raimundo movió la cabeza.

—Esas no son más que palabras, y no es con palabras, como se cree en París, con lo que se resuelven cuestiones como esta. Yo amo á Noris, la amo; y si consiente en casarse conmigo, me caso.

—¿Si consiente? ¡Pardiez (dijo el Marqués), que necesitaba estar desganada!....

—¡Bastante desganada está (respondió Raimundo), cuando aún no ha dicho que sí á René, que le ha pedido su mano!

—¡René!

—René.

—¡Ah! Soberbio.... (exclamó el Marqués.) Ese imbécil de René se cree enamorado de la señorita Noris porque se burla de él, y se casará por despecho; esto se ve, y tú te arrebatas y te enfadas por

celos... ¡Me hacéis el efecto de dos dogos excitados por la misma presa!... ¡Tú tienes un gran capricho por la señorita Feraud, y lo comprendo, porque merece la pena!... Yo también la estimo, como tú dices.... ¡Pero estás más celoso de René que enamorado de ella! ¡Créeme: no digas ni hagas tonterías! Reflexiona. Dentro de seis meses René se habrá casado con la señora de Montepreux, y tú tendrás una campaña de más y una pamplina de menos. En cuanto á mí (y el Marqués se había puesto grave, casi tímido, contristado, tendiendo la mano á su hijo), te agradezco que me hayas recordado que no se deben tener caprichos demasiado rubios cuando se tienen los bigotes demasiado grises.... ¡Sí! (dijo alegremente); yo me los desteniré.... ¡Desde mañana, esto se ha acabado; tendrás por padre un abuelo!

Procuró reír, y tomando las manos á Raimundo:

—Veamos, Marqués (le dijo): ¿te vas á casar con la señorita Feraud?

—La amo,—respondió el joven.

—Si la hubieras seducido, ya sabes bien que te diría: «¡Tanto peor para ti, pero haz tu deber!»

—Yo la amo,—repitió Raimundo.

—Pero se va á alborotar nuestro mundo....

—¿Se escandalizará más, si es René quien se casa?

—¡René! ¡siempre René! Y todavía pagaría una antigua deuda...., una deuda de honor, si quieres....—¡Y después, René es René!... Pero tú....

—Yo la amo,—volvió á decir aún más firmemente Raimundo de Ferdys.

Su padre estaba desolado.

—¡Ah, pardiez! (dijo, encolerizado contra sí mis-

mo.) ¡Lo comprendo! ¡No soy yo quien debe predicarte moral!... ¿Qué autoridad tengo sobre ti? Bonito moralista un vividor impenitente.... Pero si tu madre viviese...., la harías sufrir mucho....

—Mi madre no me mandaría más que dos cosas: ¡ser honrado y dichoso!

—¿Y crees que, casado con Noris, serás dichoso? ¿Crees que se te mirará como honrado?

—Yo desprecio á todos,—dijo Ferdys

—Bueno. Pero no les basta el pretexto de tu desprecio. Cásate, no importa con quién; una mujer que no valdrá, acaso, moralmente lo que la señorita Feraud, convengo; ¡pero no con ella!... ¿Tu dicha?... ¡Es que tomas á juego hacer tu ventura!... La dicha está en una joven que no haya conocido, amado ni deseado más que á ti, de la cual serás el sueño...., el ideal...., el marido y el amante. Tu felicidad está en un convento; asiste á algún baile blanco. Mira, no está lejos; tiene diez y ocho años; y si quieres que la llame, te respondo que no tardarás en verla. Ya sabes, querido mío, que la felicidad es muy susceptible; y si no se la recibe, es seguro que no vuelve más.

Al pobre Marqués le asomaban las lágrimas á los ojos; pero las disimulaba, pareciéndole ridículas. Se desesperó por completo cuando, después de todas las razones del mundo, Raimundo le replicó definitivamente con esta razón que valía por todas las otras:

—¡Yo amo á Noris! ¡La amo, y todo lo que me digáis no impedirá que la ame!

Al día siguiente Raimundo de Ferdys vió que el Marqués había cumplido su palabra. Los bigotes del señor de Ferdys estaban blancos.

El Marqués dijo á su hijo claramente :

—Tengo una noticia que darte.

—¿Cuál?

—El gran duque Vassili está en París. Para el gran premio sin duda.

—¡Ah!—dijo Raimundo.

Estaba pálido.

El Marqués encendía un cigarro.

—Sí (dijo negligentemente); aquella pobre Margarita Brunier es quien me lo ha dicho hace un momento.... Te anuncio que podrás ir á comer en los Embajadores cuando te plazca.... No me volverás á encontrar allí con Margot.... ¡Pasión rota!.... ¡La pobre ha llorado, palabral.... ¡Costumbre de señora!.... Es muy buena muchacha Margarita.

Y mientras, Raimundo, aterrado, pensaba en aquel inesperado que venía á abotetearle en plena esperanza, «El Gran Duque está en París».

—Ya sabes (añadió el señor de Ferdys): si apuestas, toma *Frontignan*. Es el vencedor del Derby.... ¡Todo Jockey le tiene por favorito, desde Chantilly! ¡Buenos días, Raimundo!

X.

—¿Qué es lo que tenéis, mi querida Noris?

—¿Yo? ¡Me aburro, á pesar mío y á pesar de vuestra Alteza; me aburro, y me ataca los nervios toda esta batahola!

—Si estáis delicada, no permanezcáis en este sol (dijo el Gran Duque); el día es caluroso, en efecto.

—¡Y será largo!

Noris había dicho bajo las últimas palabras, y volviendo la cabeza en torno suyo, miraba á la muchedumbre con una expresión de cansancio: sus ojos negros estaban tristes bajo sus fruncidas cejas.

Esto pasaba en Longchamps el día del gran premio. Noris se había levantado nerviosa, con mil ideas revoloteando en su cabeza desde que se había despertado.

Hacía buen tiempo; la doncella entreabrió las pesadas cortinas, y entró un rayo de sol: el cielo sonreía un hermoso cielo de Junio, todavía primaveral como un día de Mayo; y el traje de Noris

El Marqués dijo á su hijo claramente :

—Tengo una noticia que darte.

—¿Cuál?

—El gran duque Vassili está en París. Para el gran premio sin duda.

—¡Ah!—dijo Raimundo.

Estaba pálido.

El Marqués encendía un cigarro.

—Sí (dijo negligentemente); aquella pobre Margarita Brunier es quien me lo ha dicho hace un momento.... Te anuncio que podrás ir á comer en los Embajadores cuando te plazca.... No me volverás á encontrar allí con Margot.... ¡Pasión rota!.... ¡La pobre ha llorado, palabra!.... ¡Costumbre de señora!.... Es muy buena muchacha Margarita.

Y mientras, Raimundo, aterrado, pensaba en aquel inesperado que venía á abotetearle en plena esperanza, «El Gran Duque está en París».

—Ya sabes (añadió el señor de Ferdys): si apuestas, toma *Frontignan*. Es el vencedor del Derby.... ¡Todo Jockey le tiene por favorito, desde Chantilly! ¡Buenos días, Raimundo!

X.

—¿Qué es lo que tenéis, mi querida Noris?

—¿Yo? ¡Me aburro, á pesar mío y á pesar de vuestra Alteza; me aburro, y me ataca los nervios toda esta batahola!

—Si estáis delicada, no permanezcáis en este sol (dijo el Gran Duque); el día es caluroso, en efecto.

—¡Y será largo!

Noris había dicho bajo las últimas palabras, y volviendo la cabeza en torno suyo, miraba á la muchedumbre con una expresión de cansancio: sus ojos negros estaban tristes bajo sus fruncidas cejas.

Esto pasaba en Longchamps el día del gran premio. Noris se había levantado nerviosa, con mil ideas revoloteando en su cabeza desde que se había despertado.

Hacía buen tiempo; la doncella entreabrió las pesadas cortinas, y entró un rayo de sol: el cielo sonreía un hermoso cielo de Junio, todavía primaveral como un día de Mayo; y el traje de Noris

desplegaba su esplendor en una silla larga. Cosa de exquisita elegancia.

¡Cómo se iba á mirar allá abajo con los gemelos á Noris! ¡Y cómo este nombre «Noris» iba á correr por todos los labios! ¡Noris! Un nombre que no le parecía ser el suyo desde que Raimundo la había vuelto á dar el de su infancia inocente: *Suzana*.

El año anterior, en aquella misma fecha, Noris se había despertado casi alegre dentro de su amargura. Aquel escándalo del gran premio y aquella *Kermesse* de lujo, la atraía como una fiebre que podía proporcionarle el olvido. Pero ¿es que se olvida? Había sentido como una gozosa ironía pensando que los gacetilleros y los cronistas iban á describir su traje y recoger sus palabras.

Aquella comprobación de sus éxitos por los mismos que habían mordido á su padre, le daba cierto gozo.

Pero aquella vez, no; la jornada del gran premio le parecía simplemente un aburrimiento pesado, insoportable.

El Gran Duque tenía capricho por este espectáculo, y se creía parisiense porque se mezclaba á veces en aquella muchedumbre. Y la certidumbre del triunfo de Noris añadía para él otra seducción á aquella jornada. Le había suplicado que fuera á Longchamps; no le pedía demasiado sacrificio; llegaba de Petersburgo; no debía pasar más que tres semanas en París, y desaparecería hasta la época de ir á Niza. Pero la afición, de amistad ahora, que le inspiraba Noris, anhelaba para la joven éxitos indiscutibles.

Para el Gran Duque, aquella Noris era obra

suya: le enorgullecía un poco á S. A. haber inventado una parisiense que dirigiera la moda en París. Después de haberla deseado por su hermosura, la estimaba sólo por su *esprit*. El Gran Duque estaba retenido por la amistad, después de haber sido atraído por un capricho. Aquella mujer, en la que comprendía un alma superior, y que le hablaba pintorescamente, le agradaba; pero no buscaba á su lado lo que otras podían darle: el placer: no le pedía más que lo contrario de lo que las otras le daban: ingenio, conversación, reflexiones, olvido también. El Gran Duque pasaba por amar con un amor desgraciado á una gran señora de su país. Estaba al corriente de la existencia de Noris, y sabía con agrado, como la realización de una irónica paradoja, la manera que la joven tenía de retener á las gentes á distancia.

—No hay en París (decía Vassili) quien pueda hallar juntas en una burguesa esta altivez de Princesa y esta pureza de raza.

Los mismos artículos que dedicaban los periódicos á la querida del Gran Duque, no desagradaban á la alteza rusa. ¡Su querida! Esto le lisonjaba mucho.

Pero se alentaba su vanidad dejando creer que aquella linda joven no era de nadie, más que suya. A ningún precio hubiese abandonado á una mujer que á sus ojos formaba parte de su casa, ni hubiese renunciado á mostrarse solícito junto á ella un día de diversión al aire libre, como en el gran premio de París. Por un momento había tenido la idea de llevar con ella á Longchamps á Margarita Brunier; pero había encontrado á la joven en un estado singular de disgusto, fatigada también ella de aquellos espectáculos, cansada, extenuada. Aunque jo-

ven, Margot había visto tantos grandes premios, y que se parecían todos como los Grandes Duques! Todas aquellas carreras, unas mojadas y húmedas, y otras animadas por un hermoso sol, en aquéllas salpicando el lodo como granizos negros, y en éstas subiendo la polvareda como si fuera humo alrededor de los carruajes; todas tenían, en suma, algo ya visto ó previsto y de rigor.

—No, mi querida Noris; ¡el gran premio se correrá sin mí este año. Ya he ido bastante. Me hago vieja. ¡Esas cosas me aburren!

¡Vieja Margot, á los veintiseis años de edad!

—Y cuando ahora nada me entretiene, á los treinta años entraré en un convento para distraerme.

Margarita no decía que lo que á la sazón le disgustaba más de lo que nunca hubiera ella creído, era la resolución adoptada por el marqués de Ferdys de romper las relaciones de una manera correcta, aunque brusca. El viejo había prometido á su hijo cesar en sus devaneos, y cumplía la palabra; y Margot de nada podía acusarle, puesto que había roto la cadena con tijeras de oro. Pero la pobre tonta se había acostumbrado á aquella existencia sin inquietudes, y, á pesar de sus cabellos grises y de las arrugas sobre los ojos, el Marqués le agradaba, y aun le amaba, preocupándose del porvenir, á pesar de sus frescas mejillas y de sus alegres ojos.

Y ahora le sería necesario volver á la absurda y triste vida de las de su clase, buscar otro amor, y pasear del brazo de otro hombre su misma falsa alegría y su misma sonrisa, que formaba parte de su belleza.

Poco á poco, no queriendo contar nada en un principio, Margot iba á confiarse á Noris, y hasta el cuadro del hotel en que iba á dar salida á sus confidencias agregaba á su tristeza una ironía. ¡Ah! ¡Qué gana tenía de venderlo todo y de enterrarse en el rincón de un pueblo, con perros, gallinas, una chaqueta de percal sobre los hombros, pero con derecho á vivir, comer y dormir á su capricho!...

—¡Ah! ¡abuela Brunier, detestable mujer, que me has arrojado á esta vida!—decía Margot, amenazando con los puños al fantasma invisible de la vieja enterrada cerca de la tumba de Feraud, á lo largo de la muralla de Montmartre.

La linda joven tenía la voz entrecortada por los sollozos, y Noris se estremecía, pensando en el que la había arrojado á ella también hacia aquella existencia, tan dolorosa como la de Margot.

Desde que Chantenay se entregaba á ella atado de pies y manos, Noris se sentía presa de la fiebre, enferma, agitada por malas tentaciones.

¡Casarse con el Príncipe! ¡He ahí una venganza! No hubiese soñado jamás nada parecido; esto era brillante.

—Yo bien sé por qué cometería esa locura (pensaba ella). Ese hombre hasta ahora ha conseguido todo lo que ha querido, y, cueste lo que cueste, continúa su sistema.

Y con ronca voz se decía á sí misma, engañándose:

—¡Princesa!... ¡Vamos, mi virtud sería bien pagada!...

La llegada del Gran Duque había apartado los pensamientos y las tentaciones de Noris. Le reci-

bía con una cortés frialdad, pero le recibía, y la presencia de Su Alteza alejaba por un momento, sobreexcitándolas acaso, las instancias de René. En cuanto á Raimundo, ¡cosa singular!, no había aparecido, y Noris se hubiese inquietado, preguntándose si el joven Marqués habría salido de París, si no hubiera tenido noticias por Margarita Brunier.

—No viene (se decía). ¡Acaso no me ama ya!

No, no dudaba. Raimundo no venía, porque tenía miedo de ella, y tenía razón en tenerle, porque se encontraba en una de esas disposiciones de espíritu en las que la locura está cerca, acechando, precipitando en las resoluciones absurdas, en los contratiempos de la vida.

¡Dios sabe qué partido tomaría Noris entre Raimundo, á quien amaba; Chantenay, á quien despreciaba y que estaba á merced suya, y aquel Gran Duque que llegaba como para separarla del uno y del otro!

—¡Si yo fuese valiente, bien sé lo que haría: lo que Margarita piensa hacer!.... Desaparecería, me enterraría, vejetaría, y moriría en un cortijo como una aldeana!

Luego, la realidad de aquella vida de esclava lujosa que había aceptado, se apoderaba de ella; y después de haber vacilado por si seguiría ó no el partido de Margarita, que rehusaba ir al gran premio, se encontraba en Longchamps, tendida en su coche, mirada con los anteojos, saludada, admirada, y el Gran Duque viniendo á pie entre los carruajes, conversaba con aquella hermosa Noris, cuya pálida belleza resplandecía bajo el sol.

Solamente ella estaba enervada y sombría, pen-

sando en todo, excepto en los caballos que corrían. No se interesaba por nada. La multitud la aturdira, y el sol le daba jaqueca. Experimentaba en medio de aquellos ruidos de voces, de pasos, de taponazos de champagne, necesidad de silencio, de reposo; y el Gran Duque, inquieto de verla triste, le preguntaba si sufría, y por qué miraba la pista, los *jockeys*, la alfombra de hierba, los carruajes, con aquella mirada indiferente que se pasea sobre un cuadro trivial ó sobre los actores de una ópera pesada, y trataba de arrancarla á aquella repentina nerviosidad. Noris se sentía, dentro de aquel murmullo de la muchedumbre, aislada y perdida, experimentando poco á poco la impresión creciente del desaliento y de una negra soledad....

Se hubiese encontrado tan bien en su biblioteca de la calle Jouffroy, detrás de los pliegues de la cortina de seda roja, leyendo, soñando ó tendida en la penumbra de su hotel, y dejándose llevar, por la quietud de un apacible silencio, como por la dulce humedad de un baño. Allí, con los ojos medio cerrados, completamente sola, temblando oír un campanillazo que la arrancase de su entorpecimiento, tenía á veces horas de sueño, donde resumía todo lo desatado y funesto de su vida; y precisamente estaba de humor de pasar todo aquel día entre los recuerdos tristes y la melancolía de sus fiebres.... ¡Vassili hubiese hallado esto bastante ridículo! ¿Por qué había insistido para que viniese allí? Era el día de la manifestación de los insolentes lujos; era preciso presentarse en escena: un día de gran premio no se puede dejar de asistir, y el Gran Duque, creyendo distraerla, había querido que Noris

fuese una figuranta más en el panorama mundano de Longchamps.

Y una vez allí, creció, penetrándola como una niebla de melancolía, aquella dolorosa impresión, nacida del mismo ruido que le ensordecía, y la invadió por completo. ¡Hasta su Alteza le aburría! Pero no más que todo el mundo, no más que los *jockeys*, no más que aquella baraúnda. Todo la enojaba. Tenía fiebres nerviosas que le acometían de repente, y hacían decir al Gran Duque con su acento ruso:

—¡Noris es la más graciosa de las criaturas!....

Ella lo sabía. Comprendía que no se asemejaba á las otras; no era ciertamente parecida á aquellas jóvenes que la miraban envidiosamente, con ojos celosos que la acribillaban; lo mismo que la miraba también fieramente, con aire altanero, como retándola, una admirable joven, muy rodeada en las tribunas, vestida con traje á rayas de color de fuego sobre fondo marfil con gruesos *paniers*, y una manteleta de terciopelo de Génova, y que era Jacoba de Montepreux.

Noris sentía sobre su rostro, ardiente como un lente de cristal grueso atravesado por el sol, la mirada de la Condesa. Aquella pobre señora de Montepreux, que no le quitaba los ojos ni los gemelos, debía detestarla.

—¡Pobre mujer! (pensaba Noris); ¡si supiese!....

¿Y dónde estaba Chantenay? ¿Se puede correr el gran premio sin el príncipe de Chantenay? Noris buscaba al Príncipe, y no le veía. *Flor-de-Chic* estaba en el peso de los caballos. Pero estaba allí, porque ya se había oído nombrar á gente y periodistas que pasaban hablando:

—Siempre corrompido, de puro *chic*, Chantenay.

—Y corrompido es la palabra, respondió el otro.

Por curiosidad hubiese querido verle, para ver su actitud ante ella y la Condesa, las dos mujeres á quienes había mentido igualmente.

¿Su actitud? ¡Oh! ¡De seguro que sería muy *correcta*! ¡Esta era su palabra de ordenanza; Chantenay siempre muy correcto! Aquellos encuentros no le turbaban lo más mínimo; estaba habituado á ellos.

Pero, después de todo, ¿qué le importaban á Noris, ni René, ni la señora de Montepreux, ni nadie? Tenía prisa por alejarse; estaba enervada....

De repente dió un gran golpe con su abanico, y dijo:

—¡Yo me voy!

El Gran Duque la miró.

—¿Cómo? ¿Es verdad que os marcháis? ¿Estáis enferma, querida?

—No, no estoy enferma.... Pero, ya lo véis: estoy fastidiada...., nerviosa.... ¡Pido perdón á vuestra Alteza!

—¡Oh! ¡Perdono! Pero, ¿y el gran premio?

—¿El gran premio? ¡Ya veré correr el del año próximo!.... ¡Marchad!—dijo al cochero, que, aunque descontento, hizo prodigios de habilidad para salir de entre el laberinto de carruajes.

Noris estaba ya lejos, con la cabeza alta, dichosa con huir de la fiesta; le parecía que una voz, con un timbre respetuoso y acento ruso, repetía por dos veces el mismo nombre: ¡*Noris!*....

Un sólo nombre le hubiera hecho detenerse, y aquel nombre no le sabía el Gran Duque: Raimundo solo le sabía: era *Susana*. Sufría entre aquella

multitud; quería volver á la soledad para pensar. Ya escapaba á la baraúnda, y el cochero atravesaba el puente cuajado de carruajes, en tanto que Noris miraba con una vaga sonrisa el agua azulada que pasaba por debajo con partículas brillantes.

Al cabo de un momento se halló en la ciudad. La fantasía le hizo mirar aquella corriente del mundo que por el lado de Suresnes descendía hacia el terreno que ella acababa de dejar.

—Subid por el recodo,—dijo al contrariado cochero.

—Pero, señora, el caballo...

—¡Subid!

Le divertía mirar ahora aquellas calles estrechas de Suresnes, donde se precipitaba como una corriente humana. El tren de París rodaba, trayendo de allá arriba un desbordamiento de gentes prensadas; burgueses, criados, *sportmen* de ocasión y hechos de pronto, que, con los gemelos colgados, se apresuraban por ir á apostar, á jugar las economías del mes, la ganancia de la semana, el fondo de la alcancía; miraban, aunque iban apresurados al mismo tiempo que se limpiaban la frente, á aquella linda joven que, tendida en su carruaje, huía de lo que ellos iban á buscar, y se volvía desdeñosamente. Noris recibía al paso alguna mirada picaresca, alguna flor impregnada de gracia parisiense.

Lo que la asombraba era, bajo aquel hermoso y claro cielo de Junio, la estrepitosa alegría de toda aquella gente que, del brazo cariñosamente, iba á pie y riendo por el camino. Había también delante de las tabernas de Suresnes mesas y bancos al aire libre, donde se bebía vino flojo en grue-

sos vasos, sin ocuparse de Longchamps, del cercado, del peso de los caballos, ni de la *high-life*. Lindas muchachas con trajes de día de fiesta, con el cutis tostado y las manos rojas, servían de beber, y las «sociedades», colocadas alrededor de las mesas en el fondo de los jardincitos, tenían un aire de franca alegría, que recordaba á Noris las meriendas de algunas familias pobres en la plaza Clichy, cuando, saliendo ella con su padre de la calle Brochant, iban antiguamente á pasearse por aquel lado.

En la plaza de la Iglesia otro espectáculo le llamó la atención, y le hizo detener el coche. Cuando llegaba allí, se sorprendió de ver ante el pórtico una multitud esperando: granujas, muchachuelas se estrujaban formando filas, y por encima de las cofias blancas de un grupo de viejas se veía el sombrero galoneado de oro de un portero, que relucía como el sol sobre un campo de trigo negro. Instintivamente se bajó del coche y se aproximó con curiosidad: en aquella iglesia había una fiesta. Los muchachos bien vestidos que esperaban delante el paso de algún cortejo, no echaban de menos el gran premio corrido allá bajo. Sus grandes ojos se abrían, ávidos de ver una procesión, sin duda.

—¿Qué hay aquí?—preguntó Noris á una muchacha.

La muchacha se puso roja, miró á la bella dama, y respondió:

—Es que se corona á la *rosière*, ¡señora!

La *rosière*. El nombre hizo sonreír á Noris. ¿Todavía se coronaba á las *rosières* y se las coronaba el día del gran premio?... ¿Había aún *rosières* en el mundo? ¡No lo había visto nunca!

multitud; quería volver á la soledad para pensar. Ya escapaba á la baraúnda, y el cochero atravesaba el puente cuajado de carruajes, en tanto que Noris miraba con una vaga sonrisa el agua azulada que pasaba por debajo con partículas brillantes.

Al cabo de un momento se halló en la ciudad. La fantasía le hizo mirar aquella corriente del mundo que por el lado de Suresnes descendía hacia el terreno que ella acababa de dejar.

—Subid por el recodo,—dijo al contrariado cochero.

—Pero, señora, el caballo...

—¡Subid!

Le divertía mirar ahora aquellas calles estrechas de Suresnes, donde se precipitaba como una corriente humana. El tren de París rodaba, trayendo de allá arriba un desbordamiento de gentes prensadas; burgueses, criados, *sportmen* de ocasión y hechos de pronto, que, con los gemelos colgados, se apresuraban por ir á apostar, á jugar las economías del mes, la ganancia de la semana, el fondo de la alcancía; miraban, aunque iban apresurados al mismo tiempo que se limpiaban la frente, á aquella linda joven que, tendida en su carruaje, huía de lo que ellos iban á buscar, y se volvía desdeñosamente. Noris recibía al paso alguna mirada picaresca, alguna flor impregnada de gracia parisiense.

Lo que la asombraba era, bajo aquel hermoso y claro cielo de Junio, la estrepitosa alegría de toda aquella gente que, del brazo cariñosamente, iba á pie y riendo por el camino. Había también delante de las tabernas de Suresnes mesas y bancos al aire libre, donde se bebía vino flojo en grue-

sos vasos, sin ocuparse de Longchamps, del cercado, del peso de los caballos, ni de la *high-life*. Lindas muchachas con trajes de día de fiesta, con el cutis tostado y las manos rojas, servían de beber, y las «sociedades», colocadas alrededor de las mesas en el fondo de los jardincitos, tenían un aire de franca alegría, que recordaba á Noris las meriendas de algunas familias pobres en la plaza Clichy, cuando, saliendo ella con su padre de la calle Brochant, iban antiguamente á pasearse por aquel lado.

En la plaza de la Iglesia otro espectáculo le llamó la atención, y le hizo detener el coche. Cuando llegaba allí, se sorprendió de ver ante el pórtico una multitud esperando: granujas, muchachuelas se estrujaban formando filas, y por encima de las cofias blancas de un grupo de viejas se veía el sombrero galoneado de oro de un portero, que relucía como el sol sobre un campo de trigo negro. Instintivamente se bajó del coche y se aproximó con curiosidad: en aquella iglesia había una fiesta. Los muchachos bien vestidos que esperaban delante el paso de algún cortejo, no echaban de menos el gran premio corrido allá bajo. Sus grandes ojos se abrían, ávidos de ver una procesión, sin duda.

—¿Qué hay aquí?—preguntó Noris á una muchacha.

La muchacha se puso roja, miró á la bella dama, y respondió:

—Es que se corona á la *rosière*, ¡señora!

La *rosière*. El nombre hizo sonreír á Noris. ¿Todavía se coronaba á las *rosières* y se las coronaba el día del gran premio?... ¿Había aún *rosières* en el mundo? ¡No lo había visto nunca!

—¿Se puede entrar, niña?

—Con un permiso firmado por el señor Alcalde, sí, señora.

Noris no lo tenía.

—¿Y sin permiso?

—¡No se puede, señora!

Noris sintió que le tocaban en el brazo, y un chico de siete ú ocho años le dijo, poniéndose muy encarnado, y tendiéndola un papel blanco impreso:

—Yo tengo muchos permisos, señora: ¡he aquí uno! Noris cogió el papel, y dió al niño una moneda de plata para comprar dulces.

—Me esperaréis allí,—dijo al cochero, señalándole un rincón de sombra detrás de la iglesia.

Entonces entró. Mostró aquel permiso, en que se leía, bajo el membrete del ayuntamiento de Suresnes, el anuncio de la ceremonia de la elección y del coronamiento de la *rosière* «á las tres en punto, el domingo 4 de Junio»; la colocaron en una tribuna del fondo de lo alto de la iglesia, donde se halló sola por un momento, mirando como si fuese un espectáculo aquella iglesia llena de gente. Lo que veía era desde luego una bonita decoración, bien iluminada y vistosa.

En lo alto, como el armazón de un navío, aparecía la bóveda de la iglesia, con las relucientes vigas de roble negro esculpido. Por las claraboyas que había en el fondo del coro entraba la luz, confundiéndose los rayos del sol con la iluminación del altar, deslumbrante y rojo, cuajado de bujías encendidas, colgado de púrpura, el frontal con su encaje blanco y el tabernáculo mezclando su color de oro á aquel conjunto de luces.

Ante la apiñada multitud, las sillas y los bancos

separados por una línea blanca, para dejar desfilan el cortejo. Acá y allá, comisarios con los lazos de seda verde, colocando á los que llegaban últimamente amontonados á los lados, ó guiándolos hasta la tribuna donde estaba Noris, estremeciéndose con un placer singular y una curiosa emoción, y sorprendiéndose de encontrarse casi conmovida por lo que veía. Mujeres del país, lavanderas ú hortelanas de la vecindad, subían á su lado, sentándose en el mismo banco, y Noris se recogía el vestido para no quitar demasiado sitio á aquellas mujeres que estaban en su casa.

—¡Las tres! Esto no tardará (dijo una de ellas), porque el señor Alcalde es exacto.

Entonces advirtió Noris un movimiento de oleaje en la multitud: evidentemente se abría la puerta que daba á la plaza. Se oyeron sonar las campanas, y, en medio de varias personas vestidas de etiqueta, entró lentamente en la iglesia un cortejo de jóvenes de primera comunión vestidas de blanco.

Al escuchar el nombre de las de primera comunión, había sentido en el corazón una impresión extraña. Las miraba entrar, y pasaba por ella algo inesperado. Aquello era como un cortejo de fantasmas, en el cual hubiese hallado ella el de su infancia. Se volvía á ver vestida así, en la iglesia, donde su padre la esperaba y la miraba conmovido.

¡Su lindo velo blanco! ¡El traje que su misma madre había arreglado coquetamente, porque las costureras olvidan siempre alguna cosa, un nada, pero que es el todo! ¡Qué espantosamente lejos estaba todo esto! ¡Aquel vestido de niña y aquel velo blanco sería el último traje de doncella con que cubriría su frente la pobre Noris!

hubiese adornado con él para Raimundo, si hubiese tenido derecho!

De repente se oyó una voz en la iglesia: el sacerdote estaba en el púlpito y tenía un papel en la mano: la elección estaba hecha. La *rosière* estaba elegida.

En medio del silencio de toda aquella gente ansiosa, Noris oyó decir:

—Por mayoría ha sido nombrada *rosière* para el año 1883....

El sacerdote lentamente pronunció este nombre:

—¡Susana Lestrade!

Y al instante la del año pasado se quitó su corona de rosas con cintas negras, pues no tenía derecho de llevarla más: *rosière* durante un año, privada de su dignidad por la nueva, Susana Lestrade. Noris se había estremecido. La elegida se llamaba como ella, como su madre: *Susana*. Le parecía que había ironía en aquella casualidad. Susana, la verdadera Susana Lestrade, que había enrojecido, se había vuelto á poner pálida; el Alcalde la presentaba ahora á la señora, arrodillada allá arriba ante un reclinatorio, y en las manos de la *rosière*, que temblaban un poco, puso la dama dulcemente y con una sonrisa maternal, un reloj de bolsillo con las tapas de plata, y en un papel alguna moneda de oro.

—¡Una fortuna!—decía una lavandera al lado de Noris.

Susana Lestrade iba á cobrar además quinientos francos de renta, que una señora, en recuerdo de su primer hijo, había legado á la *rosière* de Surresnes. Las mujeres vecinas de Noris parecían contentas. ¡Vamos, se había elegido bien! Era una

buena muchacha la de este año. Con aquellos quinientos francos se casaría con su prometido, que era soldado, y que iba á recibir en el regimiento la noticia de aquella gran felicidad. La doncella premiada tenía á su madre loca.... ¡Oh! ¡Si ésta hubiera podido presenciar la coronación de la pobre chica!

Noris escuchaba, mirando á la *rosière*, y sentía tentaciones de quitarse una de sus pulseras y agregarla al cubierto de plata que la joven llevaría en dote á su prometido el soldado. Pero no tenía derecho á hacerlo: era allí una extraña, y nunca se había sentido tan aislada. Ahogábase, y tenía ansia por marcharse, como poco antes lo hizo de las carreras.

Bajó la estrecha escalera de madera de la tribuna, mientras las campanas repicaban alegremente y la plaza se hallaba llena de curiosos. Era preciso abrirse paso por entre las filas de muchachos, de labradores con blusas azules y de viejas con gorros de lienzo.

Antes de subir á su coche, contempló algún tiempo aquel espectáculo.

Había allí una charanga, cuyos individuos llevaban casquetes galoneados de oro, y que aguardaba, dejando relucir los instrumentos de cobre al resplandor del sol. Cuando, precedida por un Comisario, la *rosière* se presentó en el dintel del templo, llevando bajo su velo blanco la corona de rosas, la música, poniéndose en marcha, dejó oír un aire guerrero y chillón, que parecía un paso redoblado de regimiento.

Muchas voces exclamaban:

—¡La *rosière*!

Y la gente se empujaba para verla, mientras que ella, seguida de sus compañeras y rivales, vestidas de blanco, y de la *rosière* del año anterior, cruzaba la plaza siguiendo á la música, y la muchedumbre las seguía, arrastrada por el ruido musical, mientras que Noris, inmóvil, creía asistir á la marcha irónica de algo que le pertenecía: una ilusión, un recuerdo, una fe, un fantasma.

—¡La *rosière*! ¡La *rosière*!....—gritaban cerca de ella otras voces irónicas.

Noris miró á los que gritaban, y vió unas muchachas de aspecto procaz y que iban del brazo de unos jóvenes, burlándose con un tono que no parecía natural, y que sin duda,—Noris lo comprendía por sí propia,—sentían toda la amargura de su caída ante la virtud que pasaba paseada como en una mascarada ó apoteosis de encrucijada.

La música se alejaba, y el séquito se iba perdiendo en el fondo de las calles.

Noris subió al coche, exclamando:

—¡ Á París!

É iba pensando:

—He aquí algo que nunca había visto.... Hice bien en marcharme de las carreras.

Y mientras que el carruaje la conducía, sonreía tristemente, pensando en la antítesis de la *high-life* con aquella fiesta rural y aquella cándida alegría de las pobres gentes.

—¡Susana Lestrade! (murmuraba Noris, dando una entonación acongojada á su «argot» al uso.) *No está en el movimiento*, y Gardanne no podría describir su interior.... Pero, ¡ah! ¡Si yo pudiese cambiarme por ella!

Después, paseando vagamente su mirada por los

árboles de los dos lados del camino, que parecían huir, la joven sentía henchirse su corazón por un sinnúmero de recuerdos. Habíale bastado el encuentro casual de la *rosière* coronada para recordarle todo su pasado feliz, ignorante y casto: la madre, el padre, el hogar tranquilo del anciano novelista.... Ella había llevado un velo blanco como el de la aldeana, y aún creía verse con sus credulidades y sus esperanzas de otros tiempos, mirando la vida á través del velo de muselina de la primera comunión. ¡Ah! ¡El príncipe azul! ¡Los sueños! ¡El pasado!

Su pensamiento abarcaba los sucesos de los últimos cinco años, y creía verlo todo; la habitación de la calle Brochant, el Parque, el padre trabajando en el último libro, *Historia de un vencido*, y Chantenay llegando á turbar aquella paz, y ella pronta á caer sin conocer siquiera su falta; después, Feraud moribundo, y Chantenay insultándola con su abandono; sus deseos de morir, el ansia de venganza, el Gran Duque, la nueva vida, Margot, Raimundo, la señora de Montepreux....

Hombres y mujeres le parecían los personajes de una comedia irónica y mal representada, chocando entre sí y desgarrándose sin saber por qué, y todos los apetitos haciendo presa en todas las debilidades. Debilidad en Margot, ignorancia en Noris, inconsciencia en Jacoba; la caída siempre igual y teniendo por causa el deseo ó el ocio de algún calavera, joven ó viejo.

Entonces repitió su frase eterna:

—¡La falta de la mujer es el crimen del hombre!

Pero, ¿por qué el hombre no ha de pagar sus deudas? Con cinco años de distancia, podría vengarse de Chantenay.

—¡Cinco años! ¡No hay siquiera prescripción!— decía con una risa irónica, que interrumpía cruelmente sus meditaciones, y la hacía terrible, á ella, tan buena.

Después apartaba su pensamiento del lejano recuerdo, y lo volvía á la iglesia, á Susana Lestrade, al rincón de tierra que acababa de dejar, y veía en el horizonte borrarse sus colinas y sus techumbres rojas, y creía escuchar aún el alegre repique de las campanas de Suresnes.

En aquel día de primavera, en que el sol quemaba el verde de los árboles, entre los cerezos de los dos lados del camino y más allá de las alturas de Puteaux, aquel gran París blanco, con radios dorados en sus torres; en aquel feliz domingo, en que todos entonaban un himno á la vida, Noris Feraud se sentía morir de tristeza.

Al llegar á su hotel tropezó con Silvina, estupefacta, que le dijo:

—¿Tan pronto?... ¿No se ha divertido la señora?

—¡Oh, sí! He visto algo muy curioso.... : la recompensa de una joven honrada; y eso no se ve frecuentemente. ¿Hay algo de nuevo?

—Una carta, señora.

La doncella presentó el billete en la bandeja.

Noris palideció.

Era de Raimundo de Ferdys, que suplicaba á Susana le recibiese aquella noche misma.

—El señor de Ferdys vendrá esta noche. No estoy para nadie más que para él,—dijo á Silvina.

—Pero, ¿y el Gran Duque, señora?

—Para nadie (repitió Noris con disgusto); y menos para el Gran Duque.

## XI.

Cuando Silvina entró en el saloncito blanco en que se hallaba Noris por las noches, Susana tuvo un momento de emoción, adivinando que Raimundo tenía que confiarle algo muy grave.

Así es que mostró alguna cólera cuando su doncella le dijo:

—¡No es el señor de Ferdys, señora!

—¿Y no os he dicho que no recibo?

—Es que.... si la señora supiese...., acaso la señora....

—¿Quién está?

—La señora condesa de Montepreux.

Noris se levantó súbitamente de su sillón.

¡La Condesa! ¿Qué capricho ó qué locura llevaba allí á Jacoba de Montepreux, y qué quería decir á la señorita Feraud?

Noris había notado la afectación con que la Condesa la había mirado desde la tribuna, y que en aquella mirada constantemente fija sobre su mismo

—¡Cinco años! ¡No hay siquiera prescripción!— decía con una risa irónica, que interrumpía cruelmente sus meditaciones, y la hacía terrible, á ella, tan buena.

Después apartaba su pensamiento del lejano recuerdo, y lo volvía á la iglesia, á Susana Lestrade, al rincón de tierra que acababa de dejar, y veía en el horizonte borrarse sus colinas y sus techumbres rojas, y creía escuchar aún el alegre repique de las campanas de Suresnes.

En aquel día de primavera, en que el sol quemaba el verde de los árboles, entre los cerezos de los dos lados del camino y más allá de las alturas de Puteaux, aquel gran París blanco, con radios dorados en sus torres; en aquel feliz domingo, en que todos entonaban un himno á la vida, Noris Feraud se sentía morir de tristeza.

Al llegar á su hotel tropezó con Silvina, estupefacta, que le dijo:

—¿Tan pronto?... ¿No se ha divertido la señora?

—¡Oh, sí! He visto algo muy curioso.... : la recompensa de una joven honrada; y eso no se ve frecuentemente. ¿Hay algo de nuevo?

—Una carta, señora.

La doncella presentó el billete en la bandeja.

Noris palideció.

Era de Raimundo de Ferdys, que suplicaba á Susana le recibiese aquella noche misma.

—El señor de Ferdys vendrá esta noche. No estoy para nadie más que para él,—dijo á Silvina.

—Pero, ¿y el Gran Duque, señora?

—Para nadie (repitió Noris con disgusto); y menos para el Gran Duque.

## XI.

Cuando Silvina entró en el saloncito blanco en que se hallaba Noris por las noches, Susana tuvo un momento de emoción, adivinando que Raimundo tenía que confiarle algo muy grave.

Así es que mostró alguna cólera cuando su doncella le dijo:

—¡No es el señor de Ferdys, señora!

—¿Y no os he dicho que no recibo?

—Es que.... si la señora supiese...., acaso la señora....

—¿Quién está?

—La señora condesa de Montepreux.

Noris se levantó súbitamente de su sillón.

¡La Condesa! ¿Qué capricho ó qué locura llevaba allí á Jacoba de Montepreux, y qué quería decir á la señorita Feraud?

Noris había notado la afectación con que la Condesa la había mirado desde la tribuna, y que en aquella mirada constantemente fija sobre su mismo

rostro, había cólera ú odio. La señora de Montepreux debía saber seguramente por René el proyecto insensato del príncipe de Chantenay, é, impulsada por los celos, acudía á suplicar ó á amenazar —pronto había de verse— á su rival.

—¡Extraña rival! (pensaba Noris.) ¡Una rival que odia y desprecia al que *la otra* ama tal vez!

El primer movimiento de Noris había sido de disgusto. ¿Por qué buscarla y turbarla en su soledad? Si hace un momento había abandonado ella el gran mundo, ¿por qué perseguirla hasta allí? Además, aguardaba á Raimundo, y toda su inquietud se concentraba en lo que éste le pudiera decir. El resto, no sólo le era indiferente, sino hasta odioso.

Tenía ganas de contestar que había salido.... Después tuvo lástima del dolor de la mujer que no temía hacerse anunciar en casa de Noris, y hasta sintió curiosidad por conocer lo que la Condesa tenía que decirle ó quererle imponer.

Hizo señal á Silvina de que podía entrar, y aguardó en pie, mirando maquinalmente por la ventana el efecto plateado del crepúsculo sobre los arbustos y las calles del jardín. ¡Así también, cinco años antes, y aguardando al Príncipe, había mirado los árboles y el parque Monceau en el salón del hotel Chantenay!.... ¡Ahora! ¡Oh, ahora iban á suplicarla á ella!....

—¿Y por qué?... ¡Porque tengo uñas!

Al entrar en el salón de Noris, Jacoba no tenía el aire suplicante. Vestida de negro y con sólo algunas cintas rojas, penetró llevando muy alta su hermosa cabeza altiva. Saludó á Noris con un gesto breve y apenas indicado, y dirigiendo instin-

tivamente en rededor suyo la mirada curiosa de las mujeres, dijo, sentándose delante de la joven, que le indicaba una silla:

—¿Adivinaréis por qué doy este paso loco.... é inconsiderado?

—Poco falta, señora Condesa (dijo iríamente Noris), para que lo calificuéis de comprometido. Y sonreía amablemente.

Llevaba una especie de bata de satin negro que la envolvía por entero, serpenteando por su cuerpo elegante y extendiéndose en larga cola por la alfombra.

Aquellas dos mujeres de vestidos sombríos, y sentadas frente á frente, parecían llevar el luto de un mismo amor.

A pesar de su aspecto altivo y de lo osado de todas sus acciones, Jacoba de Montepreux se sentía algo turbada, y el tono frío, aunque político, de Noris atajando una impertinencia en los labios de la Condesa, la había sorprendido.

Llegaba exaltada, exasperada, de Longchamps, donde durante una hora, horriblemente larga, había visto á Noris, muy rodeada, y hacia la cual no ocultaba su amor el príncipe de Chantenay. Jacoba había comprimido uno de esos sufrimientos que ocasionan una crisis nerviosa, y, terminadas las carreras y de regreso á su hotel, con el frenético deseo de averiguarlo todo por Noris, había acudido á su casa, diciéndose que si una condesa de Montepreux entraba á ver á una entretenida, debía entrar conservando su actitud altiva, ya que no su rango.

La vienesa parisiense no tenía, por otra parte, preocupaciones. Su capricho y su felicidad sobre

todo, y puesto que la señorita Noris le disputaba aquella felicidad, iría á arrancársela... ó á comprársela. Ignoraba aún cómo había de tratar á aquella querida del gran duque Vassili, á la que el príncipe Beaumartel de Chantenay quería convertir en Princesa.

La sonrisa, entre burlona y cortés, de Noris contenía algo á Jacoba; quería dirigirle una conminación, y esperaba encontrar una criatura inquieta ó turbada al ver aparecer en su casa á una gran dama, y se encontraba á una mujer que en su actitud, tono y voz denotaba una gran seguridad y conocimiento del mundo.

Pero Jacoba no quería que fuese humilde, sino que cediese.

—Señorita (dijo, continuando la frase interrumpida y acentuándola): no quiero, con una persona franca y que me han dicho que es leal..., ensayar una diplomacia femenina... ¡Amo al señor de Chantenay!

—Lo sé, señora.

—El señor de Chantenay me ha comprometido su palabra.

—Entra en sus costumbres,—dijo dulcemente Noris.

—El señor de Chantenay debe casarse conmigo.

—¡Ah!—dijo Noris, con la linda mano apoyada sobre el brazo del sillón.

—El señor de Chantenay me ha jurado...

—¿Daros su nombre? Reconozco en esas promesas su táctica. Es un terrible diplomático en materias de amor... ¿Y habéis creído en su palabra?

—Os he dicho que le amaba,—dijo Jacoba de Montepreux.

Noris experimentó cierta tristeza al escuchar aquella voz, agresiva en un principio, y que se enternecía al hablar del Príncipe, verdadera estatuilla del egoísmo.

—Pues bien (exclamó Noris): ¡á mí también me juró hace cinco años darme mano de esposo!

Un relámpago de celos iluminó los ojos de Jacoba, á los que iban á acudir las lágrimas. Levantó la cabeza, no comprendiendo la melancolía de aquel grito de dolor de Noris, y contundiéndolo con una bravata. Todo el furor que la había llevado á la calle Jouffroy se reanimó bruscamente, como una brasa al ser soplada, y dijo con altivez, encarándose con la señorita Feraud.

—¿Luego es cierto que vais á casaros con él?

En aquella frase había tanto desprecio como desafío.

Noris se sonrió fríamente:

—¿Quién os ha dado esa noticia, señora?

Ella, á su vez, lanzaba la pregunta al corazón de Jacoba, para contestar con una ironía á su insolencia, y la Condesa, levantándose altiva, dijo á Noris, que permanecía en su asiento:

—¡El mismo Chantenay!

—Entonces (dijo Noris), ya veo que es cosa formal. ¿Y para hablarme de este matrimonio me honráis con vuestra visita?

—¡Para eso, porque no quiero que ese matrimonio se verifique!

—¿Y por qué no?

—¡Porque es imposible!... ¡Porque el señor de Chantenay está loco!

—¿Os ama aún el señor de Chantenay?—interrumpió Noris, siempre fríamente.

Y levantaba estudiadamente sus hermosos ojos negros, buscando la mirada altiva de la rubia Condesa.

—No creo que os ame aún (siguió diciendo con una lentitud feroz, que hizo estremecerse á Jacoba). Y no porque no seáis bella para que se os adore, sino porque los amores del señor de Chantenay no son más que caprichos... No ama: desea. Le habéis correspondido, y él no ama ya.

—¡Pues á vos os ama (respondió la Condesa), y vos habéis sido su querida!

Noris intentó conservar su sonrisa; pero el golpe era brutal, y una ligera contracción se dibujó en el rostro de aquélla.

—Si me ama ó cree amarme (dijo con dulzura), es precisamente porque yo no le amo ni siquiera le recibo.

La Condesa movió su hermosa cabeza de cabellos de ámbar.

—Si os ama, es porque ignora la mujer que sois; porque ignora que sois la que...

Se detuvo por una vaga piedad, lo mismo que antes se había dejado arrastrar por los celos.

Noris, que á la vez se había levantado altanera é insolente, la miraba agresivamente.

—¡La querida del Gran Duque! ¿Y creéis que el señor de Chantenay lo ignora? Creo, por el contrario, que si quiere casarse conmigo, es por eso.

La frase «casarse conmigo» hería á Jacoba como una puñalada. Cerró los ojos torturada, irritada, y al abrirlos nuevamente, dijo á Noris:

—¡Pero lo que no sabe sin duda el señor de Chantenay es que sois la querida de su primo!

—¿El señor de Ferdys?

—Ya lo oís,—dijo la Condesa.

¡Ferdys! ¡Aquella mujer, á quien no conocía, le hablaba, no ya de Chantenay, de quien no se cuidaba, sino de Ferdys, á quien amaba con todas las fibras de su ser!

Noris la miraba extraviada, estupefacta, preguntándose con qué derecho acudía aquella Jacoba á lanzarle como un ultraje aquel nombre adorado. ¿Qué le había hecho ella á la señora de Montpreux? Creía la Condesa que Noris le robaba á Chantenay... ¡Á Chantenay!...

—¿Y creéis que diciéndole que soy la amante del señor de Ferdys os amará más á vos?

—Sabrá, por lo menos, la verdad.

—¿La verdad? (dijo Noris sonriendo.) ¿Y creéis vos en la verdad de todo lo que cuentan los ociosos y los necios?... Os han dicho que yo era querida del señor de Ferdys, y encontráis muy natural venir á repetírmelo á mí misma. Hablemos franca y lealmente, puesto que venís en busca de una solución clara. Sois buena, hermosa, nacida para ser considerada y amada.... ¿Presto yo acaso oídos á lo que los envidiosos ó los necios puedan decir de vos, ahora que se habla calumniosamente de vos tanto como de mí?... ¡Oh, ya sé (continuó, viendo que la Condesa se ponía lívida al sentirse herida en su orgullo) que vos y yo no somos lo mismo! ¡Lo sé perfectamente; pero hay calumnias para todo el mundo! Escuchadme.... Es evidente que no nos volveremos á ver nunca; á no ser por vuestro dolor, no hubieseis venido á mi casa.... Creyendo que os robo el amor de vuestro prometido, de vuestro amador, de vuestro.... (elegid el nombre que deseáis dar al señor de Chantenay), aún queréis de mí

algo más; ¿el qué? Yo no sé: ¿venís acaso á ofrecerme comprarme mi negativa á la unión que el Príncipe me propone? ¿Cuánto vale un título de Princesa? ¡No me digáis el precio, porque os arrojaría de mi casa como se arroja á los que insultan! ¿Venís á suplicarme? No tenéis traza de eso. ¿Entonces á amenazarme?... ¡Tratar de asustarme!... ¡Veámos! ¿Qué es lo que queréis? ¡Pardiez! ¡Queréis vengaros de mí; decidlo pronto!

—¡Vengarme, no; quitaros la máscara, sí! Noris se echó á reir.

—¿Á desenmascararme?

—Sí (dijo la señora de Montepreux), y á advertiros que diré al señor de Chantenay quién sois.

—¿Quién soy yo?

—Sí.

—¿Decírselo al señor de Chantenay?

—¡Al señor de Chantenay!

—¿Decírselo? ¡Lo sabe muy bien; es él quien me ha hecho lo que soy!

Noris había gritado estas últimas palabras con una rabia, en la que reflujó todo el pasado.

—¡Ah! ¡Podéis decirle (dijo) que estoy degradada y envilecida!... Lo estoy, porque le he encontrado á él en mi camino; y si vos creéis en su amor, si le amáis, si continuáis adicta á su inútil y gastada vida, vos seréis tan perdida como yo después de ser seducida! ¡Mi igual! Con la diferencia de que una mancha más ó menos sobre mí no se nota, y el lodo en vuestro armiño es la muerte de vuestro honor!

Jacoba de Montepreux estaba ante Noris derecha, muy pálida, mirando con un respeto instintivo á aquella morena joven, que cruzaba el salón de un

extremo á otro con los brazos cruzados, moviendo la cabeza violentamente, como si desafiase á algún enemigo invisible.

—¡Desenmascararme!... ¿Creéis que sería desenmascararme repetir al señor de Chantenay la calumnia que ha unido á mi nombre el del señor de Ferdys? ¿Y creéis también que ante semejante revelación se volvería atrás el señor de Chantenay del ofrecimiento que me ha hecho? ¡Vamos! Si no se casa conmigo, no es porque él tema el deshonor y el ridículo; es sencillamente porque yo no quiero... ¡Es porque yo no acepto!... ¡Es porque yo no volveré á ver jamás al señor de Chantenay! ¡Es porque no es digno de mí!—concluyó Noris con un desprecio atroz.

Se detuvo de repente ante Jacoba de Montepreux, añadiendo atrevidamente:

—¡Ni de mí, ni de vos! No es digno de vos, señora; de vos, que le amáis, que le creéis, que daréis vuestra hermosura, vuestra fe, vuestra juventud á ese hombre, el más vil de los hombres!... El más vil, puesto que honrada me ha rechazado, y mancillada se casaría conmigo! Habéis venido á proponerme un contrato, del cual habéis hecho bien en no formular los términos. ¡Un contrato! ¡Pues bien! ¿Queréis que os dé un consejo? ¡Sí; yo, Noris, un consejo á vos!

La señora de Montepreux no respondía, asombrada al encontrar un alma, un dolor, una conciencia, donde creía no hallar más que una entretenida, y una conciencia que evocaba en ella ecos de virtud, de deberes, de felicidad destruída. Le parecía á Jacoba que en la brutalidad de lo que decía Noris había ternura, tristeza, algo instintiva-

mente consagrado, como si el dolor tuviese su francmasonería.

—¿Un consejo?

—Sí. ¡Que arrojéis al príncipe de Chantenay! ¡Despedidle, ó huíd de él! ¡Oh! ¡No creáis que soy celosa y quiero separaros! ¿Yo celosa?... ¿Celosa de Chantenay?

Jacoba había hecho un movimiento, que Noris comprendió.

—¡A Dios gracias, él ha desaparecido de mi vida!... Pero os veo entregada á él, enloquecida, puesto que habéis venido á mi casa para hablarme de él. Soy mujer, y al defenderos defiende á la mujer. ¡Arrancaos ese amor, cualquiera que sea el trabajo que os cueste! ¿Os ha dicho que os ama? Os ha mentido. ¿Ha jurado que se casaría con vos? Os ha mentido. ¡El señor de Chantenay miente siempre!... ¡Sois libre, y tenéis ante vos el porvenir asegurado, que yo no tenía! ¡Ah! Si tuviese vuestro hijo, pondría en él toda mi existencia; no tengáis más amor que el suyo. ¡El amor verdadero, que llena toda la existencia, le habéis hallado! ¡Yo envidio este amor; vuestro hijo!

—¿Charley?

Jacoba, instintivamente, había balbuceado el nombre inglés que se daba al pequeño, y mientras que Noris le hablaba de él, veía ante sí su cabeza rubia, los grandes ojos dulces, serios y tristes de Charley.... Aquel dulce Carlos, á quien abrazaba tan poco, que callaba ante su madre, y que saludaba correctamente al señor de Chantenay; el pobre Charley, cuya alegre charla no era más que para el aya, la doncella, los extraños.... ¡Querido Charley!

Y en aquel salón donde había entrado altiva Jacoba de Montepreux, se encontraba ahora á disgusto, turbada, teniendo prisa por desaparecer, diciendo á Noris:

—Sí...., acaso.... Tenéis razón....; es posible....

Noris dijo tristemente, queriendo sonreír:

—Tengo razón, pero le amáis.... ¡No me escucháis!.... ¡Decididamente no conocéis al señor de Chantenay!

—En cambio, os conozco ahora, señorita (dijo Jacoba), y os pido perdón por haber venido aquí para....

—¿Para comprarme?—concluyó Noris irónicamente.

—¿Me permitís que os estreche la mano?—preguntó la señora de Montepreux, no queriendo constatar.

Noris puso su mano entre las de Jacoba.

—Adiós, señora Condesa,—dijo.

—Adiós, señorita.

—Besad en mi nombre á vuestro hijo Charley.

Llevaba dulcemente á la madre el nombre de su hijo.

—Esos son nuestros verdaderos amantes: los hijos.

Jacoba de Montepreux, al alejarse, dejó caer sencillamente estas palabras, que eran como una acusación involuntaria, pero en las que Noris no quiso ver más que la ternura maternal:

—¡Sois una verdadera mujer honrada!

Y con amarga sonrisa, sintiendo que todas sus tristezas reflúan al corazón, Noris respondió:

—Sí; creo que en lo que soy, existe todavía algo de lo que fui.

Estaba satisfecha de sí misma, pero ansiaba quedarse sola. ¡Con qué gozo escuchó rodar el carruaje de la Condesa por la calle casi solitaria!... ¡Á qué había ido Jacoba más que á torturarla, removiendo lo pasado?

Noris estaba asediada por el recuerdo de René. Habría querido arrojar de sí aquel peso, como se había libettato de la presencia del Gran Duque, y ser pura como la joven que esperaba á su prometido empeñado en el servicio militar. ¡Un prometido! ¡Cuán dulce debía ser este nombre, como el de *rosière* que pretendían las doncellas de Suresnes! El recuerdo de Susana Lestrade perseguía incesantemente á Noris, en aquella tarde de domingo en que París festejaba en bailes y restaurants el día de fiebre del gran premio: veía obstinadamente los velos blancos de comunión, y creía escuchar los sonidos acompasados del órgano. Parecía que la señora de Montpreux no había ido á su casa, que no le había hablado de René, que proseguía su sueño de honradez, comenzado en la iglesita de Suresnes.

Muy feliz debía ser aquella aldeana, que se llamaba como ella, y que no traspasaba en sus ensueños las realidades de la vida: el matrimonio, el trabajo, la maternidad, la vejez acudiendo antes por lo rudo de la labor.... Y éste hubiera sido, de poder comenzar á vivir de nuevo, el destino que hubiese elegido Noris, uniéndose al amado, y siendo madre, como Jacoba de Montpreux y tantas otras que le causaban envidia.

En estos pensamientos lúgubres é irreparables, le acometía la fiebre; y sintiendo latirle las sienes, subió á su tocador para humedecer su frente que

ardía, y allí, entre sus cepillos de marfil marcados con grandes cifras, junto á la cubeta de plata en que el agua límpida tomaba un tono ópalo por los perfumes, se sentó pensativa, soñando, desde el fondo de su lujo, en la agradable y pobre vida de la joven de Suresnes.

En aquel gabinete, amueblado como un salón, seguía aún, cuando el timbre del hotel, sonando exteriormente, la hizo estremecer. Estaba segura de que era Raimundo el que llamaba, y experimentó un sentimiento de temor, como si fuese á jugarse su vida en la media hora que iba á seguir.

Raimundo no solía anunciarle sus visitas por escrito, presentándose como un amigo. Aquella especie de advertencia por carta, daba á su visita una solemnidad que la turbaba. Noris no tuvo siquiera fuerza para bajar al saloncito en que acababa de recibir á la Condesa, y aguardó en su gabinete con las ventanas abiertas, por las que entraba el viento á mezclarse con los perfumes.

Y mientras aguardaba, sonaba en sus oídos el órgano de Suresnes, y le parecía que una voz indistinta, la voz de la otra Susana, murmuraba por lo bajo: «¡Tengo un prometido!...», y que la marcha de *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, saludaba la entrada de los novios en la iglesia. Después escuchó los pasos de Raimundo sobre la alfombra de las escaleras y del corredor, que aumentaba su angustia.

Cuando Raimundo apareció detrás de Silvina, Noris le envolvió en una mirada llena de ansiedad, y observó en seguida, en su palidez y en su aire resuelto, que él también acudía á jugar su última carta. Parecía muy conmovido, y cuando Noris,

incorporándose sobre su sillón, le tendió la mano, él, antes de estrecharla, colocó su sombrero sobre el mármol del tocador. Después se acercó á Noris, y, permaneciendo en pie ante ella, estrechó entre la suya aquella mano blanca, que salía de entre la seda negra, y dijo bruscamente, pero con un tono convencido y firme, en que vibraba toda la honradez de su alma apasionada:

—Vengo á veros, acaso por la última vez, Susana; pero lo que voy á deciros, es sagrado como un juramento. ¿Me amáis, no es cierto?

—¡Con toda mi alma! ¡Pero qué solemne estáis hoy, mi querido Raimundo!

Querta sonreír, y aquel nombre querido de Susana, que le hacía estremecerse siempre que Ferdys lo pronunciaba, le parecía hoy mejor. Veta á Susana Lestrade con un velo blanco, arrodillada y coronada de rosas. Pero se sintió fría y temerosa cuando Raimundo de Ferdys, siempre resuelto, le dijo:

—Yo también os amo, como no ama nadie. Durante cinco años he vivido con vuestro recuerdo, y en diez meses, á vuestro lado, con vuestro aliento y vuestro encanto. Nada sé de lo que soís ni de lo que habéis sido, porque vivo por vos, con vos y para vos. He reflexionado mucho, he pensado todo antes de dar este paso, y os amo bastante para no arrepentirme nunca y para ser dichoso siempre... Susana, ¿me amáis bastante para ser mi esposa? Yo no tengo otra ambición, otra alegría ni otro deseo que ser vuestro marido.

—¿Yo..., vuestra esposa?

Y soltó su mano de la de Raimundo, como si hubiera sufrido un sacudimiento eléctrico, quedándose pálida como una muerta.

—¿Vuestra esposa?

¡Su esposa!

¿Se había vuelto loco Raimundo?

Y sentía bullir en su cerebro mil ideas confusas y delirantes.

¡Su esposa!

¿Sería aquello una apuesta? ¿Qué es lo que Ferdys decía?

—Os repito que la determinación que he tomado, como todas las de mi vida, nace de un debate con mi conciencia. Os amo, y si consentís en seguirme como á vuestro esposo, os llevaré lejos de aquí, arrancándoos de esta vida para la que no habéis nacido, de este lujo mentido, de estos falsos goces, de todo lo que aborrecéis lo mismo que yo: os ocultaré á todas las miradas, no sé dónde; pero en el fin del mundo se puede vivir en paz y olvidado, y no pido más, Susana, que veros sonriente y amaros de rodillas.

—Vamos... vamos (dijo Noris, con temblorosa voz). ¡Me decís todo eso para burlaros de mí!

—Os digo eso, porque os amo, porque á vos sola he de amar, y porque quiero consagraros mi vida.

—¿Vuestra vida?... ¿Se os ocurrirá esa locura porque vuestro primo quiere cometerla?

—No me habléis de Chantenay (dijo severamente el marino): os he dicho que le olvidaba, que olvidaba todo, *todo*, ¿lo comprendéis? Chantenay fué la causa de vuestra caída; ¿por qué no he de serlo yo de vuestra salvación? Soy libre en mis actos, no dependo de nadie, y os adoro. ¡Dejad esta habitación y cuanto os rodea, y partamos!

—No estáis en vuestro juicio.

—Te digo que he reflexionado y que te amo. Mi

dimisión está extendida y pendiente de una palabra tuya.... Se la mando al Ministro, y desaparezco; pero contigo, y este París no vuelve á oír hablar de Noris ni de Ferdys. ¡Pero lejos, muy lejos de él, habrá dos seres amantes y felices!

Se había inclinado hacia ella, dejándose deslizar sobre el asiento, y rodeándola con sus brazos sentíala estremecer. Así, junto á su rosada oreja, murmuraba las frases tiernas que el amor dictaba á sus labios, acostumbrados á las austeras voces de mando, del deber y del peligro.

—Mira, Susana; desde mi regreso á París he envejecido diez años, y en el descorazonamiento de esta existencia, te he comparado, te he adivinado.... Tú eres leal y honrada...., arrastras orgullosamente una falta que no es tuya.

—*¡Me sobrevivo!*—dijo amargamente la joven, citando su lema.

—¡Pues bien! ¡En lugar de sacrificar mi vida á otros, quiero sacrificártela!

Noris se estremecía. Aquella voz le causaba una sensación deliciosa, y, como mareada por los perfumes, dejó caer poco á poco su frente sobre el hombro de Ferdys.

—Pero vuestro porvenir....—dijo tímidamente.

—¿Mi porvenir? ¡Qué engaño! Soy un necio queriendo consagrar mi existencia á los que se burlan de mí, tratándome de soñador.... Vuestro padre perdió así la vida, y yo he visto de cerca muchas necesidades y muchos egoísmos.... Estoy desilusionado. El valiente General que me había llamado junto á sí para barrer todo lo que es rutina, polvo y necesidad, el almirante Pradier de Resnel, está causado como yo, y se vuelve al mar....

¡Tiene razón! Que las gentes se pierdan ó se salven por sí solas; ya que no aprecian los esfuerzos de los demás, lo mejor es dejarles luchando con su incuria.... Yo, por mí, quiero ser egoísta y dichoso.... ¡Dichoso contigo, Susana, contigo!

Ella cerraba los ojos, y sentía ímpetus de exclamar abrazándole: «Sí; huyamos, amémonos, vivamos solos, ya que el mundo no merece un sacrificio». Y le miraba, encontrando en los ojos de Ferdys una llama ardiente y colérica.

—¡Ah! (dijo.) ¡Si yo aceptara, cómo me aborreceréis después!

—¿Yo aborrecerte?

Y quería enlazarla con sus brazos.

—¡Cómo sería maldita la que hoy es adorada!

—Serías siempre lo que serás mañana, si quieres. ¡Mi mujer! ¿Lo oyes? ¡Mi mujer!

Anochece, y las sombras empezaban á rodearles. La pobre Noris sentía palpitar su corazón violentamente. ¡Cómo le torturaba con aquella tentación y aquella alegría Raimundo!.... Y por las abiertas ventanas, el aire parecía llevarle un vago y vibrante repique de campanas...., un repique semejante al de las campanas de Suresnes.

De repente se levantó, como loca, y exclamó:

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Porque tenéis otro destino que casaros conmigo.

—Mi oficio me pesa; carezco de ambición, y el patriotismo es un engaño. El porvenir se reserva para los intrigantes. No quiero seguir con unos cuantos necios, sacrificándome por todos los demás.

—Os engañáis: las personas como vos, son

siempre una excepción. Convengo en que no sois ambicioso ; pero un Ferdys no sirve á su patria por ambición, sino por deber.

—Ya lo he cumplido, y ahora busco la felicidad.

—¡Ah! Entonces sois más ambicioso todavía.... La felicidad no está aquí, amigo mío.

—¡Está donde tú te hallas, porque te amo!

—No se ama más que lo que se estima. Yo soy la querida del gran duque Vassili. ¿Queréis que os desprecien por hacerme vuestra esposa?

—¿Y quién ha de despreciarme? Hombres inútiles como Chantenay, ó mujeres locas como la señora de Montepreux.... ¡En la soledad á que voy á llevarte no nos alcanzarán esos desprecios! ¡Iremos á otra tierra y á otro cielo, y renacerás!

Noris sentía en su corazón estremecimientos de alegría, de amor sin límites, y sentía tentaciones de responder á la locura de Ferdys con otra locura suya, abandonándose á aquel esposo que, en su misantropía de veintiseis años, sediento de lo absoluto, no veía más que á ella y pisoteaba todo lo que no fuese ella. Pero le parecía que hubiera sido abusar de aquella fe viril, como Chantenay había abusado de su fe virginal. Toda su honradez, toda su lealtad puestas á prueba por aquel ser adorado se rebelaban ante sí misma, y ahogando el grito de amor que le subía á los labios, queriendo que él arrancase de su cerebro aquella idea loca y absurda de un matrimonio imposible :

—¡Veamos (dijo, tratando de parecer tranquila y de despoetizarse para hacerle desistir); vos no conocéis el mundo, y creyendo salvarme, os perderíais!

—¡Pero seremos dichosos!—repetía Ferdys.

Ella, en un grito en que ahogó la tentación de cesar en su defensa, y que se cambió en una cólera nerviosa, exclamó :

—¡Y lo cree así! ¡Lo cree!

Después, cruzando los brazos y mirando á Ferdys, siguió :

—¿Me juzgáis la mujer ideal, leal, honrada, á la que un alma caballeresca como la vuestra debe perdón y desquite? Os engañáis. ¿He tenido yo la paciencia del sufrimiento? ¿He tenido yo valor para luchar? Mirad en torno vuestro. ¿Estáis en casa de una desgraciada á quien se rehabilita, ó en la de una miserable á quien se compra? Sí, he tenido la debilidad de juzgar leal al príncipe de Chantenay, y hoy para mí es un miserable. Pero, al día siguiente de mi decepción, ¿he aceptado valerosa y honradamente el papel que me correspondía? No: me he dejado arrastrar por la cólera, por mis instintos, qué sé yo? Me he arrojado á la mala vida por venganza y rabia, y he permanecido voluntariamente en el fango. ¿Valgo yo más que las otras? ¿No me vendo yo como Margarita Brunier, la ex-querida de vuestro padre? ¡También ella fué engañada y arrojada al arroyo por un miserable...., como cayó la señora de Montepreux, como todas las mujeres, pues para perder á una mujer hay siempre un hombre perdido! Pero con mi locura y mis ansias de venganza, ¿no hubiera caído yo en el fango como todas, á no ser por el gran duque Vassili?

—No (dijo Raimundo); habríais muerto.

—Ya veis que no, puesto que vivo. Creedme, Raimundo; no merezco que un hombre como vos manche su vida. ¿No sabéis lo que es una mujer perdida? Pues miradme á mí, y lo sabréis.

Y se arrancaba á sí propia violentamente, como una corona que hubiera manchado, la aureola que la envolvía. Se envilecía para que él la despreciara.

Entonces, él, suplicante, extendió hacia ella los brazos como para retener una visión que huía: la de su único amor, el amor de los veinte años y de toda su vida.

Pero Noris retrocedió como ultrajada, y dijo con voz que traducía todo su sufrimiento:

—Me desprecio para ser tu esposa....; pero te despreciaría si quisieras convertirme en tu querida.  
¡Vete!

Y repitió con desgarrada voz y con un dolor en que ponía todo su ser:

—¡Vete!

Y mostraba al hombre á quien adoraba, la puerta entreabierta, por la que iba á llevarse todo cuanto había de amor en el hotel desierto.

—Susana.... (dijo él): ¡tú no lo has querido! ¡Has rechazado mi amor, mi nombre y mi vida!

—No los quiero, Marqués. Hay mujeres honradas que pueden llevar ese nombre.

—Yo no sé dónde iré (dijo Raimundo, medio loco); ¡pero me haré matar en un rincón como un perro!

—Pues bien, mi querido Raimundo; esa muerte, digna de un Ferdys, sería más gloriosa que nuestra vida lejos de París!

—¡Lejos de vuestro lujo y de vuestro gran duque Vassili!—exclamó desesperado.

La pobre Noris iluminó su rostro lívido con una dulce sonrisa de mártir.

—¡Vamos, ya veis que he hecho bien en negar-

me!.... ¡Vos, que sospecháis de mí ahora, me insultaríais después!

—¡Susana! ¡Estoy loco; pero loco de celos!....  
¡Perdóname, Susana!

Ella seguía sonriendo tristemente.

—Os perdono,—dijo.

—¿Y no quieres seguirme?

—No,—exclamó con firmeza.

—¡Ah! (dijo Raimundo, sollozando) Mi vida ha terminado.

—Ya me olvidaréis,—dijo ella.

Entonces, en el dintel, Raimundo repitió aquella frase que ella le había dicho en una mañana de Abril, cuando cabalgaban por el Bosque de Boulogne:

—¿Se olvida acaso?

—Depende de los corazones,—dijo ella.

Raimundo había partido.

Noris permaneció un instante esperando, no sabía qué, que él subiera de nuevo, que suplicase, que exclamara: «¡Te has calumniado para rechazar-me! ¡Tú no eres la miserable criatura que has pintado!»; pero no subió: el ruido de sus pasos se fué alejando por el corredor y las escaleras...., sonó el ruido sordo de la puerta, como la tapa pesada y fría que cubre una tumba.

Entonces Noris se dejó caer sobre el sillón en que poco antes estaba sentada, y cuando Silvina entró luces, la encontró extendida en tierra, llorando.

La doncella se inclinó á ella, pensando en alguna desgracia, y tocó á Noris en el hombro, causándole el efecto de una sacudida eléctrica. Noris se levantó avergonzada; limpióse bruscamente los ojos, y al balbucear Silvina alguna frase tímida que indicaba sus inquietudes:

—No es nada.... (exclamó Noris). El amor es como las muelas, que duelen para salir y para arrancarlas. ¡Dejadme sola, hija mía!

El día siguiente, después de una noche pasada con el sangriento recuerdo de sus ilusiones muertas, Noris se levantó con un profundo disgusto de la vida, y preguntó si no le habían llevado ninguna carta.... La carta estaba allí. Se precipitó sobre ella, consultando la letra, y conoció que no era de él. Era de René Beaumartel deChantenay, que, no recibiendo contestación, escribió de nuevo, pidiendo, como Ferdys el día anterior, una entrevista.

Entonces Noris, semidesnuda aún y febrilmente, se acercó á su escritorio, y con rapidez y temblorosa mano, escribió:

*«Ayer he aborrecido más que nunca al hombre que me mintió para perderme. Por última vez pronuncié vuestro nombre delante de una mujer que os ama hoy todavía, pero que mañana os despedirá, y delante de un hombre que, de querer yo, hubiera convertido en esposa suya á vuestro antigua querida. Ahora, seguid vuestro camino, y dejadme libre y sola. Lo más que puedo hacer por el príncipe Beaumartel de Chantenay, es creer que ha muerto envuelto en mi desprecio.»*

Y firmó con el nombre novelesco, romántico, detestado, que su padre le había impuesto, que los revisteros traían y llevaban en sus artículos, y que nunca le había dado Raimundo:

NORIS.

XII.

Un día de Mayo, frío como uno de otoño, obscuro y triste, daba al jardín de la calle Jouffroy un aspecto desolado y frío.

Noris ha querido que se encendiese fuego aquella mañana en la pequeña biblioteca, donde acostumbra á estar en el hotel, cada vez más solitario. En el jardín, el viento destruye, hace caer como copos de nieve las blancas flores del castaño, y silba entre las ramas una brisa lúgubre de las que encaminan el pensamiento de los dichosos hacia los marinos que navegan.

Hace un año, cerca de un año, que Ferdys ha marchado, y no le ha escrito nunca desde aquella tarde de Junio, en que, en el dintel de la puerta, arrojó aquel último grito, desolado como un sollozo: «¿Se olvida acaso?»

Y desde hace un año, Noris ha arrastrado la vida que se ha creado, monótona y triste bajo

—No es nada.... (exclamó Noris). El amor es como las muelas, que duelen para salir y para arrancarlas. ¡Dejadme sola, hija mía!

El día siguiente, después de una noche pasada con el sangriento recuerdo de sus ilusiones muertas, Noris se levantó con un profundo disgusto de la vida, y preguntó si no le habían llevado ninguna carta.... La carta estaba allí. Se precipitó sobre ella, consultando la letra, y conoció que no era de él. Era de René Beaumartel deChantenay, que, no recibiendo contestación, escribió de nuevo, pidiendo, como Ferdys el día anterior, una entrevista.

Entonces Noris, semidesnuda aún y febrilmente, se acercó á su escritorio, y con rapidez y temblorosa mano, escribió:

*«Ayer he aborrecido más que nunca al hombre que me mintió para perderme. Por última vez pronuncié vuestro nombre delante de una mujer que os ama hoy todavía, pero que mañana os despedirá, y delante de un hombre que, de querer yo, hubiera convertido en esposa suya á vuestro antigua querida. Ahora, seguid vuestro camino, y dejadme libre y sola. Lo más que puedo hacer por el príncipe Beaumartel de Chantenay, es creer que ha muerto envuelto en mi desprecio.»*

Y firmó con el nombre novelesco, romántico, detestado, que su padre le había impuesto, que los revisteros traían y llevaban en sus artículos, y que nunca le había dado Raimundo:

NORIS.

## XII.

Un día de Mayo, frío como uno de otoño, obscuro y triste, daba al jardín de la calle Jouffroy un aspecto desolado y frío.

Noris ha querido que se encendiese fuego aquella mañana en la pequeña biblioteca, donde acostumbra á estar en el hotel, cada vez más solitario. En el jardín, el viento destruye, hace caer como copos de nieve las blancas flores del castaño, y silba entre las ramas una brisa lúgubre de las que encaminan el pensamiento de los dichosos hacia los marinos que navegan.

Hace un año, cerca de un año, que Ferdys ha marchado, y no le ha escrito nunca desde aquella tarde de Junio, en que, en el dintel de la puerta, arrojó aquel último grito, desolado como un sollozo: «¿Se olvida acaso?»

Y desde hace un año, Noris ha arrastrado la vida que se ha creado, monótona y triste bajo

su apariencia de lujo, conventual, solitaria, y el silencio del hotelito es como una angustia de celda. Ella lo quiere así; ha escogido aquella existencia. No tiene ningún pesar por haber dicho á Raimundo que huyese de ella, pues no podía ser su esposa. Una vida terminada, no vuelve á comenzar. El destino de todo ser caído es arrastrar hasta la muerte el peso de su primera falta y la llaga de su primera caída. No lamenta el haber tenido aquella orgullosa honradez de arrojar á René y de perder al mismo tiempo el amor de Ferdys. No siente nada más que su juventud perdida, y aquel primer amor que había hecho de ella, para siempre, una abandonada, una perdida. Ella querría solamente que Raimundo no la olvidase, y que agradeciese á la pobre muchacha haber tenido valor de calumniarse ante él para desprenderse de él. ¿La ha olvidado?

¿Se olvida acaso?

Se olvida todo en la vaguedad de los días sucediendo á los días, y las horas á las horas. Y Noris permanece allí inclinada sobre aquel fuego que resplandece en la atmósfera húmeda de un sombrío día de primavera, entrando por la ventana abierta. Es en él en quien piensa cuando piensa, porque en el desequilibrio moral de todo su ser, no tiene siempre ni aun fuerza para pensar. Se deja vivir, sabiendo lo que hay al fin de esta vida, y encontrando solamente el camino largo. Mira en la pared el dulce sonreír de su padre, el vencido. Ella y él han sido duramente despreciados y azotados por la suerte.

Pero, ¿de qué puede quejarse? Es generalmente envidiada, y la amistad del pobre Gran Duque, á

quien ella trata como él debe tratar á sus cherkess y á sus cosacos, es siempre fiel, y con un carácter vigilante y casi paternal. ¿Quién sabe? Acaso acabe Noris por pedirle que la lleve al interior de algún gobierno del Asia, en el fin del mundo. Esclavitud por esclavitud, tanto vale arrastrar su dolor por un verdadero desierto, como por la soledad que se crea en París.

Los criados del hotel juzgan á la *señora* algo extravagante y «tocada», pero muy buena, y le prodigan tiernos cuidados, como á un niño enfermo. ¡No se parece á *las demás*!

Noris se consagra cada día más á sus recuerdos. La enamorada del príncipe azul ha caído desde muy alto para no haber padecido mucho en su caída, y lamenta á veces el haber sobrevivido á su prueba. Puesto que en la nueva vida elegida por ella para desquite no ha querido vengarse, ¿por qué no haber muerto? ¡Qué profundo goce el haber perecido en casa de René, y descansar, cubierta de flores, en algún rincón de tierra, ó ser casada honradamente, y feliz, como la aldeana de Suresnes, cuyo recuerdo no la abandonaba desde hace un año!

¡Susana Lestrade!

Á veces quiere Noris fustigar irónicamente aquel recuerdo.

—¡Bah! Ahora tendrá un hijo, y cuando el marido entre en casa, oscilando, por llegar de la taberna, la golpeará. Pero, ¿por qué ha de ser un tunante aquel buen muchacho? ¿Por qué no ha de ser Susana feliz? Sí lo será, teniendo sobre su seno un pequeño ser que busque en ella el alimento de la vida.... ¡Qué felices son las madres!....

Otras veces recuerda los cabellos rubios y la charla de Charley.

Vestida de luto, y mirando consumirse las brasas, está sola, como en aquel día de Febrero en que aguardaba en el cuarto del hotel la sentencia de su padre; pero ahora no espera nada. La sentencia está dictada, y no espera nada del día de mañana. ¡A los veinticuatro años!

De repente, levantó la cabeza.

Han llamado á la puerta de la biblioteca. Noris no aguarda á nadie, pues el Gran Duque está en Londres, y no debe regresar hasta dentro de algunos días.

Es un criado que le presenta en una bandeja los periódicos del día y una carta. Noris se pone encendida. La carta lleva el sello de Brest, y su letra le es conocida: es de Ferdys.

¡No la olvida!....

¿Se olvida acaso?

Preparándose á saborear una inmensa alegría inesperada y consoladora, Noris se acerca al fuego, y mira la carta, temerosa de romper el sobre, y leyéndolo y releuyéndolo: *Señorita Susana Feraud, calle Jouffroy..... París.*

Para Ferdys, sólo para él, es siempre *Susana*.

Y rompe el sobre para buscar la carta que le escribe.... Le creía muy lejos, y está en Brest.... Acaso vuelva á París.... ¡No! ¡no! ¡que no vuelva!

Pero, ¿y si volviera?....

Noris palidece. Bajo el sobre de la carta no hay más que un ramito de violetas secas, las violetas de Versalles, descoloridas y aplastadas; las pobres violetas de su paseo de enamorados, en que le dijo:

—¡Cuando dejéis de amarme, devolvedme estas flores!

¡Y se las devolvía brutalmente, sin decir una sola palabra!

¿Qué le impulsaba, después de un año, á reapercecer así en la existencia de Noris, para arrojarle desde lejos el pasado, sin una frase, sin una explicación, sin nada?

¿Por qué hoy y no ayer? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no el día siguiente de haberle ella despedido rehusando ser su mujer?

Una repentina angustia oprimió el corazón á Noris. Se dijo que podía haberle ocurrido alguna desgracia á Ferdys, y que aquel soldado que hablaba de morir, acaso al verse moribundo había pensado en ella por última vez.

¿Ferdys muerto?

Un frío glacial recorrió su cuerpo.

Se arrojó maquinalmente sobre los periódicos para saber,—no se explicaba el qué,—interrogando, como lo había hecho una tarde, cuando buscaba el nombre insultado de su padre, aquellas columnas de *Noticias Extranjeras, Colonias, Tonkin.*

Leyó un momento, y arrojó un grito, y se echó á reír con una risa forzada; bajó lentamente los brazos, que cayeron á lo largo de su cuerpo, escuchándose el papel.

He aquí lo que había leído Noris en una crónica de Gardanne, titulada *Los dos primos*, é impresa á la cabeza del *Parisiense de París*:

« Mayo 26.

» ¡ Ya están casados! Casados con quince días de diferencia los dos *galantuomi*, que tanto han dado que hablar, uno en París y otro en Hanoi. Tras del Príncipe, el Marqués. Lo más escogido de París, la *crème* de la *crème*, se apiñaba hace pocos días en el *boulevard* Haussmann, en los salones del señor Ahrenfeld, banquero muy conocido, donde se firmaban los esponsales de René Beaumartel de Chantenay con la señorita Rebeca Ahrenfeld, que colocaba una corona de Princesa sobre sus millones. Ayer, en Brest, era toda la nobleza del Finistère y todos los marinos que hay en la calle de Siam, en el arsenal, los que asistían al matrimonio del teniente Raimundo de Ferdys, de vuelta de Annam, con la hija del señor de Ploël: la señorita Ploël no es rica; es la hija única del contraalmirante Ploël, que ha colocado tan alto nuestro pabellón en los mares del Norte, y de quien no ha dependido que hace trece años las aguas del Báltico no nos fuesen más favorables que la tierra de Francia. El Contraalmirante murió el año pasado muy pobre. Con un solo rasgo puede juzgarse á su mujer, la condesa de Ploël.

» Durante la guerra de Crimea, el señor de Ploël se halló un momento, por una reunión de circunstancias, obligado á tomar el mando de los buques ingleses y franceses que se dirigían hacia Bomarsund. Una vez muerto el señor de Ploël, Inglaterra, acordándose de que aquel francés había mandado, aunque sólo fuera una semana, á sus soldados, hizo

ofrecer á la señora condesa de Ploël la pensión que la Gran Bretaña concede á las viudas de los almirantes. La señora de Ploël respondió que el señor Ploël había sido almirante francés y no inglés, y rehusó la pensión. Tal es la familia en la que entra el teniente Ferdys, quien promete también, y lo prueban sus hechos de armas recientes, ser un marino glorioso para su país. Esto es, el honor joven uniéndose al antiguo.

» Por otra parte, la señorita de Ploël es encantadora. No ha habido que poner, como para los regalos hechos á la señorita Ahrenfeld, dos guardias de la paz designados expresamente para estar en el salón de los esponsales, en torno de los diamantes,—lo que era muy honorable para el valor de los regalos expuestos, y poco lisonjero para los invitados;—pero los jóvenes esposos estaban rodeados por una simpatía, que yo diría respeto universal. El contraalmirante de Ploël, que era breton, se hizo muy popular en el antiguo puerto militar, y el teniente Ferdys es muy apreciado allí, en el almirantazgo y en la sociedad.

» Se ha sentido mucho la ausencia de la princesa viuda de Chantenay, á la que su estado de salud, siempre deplorable, ha retenido en su hotel de la avenida Van-Dyck. Pero ha debido ser tan dichosa con este modesto matrimonio contraído por su sobrino, como por la soberbia unión de su hijo con la alta banca alemana. El viejo marqués de Ferdys, siempre guapo á despecho de sus cabellos blancos, decía radiante de alegría: «Yo cambio de empleo: tomo el de *abuelo*.»

» Muchos oficiales de marina, el almirante Pradier del Resnel, los comandantes de buques en la

rada de Brest, los comisarios de marina, el duque de Marsan, la baronesa Niemann, de paso por Bretaña. El príncipe de Chantenay Beaumartel estaba ausente. Se sabe que el elegante *clubman* viaja por las orillas del Danubio con su joven esposa. El rey de la moda no estará en París para el gran premio de 1883. Es poco probable que el príncipe y la princesa de Chantenay visiten en Hungría á la bella Condesa que fué una de las seducciones de París, á la exquisita austriaca, rubia, que lleva uno de los grandes nombres de Francia, Montepreux, y que, estrella desaparecida del cielo parisiense, vive sola en los contornos de Presbourg, dedicada á su hijo, en un castillo perteneciente á su familia.

»¿Por qué la figura elegante del príncipe de Chantenay se nos aparece al lado del rostro varonil del teniente Raimundo de Ferdys? He aquí dos hombres dichosos, uno por la fortuna y otro por el amor.

»Saludamos á la vez los millones de la princesa de Chantenay y la corona de la joven marquesa de Ferdys.

»L. GARDANNE.»

Noris recogió el periódico, lo leyó y relejó, herida en el alma por cada detalle, y quedó pensativa.

Todo había concluído. Su vida se había cerrado. La vaga y furtiva esperanza que la quedaba en el trágico cumplimiento de su deber, se había desvanecido. Ya no tenía nada que esperar. Nada. ¿Pero esperaba alguna cosa?

No. Pagaba con toda su existencia la novela en que ella había creído en otro tiempo.

El ideal suyo era como el viento que pasaba por el jardín, azotando los árboles, arrancando las flores y arrojándolas al barro de los paseos. La realidad era esta: René desposándose con las riquezas, Raimundo desposándose con el honor.

Raimundo había hecho bien. Una joven honrada, de heroica raza y pobre, era la prometida que le hacía falta. Ésta no era Noris. Raimundo había hecho bien.

Susana le agradecía que no hubiese olvidado á la pobre Noris en medio de aquella alegría. Había pensado en ella, para devolverle las reliquias de otros tiempos; pero había pensado. Le había enviado las violetas encerradas en un sobre como en un sudario; pero mientras él las tuvo, había recordado, como ella veía y recordaba aún, aquel hermoso día de Mayo alumbrado por el sol, en que se habían cambiado las flores en Versalles. Y después todavía había escrito su nombre, ¡aún la llamaba Susana!

Ahora nadie la llamaría más que Noris.

Después se levantó lentamente, y fué á un *secrétaire* á buscar en un tarjetero un ramo de flores secas, dirigiendo al pasar una mirada impregnada de lágrimas al retrato del viejo Feraud. Tomó las violetas pálidas, sin perfume, hermanas de las que Raimundo le enviaba, y besando por última vez unas y otras (las que ella conservaba y las que él entregaba al olvido), las arrojó todas al fuego, que las devoró gozoso de hacer cenizas lo que había sido del amor.

Y de pie, con su traje negro, luto de todas sus

3.6.1071  
"ALFONSO"  
1925 MONTERREY, MEXICO

ilusiones, Noris miraba arder, retorciéndose, las violetas del año anterior. ¡Un año! ¡Un siglo! Una lágrima se deslizó por sus mejillas, pálidas como el mármol; una lágrima que, sin extinguirlo, cayó sobre el fuego, cuyo humo llevaba el mismo camino que el pobre ramo de violetas.

Ahora es cuando la hija de Feraud podía repetir su divisa:

*«Yo me sobrevivo!»*

Sin moverse, sin pensar, Noris permanecía contemplando el hogar, los carbones, las cenizas, hasta que llamaron á la puerta.

No había oído el rodar de un coche que paraba delante de su hotel.

Cuando oyó ruido, levantó la cabeza, separando con la mano los cabellos de la frente, saliendo como de un sueño.

—¿Quién es?

El criado apareció en el salón, saludando profundamente:

—Señora, es Su Alteza.

—¿Qué Alteza? ¿De quién hablaba? ¿Una Alteza?

—¡Ah, el Gran Duque!....

Y dijo en voz alta:

—¡Yo le creía en Londres!

El criado estaba en el dintel, esperando las órdenes en una actitud correcta.

Entonces, en su aislamiento de mujer perdida, rodeada de los fantasmas, de los seres dichosos que llevaban á través del mundo un girón suyo, de sus esperanzas y de su fe; abandonada, condenada, no teniendo más afecto que la amistad habitual de aquel gran señor al que no amaba, pero

que la compadecía y respetaba, no sintió rebeldía alguna; lanzó al azar todo lo que le quedaba de una juventud sin alegría, y resignada, entristecida, muerta en vida, Noris miró un momento al criado, y con la voz apagada, fatigosa y lastimada:

—¡Pues bien, que pase!—exclamó.

FIN.

